

SUSANA ORO

La Apuesta

La apuesta

SUSANA ORO

La apuesta

Susana Oro

Córdoba - Argentina

Año 2024

1ª edición: Febrero 2024

Registro Obra: Safe Creative Código: 2402186954289

Imagen portada: 123rf

©Susana Oro

©Todos los derechos reservados.

**La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura
coincidencia.**

Para mis lectoras,
Que creen en el amor
Y en los finales felices.

Índice

<u>PRÓLOGO</u>	
<u>CAPÍTULO 1</u>	
<u>CAPÍTULO 2</u>	
<u>CAPÍTULO 3</u>	
<u>CAPÍTULO 4</u>	
<u>CAPÍTULO 5</u>	
<u>CAPÍTULO 6</u>	
<u>CAPÍTULO 7</u>	
<u>CAPÍTULO 8</u>	
<u>CAPÍTULO 9</u>	
<u>CAPÍTULO 10</u>	
<u>CAPÍTULO 11</u>	
<u>CAPÍTULO 12</u>	
<u>CAPÍTULO 13</u>	
<u>CAPÍTULO 14</u>	
<u>CAPÍTULO 15</u>	
<u>CAPÍTULO 16</u>	
<u>CAPÍTULO 17</u>	
<u>CAPÍTULO 18</u>	
<u>CAPÍTULO 19</u>	
<u>CAPÍTULO 20</u>	
<u>CAPÍTULO 21</u>	
<u>CAPÍTULO 22</u>	
<u>CAPÍTULO 23</u>	
<u>CAPÍTULO 24</u>	
<u>CAPÍTULO 25</u>	
<u>CAPÍTULO 26</u>	
<u>CAPÍTULO 27</u>	
<u>CAPÍTULO 28</u>	
<u>CAPÍTULO 29</u>	
<u>EPÍLOGO</u>	
<u>SINOPSIS</u>	

PRÓLOGO

La sala de la casa, que siempre había sido un lugar cálido y acogedor, ese día se veía lúgubre, como si una nube gris hubiera entrado por la ventana dispuesta a quedarse por mucho tiempo. Miguel Burton estaba junto a la puerta, con dos maletas con sus enseres personales sobre el piso de arabescos.

Me enamoré de otra mujer, Marcela. Ya no siento nada cuando te veo. Alexa me ha devuelto a la vida. Me palpita el corazón cuando la tengo cerca. Pensé que lo nuestro sería para siempre, pero ella con sus treinta años llegó como una brisa fresca y llenó mi vida de aventuras. No quiero hacerte daño, Marcela, pero la vida se escapa en un suspiro y Alexa me hace sentir más vivo que nunca.

Marcela se puso a llorar cuando su marido dijo: «Ya no siento nada cuando te veo», y jadeó buscando aire cuando escuchó la edad de la amante. Ella creía que eran felices, pero él le estaba diciendo que a su lado ¡se había sentido muerto!

Amalia, su hija, lo miraba con la boca abierta. ¿De qué estaba hablando?, si apenas unas semanas atrás eran la familia perfecta, que reían juntos, comían pizza los sábados y salían a almorzar los domingos para que su madre no tuviera que cocinar. Frunció el entrecejo al recordar que en el último mes su padre siempre se ausentaba por complicaciones en el trabajo. Es decir, que en solo un mes había recuperado la juventud en brazos de una mujer que podía ser su hija, y dejaba a su esposa por una de treinta. Una mujer casi de la edad de ella, que tenía veintitrés.

Miguel Burton levantó sus maletas y salió de la casa.

Su despedida fue tan sintética y abrumadora que madre e hija no atinaron a lanzarle el florero por la cabeza. A veces, las palabras llegaban tarde.

Pasada la primera impresión, Marcela soltó todos los insultos que se le habían atascado en la garganta cuanto lo tenía frente a ella. Incluso le deseó que las palpitaciones que sentía en su insensible corazón se lo hicieran explotar, por hijo de su madre. Pero él ya no escuchó sus maldiciones.

Con el pasar de los días fueron descubriendo que no solo se había marchado con esas insensibles palabras, sino que había vaciado la cuenta bancaria donde guardaban los ahorros de toda la vida, y hasta había vaciado la lata que su madre guardaba en la alacena para cubrir los

gastos del mes.

Amalia era hija única, la debilidad de su padre, su princesa, su chica preferida, como solía decir. «No trabajes hasta que te recibas, que yo te voy a ayudar», le había dicho Miguel Burton. Pero desde que había salido por la puerta, esas palabras eran como las hojas de otoño que se llevaba el viento.

Estaban en la bancarrota. El ingreso de su madre en la mercería del barrio era tan escaso que no alcanzaba para cubrir los gastos del mes. Y Amalia tuvo que olvidar su sueño de ser arquitecta para buscar un trabajo que les permitiera pagar las deudas y mantenerse.

El mundo que conocían desapareció. La familia perfecta había sido una farsa, y las deudas ocupaban todos sus pensamientos. A veces hacía falta un desastre familiar para descubrir que afuera había un mundo nuevo para descubrir. Solo que ellas todavía no lo sabían.

CAPÍTULO 1

Se busca empleada para cubrir puestos en Zacha. Se requiere experiencia en ventas y en contabilidad. Referencias comprobables de trabajos anteriores. No presentarse sin estos requisitos.

Los candidatos al puesto deben tener flexibilidad horaria, entusiasmo, dedicación y trato excelente con los clientes.

Los aspirantes deberán presentarse en la oficina de recursos humanos a las ocho de la mañana el día jueves cinco de abril, sobre calle Los Tilos 1243.

Se les hará una entrevista y deberán entregar en secretaría el currículum impreso.

—¿En serio te vas a presentar, Amalia? —preguntó Marcela, sorprendida por la osadía de su hija.

Amalia había tenido cinco entrevistas de trabajo en dos semanas, y cinco rechazos. Eso habría desilusionado a cualquiera. En tres le habían dicho que querían gente con experiencia, y los otros dos nunca se contactaron para decirle que el puesto era de ella.

—Claro. Es una buena oportunidad.

—Pero te falta lo más importante, hija. No tienes experiencia que se pueda comprobar. Jamás has trabajado.

—Mamá, anoche cerré los ojos y me visualicé trabajando en Zacha. No te imaginas lo buena vendedora que era. Todos los clientes querían ser atendidos por mí y...

—¿Así piensas conseguir el trabajo? —preguntó Marcela, incrédula.

—Claro. Después de tantos rechazos me he dado cuenta que lo importante es la actitud. La gente de éxito primero lo piensa, lo visualiza y después lo consigue.

—Pues yo nunca hice eso y no me fue tan mal en la vida —aclaró Marcela, y tragó el nudo que se le formó en la garganta al recordar que su marido la había dejado por una mujer de la edad de su hija, y en la bancarrota.

Su madre había empezado a trabajar de jovencita en la mercería del barrio y nunca había ambicionado un empleo donde pudiera conseguir un ascenso. Lo cierto era que tampoco lo necesitaba. Ella era feliz en la mercería, y con su ingreso y el de su padre llevaban una vida sin complicaciones económicas.

Después de la debacle que habían sufrido, Amalia llevaba dos semanas pateando las calles de la ciudad para conseguir un empleo de lo que encontrara. Y estaba dispuesta a recurrir a la visualización, la brujería o lo que fuera necesario para salir de los problemas económicos que tenían que afrontar.

—Bueno, con probar no pierdo nada, salvo la hora de sueño que le dediqué a visualizarme en Zacha. Quizá esa hora marque la diferencia cuando esté frente al jefe de recursos humanos que me va a entrevistar y contratar —aseguró, ante el gesto incrédulo de su madre.

Dos días atrás Amalia había ido al sector administrativo de Zacha para preguntar si tenían algún puesto vacante, y le dieron una copia impresa del aviso que habían publicado en la web. La chica de mesa de entrada le dijo que se presentara a primera hora de la mañana, porque ese día iban a entrevistar a las personas interesadas en ocupar puestos en la tienda. No le dio muchas esperanzas, pero le dijo que si cumplía con todos los requisitos quizá tenía suerte.

La palabra suerte le había rondado en la cabeza. Suerte había tenido al ir a pregunta si necesitaban empleados justo cuando habían publicado el aviso. La suerte, no tenía dudas, estaba de su lado, y ella iba a hacer lo imposible para conseguir el empleo de vendedora de Zacha. Vendedora le pareció más fácil que postularse para el puesto de administrativa, puesto que no sabía nada de temas contables, salvo lo que estudió en la escuela.

—Esperemos que así sea, aunque estás ambicionando mucho, Amalia. Es la tienda más grande de la ciudad y no tienes el requisito indispensable. Ya te han rechazado para moza del bar, para telefonista en el *call center* de la esquina, en la panadería y...

—Ya sé que me rechazaron en cinco lados. Y creo que ha sido porque me merecía algo mejor —aclaró Amalia. Desde que su padre se había largado, su madre estaba llena de pesimismo.

—Dios quiera que tengas razón —dijo Marcela no muy convencida, quizá porque ella nunca había renegado de su trabajo en la mercería del barrio. Al contrario, creía que trabajar a dos cuadras de su casa tenía tantas ventajas que, para qué se iba a complicar la vida buscando algo mejor. Pero ahora sabía que si hubiera tenido más ambiciones no estarían dando manotazo de ahogado. Su hija había renunciado a sus estudios de arquitectura y estaba intentando solucionar los problemas económicos que les había dejado el despreciable, aunque no le estaba yendo demasiado bien. Lógico, si jamás había trabajado y no tenía ninguna referencia para que la tuvieran en cuenta. Cinco rechazos en menos de dos semanas. Pero Marcela no podía negar que tenía perseverancia—. Si te contratan, lo festejamos con una cena —aseguró, tratando de no transmitirle su mala onda. Todo lo veía negro desde que Miguel le había dicho que no sentía nada por ella, y eso no era bueno para su hija.

—¿Tiene experiencia en el rubro de ventas? —preguntó el hombre de traje y camisa bien planchada que la estaba entrevistando.

«Di que sí. Di que sí. Ya te has dado la cabeza contra la pared por decir la verdad. ¿Quién logra cosas grandes siendo honesta?», le susurró su voz interior. Un asunto que llevaba dos noches meditando, puesto que la maldita experiencia era el requisito indispensable para que la contrataran. Mentir no se le daba bien, y no iba a hacerlo.

—Claro que tengo. Algunas veces iba a ayudar a mi madre a atender en la mercería.

—¿Su madre tiene una tienda?

—Es empleada de la tienda “De todo en un solo lugar” de su amiga Carola. ¿No le parece un nombre ridículo? Bueno, es una mercería de barrio. De niña solía ir después de la escuela y la ayudaba a atender a las clientas.

El hombre arqueó las cejas, y Amalia supuso que esa experiencia no se la esperaba. Tampoco le interesó su intento de distender el ambiente haciéndolo entrar en una disertación sobre si era bueno o malo el nombre de la mercería. Pero no pensaba permitir que la echara de la oficina sin dejarla hablar. Sus experiencias eran tan validas como la de los ciento de aspirantes que estaban en la fila cuando llegó a las ocho de la mañana.

Al hombre se lo veía algo incómodo. Se aflojó la corbata y un hilillo de sudor le caía por la frente. Seguro que estaba agotado de tanto escuchar a cada uno de los candidatos que habían pasado antes que ella, y eso podía ser una ventaja.

A ella le costaba concentrarse. Él era una gran distracción, con ese cabello castaño desordenado, esos ojos grises inteligentes y la nariz recta. «Deja de analizar al empleado que te está entrevistando», le susurró la voz de su conciencia. Tenía que concentrarse en las experiencias, o no iba a conseguir el trabajo.

—También solía montarme una mesa en la vereda y me ponía a vender los collares que hacía con mostacilla. Los vendía a todos en una tarde. Yo ponía un mantel blanco, y la verdad que las joyas brillaban—dijo Amalia.

El hombre agachó la cabeza para ocultar la sonrisa. Jamás había entrevistado a alguien que le hablara de su experiencia de niña.

Amalia vio su sonrisa, y supuso que esto iba de mal en peor, pero no se iba a amilanar. Ella se había visualizado vendiendo en Zacha e iba a hacer lo imposible por conseguirlo.

—Me ponía a trabajar hasta tarde haciendo nuevos collares para tener mercadería para el día siguiente, y volvía a montar mi negocio en la vereda. Algunas veces los llevaba a la escuela y se los vendía a mis compañeras. Todas estaban encantadas con mis creaciones. Con las ganancias me compré mi primera bicicleta. ¿Se lo puede creer?

—Asombroso —dijo el hombre, y le sonrió.

Tenía una sonrisa preciosa y ella se distrajo mirando su dentadura perfecta. Este hombre quitaba el aire, ¿o se lo hacía soltar todo de golpe? Era demasiado atractivo, demasiada distracción, y ella tenía que concentrarse en conseguir que la contratara.

—Usted tiene unos dientes perfectos. Y una sonrisa que... ¡madre mía!, la de mujeres que deben quedar encandiladas —aseguró, y se arrepintió de soltar lo que estaba pensando—. Lo siento, no crea que lo estoy adularlo para conseguir... No ha sido esa mi intención. Mejor le sigo contando mis experiencias. La verdad es que siempre he estado vendiendo algo. Una vez mi madre comentó que íbamos a llegar ajustados a fin de mes, y yo salí a vender las cosas del trastero, esas que se guardan y nunca más se usan. Cargué todos los trastos en la carretilla de mi padre y recorrí las cuadras de mi barrio.

—¿Y vendió algo?

—Vendí todo. Hasta un velador sin pantalla y con el pie quebrado. Por ese me pagaron unas pocas monedas, pero tenga en cuenta que solo servía para tirarlo a la basura. Mire, he traído fotos como referencia de mis actividades como vendedora —dijo, sacó del bolso un puñado de fotos y se las entregó al hombre de dientes perfectos.

Ramiro se puso a mirarla una a una. Estaba la de la mesa que ponía en la vereda. Ella tenía dos coletas graciosas en el pelo y un vestido floreado. Supuso que tendría seis años, y sonreía orgullosa a la cámara. En otra iba con la carretilla cargada con los trastos viejos. Ramiro se acercó con la foto a la ventana para intentar descubrir el velador sin pantalla y con el pie roto. Le asombró ver que llevaba la carretilla hasta el tope de trastos, como le había contado. Llevaba el cabello suelto, zapatillas blancas, un vaquero con una flor bordada y una camisa con volados. Tendría unos ocho años, y también sonreía orgullosa a la cámara. No pudo evitar la sonrisa que le curvó los labios. Sonrisa que borró cuando se giró para regresar al sillón de su escritorio.

—Deduzco que el tema de las ventas lo lleva en el alma —comentó Ramiro.

—Sí, lo llevo en el alma. Deme lo que quiera que tenga en el bolsillo o en el cajón de su escritorio, cualquier cosa, y salgo a la calle y seguro que se lo vendo en menos de media hora —aclaró Amalia.

El hombre arqueó las cejas. Amalia dedujo que, o estaba asombrado con su capacidad innata para las ventas o estaba buscando una forma educada de despedirla.

El silencio se prolongó por varios minutos y Amalia se retorció las manos. ¿Qué podía hacer? Suplicarle que la contratara. Explicarle que necesitaba el trabajo porque su padre se había ido de la casa con su jovencísima amante, y que no solo le rompió el corazón a su madre y a ella la dejó sin posibilidad de seguir estudiando, sino que también las dejó en la bancarrota. ¿Tenía que arrodillarse y suplicar que le diera una oportunidad? Ella no era orgullosa, pero prefería no ventilar el desastre familiar y sus apuros económicos delante de ese extraño.

«Cuando el agua llega al cuello, todos piden auxilio», dijo la voz de su conciencia.

Amalia entendió que tenía que suplicar. Pero cuando abrió la boca, la voz de un hombre a sus espaldas rompió el silencio.

—Zacha es una empresa familiar que valora el entusiasmo de sus empleados por sobre la experiencia que puedan presentar en sus extensos currículos. El salario es el establecido por ley, pero los vendedores pueden mejorarlo con las comisiones de ventas. La mayoría de los empleados están en ventas, pero debido a la buena acogida de la tienda, ya se han abierto tres sucursales en centros turísticos y la plantilla de empleados administrativos está creciendo bastante. Los dueños ven a Zacha como una gran familia. Se valora la dedicación de los empleados, y se intenta que cada uno esté feliz en el lugar donde desempeña sus funciones. Aquí se asciende por mérito, no por antigüedad. Y todos los meses se premia al empleado del mes con un sueldo adicional. Bienvenida a la tienda —dijo el hombre que tenía a sus espaldas.

El jefe de recursos humanos que le estaba haciendo la entrevista, tenía el entrecejo fruncido, y Amalia le dedicó una sonrisa de triunfo cuando el hombre que milagrosamente había escuchado su entrevista y había entrado sin ser invitado, le acababa de dar la bienvenida a Zacha.

—¿Qué? En serio la estás contratando —gruñó el hombre de dientes y sonrisa perfecta que se había burlado de su experiencia en ventas—. ¿De dónde has salido? —preguntó, y golpeó el escritorio con el puño.

—Ya sabes que llevo desde las ocho escuchando las entrevistas desde el otro lado del vidrio de la oficina. Mi oficina. Soy Camilo Milan, el jefe de personal —aclaró.

—Camilo, deja de presentarte y concéntrate en lo importante. Esta señorita no tiene experiencia comprobable —afirmó—. ¡O te vas a dejar llevar por estas fotos infantiles de una niñita que se aburría y se montaba una venta callejera a los cinco años!

—Ocho. Allí tenía ocho años. Y en la de la carretilla tenía diez, casi once —aclaró Amalia.

—Sí, claro, toda una mujer experimentada para entrar sin los requisitos indispensables que solicitamos en las redes sociales de la tienda.

—Olvídese de que le dije que tiene dientes bonitos y una sonrisa encantadora. Sus dientes son de caballo, y les pido perdón a los caballos por la ofensa, puesto que amo a los animales. Y su sonrisa... se le tuerce un poco el labio derecho. Usted no tiene más encanto que una hiena —aclaró, descargando la ira que sentía por ese hombre que se había burlado de sus experiencias. Ella no había mentido, aunque ese arrogante y estirado no valorara su experiencia.

—Creí que no me estaba adulando —exclamó ese hombre insufrible que le quería quitar el puesto que le había dado Camilo.

—No era mi intención adularlo, solo me dejé llevar por la apariencia. Pero ahora me doy cuenta que no valoró nada de lo que le conté. Usted solo se estaba burlando de mi experiencia.

—¡Por Dios! Llama experiencia a sus juegos infantiles. Es usted quien se está burlando de nosotros si cree que con su experiencia en ventas de baratijas va a entrar a una de las tiendas

más conocidas de la ciudad. ¿Sabe cuántas personas desean entrar en Zacha? ¿Sabe la cantidad de antecedentes que me han presentado los aspirantes que entraron antes que usted? —preguntó agitando los papeles con los antecedentes que tenía sobre el escritorio. Eran un montón, tantos como las horas que ella había estado esperando afuera.

—Yo me lo tomaba muy en serio —dijo Amalia—. Es más, me sentía orgullosa de colaborar con mis padres, porque gracias a mi venta de trastos no tuvimos problemas para llegar a fin de mes —aseguró Amalia—. Y respecto a su pregunta, no sabía que había tantos interesados hasta que llegué esta mañana y me encontré una fila de una cuadra esperando ser entrevistados para ocupar un empleo. Llevo cinco horas afuera, y ni un vaso de agua me han ofrecido. Una chica se tuvo que ir porque se descompuso. Y Yo tuve que sacarme los zapatos para soportar todas esas horas que estuve de pie. Si Zacha es una empresa familiar, díglele al dueño que la gente que espera afuera también merece respeto. Por qué no nos citan durante una semana, en lugar de tenernos a todos amontonados en el pasillo y las escaleras porque ponen un único día.

Camilo giraba la cabeza a uno y otro, fascinado con la batalla campal que se había armado en su oficina. Él era el jefe de recursos humanos, solo que a Ramiro le gustaba contratar personalmente a los empleados. Él no ponía objeción, pero tampoco iba a dejar escapar al diamante en bruto que tenía delante de sus narices, solo porque no tenía una extensa lista de antecedentes, que al fin de cuenta, no daban garantía de nada. Al contrario, para él, cuanto más larga era la lista, más complicado debía ser el empleado para cambiar tanto de trabajo.

—Perdón por no hacer venir a la camarera del bar para ofrecerles a los aspirantes un desayuno completo—gruñó el hombre insoportable.

Amalia apretó los puños para no estamparlos en su cara.

—Piden empleados entusiastas y atentos, y no sé de dónde han sacado este... este bruto que nos trata tan mal —exclamó Amalia, y señaló a la hiena.

—Disculpe a Ramiro, Amalia. Creo que ha tenido un mal día. Yo le creo que se tomaba en serio sus ventas —aseguró Camilo.

Ramiro lo miró con el entrecejo fruncido. Ni mal día ni nada, solo intentaba ser objetivo con la cantidad de personas con experiencia que había entrevistado antes de la fabuladora que tenía delante de sus ojos.

—Gracias, Camilo. Usted parece un empleado respetuoso, pero él... este... No sé cómo no han despedido a un empleado tan soberbio, irrespetuoso, insensible y ordinario.

Ramiro arqueó las cejas. La osadía de la futura empleada era asombrosa. Ella pretendía que lo echaran y tuvo ganas de soltar una carcajada, pero no pensaba dejar que viera sus dientes y volviera a compararlo con un caballo. Linda empleada pensaba contratar Camilo. Se estaba quejando y todavía no había empezado a trabajar.

Nada bueno salía de este tipo de mujeres, él lo sabía por experiencia. A mujeres como ella las quería lejos, a un abismo de distancia. No más fabuladoras, pero Camilo la acababa de contratar, y él se dio cuenta que tenía apretados los puños y los dientes, de caballo, como groseramente le había dicho.

—El puesto de vendedora es suyo —dijo Camilo. Amalia sonrió entusiasmada. Ramiro no tuvo dudas que su sonrisa era de triunfo, y frunció el entrecejo. Para qué diablos había venido si Milan pasaba de él como si no tuviera voz ni voto.

—¿En serio el puesto es mío? —preguntó Amalia, sin borrar esa sonrisa de “te gané la pulseada, idiota”. O eso dedujo Ramiro porque lo miraba a él, con esa cara de triunfo.

—Claro. No todos los días recibimos a alguien tan entusiasta como usted, Amalia...

—Amalia Burton —dijo, y se levantó tan excitada que volcó la silla donde se había sentado—. Lo siento. Es de la emoción. Gracias. Gracias —dijo, y abrazó a Camilo.

Ramiro arqueó las cejas. No tenía dudas que había sido la lisonjera de la escuela. La que le llevaba regalos a los profesores para intentar aprobar las materias.

—La esperamos el lunes. En recepción Marisol le va a informar el horario de ingreso, de salida y de descanso para el almuerzo, y todo lo que tenga que saber. Sea puntual, entusiasta, y quizá consiga el premio del mes.

—Lo seré. Seré una buena empleada —aseguró Amalia.

—Lo dudo —gruñó Ramiro, y ella ni lo miró y tampoco reaccionó a sus palabras. Se creía una ganadora. No sabía con quién se había metido. Desde ese momento, su meta sería despedirla de la tienda—. ¡Voy a convertirme en tu sombra! ¡Te voy a respirar en la nuca! Al mínimo error te pongo de patitas en la calle, fabuladora —dijo Ramiro en voz alta antes de que ella cerrara la puerta.

Amalia se giró y lo miró seria.

—Parece que hoy desayunó limón —dijo, y se marchó dejándolo más furioso.

—¡La escuchaste! —exclamó Ramiro, y hasta agitó los brazos.

—No soy sordo. Tiene carácter —comentó Camilo.

—Es una desvergonzada —dijo Ramiro, y Camilo vio que tenía la mandíbula apretada.

—Tú no te comportaste de forma educada.

Camilo no pudo borrar la sonrisa de su rostro. A pesar de la ira de su amigo él creía en ella. No tenía dudas que en poco tiempo se haría con el tan codiciado premio del mes. Se acercó al intercomunicador y pulsó el número uno.

—Marisol, está bajando una nueva vendedora que comienza el lunes. Dale todas las instrucciones.

—¿Tan rápido la han contratado? Ni siquiera le van a tomar una segunda entrevista —preguntó Marisol.

Ramiro apretó los puños al escuchar que Mari usaba el plural. Él jamás la habría contratado, y ella lo sabía. Esto era culpa del entrometido de Camilo, y él tuvo que callarse la boca para no dar un espectáculo delante de la nueva empleada, que solo les traería problemas.

—No es necesario una segunda entrevista.

—¿En serio, Camilo? ¡Vaya! Estoy asombrada, desconcertada e intrigada. ¿Y qué opina mi hermanito? —preguntó Mari. Escuchó un vete al diablo de su hermano, y soltó una carcajada. Ramiro le acababa de cortar la comunicación. Camilo había contratado a alguien nuevo, que su hermano no quería. Un buen cotilleo para entretenerse.

—Es una locura lo que acabas de hacer —aseguró Ramiro—. ¿Cuántos quedan por entrevistar?

—Unos veinte. Se cortó la fila a las nueve de la mañana porque seguían llegando interesados —dijo Camilo.

—Entrevístalos tú, ya que crees tener tan buen ojo. Pero te aseguro que voy a estar pisándole los talones a tu empleada. Un mínimo error y la pongo de patitas en la calle.

—No esperaba menos de ti, jefe —dijo Camilo, y sonrió satisfecho cuando Ramiro salió de la oficina. Un diamante en bruto que Ramiro no habría contratado porque no quería problemas. Pero él había visto más allá de lo que su amigo era capaz de reconocer. Ella podía ser un gran problema para su amigo, o la solución a sus problemas.

«Maldita bruja», susurró Ramiro Zachari mientras salía al pasillo. Allí estaban las veinte personas que esperaban ser entrevistadas. Algunos cambiaban el peso de un pie al otro, otros se despegaban de la pared y se erguían cuan altos eran al verlo salir de la oficina. Una mujer se había sacado los zapatos, al igual que la vendedora de baratijas, y se los puso apurada. Le sonrió tímida y agachó la cabeza como si ese desliz le quitara la posibilidad de conseguir el puesto. Todos necesitaban el trabajo, y soportaban la eterna espera porque no tenían otra opción. La bruja le abrió los ojos a una realidad que él había pasado por alto.

La verdad que la bruja lo había dejado asombrado con su ingenio para inventarse las experiencias en ventas que no tenía. Ese debía ser su primer trabajo, y a pesar de que estaba furioso con Camilo, no podía quitarle mérito a la estrategia que había empleado la joven para que la tuvieran en cuenta. Pero él no quería más ese tipo de mujeres, que sorteaban los obstáculos con artimañas.

Camilo, que había estado con la oreja pegada al vidrio, se quedó fascinado. Él también, pero no podía contratarla pasando por alto a varios aspirantes que entrevistó antes que a ella, con unos antecedentes dignos de tener en cuenta.

Pero una de las elegidas, le gustara o no, era Amalia Burton, que había entrado por la puerta hablando de sus ventas infantiles como si fueran la mejor referencia para entrar en Zacha.

No podía negar que era carismática y entusiasta; y también una gran fabuladora que sabía

conquistar a su interlocutor. Ventas de collares de mostacilla en la vereda. Venta de trastos que acarreaba por el barrio con la carretilla de su padre. Sonrió a pesar de que estaba enojado. Apenas ella empezó a hablar se quedó desconcertado. Pero ella seguía sacando experiencias ridículas de la galera, y él terminó tan deslumbrado como Camilo. Jamás iba reconocerlo en voz alta. Los días de entrevistas para contratar empleados eran un tedio, pero Amalia Burton, con su entusiasmo y sus ridículas experiencias, había llenado de magia cada uno de los rincones de la oficina que el jefe de personal le cedía para entrevistar a potenciales empleados.

Lo había querido engatusar alabando sus dientes y su sonrisa perfecta. Pero cuando supo que no pensaba contratarla, le dijo que tenía dientes de caballo, sonrisa torcida y lo comparó con una hiena. Y en ese cambio brusco de actitud, él había descubierto que la mujer estaba llena de tretas. Ramiro no quería más ese tipo de personas en Zacha. ¿O se estaba mintiendo cuando repetía esa afirmación?

Bueno, la fabuladora ya estaba contratada y el lunes volvería a verla en acción. El lunes volvería a verla. Pero qué estaba diciendo. El lunes se convertiría en su sombra, y estaría al acecho para ponerla de patitas en la calle ante el mínimo error, como le había advertido.

CAPÍTULO 2

Amalia se levantó a las siete de la mañana para ir a su primer día de trabajo en Zacha. Una sonrisa le curvó los labios al recordar la incredulidad de su madre cuando le contó que la habían contratado como vendedora contando sus experiencias infantiles.

Marcela no dejaba de repetir: ¡No me lo puedo creer! Hasta se había puesto a llorar de la emoción, y también de dolor porque ella había tenido que renunciar a sus estudios para ayudarla a saldar las deudas que les había dejado su padre.

Amalia no se sentía feliz por el modo en el que había conseguido el trabajo. Pero estaba entusiasmada porque lo había logrado. La visualización había dado sus frutos. Aunque el hombre que la entrevistó no debía estar tan contento como ella, puesto que había intentado boicotear la decisión del jefe de recursos humanos.

¡Qué hombre despreciable!, aunque tenía que reconocer que al principio se le cruzaron los ojos por lo encantador que le pareció. Pero ese atractivo solo era la fachada bajo la que se ocultaba el diablo.

Sabía que se había comportado como una idiota hablando de sus ventas infantiles. Pero qué otra cosa podía hacer si mentir se le daba mal. Lo importante era que Camilo Milan había estado escuchando detrás del vidrio y le había dado el trabajo. Ahora tenía que esmerarse en conservarlo, porque no tenía dudas que el diablo estaría al acecho de un mínimo error. Ella tenía que mantener ese trabajo, al menos hasta que volviera la estabilidad económica a su hogar.

Esa tienda no era lo que soñaba para su futuro, pero soñar era una utopía. Cuando su padre se marchó, descubrió que el futuro era algo impredecible. Lo mejor era poner los pies en la tierra y pensar solo en el presente.

Se miró en el espejo de su habitación. Marisol le explicó todo el tema de los horarios, y la había enviado al sótano, donde funcionaba el taller, para que hablara con la señora Rosa, que se ocupaba de los arreglos de las prendas que vendían.

Rosa le entregó dos conjuntos de falda, camisa y casaca, que era la ropa que usaban las vendedoras en la tienda. Es decir, que ni siquiera tenía que gastar un dinero que no tenían para estar presentable en el trabajo. También le entregó los zapatos. Eran cómodos y bonitos, en color rojo, como la falda y la casaca.

Cuando ingresara le darían una placa con su nombre, para que la prendiera en la camisa.

«Si alguien se queja o quiere hablar bien de ti, sabrá tu nombre», le aclaró la señora Rosa. Le contó que trabajaba en Zacha desde antes de que las tiendas se hicieran famosas, aunque no entró de detalles.

Amalia agarró las llaves del coche y salió de la casa. Coche que su padre no se había llevado porque había sido un regalo de su abuelo materno, al igual que la casa donde vivían. Menos mal que su madre nunca accedió al deseo de su padre de vender la casa y comprar una más grande y más céntrica, o de cambiar el coche por un modelo más nuevo. Sino también se los habría quedado, o habría exigido la venta para llevarse su parte.

Zacha era impresionante. Tres plantas donde se vendía de todo. Cada sector tenía un color distintivo en los pisos, que brillaban como espejo. Tenía escaleras mecánicas y ascensor vidriado para los clientes. Ella había estado en el sector de ventas como clienta, porque tenían gran variedad de productos y se acomodaban al presupuesto de todos sus clientes.

Ese día ingresaba por la puerta lateral, que era por donde entraban todos los empleados. Llegó quince minutos antes de la hora de ingreso y se quedó en la recepción esperando a Marisol para que le indicara dónde tenía que dirigirse, pero la recepcionista no estaba por ningún lado y ella no sabía qué hacer. No quería que le dijeran que había llegado tarde el primer día de trabajo. Tenía que ser una empleada eficiente y responsable, la mejor de todas, para demostrarle a ese soberbio que con ella se había equivocado. Ramiro, así lo había nombrado el encantador de Camilo Milan.

Se obsesionó mirando a cada rato el móvil, mientras esperaba de pie delante del escritorio de Marisol sin que la mujer apareciera.

—Lo siento. Lo siento. Me dormí —gritó la mujer a sus espaldas. Marisol era una mujer alta y delgada, cabello castaño y ojos marrones claros. Bonita y agradable. No llevaba uniforme, y tenía unas prendas hermosas. Pantalón blanco, camisa verde claro y una chaqueta en verde más oscuro. Amalia admiró la buena combinación de las prendas. Los tonos que había elegido Marisol eran preciosos—. Ve por el pasillo y sube a la segunda planta. Allí pregunta por Karina Linares, que es la jefa de ventas del sector de indumentaria femenina.

—¿Voy a trabajar en indumentaria femenina?

—Hoy sí porque una de las vendedoras está de vacaciones.

—Perfecto.

—Si te gusta, te quedas. Si no te agrada, buscaremos vacante en otro sector. Aquí puedes elegir el sitio adonde te sientas más a gusto, siempre que se produzca una vacante. En este momento hay disponibilidad en el sector de indumentaria y en el sector de electrodomésticos. Y creo que hay una vacante en ferretería.

—Me gusta indumentaria femenina —aclaró Amalia porque de ferretería no sabía nada.

—Genial. Es uno de los sectores que más trabaja. Hay que vender bastante para lograr

buenas comisiones. Pero en ferretería es peor.

—Te aseguro que voy a vender hasta los pisos —dijo Amalia.

—Eso me dijo Camilo. Cree que nos vas a sorprender a todos. Apostó por ti dejándose llevar por un pálpito. Aunque Ramiro no estaba muy feliz —aclaró, y soltó una carcajada.

Ella se quedó mirando a la mujer con la boca abierta. No sabía que era tan importante para que Camilo hablara bien de ella. De lo que no se sorprendió era que la recepcionista soltara una carcajada porque el soberbio de Ramiro no estaba feliz.

—Tengo que agradecerle a Camilo. No voy a defraudarlo. Quiero ser buena empleada —aseguró Amalia.

—No está en la tienda. Hay tres más, y él viaja a las sucursales porque por el momento no podemos tener jefe de recursos humanos en cada una de las sucursales. No lo vemos mucho por aquí —aseguró—. Pero lo que necesites, me lo pides o se lo pides a Karina Linares, tu jefa en indumentaria.

—Gracias. No quiero llegar tarde y ya son las ocho y treinta.

—Cierto. Pero hoy no tendrás problemas. Yo sé que llegaste en horario y ya aviso a recursos humanos. Al medio día pasa por la oficina donde te hicieron la entrevista, y pídele a la secretaria que te entregue tu tarjeta electrónica. Todos los días tienes que pasarla por el lector que está en la entrada, y también ingreso y egreso en la tercera planta cuando vayas a almorzar al comedor de la empresa. No hay mucha variedad, pero tienen menú diario y es gratis para los empleados. Un servicio que brinda Zacha.

Amalia estaba tan nerviosa que se había olvidado de traer una viandita para el almuerzo, y por suerte era gratis. Nunca se había preocupado por pagar el almuerzo en la facultad, pero ese mes no tenían dinero. Marcela iba a pedir un adelanto en la mercería, pero solo podrían pagar los servicios esenciales y hacer algunas compras de mercadería para no morir de hambre hasta que ella cobrara su primer salario. Y mientras ellas buscaban la forma de salir del desastre, su padre estaba viviendo un idilio con su joven amante. En ese momento lo odiaba, porque no le había importado dejarlas en una situación desesperada.

—Gracias. Estoy muy contenta de estar trabajando en Zacha.

—¿Era tu sueño?

No lo era, pero Amalia asintió. Se le anudó la garganta y le brillaron los ojos pensando en los sueños truncados. Estaba enojada, furiosa y preocupada. Por suerte Marisol lo interpretó de otra manera.

—Me encanta cuando los empleados se emocionan hasta las lágrimas por haber conseguido entrar en la tienda. Ahora ve a la segunda planta que Karina te está esperando —dijo Marisol.

Amalia agradeció la confusión, y que la despachara sin tener que inventarse algo sobre su

sueño de trabajar allí.

Karina Linares era una especie de soldado que marcaba el ritmo de los empleados con paso militar. «Sector de lencería, Lea». «Deportes, Fany». «Ve a trajes de noche, Amalia, y aprende de Alicia que está atendiendo a una cliente».

Karina la tuvo toda la mañana corriendo de un sector a otro para que aprendiera dónde estaba cada cosa, y el trato que las empleadas le brindaban a las clientas. Amalia corrió sin decir una palabra, salvo, “ya voy, jefa”. Los zapatos rojos que le parecieron tan bonitos y cómodos, le estaban haciendo ampollas en los talones y en el dedo meñique. El roce la estaba matando, pero no se quejó ni mermó el ritmo enloquecido de trabajo.

A primera hora el trabajo había sido tranquilo, pero a las diez de la mañana las clientas no paraban de ingresar y pedir asesoramiento a las vendedoras. En el enorme espacio del sector de ropa femenina no entraba un alfiler.

Amalia no se percató de que Ramiro Zachari estaba en el tercer piso, mirando desde su oficina vidriera a la nueva vendedora que había contratado Camilo en contra de su voluntad. Ese día tendría que haber estado a cincuenta kilómetros de la ciudad, comprobando el buen funcionamiento de la sucursal de Zacha que habían abierto dos meses atrás en Las Lomitas, una ciudad turística de cinco mil habitantes, que recibía muchos visitantes los fines de semana, y que llenaba los hoteles y cabañas durante los meses de verano. La tienda de La Lomita apenas tenía un piso, pero tenía todo lo que la pequeña ciudad necesitaba y un sector especial de *souvenir* para que los turistas que iban de vacaciones se llevaran algún recuerdo del lugar.

El encargado lo esperaba a media mañana, pero Ramiro se había inventado un contratiempo porque lo mataba la curiosidad. Quería seguir de cerca a la nueva vendedora.

Karina la tenía corriendo de un lado a otro del sector de indumentaria, y él estaba observando asombrado el baile que le daba la jefa al diamante en bruto de Camilo. Amalia Burton prestaba atención a lo que hacían las vendedoras, las observaba con tanta concentración que Ramiro arqueó las cejas. Parecía una esponja que lo absorbía todo. No se la veía agotada, sino llena de energías. No había cometido ni un solo error en toda la mañana. Se mostraba diligente y casi corría a cumplir las órdenes de Karina.

La tienda no cerraba a la hora del almuerzo, pero el ritmo de clientes mermaba de doce y treinta a dos y treinta, y los empleados iban por turnos al restaurante del tercer piso. Eran las dos de la tarde y Ramiro estaba sorprendido de que Karina no enviara a la nueva empleada al comedor.

—Vete a almorzar, Amalia. Se me pasó la hora y el comedor cierra a las dos y treinta. Te vas a tener que conformar con media hora —dijo Karina.

A Amalia Karina no le caía bien, la había tenido corriendo de un lado a otro y le había robado media hora de almuerzo, pero no pensaba quejarse el primer día de trabajo. No pensaba

quejarse en los días siguientes porque no iba a darle motivos al soberbio de Ramiro para que la echara.

—Gracias. Estoy muerta de hambre. Pero si necesitas que me quede...

—Tienes que parar el ritmo y comer para poder rendir a la tarde —aclaró su jefa.

Dudaba que pudiera almorzar, puesto que para ingresar al comedor tenía que pasar la tarjeta del horario, y antes tenía que pedirla en recursos humanos, como le explicó Marisol a la mañana. Igual lo intentó. Corrió a la oficina rogando que el trámite fuera rápido, algo así como asomar la cabeza y que alguien le tendiera la bendita tarjeta. Pero al llegar a recursos humanos se encontró la puerta cerrada con llave. La recepcionista no estaba en su sitio y supuso que estaba almorzando. Se quedó a esperarla en el pasillo, de pie frente a la puerta cerrada, soportando el ardor de las ampollas que tenía en los pies. Pasaron cinco minutos, diez y la mujer no regresaba. Miró a todos lados y como no había nadie, se sacó los zapatos y se le escapó un suspiro de alivio.

—Estoy agotada, y todavía me falta correr toda la tarde —dijo, no a modo de queja sino detallando lo evidente.

Las otras empleadas no habían corrido como ella, pero suponía que todas las nuevas tenían el mismo trato. Quizá era la forma de correr a los más débiles.

—¿Algún problema con tus zapatos? ¿Por qué estás en el pasillo? —preguntó Ramiro.

Amalia se sobresaltó, y lo primero que hizo fue calzarse los zapatos. Después se giró y lo miró asombrada. El tipo pensaba convertirse en su sombra. Él no iba a parar hasta echarla de Zacha.

—Qué sorpresa más desagradable. La hiena al acecho —exclamó Amalia, agitando las manos como si no pudiera creer la persecución de ese hombre. Tuvo que levantar la cabeza para observarlo porque era alto. Ese día estaba más informal. Llevaba un pantalón de vestir y zapatos, pero la camisa no estaba almidonada, sino que tenía varias arrugas y la llevaba abierta, dejando a la vista el vello del pecho. Se distrajo un segundo porque más que hiena parecía un león cazando al cervatillo. ¡Y qué león! Mirarlo era demasiado tentador, lástima que su forma de ser era espantosa. Un mechón de cabello le caía por la frente, y no le sacaba los ojos de encima. Tenía una mirada intensa. Era como si pudiera ver más allá de su apariencia. No era despectiva, sino la de una persona astuta. Amalia cerró los ojos para dejar de admirarlo y concentrarse en una réplica aguda, que era lo que se merecía por estar buscando cualquier excusa para irle con el cuento al bueno de Camilo—. Mire, solo me saqué los zapatos un segundo porque se me formaron ampollas. Aquí no hay clientes. Y estoy en el pasillo porque me tienen que dar una tarjeta para que pueda ir a almorzar. Como puede ver, la puerta está con llave y la secretaria no está. Será mejor que me olvide del almuerzo y vuelva al trabajo. Igual ya no me quedaba tiempo para llegar al restaurante y regresar a mi sector antes de las dos y treinta. Y sabe qué, no pienso darle ningún pretexto para que me eche —dijo, y se marchó, dejándolo con la palabra en la boca.

Qué se creía ese arrogante, aunque lo de arrogante era una impresión de ella, porque casi no lo había dejado hablar. Camilo había pasado de él cuando la contrató, y Amalia supuso que no tenía poder para echarla. ¿No sería el secretario que tenía que darle la tarjeta? Si lo era no le dijo nada. Quizá se estaba regocijando de haberla dejado sin almuerzo. A partir de ahora tenía que controlar lo que salía de su boca hasta que lograra descubrir el cargo que tenía la hiena.

Ramiro se quedó mirándola mientras se alejaba, muy digna y orgullosa. Parecía la dueña de Zacha, no la empleada que acababa de ingresar a la tienda usando artimañas. Taconeaba, aunque las ampollas que le dijo que tenía en los pies la hacían renguear. Era menuda, pero qué carácter podrido que tenía. No le había dejado decir una palabra. Él solo le había preguntado por qué se sacó los zapatos y que hacía en el pasillo. No iba a negar que la estaba controlando, porque eso estaba haciendo, pero no la había agredido ni insultado para que sacara las uñas de esa manera.

Ella había vuelto a llamarlo hiena. No sabía de qué se asombraba si ya había recibido sus insultos el día de la entrevista porque no estaba de acuerdo en contratarla. Él no tenía nada personal contra Amalia Burton. ¿O sí? Mejor no hacerse preguntas que no podía responder. Pero tenía que parar de alguna forma esa idea de ella de faltarle el respeto, puesto que era él quién se estaba llevando todos los insultos, y eso lo ponía furioso. ¿Acaso no era un motivo para despedirla?, claro que sí.

Se marchó. No iba despedirla por llamarlo hiena. Lo haría cuando comprobara que no era tan buena vendedora como se había pintado en la entrevista.

—¿No tenías que estar en Las Lomitas? —preguntó Luis, su padre.

¿Qué hacía su padre un lunes en la tienda?, si desde que él estaba a cargo jamás venía los días lunes. Luis se regocijaba cuando decía que venía a la tienda cuando se le daba la gana porque ya había trabajado demasiados años y demasiadas horas en su juventud. En realidad su padre no vivía en la ciudad, y se encargaba de echar una mirada a las tres sucursales que tenían en pueblos turísticos. Un alivio para Ramiro porque así no tenía que hacer tantos viajes.

—Pasé la reunión para mañana —comentó Ramiro.

—Espero que no tenga que ver con la mujer que contrató Camilo.

—¿Desde cuándo estás pendiente de todos los empleados que se contratan? —preguntó Ramiro.

—Siempre estoy enterado de todo.

—Pero nunca apareces por la tienda para curiosear a una en particular.

—Será porque me sorprendió tu interés por ella —comentó Luis.

Ramiro lo miró con el entrecejo fruncido. ¿De dónde sacaba esa deducción?

—Supongo que Marisol te fue con el cuento de que no viajé a Las Lomitas, y por eso deduces que estoy interesado.

—Ya sabes que le gusta pasarme los cotilleos. Y me ha dicho que la nueva vendedora está en boca de todos.

—¡Pero si recién entra! ¿Qué maldito rumor corre? —exclamó Ramiro.

—Esto es como una gran familia, Ramiro, nunca lo olvides. Todos ya están enterados de que entró contando sus experiencias infantiles, y parece que ese detalle no cayó bien en los empleados —dijo—. ¡Qué ocurrencia tan ingeniosa! —aclaró, y soltó una carcajada—. El problema es que está corriendo el rumor de que alguien le dio una mano.

—Pues te aseguro que no he sido yo.

—Pero has aplazado una reunión para ver cómo le iba en su primer día.

—Mi único interés es acelerar su despido. La voy a perseguir como si fuera su sombra.

—¿No tienes asuntos más importantes que estar persiguiendo a una pobre vendedora?

—¡Pobre vendedora! Fui yo quien la entrevisté, y te aseguro que lo de pobre vendedora no va con su personalidad. No me fio de la gente que usa artimañas para conseguir un trabajo —gruñó. Estaba enojado porque su padre no tenía derecho a recordarle sus asuntos más importantes, por una maldita vez que aplazaba una reunión.

—No pongas a todos en la misma bolsa. Si alguien usa ese tipo de artimañas para conseguir un trabajo, es porque está desesperado —aseguró su padre—. Recuerdas la anécdota que les contamos de tu madre. ¿Qué no se inventó para conseguir un empleo en la tienda!, y en esa época Zacha no era esto —dijo su padre, y señaló los tres pisos.

—Te olvidas de que no todos son como mamá —aclaró Ramiro.

—Ni todos son como...

—No la nombres. Te lo prohíbo —aclaró Ramiro, y se alejó furioso de su padre, porque en ese nombre estaba el motivo por el que no quería mujeres como Amalia Burton.

—Para no tropezar dos veces con la misma piedra, lo mejor es que te mantengas alejado. Ella solo es una vendedora que necesita el trabajo. No olvides cuál es tu sitio —gritó su padre.

Allí estaba el problema. Era difícil mantenerse alejado de personas como ella, que tenían una personalidad que atraían como un imán. Pero no tenía que olvidar que eran serpientes que inyectaban el veneno cuando uno menos lo esperaba.

Esa mañana la había visto llegar antes de la hora de ingreso. La había espiado mientras se paseaba nerviosa en recepción porque Marisol no estaba en su puesto. La vio mirar el móvil con insistencia, seguramente controlando la hora para que no le recriminaran que había llegado tarde. La vio toda la mañana corriendo en su sector, acatando sin quejarse las órdenes de Karina. Sabía que no había almorzado, y tampoco se había quejado, ni había cambiado su gesto cordial a pesar de que caminaba con dificultar por las ampollas de los pies. Y siguió observándola por la tarde, esperando que cometiera algún error. Pero ella seguía corriendo para cumplir las órdenes de su jefa, que no la había dejado atender a ninguna clienta.

Es decir, que ese día no había hecho comisiones de venta.

Si no vendía, podía echarla. Pero se consideraba un jefe justo, y quería echarla porque era un desastre como vendedora, no porque Karina le quitara la posibilidad de hacerlo.

Y como si el baile que le había dado Karina todo el día no fuera suficiente, la hizo quedar después de hora para que acomodara todos los productos que estaban dispersos en la tienda. Dos horas más de las ocho que había cumplido, pero su actitud, su obediencia a la jefa, su sonrisa nunca había flaqueado. Por el momento no tenía nada en contra de Amalia Burton, salvo que había estacionado su coche viejo en el sector de los ejecutivos.

CAPÍTULO 3

Agotada. Rendida. Muerta de hambre. Con los pies destrozados. Así estaba Amalia cuando salió de Zacha por la puerta lateral, con los zapatos en la mano y creyendo que en cualquier momento se iba a desmayar. No había probado bocado desde que salió de su casa antes de las ocho de la mañana. Al menos, una compañera que se llamaba Leandra, y le pido que le dijera Lea, le había dicho que se fuera a la cocinita a tomar un café cargado para poder aguantar las horas que faltaban hasta la hora de salida.

Salir era lo único que deseaba, pero la jefa decidió que era bueno que se quedara a acomodar algunas cosas dispersas para familiarizarse con el entorno. Ella ya estaba familiarizada, puesto que la había tenido corriendo del sector lencería, a deportes, a vestidos de tarde, de noche, de mañana y un largo etcétera. Y la había tenido acomodando ropa desperdigada toda la maldita tarde, sin dejarla atender a ninguna clienta. Es decir, que el primer día no le había permitido demostrar su valía, ni ganarse las comisiones de alguna venta. Y si no vendía, la hiena la iba a echar.

Dos horas más, le había dicho Karina. Lea le dijo que se las iban a pagar. Por suerte, la secretaria de recursos humanos se presentó antes del horario de salida, se excusó por no haber estado al mediodía y le entregó su tarjeta de salida.

Por la tarde varios empleados se habían pasado por su sector. Algunos la miraban con curiosidad y otros con cierto recelo. Era la comidilla de sus compañeros, y eso la tenía algo decepcionada porque ni siquiera la conocían.

Amalia supuso que el arrogante de Ramiro había corrido la voz de que la nueva había entrado sin las referencias adecuadas. Se sentía decepcionada y tenía ganas de estamparle la renuncia en la cara al arrogante, pero cuando se acordaba que no habían pagado la boleta de la luz, y que sin su ingreso no podían vivir, se le pasaba la ira.

Llegó al estacionamiento cuando casi era de noche. Caminó al coche y cuando se desplomó en el asiento, ansiosa por regresar a su casa, vio la nota que le habían dejado en el parabrisas. Estaba encajada en las escobillas. Salió y volvió a auto a leerla.

«Este sector es el estacionamiento de los dueños, el director, los gerentes y jefes. Los empleados tienen que estacionar al fondo. La próxima vez no encontrarás una nota de advertencia». Firmaba Ramiro Zachari, la hiena, y debajo había escrito en mayúscula su cargo.

DIRECTOR GENERAL. ACCIONISTA DE ZACHA.

Amalia abrió la boca asombrada. ¡Le había dicho hiena a uno de los dueños de Zacha! ¡Le había dicho que tenía dientes de caballo y que se le torcía el lado derecho del labio cuando sonreía! Ella había insultado al director sin motivo, solo porque no la quería contratar porque lo había querido engatusar con sus ventas infantiles.

¡Noooo!, gritó y golpeó el volante de su coche. Había jugado con fuego y se había calcinado. Quizá ya la había echado y al día siguiente, cuando se presentara a trabajar, Ramiro, el director y accionista, estaría esperándola en la puerta, con su sonrisa perfecta, para decirle que ya no era más empleada de indumentaria femenina, ni de Zacha. Si tenía suerte, quizá la sacaban de indumentaria y la mandaban a fregar pisos, y ella se tendría que quedar porque necesitaban el maldito dinero.

Odiaba a su padre, y odiaba a Ramiro Zachari.

—¿Estás bien? —preguntó alguien que estaba junto al vidrio—. Vaya, sí que tienes privilegios. ¡Te has estacionado en el sector reservado para los jefes! —exclamó.

—Solo fue por error. Ya me han puesto una nota para avisarme que tengo que estacionar al fondo —dijo Amalia, y miró al hombre que estaba parado junto a la puerta de su coche—. No tengo privilegios, solo necesidad del trabajo —aclaró.

—Diego Latorre. Departamento de *Marketing* —aclaró, y le sonrió. Era tan delgado como un junco, y tan amable que Amalia sonrió, a pesar de que estaba al borde de un ataque de nervios.

—Amalia Burton. Mi padre se fue con su amante de treinta años y se llevó todos los ahorros, incluido el dinero del mes que mi madre guardaba en una lata. Yo tuve que dejar mis estudios de arquitectura y buscar un trabajo para ayudar a pagar las deudas que nos dejó el despreciable, como lo llama mi madre. Estamos en bancarrota —aclaró, como si a ese pobre hombre le importara su desastrosa situación económica. Pero Ramiro Zachari acababa de agregar la gota que rebalsó el vaso, y le soltó todas sus desgracias a su compañero de *marketing*.

Diego Latorre arqueó las cejas.

—Trabajo aquí desde hace seis meses. Mi novia y yo estamos haciendo un colchón de dinero para poder casarnos, pagar la fiesta, ir de viaje de bodas y pagar el alquiler y todo lo que se nos viene. Ahora vivo con mis padres y no tengo gastos —aclaró.

Amalia soltó una carcajada, y Diego hizo lo mismo.

—Lo siento. No debí contarte mis penas. Es que mi primer día ha sido un desastre. Todos me miraban como si hubiera entrado acomodada. A mí no me contrató el jefe máximo, accionista, director y todos los títulos que tenga. Él estaba por darme la patada y justo entro el ángel de Camilo Milan y me dijo, estás contratada.

—¿Y sé puede saber qué le dijiste a Camilo para que te contratara?

—El requisito fundamental era tener experiencia, y como no la tenía le conté mis experiencias infantiles vendiendo collares. . Y como pedían antecedentes, les traje las fotos que me sacaba mi papá de cuando ponía la mesa en la vereda o salía a vender trastos con la carretilla. A Camilo le encantó mi entusiasmo.

Diego soltó otra carcajada.

—Me caes bien, Amalia Burton.

Cuando llegó a la casa, Amalia le contó a su madre que no había almorzado, que todos la miraban con recelo porque creían que había entrado acomodada y que se estacionó en el lugar de los jefes. También le dijo que creía que al día siguiente la iban a despedir porque había llamado hiena y dientes de caballo al director de Zacha.

—¡No lo puedo creer! Pero tú qué tienes en la cabeza. Cómo se te ocurre insultar al dueño.

—Cómo iba a saber que era el dueño —aclaró Amalia con la boca llena. El hambre que había pasado ese día se había llevado sus modales—. Él me hizo la entrevista, y el jefe de recursos humanos pasó por encima de su decisión cuando me contrató. Cómo no voy a llamarlo hiena si se pasó toda la entrevista riéndose de mi experiencia en ventas. ¿Para qué me dejó hablar?, si no pensaba contratarme.

—¡Mañana te echan! —dijo Marcela, siempre tan pesimista.

—Yo también lo creo. Pero esta noche me voy a visualizar vendiendo como no lo hace ninguno de los vendedores de la tienda. Voy a vender hasta los lustrosos pisos y las escaleras mecánicas.

—Estás loca —aseguró mi madre.

—No le voy a dar motivos para echarme. Aunque ya no voy a llamarlo más hiena, ni voy a hacer referencias a sus dientes de caballo.

—Todo esto es por culpa del indeseable —susurró Marcela—. Tendrías que estar estudiando y...

Marcela se puso a llorar y Amalia la abrazó.

—En realidad tiene unos dientes perfectos y una sonrisa que te deja con la boca abierta. Se lo dije antes de saber que no pensaba contratarme —aclaró, y su madre la miró con el entrecejo fruncido.

—Dios mío. Pobre hombre —dijo Marcela—. Es mejor que no te dejes llevar por mi pesimismo. Lo estás haciendo muy bien, Amalia.

Eso no era cierto. Lo estaba haciendo mal, pero cómo iba a saber que el dueño tenía tan pocas responsabilidades que se dedicaba a entrevistar a los posibles empleados, y una vez contratados los perseguía para saber si eran merecedores del puesto.

—Voy a ser la mejor. Voy a demostrarle que soy la mejor vendedora de Zacha —

aseguró.

A las diez de la noche Amalia roncaba en el sillón de la sala. Por suerte, antes de entregarse a los brazos de Morfeo logró su objetivo de visualizarse hablando con las clientas, asesorándolas en el estilo de prendas y los colores que mejor les quedarían. Eso no se lo estaba inventando. Siempre había tenido buen ojo para comprar ropa, y ayudaba a sus amigas cuando querían algo que les quedara bonito, y todas quedaban encantadas. ¿Por qué no iba a poder hacerlo con las clientas? No se iba a dar por despedida antes de tiempo. No se iba a ir de Zacha sin luchar.

Al día siguiente todo fue igual al primero. Su jefa la hacía correr de un sector a otro. Le ordenó que siguiera observando cómo vendían sus compañeras, y que acomodara las prendas, pero no la dejó atender a las clientas. Al menos no le robó la hora del almuerzo ni la hizo quedar dos horas ordenando el sector. Supuso que no quería que a la nueva le pagaran horas extras. Así la llamaba delante de las vendedoras, que la chica nueva pase la primera hora contigo, así aprende.

Al paso que iba, no tendría ventas ni comisiones, y Ramiro Zachari iba a despedirla. Para su alivio, el segundo día no se cruzó con él ni le dejó notas intimidantes en el parabrisas. Se fue frustrada a su casa. Su trabajo en ese momento dependía de una jefa que estaba empecinada en negarle la posibilidad de vender, y de Ramiro Zachari que esperaba que no vendiera para echarla.

Si bien Ramiro tuvo que ausentarse de la tienda, se mantenía informado sobre el desempeño de Amalia Burton. No porque llamara para interesarse, sino porque Camilo lo llamaba para contarle las novedades. Los dos primeros días, Karina seguía en la postura de que Amalia tenía que seguir aprendiendo de sus compañeras. El tercero y cuarto seguía sin vender. Camilo se mostró enojado por la actitud de Karina. «Al final voy a tener razón yo», le comentó Ramiro. «De qué razón hablas si no la deja vender. Estoy seguro de que es una gran vendedora», reprochó Camilo.

Ramiro no sabía si era una buena vendedora.

¿La quería afuera de Zacha?, esa era una pregunta a la que no se animaba a responder. Lo único que sabía era que Amalia Burton lo tenía lleno de curiosidad.

Antes de ponerla de patitas en la calle, Ramiro quería saber si las experiencias infantiles con las que había entrado a Zacha eran tan efectivas como ella se las había pintado. Para eso ella tenía que demostrar su valía, y si la echaba por un hecho ajeno a Amalia Burton nunca se iba a

enterar.

Mientras sacaba todas esas conjeturas, se le ocurrió un plan para que Camilo se pusiera en acción. Un plan perfecto que a él le permitiría comprobar la capacidad de la nueva vendedora.

«Te apuesto lo que quieras a que te has equivocado, porque no creo que sea una gran vendedora», propuso Ramiro, sabiendo que a su amigo le encantaban estos retos. «Hecho», le había dicho Camilo pensarlo.

A Ramiro se le ocurrió la apuesta, y Camilo lo dejó sorprendido con lo que ponían en juego en esa apuesta. Él pensó que Camilo apostaría algo así como que el perdedor pagaría la bebida en el bar, o como mucho una cena. Pero su amigo había soltado una bomba. Y él, Ramiro Zachari, la había aceptado.

El viernes, Amalia salió más temprano de la casa, estacionó al fondo y entró decidida a decirle a su jefa que se sentía preparada para atender a las clientas, que era para lo que la habían contratado. Llevaba cuatro días sin que Karina la dejara vender, y estaba indignada.

Amalia pasó su tarjeta y subió al segundo piso. Ella necesitaba ganar comisiones para saldar las deudas. El sueldo no era malo, pero no era suficiente para el desastre que les había dejado su padre.

Cuando llegó al sector, Karina no estaba por ningún lado y Lea le contó que la habían dejado a cargo de indumentarias.

—Ve y aprovecha a vender que a la víbora la enviaron al sector de decoración porque el jefe tuvo un problema familiar.

La ausencia de Karina le dio la oportunidad de probarse como vendedora. Aunque no hubo demasiado movimiento de gente, ella asesoró a una clienta encantadora, que quería un vestido de noche, y entre charlas y risas le terminó vendiendo un montón de prendas y accesorios. La clienta estaba exultante, y Amalia también. Al mediodía almorzó en el comedor con Lea, y sonrió al ver a Camilo Milan almorzando en una de las mesas del comedor.

—Qué linda sorpresa —dijo Camilo, y se sentó con ellas.

—Trae tu plato —sugirió Lea.

—Gracias, pero acabo de terminar. ¿Cómo van esas ventas, Amalia Burton? —preguntó Camilo, a pesar de que él sabía que llevaba desde el lunes sin que Karina la dejara vender. Le sonrió porque la joven le caía bien, y estaba decidido a ayudarla... y de paso a ganar la apuesta que tenía con Ramiro.

—Amalia atendió a una clienta y por poco le vendió hasta el florero que estaba en la caja —dijo Lea, y soltó una carcajada—. A Karina la mandaron a hacer un reemplazo en el primer piso, y por fin ha podido demostrar que sabe vender —contó Lea.

Camilo arqueó las cejas al escuchar lo del reemplazo de Karina. ¿No era él quien tenía que pedirle que fuera a hacer un reemplazo?, al parecer alguien lo había decidido, sin consultarle. Lea siguió hablando y Camilo apuntó el dato para averiguar quién había dado la orden de ese reemplazo.

—Le pregunté a la señora si había quedado satisfecha, y me dijo que eso era quedarme corta. Que le dio unos consejos valiosos y ella aprovechó para renovar algunas prendas del vestidor —admiró Lea.

—¿Es cierto eso?

—Bueno, siempre he sido intuitiva para saber qué prenda y que color va con cada persona. Quizá solo ha sido un golpe de suerte —aclaró Amalia con humildad.

Camilo soltó una carcajada y gritó «Lo sabía. Esa es mi chica».

Amalia y Lea se miraron sin entender.

—Perdón. Es que tengo una apuesta con Ramiro, y con lo que me acabo de enterar, no tengo dudas que voy a ganarla. Si quieres que pierda el hombre que no te quería contratar, tienes que vender mucho —aclaró.

—¿Han apostado con mi necesidad de trabajo? —preguntó Amalia, y frunció el entrecejo.

—Con tu necesidad no, con tu capacidad —aclaró Camilo, y se removió algo incómodo. No debería haberle soltado lo de la apuesta. Eso era ser desleal con Ramiro y era ofensivo para Amalia. Pero el día anterior Ramiro lo había retado con esa apuesta, y al escuchar que Lea le contaba lo buena que era para vender, se dejó llevar por el entusiasmo. Una apuesta provocaba esos errores, al menos en él que era competitivo y le gustaba ganar—. Ya tengo que regresar. Se pasó mi hora de almuerzo —se excusó, para no darle oportunidad a Amalia de que siguiera indagando.

Amalia lo miraba desconcertada y Lea tenía los codos apoyados en la mesa, como si quisiera conocer hasta el mínimo detalle de esa apuesta. Ramiro lo iba a matar si se enteraba.

—Eso es injusto —susurró Amalia.

—Ay, hija, aquí hay muchas cosas que no son justas. Ya vas a aprender con el correr de los días. Te aclaro que yo también me quedé desconcertada. Creo que se le escapó lo de la apuesta. Debe estar arrepentido —dijo Lea, y se llevó el tenedor a boca—. Come que en media hora tenemos que estar atendiendo a las clientas.

Por la tarde, Amalia no paró un minuto de atender clientas, y vendió mucho. Sus compañeras estaban asombradas e indignadas porque las clientas de Amalia no solo se llevaban

la prenda que venían a buscar, sino que les vendía varios conjuntos, y hasta ropa interior sexy.

Con el correr de los días nadie ponía en dudas su capacidad como vendedora. Por los pasillos corría el rumor de que era la empleada que más había vendido en indumentaria femenina en el mes, y eso que llevaba dos semanas en Zacha, y solo una vendiendo.

Amalia no conocía ese detalle. Ninguna de sus resentidas compañeras le contó la feliz noticia. La ausencia de Karina en el sector le había dado la posibilidad de demostrar que sabía vender, y ella aprovechaba cada minuto para sumar comisiones.

Amalia estaba entusiasmada. Las clientas que había atendido unos días atrás regresaban con sus amigas, sus hijas y sus hermanas; y la esperaban para que las atendiera ella. No solo querían comprar, sino que todas querían que las asesorara. Esto, por lógica, le granjeó más enemigas.

Ya tenía a Ramiro Zachari respirándole en la nuca, aunque por suerte estaba desaparecido. Su jefa casi no le dirigía la palabra porque su presencia había roto la armonía en su sector. Karina no quería envidias en su sector, pero era lo que tenía desde la llegada de Amalia Burton a su sector, sin referencias, y vendiendo más que el resto. Con ese dato, sus compañeras estaban furiosas, la miraban con desprecio y, salvo Lea, ninguna le dirigía la palabra. Que la alumna superara a la maestra les tenía el ego revolcado por el piso.

Camilo le explicó que no estaban resentidas solo por las comisiones, sino porque era una competencia imposible de superar para ganar el famoso premio mensual.

Amalia comprendió que allí estaba el mayor de los problemas. Ella se había olvidado del premio, y sin saberlo podía llegar a ganarlo.

—¡Oh! Pero si lo gano, dudo que me lo den de nuevo al otro mes —comentó Amalia.

—No, tendrías que esperar al año siguiente para volver a conseguirlo. Está pensado para que todos puedan intentar conseguirlo. También hay otros premios, como un fin de semana para dos personas en un hotel de las sierras, y una orden de compra en Zacha.

—Voy a intentar conseguir ese premio del mes —aseguró Amalia.

—No esperaba menos de mi vendedora favorita —dijo Camilo, y ella percibió cierta admiración en su voz.

—Solo que no quiero el recelo de mis compañeras.

—Zacha es como una gran familia. Intenta compartir alguno de tus trucos de venta —sugirió Camilo.

—Claro, voy a seguir tu consejo. No es nada del otro mundo, solo miro a las clientas y las ayudo a elegir lo que mejor les puede quedar. Yo no las presiono, solo dejo caer ciertas sugerencias —comento, y aprovechó para preguntarle lo que la tenía intrigada desde hacía días —. ¿Qué apostaron?

—¡Perdón!

—Me comentaste que el jefe y tú habían apostado. Supongo que Ramiro Zachari no apostó por mí.

—Yo aposté por ti.

—¿Qué apostaron? —Si Camilo creía que se lo iba a agradecer, estaba muy equivocado. Amalia estaba indignada.

Camilo agachó la cabeza, y ella comenzó a preocuparse cuando pasaban los minutos y él no respondía.

—Mi salario de un mes. Si gano, tiene que darme un mes de salario. Si pierdo, le entrego mi salario —dijo Camilo, sin levantar la vista.

¿Por qué no le creía? Quizá porque Camilo se incomodó con su pregunta y no la miró cuando respondió. Amalia tenía el presentimiento que había algo más grande. Pero no dijo nada. Aunque le molestó que su necesidad económica fuera un motivo de apuesta para esos dos hombres.

—Pondré todo mi esfuerzo para que ganes ese salario que han apostado —aseguró Amalia, y se marchó más intrigada y enojada que antes.

En realidad no tenía que molestarse por la ridícula apuesta. Ella tenía temas más urgentes que solucionar como para ponerse a analizar qué les pasaba por la cabeza a esos dos. No habían podido pagar la tarjeta de crédito y las habían intimidado. Marcela consiguió un adelanto en el trabajo y solo pudo saldar el mínimo, por lo que los intereses del resto serían enormes.

Necesitaba obtener muchas comisiones de ventas y conseguir el premio lo antes posible. Si lograba engrosar su salario, en unos meses podrían estar más aliviadas con el caos económico que les había dejado el despreciable.

Amalia había llamado a su padre para soltarle todos los problemas que tenían por su culpa. Pero él no le atendía el móvil y tampoco respondía sus mensajes. Había cortado todo lazo con su hija. O tenía cola de paja o le importaba un pimiento los problemas económicos que les había dejado.

Quizá estaba disfrutando de un crucero por el Caribe después de vaciar la cuenta bancaria... y la lata con el dinero para los gastos del mes. No tenía que olvidarse de la maldita lata vacía. Porque si hubiera estado llena, no tendrían la soga al cuello y podrían haberse puesto a analizar la forma de resolver los problemas. Pero ni siquiera tuvieron tiempo de analizar nada. Las deudas no esperaban y ella agradecía tener un buen trabajo.

CAPÍTULO 4

Ramiro llevaba dos semanas desaparecido de la tienda de la ciudad porque su padre, que se ocupaba de las tres sucursales que tenían en pueblos turísticos, lo llamó preocupado porque en Las Lomitas habían renunciado los dos empleados que Ramiro había contratado.

Luis se ofreció a indagar sobre el asunto, pero Ramiro prefirió viajar porque era un tema que conocía bien. Luis se quedó a cargo de las sucursales de Olivos y Los Cerros, y en su ausencia se daría una vuelta por Zacha de la ciudad. Su padre vivía en Los Cerros y viajaba durante la semana a Olivos y Las Lomitas para hacer acto de presencia, como decía, o para resolver los problemas que surgían.

Ramiro llamó al hombre que se había autoproclamado encargado de Las Lomitas, y el hombre le confirmó que dos vendedores habían renunciado. Ramiro los había entrevistado personalmente y sabía que los dos necesitaban el trabajo. Incluso se habían mostrado agradecidos con la oportunidad.

No era común que Ramiro pasara tantos días sin aparecer por Zacha de la ciudad. Era como si los astros se hubieran confabulado en su contra para mantenerlo apartado de la disputa que tenía con Amalia Burton, porque lo que más deseaba era estar observando si la fabuladora no vendía ni una media de mujer.

Ramiro no pensaba seguir las sugerencias de su padre, que pretendía que dejara en paz a la pobre vendedora y se ocupara de los temas importantes, aunque en este caso no tuvo más remedio que viajar a resolver lo que fuera que estaba pasando en Zacha de Las Lomitas.

No era época de turismo, pero los fines de semana llegaba mucha gente y en la tienda solo quedaban tres vendedores, incluido el autoproclamado encargado. En Las Lomitas aún no había jefaturas, y el empleado más antiguo se había puesto sobre los hombros el título de encargado porque conocía el movimiento, como le había dicho un mes atrás. En realidad cobraba como vendedor porque en Zacha no se ascendía de esa forma, como le aclaró Ramiro. Las jefaturas se conseguían por capacidad. Pero todavía no había mucho para evaluar en una tienda que llevaba dos meses abierta, y no mostraba signos de progreso.

Ramiro pidió los libros contables y se los llevó a la cabaña, que tenía en el pueblo, para analizarlos sin tener al supuesto encargado respirándole en la nuca. No solo figuraba que dos empleados habían renunciado, sino que en Las Lomitas estaban teniendo problema con la

mercadería que entraba, la que salía y las comisiones de ventas de los empleados. Era la última tienda que habían abierto y los saldos del último mes ya habían sido muy ajustados, pero ese mes iba a ser peor.

Se fue a la tienda y observó que los dos vendedores que quedaban parecían desganados. Era como si no les importara ganar las comisiones a fin de mes. Si vendían o no les daba igual. Eso era muy extraño, puesto que las comisiones engrosaban bastante sus salarios.

¿Qué diablos estaba pasando?, se preguntó, puesto que en la sucursal de Olivos, que se había abierto hacía más de un año, el panorama era diferente. Los empleados se esmeraban por brindar la mejor atención a los clientes, y se los veía entusiasmados.

Ramiro llevó el técnico que le hacía los trabajos en la ciudad, y en una noche instaló cámaras en toda la tienda. Durante días se dedicó a observar las cámaras y maldijo en todos los idiomas al descubrir lo que estaba pasando.

Se contactó con los dos empleados que habían renunciado y los invitó a acercarse a su cabaña. La mujer tenía treinta años, con dos años de experiencia en una zapatería de la zona, soltera y con una hija de diez. El hombre tenía cincuenta y experiencia en ventas. Los dos necesitaban el trabajo, pero no pensaban soportar que el encargado se quedara con las comisiones de sus ventas, o inventara comisiones sobre ventas que no se hacían, porque eso era ser cómplices de un delito, como le aclaró el hombre mientras su compañera asentía.

—Somos gente honesta —aseguró la mujer—. Por más que necesitemos el dinero, que sin comisiones no es suficiente, no podíamos seguir aceptando lo que descubrió Germán.

—Deberían haberme informado a mí, o a mi padre.

—No somos soplones —aclaró Germán.

Ramiro no podía reprocharles la decisión de no denunciar.

—Quiero que regresen con los sueldos y comisiones que habíamos acordado. Mañana pongo un aviso en la página para buscar un contador, porque llevar todo desde la ciudad no está resultando. Todas las semanas vendrá gente de la ciudad para hacer un control de los libros de cuentas de la tienda. Respecto al encargado, a primera hora será despedido con pruebas. Si todavía les interesa el trabajo, me gustaría que mañana regresaran a sus puestos. Nosotros queremos personas honradas, leales, y ustedes lo son. Si tienen capacidad de liderazgo con el tiempo podrían ascender. ¿Están de acuerdo?

La mujer asintió entre lágrimas. El hombre le dio un fuerte apretón de mano. Los dos le agradecieron la nueva oportunidad y se marcharon.

A Ramiro le sonó el móvil y atendió mientras se servía una taza de café.

—¡No te lo vas creer! —exclamó Camilo.

—Amalia Burton vendió un par de medias —dedujo Ramiro. Bebió un sorbo de café y sonrió, porque ya se imaginaba que su amigo lo iba a llamar para regocijarse por alguna venta de

la fabuladora. Camilo era competitivo por naturaleza y quería fregárselo por la cara.

—En quince días ha hecho más comisiones que sus compañeras en todo el mes.

Ramiro arrugó el entrecejo. No porque quisiera echarla, sino porque no había podido cumplir su palabra de convertirse en su sombra. No había podido verla en acción por culpa del ladrón que había contratado en Las Lomitas.

—¿Ya pagaste los salarios? —preguntó Ramiro, cambiando el tema.

—Esta mañana los deposité en el banco.

—¿Por qué te adelantaste? Deberías haber esperado hasta el lunes.

—El sábado es cinco. Si esperaba al lunes, iban a cobrar el siete y te recuerdo que los empleados necesitan el dinero —afirmó Camilo.

Detalles que le gustaba recordarle porque decía que él, al haber nacido en cuna de oro, se olvidaba de que algunos llegaban con lo justo a fin de mes.

—Tienes razón. Aunque sabes muy bien que no nací en cuna de oro —aclaró.

—Por cierto, creo que la apuesta ya la tengo ganada —afirmó Camilo, sacando nuevamente el tema de la apuesta.

Era evidente que estaba fascinado.

—Dijimos cinco meses, y todavía faltan cuatro y medio —aclaró Ramiro.

—En quince días ha demostrado ser una de las mejores —aclaró Camilo.

—¿Puedo saber cómo diablos lo hace?

—Es perfecta para indumentaria femenina —aclaró Camilo—. Parece que tiene el don de saber que prenda va con cada clienta. La gente se va feliz y regresa con sus hijas, sobrinas, amigas, y la esperan para que las atienda ella.

—Eso debe estar generando un odio terrible en sus compañeras.

—No es la persona favorita en su sector —aclaró Camilo—. ¿Cuándo vuelves? Estoy indignado con lo que pasó en Las Lomitas. ¿Ya echaste al estafador?

—Mañana lo despido. Necesito un contador en la zona. Pero he pensado que el mejor control es hacer auditoría cada dos o tres meses. No quiero que nadie se contagie de las malas acciones de ese delincuente. Quiero que los empleados estén felices con sus logros, pero que sepan que no estamos dispuestos a tolerar este tipo de cosas. Nunca debí permitir que ese hombre se adjudicara un cargo ficticio que no le correspondía. El error ha sido mío.

—Y de contaduría —aclaró Camilo.

—Hasta el mes pasado no era visible su maniobra, porque solo se quedaba con un porcentaje de las comisiones de los empleados. Nunca habría saltado si los dos empleados que renunciaron no hablaban. Este mes se animó a ir más lejos, y ha simulado comisiones de productos que no se vendieron. Si ellos no me lo hubieran contado era difícil verlo. Yo descubrí sus maniobras porque estaba advertido y no he dejado una línea de los libros de cuentas sin

analizar. Me he dejado la cabeza en esos libros, pero allí están las comisiones y no están las ventas. Habrá que hacer un inventario de la mercadería para descubrir si hay faltantes.

—Si lo dejabas un mes más, habrías encontrado la tienda vacía.

—Dudo que fuera tan tonto. Te cuento que he reincorporado a los dos vendedores que renunciaron. Apenas llegué no entendía el desgano de los empleados para vender. Pero qué interés podían tener si el tipo se quedaba con sus comisiones. Me he cansado de ver las cámaras, y los empleados seguían atendiendo a desgano. Digamos que la tienda vende sola. Hasta pensé en despedir a los vendedores y ascender al estafador porque él era el único que mostraba entusiasmo. Bueno, dejemos los problemas al margen que ya llevo diez días con esto y me tiene cansado. Hablemos de algo más entretenido, por ejemplo, cómo logró la nueva vendedora que Karina la dejara atender a las clientas.

—Karina tuvo que hacer un reemplazo en otro sector. Lea quedó a cargo y la mandó a vender. ¡Y cómo vendió! Pero no son solo las ventas, también ha demostrado tener una gran habilidad como líder.

Ramiro arqueó las cejas.

—¡Lider! Pero si recién entra. ¿Espero que no estés pensando en ascender a alguien que ha entrado con artimañas? —preguntó. Eso no se lo esperaba.

—No estoy detrás de su ascenso, Ramiro. Pero lo han comentado tu padre y algunos gerentes. Solo te informo de que la están mirando de arriba.

—Arriba estoy yo, por si te has olvidado.

—Pero no eres el único que decide, por si no lo recuerdas.

—¿Y qué diablos le han visto? —preguntó Ramiro. No podía creer que en solo quince días su padre y algunos jefes o gerentes ya la estuvieran considerando para un ascenso. Esa mujer los encandilaba a todos, y ni siquiera tenía referencias reales en ventas.

—Es algo innato en ella. A pesar de que sus compañeras le tienen cierto resentimiento, siguió mi consejo y organizó una reunión para explicarles cómo hace para que las clientas quieran ser atendidas por ella. Fue en el bar de la esquina, y justo estaba el Marcos Palacio.

—¿Y qué hacía el gerente de ventas en el bar?

—Yo qué sé. Habrá ido a tomar un trago antes de irse a su casa.

—¿Y mi padre cómo se enteró?

—Porque estábamos en la reunión mensual, a la que no pudiste asistir porque estabas ocupado con la estafa en Las Lomitas. Marcos contó lo que había visto en el bar. Parece que Amalia les dio una especie de curso para que asesoraran a las clientas. Todas se le reían en la cara, pero ella siguió explicando para las pocas que la escuchaban. A pesar de las burlas, lo están usando. El problema es que no les funciona como a ella. Ya te dije que se le da de forma natural.

—Sí, ya me lo dijiste. No hace falta que me repitas a cada rato que tuviste un buen

pálpito —aclaró Ramiro, cada vez más enojado, aunque una sonrisa le curvó los labios. El enojo no era porque estaba vendiendo, sino porque se lo estaba perdiendo.

—Hay algo que habría preferido callarme, pero somos amigos y no quiero malos entendidos —aclaró Camilo.

—¿Qué has hecho?

—Se me escapó lo de la apuesta.

Ramiro arqueó las cejas. Por suerte era una conversación telefónica y Camilo no podía ver su gesto.

—¿Cómo que se te escapó? —preguntó, aunque era una pregunta retórica. Camilo no solo era competitivo, también tenía el defecto de no saber mantener la boca cerrada cuando le planteaban un reto.

—Es que estaba eufórico y dije... No sé ni lo que dije. Pero nombré la apuesta. Y Amalia no paró hasta que le conté lo que estaba en juego. ¿Y sabes lo que me dijo?

—No tengo ni idea. Ya sabes que el de los pálpitos eres tú —aseguró Ramiro, deseando saber todo lo que se había perdido por no estar allí.

—Me dijo que me quedara tranquilo, que la apuesta ya la tenía ganada —aclaró Camilo.

—Qué encanto de mujer —ironizó Ramiro—. Sabes, he decidido adelantar mi regreso. Te quiero el lunes aquí haciendo el trabajo sucio de desenmascarar al estafador, despedirlo y si pretende que lo indemnizamos, arregla tú con los abogados lo que creas más conveniente para la empresa.

—Ese es mi trabajo, solo que a ti no te gusta delegar. Me gusta ser el verdugo en causas justas —aclaró Camilo—. Espero que no regreses a joderle la vida a mi vendedora preferida.

—Y cómo lo voy a hacer si tiene a todos encandilados.

—No a todos. Solo a los de arriba —aclaró Camilo.

Ramiro dedujo que la pequeña bruja, y lo de pequeña era por su contextura menuda, debía estar sufriendo el desprecio o la mala cara de sus compañeros.

Zacha era una gran familia, pero en el fondo cada uno se movía en función de sus intereses. No era la primera vez que una mujer provocaba este tipo de reacciones, ni sería la última. La competencia por ganar el premio generaba muchos conflictos, y eso le preocupaba. Si Amalia Burton era realmente buena, no tenía dudas de que estaría a la caza del premio del mes.

Ese premio era el peor error de la tienda, como le decía Ramiro a Luis, su padre, porque los empleados rompían cualquier regla para ganarlo. Él había comprobado que en más de una oportunidad pasaban los límites de lo aceptable. Pero cómo sacarlo cuando beneficiaba al ganador y a Zacha, ya que todos se esmeraban en ser los mejores empleados, y en la tienda se incrementaban las ganancias.

El lunes la vería en acción y comprobaría si lo que le contó Camilo era real o se estaba

dejando llevar por el entusiasmo de la apuesta.

La apuesta se le había ocurrido a él porque Amalia Burton no vendía nada. Camilo entró en el juego entusiasmado porque le encantaba competir. Ramiro sabía que su amigo iba a hacer lo imposible por ganar. Y ya lo había hecho. Se lo había contado a la fabuladora para incluirla en la competencia. Ramiro no tenía dudas de que ella haría cualquier cosa para que él perdiera. Ja, ja. Ella no sabía con quién se estaba metiendo.

Ramiro retrocedió a aquel día que propuso la apuesta. Su error había sido dejar que su amigo eligiera lo que apostaban, pensando que sería una tontería. Pero Camilo tenía tanta confianza en su vendedora que había soltado una bomba que lo dejó mudo. Ante su silencio, Camilo siguió hablando y Ramiro no salía de su asombro con todo lo que había en juego. Era la apuesta más absurda y grandilocuente que había escuchado. «Te has vuelto loco», le había dicho a su amigo, y se quedó del otro lado del móvil esperando que Camilo soltara una carcajada, o le dijera que estaba bromeando. Pero nada de eso sucedió. Y Ramiro aceptó esa maldita apuesta por una mujer que había entrado a la tienda inventándose experiencias en ventas.

Por lo visto su amigo estaba seguro de que iba a ganar, pensó Ramiro, sonrió, sacó una cerveza de la nevera y la bebió admirando el paisaje idílico desde su cabaña de Las Lomitas, su remanso, el sitio donde venía a relajarse y encontraba la paz.

No era un palacio, ni una mansión. Solo era una casita de piedra y madera, con enormes ventanales que daban a la montaña, y con un balcón con tumbonas donde se sentaba las noches de verano a beber una cerveza y a disfrutar de los sonidos de los grillos, sapos, y el mecer de las hojas de los árboles. O algún búho que ululaba y los pocos vehículos que pasaban. Además, tenía un jardín en el que había invertido mucho tiempo y esfuerzo. Había sudado plantando desde el césped hasta los árboles en el terreno que rodeaba la cabaña, y se sentía orgulloso de su paraíso.

¿Qué le pasó por la cabeza cuando aceptó lo que Camilo había puesto en juego? Solo le pasó un nombre: Amalia Burton.

Esa mujer se había convertido en un reto para él. Los dos tenían una firme decisión. Ella estaba empeñada en quedarse en Zacha. Él quería ponerla de patitas en la calle. Pero la fabuladora había estado imposibilitada de demostrar la habilidad que decía tener, y él no iba a despedirla sin verla en acción.

Ramiro tenía una gran curiosidad por descubrir si ella era tan astuta como se había pintado en la entrevista. Él quería que pudiera demostrar en los hechos esa habilidad de vendedora de baratijas con la que había conseguido que Camilo le diera el trabajo en Zacha.

Ramiro miró las estrellas y sonrió. Después de hacer la apuesta, Amalia Burton había comenzado a vender y la estaban observando de arriba para darle un ascenso.

Ni Camilo ni él se habían retractado con lo que habían apostado, y el único que estaba por perder era él porque, al parecer, a la fabuladora le iba de perlas. Quizá la culpa era de su

soberbia. De creer que Amalia Burton no podría demostrar ninguna valía para el puesto. El problema era que, a estas alturas, ni él se creía esas palabras.

En pocos días volvería a Zacha para cumplir su palabra de convertirse en la sombra de Amalia Burton, y para comprobar si era tan hábil como su amigo la había pintado. No le iba a perder pisada, se prometió.

CAPÍTULO 5

—No lo puedo creer —exclamó Marcela cuando Amalia le contó lo que le habían pagado por quince días de trabajo.

—Resulté ser buena vendedora de prendas femeninas. Creo que me estoy haciendo una cartera de clientas dentro de Zacha.

Y era cierto. Con el correr de los días había tomado confianza. El asesoramiento que le brindaba a las clientas era como si hubiera corrido de boca en boca y ella no paraba de vender.

Amalia no solo necesitaba el dinero para salir del problema económico. Ahora tenía un incentivo extra, que era lograr que Ramiro Zachari perdiera la apuesta que había hecho con Camilo. Ese maldito hombre se divertía a costa de sus desgracias, y estaba dispuesta a ser la mejor empleada para fregárselo en la cara.

—¿Y qué opinan tus compañeras? —preguntó Marcela.

—Bueno, ellas no están tan contentas como yo —aseguró Amalia. Les había dado un pequeño curso de como recomendarles lo que mejor podía quedarle a las clientas, y se rieron en su cara. Pero ella vio que trataban de seguir sus consejos. El problema era que no les salía de forma natural y en lugar de vender perdían las ventas. Su deseo de ser una compañera solidaria no resultó. Todas creían que en esa reunión improvisada en el bar la nueva había usado artimañas para espantarles a sus clientas. Ahora la odiaban y el ambiente estaba cargado de mala onda.

Por suerte no volvió a ver a Ramiro Zachari, sino la habría acusado de ser la causante de la envidia y recelo en indumentaria, y la habría sacado del sector donde ganaba buenas comisiones y podía aspirar a ganar el premio del mes. Con todos los problemas que tenía con sus compañeras, sabía que no era el momento de competir para ganar ese famoso premio. Lo mejor era esperar a que las aguas se aquietaran.

—Te das cuenta que en quince días has ganado más de lo que yo gano en el mes. Mucho más —exclamó Marcela.

—Tuve suerte —aseguró Amalia, porque no quería que su madre se sintiera inferior con sus escasos ingresos después de toda la vida trabajando en la mercería—. Vamos a poder pagar los servicios y achicar un poco la deuda de tarjeta.

—La deuda que nos dejó el despreciable —dijo Marcela, y parpadeó para evitar que se le cayeran las lágrimas, porque todavía no asumía lo que le había pasado. Marcela creía que eran

felices, y él la había humillado antes de salir de la puerta para disfrutar la vida con otra—. Sabes, creo que cometí un error al conformarme con el trabajo de la mercería.

—Creí que te encantaba —afirmó Amalia.

—Me encantaba cuando no tenía necesidad de ganar más dinero. Me confié porque con el ingreso de tu padre vivíamos bien. Pero tu padre se esfumó y mira como estamos por mi error. ¿Crees que podría conseguir un trabajo mejor? Lo necesitamos con urgencia.

—Estoy segura que sí, mamá. Pero con mi salario vamos a poder salir de las deudas— afirmó Amalia.

Su madre por fin comprendía que se había estancado en la mercería. No pensaba visualizar como le sugirió ella, pero estaba descubriendo que había un mundo de oportunidades más allá de la mercería. Marcela le dijo que seguiría trabajando medio día, y usaría las tardes para buscar otro trabajo.

—Llevaba días pensando que las deudas de tu padre podían ser una bola de nieve.

—¿Crees que hay más? —preguntó Amalia preocupada, y Marcela asintió.

—Sí. Hay más. Hoy entré al banco para ver los gastos de la tarjeta del próximo mes porque tenía un mal presentimiento. Y descubrí que el maldito ha comprado un montón de electrodomésticos y muebles a pagar en doce cuotas. La deuda que nos dejó es más grande de lo que suponíamos. Y las estúpidas tenemos que pagar lo que tu padre compró para su nuevo hogar. El despreciable hizo bien los cálculos para que no nos enteráramos del desastre que nos dejó hasta que él se hubiera marchado. Te juro que hasta tengo ganas de denunciarlo. Pero qué denuncia puedo hacer si fui yo quien le dio un adicional de mi tarjeta.

Las revelaciones de su madre la dejaron muda. ¿Qué podía decirle?, que su padre era un desalmado, un egoísta, un insensible. Todo eso ya lo sabían.

Amalia llevaba quince días en Zacha, y su trabajo la tenía fascinada. No tenía dudas de que allí había encontrado su vocación. Ya no soñaba con ser arquitecta. Ni siquiera extrañaba su vida de universitaria. Zacha la había conquistado.

«Lo de vender lo lleva en el alma», había ironizado Ramiro en la entrevista, y ella había asentido para conseguir el trabajo. Ahora podía asegurar que lo llevaba en el alma. Se sentía pletórica cada vez que atendía a una cliente, cada vez que se iban con una sonrisa en los labios y cargadas de bolsas de la tienda. A pesar del ambiente tenso de su sector, del recelo de sus compañeros y de la mala onda de su jefa, disfrutaba cada minuto que pasaba allí.

Quizá esa satisfacción que sentía tenía que ver con ese hombre de dientes perfectos y sonrisa encantadora. Porque a pesar de sus disputas, extrañaba que no estuviera respirándole en la nuca para tratar de despedirla. Incluso había decidido no competir por el premio del mes para intentar que sus compañeros dejaran de tenerle recelo.

Pero su madre le acababa de soltar una bomba. La deuda no disminuía sino que al mes

siguiente sería como una bola de nieve. Si quería solucionar el desastre que les había dejado su padre, tendría que tratar de conseguir el premio al mejor empleado.

Su madre le había sugerido que se dejara algo de dinero para que se diera un gustito con el fruto de su trabajo. No tenía dudas que se lo comentó porque sabía que se venían meses duros.

Para Amalia no había ningún gusto comparable con la satisfacción de ver como Ramiro Zachari perdía la maldita apuesta que había hecho con Camilo Milan.

El lunes se levantó temprano y se vistió con el uniforme. Los zapatos se habían amoldado a sus pies y ya no le sacaban ampollas. Rosa le había dicho que a los seis meses le entregarían otro par, y le sugirió que los fuera domando de a poco.

Llegó media hora antes y se quedó parada en el estacionamiento, esperando que se hiciera la hora de pasar la tarjeta de ingreso. Si quería aspirar a ser la mejor empleada del mes no podía llegar tarde ni un día. Habría preferido no competir porque no tenía dudas que sería una carrera de obstáculos, pero ella iba a intentar sortearlos con éxito. Doce malditas cuotas, un año entero ahogadas por culpa de su padre, y las idiotas, como decía Marcela, tenían que hacerse cargo de la nueva y emocionante vida del despreciable y su joven amante.

—Vaya, pero si eres la primera en llegar a la tienda —comentó Ramiro.

Amalia estaba tan inmersa en sus problemas que dio un respingo cuando sintió a Ramiro Zachari hablándole cerca del oído. El aroma a madera de su perfume la dejó temblando. ¡Qué poder tenía para desestabilizarla! Se giró y elevó su rostro para mirarlo a la cara.

—Tengo que demostrar que valgo para el trabajo. Supongo que el director y accionista mayoritario ya sabe todo eso —ironizó, sin poder contener su lengua. Él sacaba lo peor de ella.

—Deduzco que estás intentando conseguir el premio al mejor empleado —comentó Ramiro.

—Por eso llegué tan temprano.

—No he visto tu vehículo estacionado al fondo.

No pensaba decirle que lo dejó en su casa para ahorrar el gasto de combustible.

—He venido caminando —aclaró.

—Por lo que vi en tus referencias, vives bastante lejos. Unas treinta cuadras.

Amalia lo miró con la boca abierta. Al parecer se había tomado la molestia de contar las cuadras que había de la tienda a su casa. Algo desconcertante para el cargo que ocupaba. ¿Un director no tenía otra cosa que hacer?

—Me encanta hacer ejercicio. Y desde que trabajo aquí no me queda tiempo para salir a caminar. Mato dos pájaros de un tiro —aclaró Amalia, sin mencionar que se sentía perseguida. De qué se extrañaba, si él había regresado después de muchos días dispuesto a cumplir su promesa de convertirse en su sombra.

Él arqueó las cejas.

—¿Es cierto que has cobrado más comisiones en quince días que tus compañeras en un mes?

—No lo sabía. No sé lo que cobran mis compañeras.

—Pues entonces te estoy informando.

—Informando o advirtiéndote, jefe.

—Al parecer tus compañeras no están contentas con tu habilidad para vender. Aunque me han contado que tu habilidad está solo en indumentaria femenina —dijo Ramiro.

Amalia tembló. Él estaba decidido a arruinarle las ventas. Claro, si estaba empeñado en ganar la maldita apuesta.

—Podría vender cualquier cosa. Ya te conté que vendí todo lo que teníamos en el trastero.

—Recuerdo lo del velador roto. Te voy a dar un sano consejo porque en Zacha queremos mantener un ambiente distendido. Queremos que todos estén felices.

—¿Pretendes que me olvide del premio?

—Es decisión tuya. Aunque yo opino que sería conveniente que salvaras las diferencias con tus compañeros antes de aspirar a algo que te traería más problemas... y también a la empresa.

Amalia lo miró con la boca abierta. No podía creer que quisiera desplazarla del premio para ganar la maldita apuesta.

—Esto tiene que ver con la apuesta que hiciste con Camilo. Estás haciendo esto porque no aceptas perder. No quieres aceptar que conmigo te equivocaste.

Ramiro apretó los puños. Allí estaba la consecuencia de que su amigo hubiera salido corriendo a contarle lo de la apuesta. No podía enojarse, porque él había premeditado todas las consecuencias. Lo que no esperaba era que Amalia Burton tuviera la osadía de fregarle en la cara la apuesta. Era nueva y debería ser más precavida si quería conservar el trabajo. Pero precavida no era su segundo nombre.

—Mira, solo es un consejo. Tú has lo que quieras.

—Quizá lo que quiero no tiene nada que ver con lo que tengo que hacer —dijo Amalia. Miró la hora en el móvil y entró corriendo sin despedirse. De lejos le gritó—. Por tu culpa casi marco tarde el ingreso. Estoy segura de que lo hiciste a propósito.

—Ya podría haberte despedido, y no lo he hecho a pesar de los horribles apelativos que me has puesto. Pero no voy a dudar de ponerte de patitas en la calle si se rompe la armonía en la tienda.

Él se consideraba un jefe justo al no echarla por los apelativos que le había puesto, pero le acababa de decir que iba a despedirla si rompía la falsa armonía de Zacha. Amalia se indignó. Qué culpa tenía ella de que las resentidas de sus compañeras no toleraran que fuera buena en el

trabajo. Pasó la tarjeta antes de las ocho y treinta y se giró para enfrentarlo.

—¿Vas a cambiarme de sector? ¿Vas a sacarme de ventas? ¿O vas a despedirme porque vendo más que el resto de vendedoras? —preguntó.

Él la miró pero no dijo nada. Qué podía decirle si no tenía la respuesta adecuada a sus justas preguntas. Pero era cierto que no quería resentimientos. Él solo le estaba explicando los hechos. Le estaba diciendo que intentara no cabrear a sus compañeras.

—Solo apelo a tu buen juicio para evitar conflictos. Tienes el mismo derecho que el resto a intentar ganar el premio. Pero sería conveniente que se calmaran las aguas. Solo te sugiero esperar uno o dos meses antes de intentarlo.

—No sé si puedo hacer lo que me pides. Yo necesito... —dijo Amalia—. No creo que pueda —aclaró, y subió corriendo las escaleras porque ya tendría que estar en su sector.

Ramiro pensó que quizá su padre tenía razón cuando dedujo que la nueva vendedora había usando artimañas para conseguir el trabajo porque necesitaba el dinero. El problema era que muchos empleados tenían necesidades, y ella se estaba convirtiendo en un grano en el culo en Zacha de la ciudad.

Pasó la tarde en su oficina revisando los atrasos por haber estado ausente diez días.

Un golpe en la puerta lo sacó del informe que estaba leyendo sobre la mercadería que se había comprado.

—Ramiro, esta tarde tienes una reunión que reprogramé con contaduría.

—¿A qué hora?

—A las cinco y treinta.

—Que sea en la sala.

—Te parece bien que re programe el almuerzo con Mistela para mañana. Es un nuevo proveedor, y en compras creen que la mercadería podría ir bien en las sucursales.

—No puedo. Ya hice otro compromiso. Para el miércoles estaría bien, sino mañana por la tarde.

—Ha llamado una mujer que dice que la reincorporaste en Las Lomitas.

—Debe ser Andrea Desiré.

—Sí, es ella. Dice que no quiere molestar, pero que necesitarían que alguien le adapte las prendas que venden.

—Alejandra, crees que yo tengo tiempo para ocuparme hasta de quien hará los arreglos de las prendas.

—Antes de venir a tu oficina le pregunté a Rosa, y ella me dijo que no piensa hacerse cargo del trabajo de las sucursales porque no le da el tiempo. Dijo que lo resuelvas tú. Y eres tú quien entrevista a los candidatos.

Ramiro arqueó las cejas.

—Típico de Rosa. Dile que prefiero que busque a alguien honesto y capacitado, y cuando la encuentre yo le hago la entrevista. Y llama al bar para que me traigan algo de comer, que estoy muerto de hambre.

—¿Y por qué no vas a comedor?

—Porque llevo quince días sin venir y no quiero que me acosen todos los empleados con sus quejas o necesidades. Tengo que terminar con todos los pendientes. Cierra la puerta cuando salgas. Y que nadie me moleste.

—Como digas, jefe —se burló Alejandra, hizo una venia militar y salió.

Alejandra era buena secretaria, pero lo del respeto al jefe no se le daba bien. En realidad, todos lo trataban con confianza, y a él le gustaba esa relación distendida. Solo una de sus empleadas había pasado el límite al llamarlo hiena, y ni siquiera habían compartido el tiempo suficiente para que se tomara ese tipo de confianzas.

¿Qué estaría haciendo?, se preguntó. Se levantó del sillón y se asomó al vidrio desde el que veía el piso de abajo, donde estaba indumentaria femenina.

Amalia no sabía que Ramiro la estaba espiando desde su oficina. Si lo hubiera sabido le habría mostrado el dedo medio, porque quién más que él podía haber convertido su día en un infierno. Karina, la jefa, había decidido tenerla toda la mañana en el depósito desempaquetando el pedido que llegó a primera hora. Cuándo tenía todo más o menos clasificado y con los precios colocados en las prendas, subió al segundo piso para tratar de hacer alguna venta. Pero su jefa la mandó a almorzar en el horario que todavía había bastante movimiento de clientas. Cuando regresó, a Karina se le ocurrió que ordenara las prendas que las clientas dejaban dispersas. Y cuando terminara, que siguiera ordenando lo que se iba dejando en cualquier lado para no tener que quedarse después de hora.

Alejandra entró con el almuerzo de Ramiro a las cuatro de la tarde. Lo encontró de pie junto al vidrio que daba a los pisos inferiores, y ni la escuchó cuando abrió la puerta. ¿Qué lo tenía tan concentrado?, quizá era la nueva vendedora.

En la tienda se comentaba había entrado acomodada. Se acercó sigilosa y descubrió que Ramiro tenía sus ojos enfocados el sector de indumentaria donde trabajaba la nueva. Dio unos pasos hacia atrás y dejó la bandeja con el almuerzo en el escritorio, sin que él percibiera su presencia. ¿Tan absorto estaba en la nueva vendedora? ¿Qué tenía esa mujer para que lo dejara perdido en sus pensamientos?

Se acercó nuevamente a Ramiro y se paró a su lado. Nada. Él no la registraba.

—¡Vaya poder que tiene la nueva vendedora de indumentaria femenina! —admiró, a ver si así le prestaba atención.

Ramiro se giró y la miró sorprendido.

—No te escuché entrar —comentó.

—Se comenta que entró sin las referencias que les pides a todos los empleados —dijo Alejandra—. ¿Tiene privilegios?

—Por qué iba a tener privilegios —dijo Ramiro, y se sentó en su escritorio para un almuerzo tardío—. Me quedé mirando porque me sorprendió que no estuviera vendiendo. Según Camilo es buena.

—Es lo que se comenta. Parece que en dos semanas vendió más que sus compañeras en un mes.

—No entiendo por qué Karina desaprovecha su talento.

—Quizá porque se ha echado en contra a todas sus compañeras. Incluso no la quieren en otros sectores.

—¿Por qué es buena? —preguntó Ramiro. Él tenía conocimiento de lo que estaba pasando, pero no había nada mejor que hacerse el estúpido para que su secretaria le soltara los cotilleos de los pasillos.

—Recién entra. Debería dejar de pretender tanto.

—¿Pretender qué?

—Ser la mejor. Debería moderarse para que sus compañeras también logren buenas comisiones.

—Alejandra, creo que hay suficientes clientes para todos los vendedores. Dudo que les esté arrebatando a las clientas —comento Ramiro, que cada vez se sentía más irritado con lo que estaba pasando.

—Va a ganar el premio alguien que recién entra. Hay empleados que llevan años intentando conseguirlo.

Su secretaria era una de esos empleados.

—No puede ganarlo más que un mes al año —dijo Ramiro, y se arrepintió al ver que Alejandra lo miraba asombrada.

—Sería bueno que no lo intentara hasta que hayan pasado algunos meses —aseguró Alejandra. En eso él le daba la razón, solo que no pensaba expresar su opinión delante de una empleada, que saldría corriendo a contar lo que opinaba el jefe.

—Veré que puedo hacer —dijo, aunque ya lo había intentado sin éxito.

—No te olvides de la reunión con contaduría —recordó Alejandra.

—Termino el sándwich y voy a la sala.

Al parecer Camilo había contratado a la mejor vendedora de Zacha, y eso a él debería ponerlo feliz. Quizá lo estaba. No lo sabía porque Amalia Burton lo tenía descolocado. Ella lo había sacado de su zona de confort, y eso lo ponía furioso. También había conseguido el trabajo en contra de su voluntad, y eso lo enfadaba. Quería mantenerse lejos, pero cómo hacerlo si desde el día de la entrevista ella venía ganando terreno en su mente. Tenía que soportar sus insultos,

aunque esa mañana había controlado su lengua. No era tonta. Después de la notita que le dejó en el parabrisas, ya sabía que era el jefe. Encima estaba metido en una apuesta.

Al margen de todas sus quejas, tenía que reconocer que Amalia tenía un entusiasmo desmedido para demostrarle que se había equivocado. O quizá no lo hacía para demostrarle nada a él. El problema era que su dedicación exagerada ponía en peligro la armonía de Zacha. Aunque lo de armonía siempre había sido una utopía.

Todos querían ganar el famoso premio que había instaurado años atrás su padre, y que generaba competencia entre los empleados desde antes de la llegada de la fabuladora. Pero con su entrada en Zacha, sus ventas, su entusiasmo y el deseo de ganar el premio a menos de un mes de su ingreso, el ambiente relajado se estaba yendo al diablo. Y él tenía que evitarlo.

CAPÍTULO 6

—Ven, vamos a tomar algo al bar de la esquina así te animas un poco —dijo Lea.

Amalia la miró con una sonrisa forzada. El récord de comisiones, que logró cuando la dejaron vender, provocó resentimientos y trajo consecuencias. Amalia llevaba una semana sin vender porque todos los días su jefa le encontraba una actividad que la apartaba de conseguir comisiones.

Con esa decisión, Karina logró que volviera la armonía en el sector. Sus compañeras estaban felices de que le dieran una patada. En Zacha todo se sabía, y Amalia se enteró que sus compañeras le decían a las clientas que ya no estaba más en el sector.

—Solo un café, Lea —dijo Amalia. Ni siquiera debería permitirse gastar en un café. Pero Lea era la única de su sector que la apreciaba. Las dos intentaban coincidir en el horario del almuerzo, y solían caminar juntas las cinco cuadras que Lea tenía hasta su casa. Amalia seguía haciendo a pie las veinticinco que le quedaban hasta su casa porque se negaba a usar el coche.

Se sentaron en el bar de la esquina, que era bonito. Todo de madera y con unas farolas de luces suaves que colgaban de las vigas del techo. Tenía macetas con plantas de hojas verdes sobre las columnas, manteles a cuadros verde y blanco, y en las mesas había jarrones con flores frescas. Era el lugar elegido por los empleados de Zacha para reunirse a la salida, sobre todo los viernes.

Ese día estaba lleno. El murmullo constante no permitía conversar. Alguien se levantó de la mesa y se acercó al rincón donde había una encantadora gramola. Eligió un tema musical y todos se pusieron a cantar. Todos menos Amalia, que había perdido el entusiasmo después de una semana sin que le permitieran aumentar su salario con comisiones de ventas. No podía dejar de pensar en cómo iban a afrontar las deudas del mes.

—Deberías hacer una queja en recursos humanos —aseguró Lea.

—Soy la nueva. Es mi tercera semana, y no puedo ir a quejarme porque durante una semana Karina no me dejó vender.

—Dile a Camilo, él sabrá qué hacer. Llevo dos años en Zacha, y Karina nunca me apartó de las ventas.

—Pero mira a quién tenemos aquí —dijo Rosa—. Me ha contado un pajarito que has vendido más que tus compañeras.

—Este mes no será igual —aseguró Amalia.

—Esta semana Karina la apartó de las ventas —dijo Lea.

—Esa Karina es muy autoritaria. Tienes que plantarle cara —aseguró Rosa.

—¿Cómo va tu trabajo, Rosa? —preguntó Amalia.

—Es demasiado para mí sola y no me alcanza el tiempo. Encima quieren que me ocupe de los arreglos de las tres sucursales del interior. Es imposible que me ocupe de cuatro tiendas. Les dije que tenían que contratar a alguien. Ramiro quiere que se la recomiende yo. Si saben de alguien que sepa de costura, me la mandan.

—Yo conozco a una vecina que cose bien —comentó Lea—. Pero ella tiene mucho trabajo particular. Podría preguntarle.

—Pregúntale y si le interesa que venga a verme así le hago una prueba —dijo Rosa.

Amalia miraba a Rosa como si le hubiera caído del cielo.

—¿Pagan bien, Rosa? —preguntó.

—El salario es bueno, aunque yo tengo muchos años de antigüedad. Pero la diferencia está en el porcentaje de los arreglos. A fin de mes me saco un buen extra. Cuando me toca hacer los uniformes, allí si hago una buena diferencia porque me los pagan.

—Mi madre hace más de veinte años que es empleada en la mercería del barrio, y las clientas siempre llevan su ropa para que les ajuste la talla, les cambie un cierre y esas cosas.

—¿Y cuánto le pagan por arreglo?

—Ella cobra un sueldo. Los arreglos están dentro de su trabajo.

—En Zacha eso sería una estafa, jovencita —aseguró Rosa—. ¡Hace veinte años que está en eso!

—O más. Toda su vida ha trabajado en la mercería de su amiga.

—Vaya con la amiga. Tiene que hacer todos los arreglos y la dueña se quedaba con el dinero. ¿No querrá venir a verme? —preguntó Rosa.

—Le voy a preguntar —dijo Amalia, y sonrió encantada.

—Dame esa servilleta que te escribo mi dirección y mi teléfono. Si quiere venir el fin de semana, le podría tomar una prueba. Es tanto el trabajo que me lo llevo a casa.

—¿Tú la contratarías? ¿O la tiene que entrevistar Ramiro Zachari? Porque si se entera que es mi madre, no la va a aceptar.

—Si yo digo que es buena, la va a contratar. Pero no nos adelantemos. Si tu madre lleva toda la vida en el mismo lugar, quizá no tenga interés en el trabajo.

—Está en una etapa de cambio. Antes nunca se preocupaba por lo que ganaba porque vivíamos bien con su ingreso y el de mi padre. Pero ahora es distinto —dijo Amalia sin entrar en detalles.

Rosa la miró esperando que le diera detalles, pero Amalia no dijo nada.

—Si le interesa el trabajo que me llame—dijo Rosa, se bebió la gaseosa que tenía en la

mano, levantó un pesado bolso y se marchó.

Lea no dejó de observarla.

—Tú no tenías experiencia, es decir, que nunca trabajaste. Y ahora tu madre está buscando un trabajo mejor. ¿Qué les pasó?

—Mi padre se fue con su amante —dijo Amalia, sin contarle lo de las deudas.

—¿Qué hijo de puta! ¿Y no las ayuda?

¡Ayudarlas! Si las había dejado casi en la calle. Amalia se encogió de hombros porque no quería contarle su situación. Ya se le había escapado con Diego Latorre de marketing, pero el desliz fue porque estaba furiosa con la nota que le había dejado Ramiro en el parabrisas del coche.

—¡Oh!, están entrando las encantadoras compañeras de nuestro sector —exclamó Lea.

Amalia se giró y vio que todas entraban en grupo. Se bebió de un trago lo que le quedaba de café y se levantó de un salto.

—Mejor me voy. Ya he soportado toda la semana que se regodeen por sus ventas cada vez que me las cruzaba. No quiero que lo hagan también en el bar.

—Eso es porque te han dejado en el banco de suplentes. Así cualquiera te supera.

—Es que yo no quiero ser mejor que nadie, Lea. Solo quiero saldar algunas deudas que nos dejó mi padre —aclaró Amalia.

—Si necesitas ayuda...

—Apenas me conoces, Lea. Podría estar mintiendo.

—Tengo buen ojo para elegir amigas —aseguró Lea.

A Amalia le brillaron los ojos. Se acercó a su nueva amiga, la abrazó y le agradeció.

—Todos los problemas en Zacha no son nada comparados con tu amistad. Creo que con la propuesta de Rosa, si contratan a mi madre, podríamos solucionar más rápido nuestros problemas.

Amalia salió del bar con una sonrisa en los labios. Ya era de noche y no vio a Ramiro Zachari apoyado en el árbol de la vereda del bar hasta que él le impidió el paso.

—Una semanita complicada —comentó Ramiro, y a Amalia se le borró la sonrisa.

—He tenido peores—aseguró Amalia.

—No has vendido nada —dijo Ramiro.

—No se te escapa nada. ¿Eres así con todos los empleados?

—No, pero si estoy en la ciudad me gusta saber lo que pasa en la tienda.

—El bar está lleno de empleados, quizá quieras entrar para enterarte de los cotilleos del día.

—¿Por qué no te has quejado con Camilo? —preguntó Ramiro sin responder a sus pullas.

—No eres tú quien dijo que yo estaba alterando la armoniosa familia de Zacha —dijo

Amalia— ¿O tienes tantos asuntos importantes que atender que ya te has olvidado de los consejos que me diste?

—No se me olvidaron. Y lo de la familia armoniosa no lo dije yo, sino Camilo.

Amalia lo miró con un arqueado de cejas. En eso tenía razón. Era Camilo quien le había dicho que Zacha era como una gran familia. ¿Por qué siempre estaba a la defensiva cuando se lo encontraba de casualidad? ¿O sus encuentros no eran casuales? Lo más asombroso era que él no le replicaba con algún comentario inteligente.

—¿Reconoces que la tienda no es el paraíso que me pintó Camilo?

—Hay dos cosas que generan conflicto. Una son los porcentajes de ventas. La otra es el premio del mes. Para conseguir el premio, no solo hay que ser atento con los clientes y llegar a horario al trabajo. Hay que vender, en el caso de los vendedores. Hay que cumplir con cierta cantidad de tareas, en el caso de los administrativos, y hay que ser solidario. Solo es un premio al mes entre más de treinta empleados que están deseos de conseguirlo.

—¿Los administrativos también compiten por el mismo premio? —preguntó Amalia sorprendida, y él asintió. Ella creía que solo tenía que competir con los vendedores—. ¡Más de treinta personas! Muchos no lo deben haber conseguido nunca.

—Algunos no. Son empleados que no tienen buen rendimiento, o no les interesa el premio.

—Y tú me estás esperando para hacerme desistir —dedujo.

Ramiro sonrió y asintió.

—Sería algo noble de tu parte. Si un día llegaras tarde, no tengo dudas que Karina te pondría a vender.

—Es decir, que tengo que ser una empleada irresponsable para que mi jefa sepa que no quiero el premio y me deje vender.

—Algo así.

—Y por qué diablos no vas y le dices a Karina que me deje vender.

—Porque te estaría dando preferencia sobre el resto. Si hubieras puesto una queja sería diferente. ¿Entiendes?

—Lo que entiendo es que me tengo que hacer a un lado para evitar que la gran familia se ponga histérica si gano el premio. Y que tú no vas a mover un dedo, a pesar de saber que me están boicoteando.

—Eso mismo —dijo Ramiro, y Amalia comprendió que él no necesitaba devolverle las pullas. Él era el jefe. Él sugería, pero en el fondo le estaba pidiendo o advirtiéndole que se hiciera a un lado.

Era inteligente y comedido. La dejaba hablar a ella, gastar saliva, y él se dedicaba a asentir. Cada uno de sus pasos estaba calculado al milímetro, se mantenía sereno y dejaba que

ella se pusiera nerviosa. Y mientras soltaba sus sugerencias y asentía amablemente a sus deducciones, la miraba con esa sonrisa encantadora. ¿A cuántas mujeres habría convencido con su sonrisa?

—Si no me aparto del premio, no voy a vender. Y si no vendo, me vas a despedir. Y si me despides, ganas la apuesta.

—Eso mismo —dijo Ramiro, y amplió su encantadora sonrisa.

—Sabes qué, estás acostumbrado a conseguir lo que quieres con esa sonrisa. Pero a mí no se me mueve un pelo, y pienso luchar por ese premio. Y todo gracias a ti, que me acabas de explicar lo que tengo que hacer para que me dejen vender. Que tengas buena noche. Yo con tus enseñanzas pienso dormir con una encantadora sonrisa en el rostro —dijo Amalia, y se marchó.

Ramiro no apartó la vista de la fabuladora hasta que dobló en una esquina y desapareció. Él la había esperado para tratar de hacerla entrar en razón hasta que ella cediera y le dijera: «Me has convencido. No voy a competir por el premio». Pero la muy ladina había absorbido como una esponja toda la información, y mañana se iba a plantar en recursos humanos para presentar una queja porque Karina no la dejaba vender. Sonrió, aunque debería estar golpeando los puños contra el tronco del árbol donde estaba apoyado.

Sabía que se venían meses complicados en Zacha si ella seguía empeñada en competir por ese premio. No podía negar que tenía el mismo derecho que el resto. Pero no podía ser un poquito más comprensiva y aceptar su consejo. Él solo quería que esperara un par de meses hasta que nadie estuviera pendiente de la mujer que había entrado sin las referencias que se les pedía al resto de vendedores. Su insistencia en meterse en problemas era inconcebible, salvo que tuviera algún serio problema económico.

CAPÍTULO 7

Ramiro había pasado el fin de semana en su cabaña de Las Lomitas. Quería corroborar el funcionamiento de la sucursal donde habían tenido problemas, y se encontró con la agradable sorpresa de que los vendedores habían recuperado en entusiasmo. Después de despedir la mala hierba, todo había vuelto a la normalidad. Los libros mostraban un buen margen de ganancias, y los empleados que había reincorporado le prepararon una especie de bienvenida, con una comida casera que compartieron todos en la mesa que tenían en el depósito.

También había viajado a la cabaña porque quería relajarse en el apacible pueblo. Su idea era desconectar del trabajo y olvidarse de Zacha durante todo el fin de semana. Pero cierta vendedora no salía de su cabeza. Ese cabello castaño con ondas salvajes era tan indomable como ella, y esos ojos oscuros que lo miraban como si él fuera el mismísimo diablo, lo perseguían hasta en sueños.

¿Qué diablos tenía esa mujer que no le permitía dejar de pensar en ella? ¿Sus curvas, que eran una tentación? ¿Esos labios gruesos que parecían tan apetecibles? No era una mujer fatal ni una belleza. Pero tenía algo que atraía.

Si su padre se enterara, le iba a repetir su propio mantra. “Mantente alejado de las empleadas”. Él lo intentaba. Incluso no respondía a sus pullas, la dejaba descargar su ira sin que se le borrara la sonrisa. Pero Amalia Burton tenía un arsenal de palabras para atacarlo ante el más tonto de sus comentarios. Incluso pensaba usar todo lo que él le había comentado para que Karina la dejara vender.

Esa mujer estaba desesperada por juntar dinero, no tenía dudas, y él quería averiguar en qué lío estaba metida.

El lunes regresó a la ciudad y se sorprendió de la facilidad con que descubrió el problema de la nueva vendedora.

Era media mañana cuando Rosa entró sin llamar a su despacho. La acompañaba una mujer de mediana edad que observaba asombrada su imponente oficina, los sillones de mullidos almohadones tostados, la alfombra crema de pelo largo, su escritorio de madera lustrosa, y su enorme sillón giratorio. Hasta se asomó al vidrio por el que él solía controlar el funcionamiento de la tienda, y soltó una exclamación al ver lo imponente que se veía la tienda desde el último piso.

—Buenos días —dijo Ramiro para atraer la mirada de las dos mujeres, que murmuraban

entre ellas como si él no estuviera en el despacho—. Qué te trae por aquí, Rosa —preguntó, ya que ellas seguían a lo suyo sin responder al saludo.

—Encontré a la empleada ideal para que colabore conmigo en los arreglos de las prendas —aclaró Rosa—. Ven, Marce, que te presento al jefe. Al hijo del jefe —aclaró Rosa, que seguía considerando jefe a su padre, a pesar de que Luis había delegado casi todo el trabajo en su hijo.

Ramiro se cruzó de brazos y esperó que la aspirante que traía Rosa se dignara a prestarle atención, porque parecía más interesada en mirar la tienda que en saludarlo a él.

La mujer se giró y lo miró con una tímida sonrisa, aunque su rostro parecía marcado por la preocupación. Tenía ojeras y el rostro tirante, como si no pudiera relajar las facciones. Se retorció las manos. Parecía intimidada y estaba tan nerviosa que Ramiro se compadeció de ella.

—Encantado de conocerla, Marce.

—La vista que tienen desde aquí arriba es impresionante. El dueño puede controlar a todos los empleados —exclamó.

—Esa es la idea. Ellos saben que el dueño los puede estar mirando desde arriba —comentó Ramiro, y sonrió porque esa mujer creía que él no era el dueño.

—¿Y no se ponen nerviosos? —preguntó Marcela.

—Claro que no, Marce. Es un buen chico, y nadie le teme —aclaró Rosa.

Ramiro se estaba divirtiendo. La mujer era bastante espontánea cuando se ponía a hablar, y Rosa lo trataba como si él fuera un niño.

—Eso es bueno —dijo Marcela—. Mire, a mí esto de hacer entrevistas se me da fatal. Se lo dije a Rosa, pero ella me aseguró que no me iba a dejar sola. Ojalá tuviera la cara de piedra de mi hija, que se enfrentó al dueño de Zacha sin saber que era el dueño, y consiguió que la contrataran contando sus ventitas infantiles.

El rostro relajado de Ramiro se tensó. Ahora era él quien tenía la mandíbula apretada y tuvo ganas de estampar el puño en el escritorio. ¿Cómo había logrado Rosa meter en su oficina a la madre de la fabuladora? ¿Acaso no tenía suficiente con ella, como para que toda la familia quisiera meterse en su empresa?

—Ya veo a quién me has traído —gruñó Ramiro—. No es suficiente con la hija, que ahora también voy a tener que contratar a la madre. ¿Hay algún familiar más que quiera entrar a Zacha por la ventana?

Marcela abrió los ojos horrorizada, y su gesto se tensó más, marcando arrugas que ni siquiera sabía que tenía.

—No seas ordinario, Ramiro. Amalia es un encanto de criatura y la que más ventas hizo el mes pasado, y eso que solo estuvo quince días.

—Parece que los rumores de sus ventas han llegado hasta el subsuelo —conjeturó Ramiro.

—Soy la primera en enterarme de todo. Y también sé que la desalmada de Karina hace una semana que no la deja vender —aseguró Rosa.

—Dile que desista por un par de meses de competir por el premio —comentó Ramiro.

La madre de Amalia no abrió más la boca, y retrocedía como si quisiera abrir la puerta y correr a la salida.

—Tú sabes que eso es injusto —exclamó Rosa.

—No importa si es injusto o no. Solo intento evitar conflictos entre los empleados. Se ha puesto a todos en su contra —aseguró Ramiro.

—Porque son unos envidiosos. Y tú sabes que el premio genera conflictos con o sin Amalia compitiendo.

—Con ella se van a duplicar, Rosa. Ya he hablado con su hija, y le he pedido de buenas maneras que espere unos meses para aspirar al premio. Pero está empeñada en conseguirlo cueste lo que cueste.

Para sorpresa de Ramiro a Marcela se le escapó una lágrima.

—El padre de Amalia se fue con la amante hace un mes. La amante tiene unos años más que mi hija.

—No lo sabía —comentó Ramiro. Quizá por eso la fabuladora era tan irascible en el trato.

—Vacío la cuenta bancaria donde teníamos unos pequeños ahorros. También se llevó el dinero que guardaba en una lata para cubrir los gastos mensuales. Nos dejó casi en la calle y sin saber cómo pagar las deudas.

—Lo siento.

—Amalia dejó de estudiar arquitectura y se puso a buscar trabajo. Tenía cinco rechazos hasta que ella me aseguró que iba a entrar en Zacha. Parece que se visualizó vendiendo. Yo le dije que no se presentara porque el requisito fundamental eran las referencias. Pero ella estaba segura de que iba a conseguir ese trabajo. Sé que lo logró con mentiras, pero estaba desesperada. Este mes solo pudimos pagar el mínimo de la tarjeta, y se acumulan intereses que no sé cómo vamos a cubrir. Y como si eso no fuera suficiente, el próximo mes viene más alta. El despreciable de mi ex compró muebles y electrodomésticos con mi tarjeta, a pagar en doce cuotas. Estamos hasta arriba de deudas durante un año. Por eso está desesperada por conseguir ese premio. Dice que nos daría un pequeño respiro hasta que yo consiguiera un mejor trabajo.

Ramiro la miró serio. Ahí estaba la desesperación de la nueva vendedora. “No puedo” le había dicho cuando le sugirió que esperara un par de meses. Al parecer en eso no le mintió. Ella estaba intentando solucionar de forma atropellada una deuda que le había caído del cielo, o del infierno.

—Intentó hablar con su padre, pero él ni se molestó en devolverle la llamada. ¿Qué le va

a decir?, si sabe en la situación que nos dejó —aclaró Marcela—. Yo sí tengo referencias, señor. He trabajado veinticinco años en “De todo en un solo lugar” de mi amiga Carola, y puedo traerle todas las referencias de las clientas a las que les he arreglado la ropa durante más de veinte años.

Ramiro no pudo evitar la sonrisa al escuchar el nombre del negocio. El mismo que nombró Amalia el día de la entrevista. “¿No le parece un nombre ridículo?”, le había dicho ella, y él no se molestó en responderle.

—Su hija entró mostrando fotos de su infancia, donde vendía collares en una mesa en la vereda.

—Lo sé. Era una niña emprendedora —aclaró orgullosa Marcela—. Una vez comenté que tendríamos dificultades para llegar a fin de mes, y Amalia salió a vender trastos con la carretilla. Esa foto es mi preferida —aclaró.

—Ya he tenido el placer de ver las fantásticas referencias de su hija para entrar en Zacha. Ahora quiero que me adjunte las referencias que me acaba de ofrecer, Marcela Burton.

—Marcela Petri. De Burton nada —aclaró.

—Le tomé varias pruebas el fin de semana en mi casa. En realidad me ayudó el sábado y domingo, y gracias a ella logré sacarme los pendientes. Te traje sus arreglos para que los veas —explicó Rosa.

—Rosa, yo no entiendo de arreglos.

—Igual te los voy a mostrar —aclaró, y sacó de una bolsa varias prendas—. En esta levantó un ruedo. En esta arregló la manga para que se ajuste al hombro de la señora. Entalló esta camisa para una mujer, porque un talle menos no le prendía en la panza y uno más le iba suelta de hombros. Fíjate la perfección de su trabajo. Ni siquiera vas a notar que se ha arreglado.

—No parece arreglada, aunque no soy experto en el tema.

—¿La vas a contratar? No voy a conseguir a nadie mejor que ella, Ramiro.

—Es la madre de la mujer que está revolucionando Zacha.

—Es una excelente costurera. Nos va a evitar las quejas de los clientes porque no llego a tiempo con los arreglos. Los clientes se van a quedar encantados con sus arreglos.

—Está bien. No sé si Rosa le comentó que nos urge una costurera para el interior, donde tenemos tres sucursales.

—¿El interior? ¿No puedo hacer los arreglos aquí?

—Prefiero que nadie sepa que la madre de Amalia Burton ha entrado en Zacha —aclaró Ramiro—. ¿Tiene algún inconveniente?

—No tengo donde vivir afuera. No puedo pagar un alquiler. Ni siquiera puedo ir y venir a diario porque mi presupuesto no me lo permite. Aún no he renunciado a mi trabajo, y sería una falta de respeto irme sin avisar después de veinticinco años con ellos.

—Tiene esta semana para decidir, Marcela.

—Ramiro, deja que se lleve el trabajo a su casa hasta que resuelva sus problemas.

—Te estás excediendo, Rosa. Quiero a los empleados trabajando en la empresa —aseguró Ramiro—. Y a Marcela no la quiero en la ciudad.

—Pero si trabaja desde su casa nadie se va a enterar —insistió Rosa.

—Me estás haciendo doler la cabeza, Rosa.

—Ya te traigo un analgésico, pero no me voy hasta que aceptes —aseguró Rosa.

—Está bien. Con tal de que te vayas, acepto cualquier cosa. En quince días la quiero en el interior. Yo me voy a ocupar de conseguirle la vivienda y de pagar el alquiler hasta que salga de su problema económico. ¿Está de acuerdo, Marcela? —preguntó Ramiro. La historia de la mujer le tocó el corazón. No le gustaba admitirlo, pero hasta admiraba la audacia de su hija para conseguir entrar en Zacha, y luchar por mantener el trabajo.

—Sí, señor. Gracias, señor. Muchas gracias —dijo Marcela toda sumisa, y él sintió pena por ella. Y para su asombro, también se compadeció de la fabuladora. Ahora sabía y entendía el motivo de su desesperación.

—Estoy orgullosa de ti, niño.

—Tengo treinta años, Rosa —aclaró Ramiro.

—Lo conozco de toda la vida. Era amiga de su madre. ¿No te conté cómo entró su madre a trabajar a Zacha? —dijo Rosa a Marcela mientras las dos salían de su oficina.

—No, Rosa.

—Igual que tu hija —dijo Rosa, y las dos se carcajearon.

Ramiro apretó los puños. Su madre era una excepción de la regla. La fabuladora no era como su madre. Ella era distinta. Era distinta. No sabía por qué repetía tantas veces lo mismo. Quizá para no caer en la tentación, aunque Amalia Burton lo había tentado desde el día que entró a la oficina para la entrevista, y eso era algo que no pensaba permitir.

Lo más asombroso era que Amalia no intentaba congraciarse con él. Al contrario, cada vez que lo veía se ponía como un basilisco. Amalia Burton lo odiaba. ¿Y qué hacía él?, contrataba a su madre como empleada de Zacha, y le estaba por pagar el alquiler de una casita en el interior para evitar más conflictos.

Si se enteraba su padre, le iba a decir que era un idiota. Su hermana Marisol se iba a reír durante una semana. Y Camilo, seguro que se le ocurriría alguna nueva apuesta en la que él saldría perdiendo. Aunque la apuesta sobre Amalia Burton había sido idea suya, y podía perderla. Bueno, perder se le daba bien, de eso no tenía dudas.

CAPÍTULO 8

«No lo puedo creer. No lo puedo creer». Esas palabras se habían convertido en la muletilla de su madre desde que venían campeando el temporal que les dejó el despreciable.

¿Y por qué las repetía? Porque Ramiro la había contratado como costurera de las sucursales de Zacha en el interior. Porque había renunciado al trabajo de toda su vida, y Carola, su amiga, en vez de enojarse, le regaló unos pendientes de oro y una suma de dinero para ayudarla a saldar algunas deudas. Incluso le dijo que no se había portado bien con ella. Que perdía a una empleada ejemplar, que también era su amiga, por culpa de su avaricia y egoísmo, y que debería haberle hecho un préstamo para que solucionara sus problemas. Pero su error no tenía solución, porque Marcela había encontrado un trabajo donde la iban a valorar.

Amalia también tenía ganas de gritar “no lo puedo creer”, porque en realidad le costaba creer que Ramiro hubiera contratado a su madre, dándole la posibilidad de trabajar desde la casa hasta que arreglara sus asuntos. Y encima, la empresa iba a pagarle el alquiler de una casita en alguno de los pueblos donde tenían las tres sucursales.

Su madre estaba cerrando las maletas. Ya se iba. Amalia estaba de brazos cruzados apoyada en el marco de la puerta, y no apartaba la vista de Marcela. La veía cambiada. Ya no lloraba, no tenía tiempo, decía. Las ojeras no se le marcaban como antes, y supuso que su madre había vuelto a dormir por las noches.

Dos días atrás a Marcela le entró al móvil una llamada del despreciable, pero no lo atendió. A Amalia también la llamó. Pero tampoco lo atendió. «Quizá se ha arrepentido», comentó Marcela.

No sabían que quería, y tampoco les importaba, aunque Amalia creía que era para preguntarles por qué le habían cancelado el adicional de la tarjeta.

«Si se ha ido de vacaciones con la fulana a alguna isla, solo espero que se lo coma un tiburón», dijo Marcela. Y ya no lloró, sino que siguió entusiasmada con sus preparativos para el cambio de vida.

El día que le contó la noticia, Marcela le dijo que si ella no estaba de acuerdo de que se instalara en un pueblo, seguiría trabajando en la mercería hasta que se jubilara. Lo que más le dolía era dejarla sola. Pero Amalia estaba entusiasmada con la idea de vivir sola, y se lo contó a su madre para que no dudara en marcharse. No se mudaba a otro país, y las sucursales estaban

cerca de la ciudad. Además, había quedado con Rosa en venir algunos fines de semana a colaborar si tenía demasiado trabajo.

Marcela levantó sus maletas y Amalia se acercó para cargar los bolsos. También se llevaba varias cajas con algo de mercadería y algunos enceres que podía necesitar.

La casita estaba en Los Cerros, y desde allí tenía que viajar a las otras sucursales. Su madre necesitaba el coche para sus traslados, y Amalia tendría que seguir caminando treinta cuadras hasta el trabajo.

Era un sacrificio para las dos. Pero también era una aventura. Un gran cambio en sus vidas. Un cambio que no habrían hecho si su padre no se hubiera ido con su amante, dejándolas llenas de deudas. Y Amalia estaba disfrutando de esta nueva aventura.

—Llámame cuando llegues —pidió Amalia.

—Y te cuento cómo es la casita.

—Claro, voy a estar pendiente del móvil.

—Vuelvo el fin de semana.

—Vas a estar viajando toda la semana de una sucursal a la otra. Mejor voy yo a conocer el pueblo y la casa.

—Eso sería genial. No te conté que ya me han organizado el itinerario, y se lo han pasado a las sucursales para que sepan los días que voy a trabajar allí.

Las dos se acercaron al coche. Su madre guardó todo en el maletero y puso en el asiento de atrás la máquina de coser. Ya le habían dicho que no hacía falta porque la proveía la empresa. Pero ella quería usar la suya, al menos hasta que se acostumbrara a la otra.

Se abrazaron y Amalia se quedó en la galería de la casa hasta que el coche de su madre desapareció en la curva.

En poco más de un mes ya no era una estudiante mantenida por sus padres sino una empleada que estaba sorteando una batalla campal con sus compañeras, y ahora vivía sola.

Amalia agarró el móvil y miró el mensaje de Lea, que le preguntaba si su madre se había marchado. Le contestó. «Recién se va. Soy una mujer independiente que no sabe cocinar», le contestó. Un emoticón de risa fue la respuesta. Media hora más tarde Lea entraba a su casa con una caja de pizza y una botella de malbec.

Se comieron toda la pizza y se bebieron hasta la última gota de vino, sentadas en el sillón de la sala. Lea había venido con un bolso con el pijama y el uniforme de Zacha.

Al día siguiente las dos llegaron soltando risas a la tienda. Cuando pasaron la tarjeta se dieron cuenta que llegaban tarde.

—No vamos a competir por el premio —comentó Lea.

Amalia soltó una carcajada.

—Al diablo el premio —aseguró.

Ramiro ingresó detrás de ella, justo cuando pasaban la tarjeta. No podía creer que Amalia Burton hubiera llegado quince minutos tardes. Es decir, que había mandado al diablo el premio del mes.

—Al fin decidiste pasar del premio —comentó Ramiro cuando llegó a su lado.

Ella se giró, y sintió una especie de urticaria que le recorrió el cuerpo. No era por la emoción de verlo. Era porque él siempre estaba en el momento justo para presenciar sus pequeñas derrotas. La sonrisa se le congeló en los labios, y trató de encontrar alguna frase inteligente para hacerlo fastidiar, pero no le vino nada a la cabeza.

—Anoche tuvimos una especie de fiesta en la casa de Amalia. Nos tomamos una botellita de malbec y... ya sabes.

—Esta mañana no pudieron llegar a horario. Lea tú sabes que pierden el incentivo de puntualidad —aclaró Ramiro.

—¡Qué! —gritó Amalia—. En serio vamos a perder el incentivo por llegar un día tarde.

—Eso he dicho.

—Oh, se me olvidó decirte, Amalia —comentó Lea—. Es que estábamos tan felices...

—Hablando mal de ti —aclaró Amalia a Ramiro.

Lea la miró horrorizada, y soltó una risa.

—No le creas. Ni siquiera te nombramos.

—Hay quince minutos de tolerancia —recordó Ramiro.

Amalia se puso a mirar el reloj.

—Han pasado veinte. ¿Tú crees que pasamos la tarjeta antes de los quince? —preguntó Amalia a Lea.

—Seguro que sí —comentó Lea—. Tampoco es tan alto el incentivo.

—No, claro. Pero si sumo que hace tres semanas que me mandan a cualquier sector para evitar que venda, no voy a cobrar nada —exclamó Amalia.

—Mejor subimos, que Karina debe estar soltando improperios.

Lea corrió a las escaleras. Amalia la siguió pero una mano le aferró el brazo y no pudo seguir a su amiga. Otra vez ese hormigueo extraño le recorrió todo el cuerpo. «No puede ser. No, seguro que es aversión porque te está tocando el demonio que te quiere correr», se dijo.

—Tengo que llegar a mi sector antes de que Karina se fastidie porque las dos llegamos tarde.

—Karina va a estar encantada con la llegada tarde de las dos —aseguró Ramiro. Sacó el móvil y marcó un número.

—¡Ramiro! ¿Necesitas que suba a tu despacho? —preguntó Karina.

—Buen día, Karina. No, solo quería avisarte que Amalia Burton ha llegado a hora, pero yo la retuve para hacerle algunos comentarios y marcó tarde la tarjeta. Leandra Martínez venía

con ella, y por mi culpa se han retrasado.

—¿En serio? No las estarás cubriendo —comentó Karina.

—No tendría por qué hacerlo. Es que anoche me habló Delia para avisarme de que no podía venir, y cómo sé que a la señorita Burton la tienes tapando huecos aquí y allá, supuse que no tendrías problema de que te la pidiera por unos días para el sector de compras —comentó, y del otro lado de la línea solo escuchó un resoplido—. ¿Estás de acuerdo?

—No creo que corresponda. Delia es una jefa, y la chica Burton lleva apenas un mes en la empresa.

—Creo que supero el mes, pero eso me tiene sin cuidado. Ya sabes que me importa poco el tema de la antigüedad. Además, he escuchado rumores de que es buena para asesorar a las clientas. Y supongo que debe ser buena para colaborar en las compras.

—Yo podría reemplazar a Delia, Ramiro. Tengo más experiencia en el tema —sugirió Karina.

—Karina, no entiendes que la quiero a Amalia —dijo Ramiro, y su severidad no admitía réplica.

—Sí, claro. Perdón, yo solo te hice una sugerencia.

—Y yo te voy a sugerir que cuando termine el reemplazo pongas a Amalia Burton en ventas. Para eso la contratamos.

—Por supuesto —dijo Karina.

Él tenía puesto el altavoz, y Amalia escuchó, sin comprender, el intercambio que estaba teniendo lugar entre su jefa y Ramiro Zachari.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Amalia. Él seguía sosteniéndola del brazo, y el hormigueo que le recorría todo el cuerpo no se le iba. Ese hombre que sacaba lo peor de ella, hasta urticaria le provocaba. Y eso era extraño, porque sus compañeras de la universidad siempre se asombraban de su buen carácter. ¡Qué lejos había quedado esa etapa de su vida! No las había vuelto a ver desde el desastre que les había dejado su padre.

—Es una forma de demostrarle a Karina que sé lo que está pasando y puedo tomar represalias, como ella lo está haciendo contigo. Ella manda en su sector, pero en Zacha mando yo —aclaró.

Amalia lo miró con la boca abierta. ¡Ramiro Zachari estaba desplegando todo su poder para defenderla a ella! ¿Dónde estaba el hombre que le había dicho que no pensaba mover un dedo para solucionar su problema en la tienda?

—¿Me estás dando una mano? Eso quiere decir que sabes que soy buena en ventas —aseguró Amalia.

—Solo vendiste durante dos semanas. Quizá ha sido una racha de suerte.

—Mira que eres duro de cabeza. No fue una racha de suerte, soy buena —dijo Amalia,

evitando mencionar que esas ventas las había conseguido en una semana, puesto que en su primera semana Karina la había tenido aprendiendo y no la había dejado vender ni un par de medias.

Ramiro sonrió de lado, y Amalia se estremeció ante esa sonrisa que había conocido el día de la entrevista y casi la dejó sin aire. No podía negar que era guapo. Su nariz era recta y algo grande, e irradiaba la misma autoridad que acababa de desplegar delante de Karina. Tenía los ojos del color del humo, el cabello castaño siempre revuelto, los dientes perfectos... y la sonrisa y... No tenía que olvidar que también era el hombre más irritante que había conocido. Él no dejaba de perseguirla desde que Camilo la había contratado.

—Aún no me lo has demostrado —dijo Ramiro, sacándola de sus pensamientos.

—Si no me dejan —se quejó Amalia—. Esto de llevarme al sector de compras seguro que te beneficia —aseguró.

—Siempre me muevo buscando un beneficio.

Él era de pocas y precisas palabras. Un rasgo de inteligencia. Otra cosa de él que le gustaba a Amalia, salvo cuando las usaba en su contra.

—Ya me parecía. No quieres pagar la apuesta que le hiciste a Camilo —aseguró Amalia.

Ramiro la miró desconcertado. ¿Camilo también le había aclarado que era él mentor de la famosa apuesta? Su decisión de llevarla a hacer un reemplazo en compras nada tenía que ver con la apuesta. Aunque no le vendría mal que ella siguiera sin vender, puesto que había mucho en juego.

—Jefe, no me imaginé que eras tan miserable. Solo tendrás que pelar la billetera y pagarle a Camilo el salario de un mes. No tengo dudas que ese dinero para ti no supone más que la propina que dejas en los caros restaurantes a los que debes llevar a tus amiguitas, o el costo del hotel donde terminan la velada.

Ramiro sonrió con burla con sus deducciones. Y se asombró de que nombrara a sus amiguitas, cuando ella no sabía nada de él. ¿Estaría celosa?, supuso que no. Su comentario solo era para sacarlo de las casillas. Amalia no sabía lo mucho que se divertía con sus constantes ataques. Ella hablaba y hablaba, y él se acababa de enterar cómo Camilo había tergiversado la apuesta. Soltó una carcajada y la que quedó desconcertada fue ella.

—¡Un salario! Serás mi testigo si pierdo la apuesta —aseguró. Claro que la iba a usar de testigo. Qué era un salario comparado con lo que Camilo había decidido apostar.

—¿Testigo de qué?

—Del salario que apostamos con Camilo. Ven, que quiero llevarte al sector de compras. Quiero saber cómo te desenvuelves.

—¿Esto me beneficia económicamente? —preguntó Amalia.

—¿Lo único que te interesa es la parte económica?

—No todos tiramos dinero por la ventana —aseguró Amalia.

—Yo tampoco tiro dinero por la ventana —comentó Ramiro, y apretó los puños al recordar que un año atrás había sido un idiota.

El sector de compras estaba en la tercera planta. Era un salón abierto, con cinco escritorios de madera clara y uno más grande al final, ubicado en un lugar estratégico desde donde se podía observar al resto de los empleados.

Del lado derecho había un sector vidriado que daba a un espacio vacío desde donde se podía ver toda la tienda. Allí había un escritorio y tras una puerta una oficina enorme que debía ser la de Ramiro Zachari. Tenía unas cortinas venecianas algo transparentes, que en ese momento estaban bajas. No se podía ver adentro más que sombras o movimientos, pero dedujo que él tenía una panorámica de toda la tienda y del sector compras. Es decir, que desde allí podía ver a todos los vendedores en acción. ¿Lo sabrían?

¿Cuántas veces la había espiado la hiena al acecho? Amalia todavía no sabía por qué reaccionaba de forma tan agresiva con su jefe. No sabía por qué lo atacaba cada vez que lo tenía delante. Quizá era porque se sentía perseguida. Él quería que fracasara. Pero en ese momento la estaba ayudando, y le había aclarado a Karina que la quería vendiendo cuando regresara de la suplencia. «No te olvides que le dio un trabajo a Marcela, y le alquiló una casa que paga la empresa», le susurró la voz de su consciencia.

¿Tendría que invitarlo a cenar para agradecerle y de paso limar asperezas? Sí, eso tenía que hacer. Aunque no estaba segura de que aceptara su invitación para ir a comer una hamburguesa con papas fritas a la salida del trabajo, que era lo único que ella le podía pagar.

Los empleados del sector saludaron con la mano y siguieron en su trabajo como si ellos no estuvieran allí. Amalia se sorprendió porque nadie le daba un trato preferencial al dueño de Zacha. ¿Acaso no lo respetaban? Uno hablaba por teléfono y el resto estaban reunidos en uno de los escritorios mirando un enorme libro, y supuso que sería un catálogo.

—Ellos eligen lo que se compra para Zacha —dijo Ramiro—. Todos tienen criterio comercial, y saben lo que funciona mejor en la tienda. Hay compras que tienen más estabilidad que otras. No es el caso de indumentaria donde hay que estar atento a las tendencias de cada temporada. En electrónica pasa algo similar. La selección más compleja siempre termina siendo el tema de indumentaria y decoración porque hay que estudiar el mercado y acertar con lo que va a funcionar.

—¿Y yo me voy a ocupar de seleccionar las prendas hasta que vuelva Delia? —preguntó Amalia.

—Sí, te toca el tema de indumentaria. Mujeres, hombres, niños, bebés. Y si se te da bien, puedes colaborar con algún otro sector. Solo participa en lo que sabes —aclaró.

—Quiero invitarte a comer —dijo Amalia.

Ramiro la miró como si estuviera loca.

—¡En serio! Espero que no sea para lanzarme la comida a la cara —aclaró.

—Es para agradecerte —aseguró Amalia—. Estoy tratando de ser menos fastidiosa contigo.

—Porque te traje a compras —comentó Ramiro.

—Y por lo de mi madre.

—Ya veo. Y puedo elegir el menú.

—Solo tengo dinero para invitarte a una hamburguesa, pero puedes pedir papas grandes —aclaró Amalia, como si el tamaño de las papas fuera un lujo que le ofrecía a él.

—Genial. El viernes tengo la noche libre —comentó Ramiro.

—El viernes recién. ¿Acaso sales cada día de la semana con una mujer distinta?

Ramiro esbozó esa sonrisa encantadora, y Amalia sintió la famosa urticaria que él le provocaba.

—Cada vez que sonrías me da urticaria —comentó.

—Eres un encanto de mujer —gruñó, y caminó por el pasillo que separaba los escritorios—. Les presento a Amalia Burton. Ella va a reemplazar a Delia, que ha tenido que ausentarse toda la semana. Espero que le brinden su apoyo porque no conoce el movimiento del sector. Y les pido que tengan en cuenta sus sugerencias.

—Amalia Burton. ¡La chica que entró mostrándote fotos de sus ventas infantiles!— comentó una elegante mujer de mediana edad, y soltó una carcajada—. Dicen que tienes buen criterio, pero ya lo veremos. Estoy encantada de descansar unos días de Delia. Es un incordio. Espero que tú seas más flexible a la hora de decidir, y que no rechaces nuestras sugerencias.

—Creo que tampoco les caigo bien —susurró Amalia a Ramiro.

—Clara ladra pero no muerde —aclaró Ramiro. Clara resopló, y sus compañeros soltaron una risa.

CAPÍTULO 9

—El pueblo es maravilloso, Amalia —dijo Marcela, que llamó a su hija al móvil después de una larga jornada de trabajo—. Aquí vive el padre de Ramiro. Se llama Luis y se ofreció amablemente a llevarme a las tres tiendas así evitamos hacer los mismos recorridos por separado. Es un encanto de hombre, nada que ver con el despreciable. Hemos ido cada día a una tienda distinta, y me he traído trabajo para el fin de semana.

—Mamá, espero que no te estés haciendo falsas expectativas con tu jefe —exclamó Amalia, preocupada al imaginar que Marcela estaba despertado demasiado rápido a las emociones románticas. Su marido la acababa de dejar y todavía estaba haciendo el duelo. Bueno, ella no era quién para hacerle reproches a su madre, puesto que le pasaba algo parecido con el hijo del encantador de Luis Zachari. Solo que el hijo no tenía más encanto que una serpiente venenosa. Amalia apartó a Ramiro de sus pensamientos porque cada vez que pensaba en él se ponía a insultarlo. Mejor que se concentrara en el embeleso de su madre por Luis—. No te olvides que es tu jefe. Creo que está casado.

—Su mujer se llama Clara. Pero no está con él. Ella vive en la ciudad y me dijo que está en la tienda donde trabajas tú.

—¡Clara! ¿Estás segura de que se llama Clara? —preguntó Amalia.

¿Cuántas Clara había en Zacha? La plantilla de empleados no era tan grande, por lo que la Clara que la estaba volviendo loca en compras desde que llegó debía ser Clara Zachari.

Amalia apretó la mandíbula. Si tuviera en ese momento a Ramiro frente a ella, le tiraría el florero que descansaba sobre la mesa de la sala. Las flores estaban marchitas desde que su madre se había marchado. Tendría que cambiarlas, o tirar las flores secas para que no se notara que ella no era tan dedicada a las tareas domésticas como Marcela.

—Segurísima, hija. Si Luis no habla más que de Clara. Clara esto. Clara aquello. Luis me contó que Clara viaja los fines de semana y tienen una relación especial. Me dijo que después de tantos años de casados, con esta nueva forma de vida han recuperado la pasión que les había quitado la rutina. No te parece genial, Amalia. Él la extraña y espera ansioso que llegue el fin de semana para encontrarse con ella. Si la extraña demasiado, viaja a la ciudad entre semana para estar con ella. Para mí que Clara debe ser una mujer muy romántica —dijo Marcela, y soltó un suspiro.

A Amalia no le parecía nada romántica. Ella había discutido toda la semana con Clara. La había enfrentado como a una igual, sin saber que era una Zachari camuflada dentro de la tienda.

No tenía dudas de que las buenas intenciones de Ramiro al mandarla a compras eran tan falsas como las perlas que ella usaba en sus collares infantiles. Eso era una de sus tretas para echarla. Maldito hombre, que le había dicho que la llevaba al sector de compras para beneficiarla, y lo único que había querido era que se las viera negras con su madre. Y ella, idiota, lo había invitado a comer hamburguesa con papas grandes para agradecerle su gentileza.

—Luis dice que es encantadora. Que cuando la conozca la voy a adorar.

Era una arpía. Amalia había llegado a odiarla. Cada vez que entraba al sector de compras, Clara gritaba «¡Llegó la nueva! La que engañó a Ramiro Zachari con unas fotitos infantiles», y todos soltaban una risa, que para ella eran de burla.

¿Cuántos familiares más tendría escondidos Ramiro Zachari en la tienda? Aunque lo de escondidos, solo era para ella. Amalia no tenía dudas que todos sabían que Clara era la esposa Luis Zachari, el padre de Ramiro. Es decir, que la única que caminaba sobre arena movediza era ella. La idiota, que ni siquiera sabía de la existencia de Luis Zachari, el padre del hombre que la tenía alterada y temblando. Y sí, tenía que reconocer que esa sensación de urticaria, hormigueo o lo que fuera, solo la atacaba en su presencia.

Decidió no contarle a su madre el infierno que le estaba haciendo pasar Ramiro Zachari. No iba a decirle que la estaba poniendo a prueba desde que había entrado. Ni que el hijo de Luis la había trasladado al sector de compras, donde tenía que lidiar y casi había llegado a las manos con Clara, cuando se burlaba de su trabajo. No podía decirle que Clara se parecía más a un demonio que a la encantadora mujercita de Luis Zachari. En lugar de contarle todos sus males, le dijo que ella no tenía grandes novedades, que todo marchaba bien. ¿Para qué preocuparla?, si después de pasar un mes llorando por culpa de su padre, por fin Marcela parecía estar floreciendo en su nuevo trabajo.

Cortó la comunicación y decidió tomarse unos vasos de vino para dormir como si al día siguiente no tuviera que soportar a Clara Zachari. Por suerte, era el último día que iba a estar en el sector de compras.

Podría ponerse a gritar “al fin llegó el viernes”. Pero en este caso sería mejor decir, “todavía me toca soportar el maldito viernes”, porque iba a volver a ver a Clara. Pero su pesadilla no terminaba allí, porque a la salida tenía que pagarle la cena al ladino de Ramiro Zachari para agradecerle que hubiera convertido su trabajo en Zacha en una pesadilla.

—¡Ya llegó la nueva! —gritó Amalia cuando entró al sector de compras, y antes de que Clara la recibiera con la misma cantinela de siempre.

Para su sorpresa, Clara y los compañeros del sector soltaron una carcajada.

—Me encanta que te tomes mis comentarios a risa —aseguró Clara—. Basta de diversión

que tenemos cosas importantes que hacer —dijo, y se acercó a Amalia con la carpeta en la mano—. La selección que has hecho para el sector de indumentaria es lo más ridículo que he visto —aseguró Clara.

Amalia apretó los puños para no contestarle que eso no era una novedad, puesto que todo lo que había seleccionado en el transcurso de la semana le había parecido patético, extravagante, poco comercial e infumable, como le había dicho Clara cada uno de los días que llevaba allí. Se había enterado por su madre que esa mujer era una Zachari y tenía que morderse la lengua. Maldición, su trabajo estaba en la cuerda floja porque llevaba una semana discutiendo con la madre de Ramiro, sin saberlo. ¿Por qué Marcela no la llamó antes para contarle sobre la “encantadora” Clara?

—Mira, Clara, si a ti te parece ridículo, no se pide y punto.

—¿No piensas defender tu postura? ¿Por qué diablos quieres estos colores? Van a ser un clavo difícil de encajar a los clientes.

Amalia apretó los puños para no responder a sus pullas, y Clara arqueó las cejas.

—Has venido sin ganas de discutir —dijo Clara.

—Me duele la cabeza de tanto discutir durante toda la semana para defender mi selección —aclaró Amalia—. Y lo que yo piense no tiene importancia, porque has desechado lo que marqué en ese libro y en todos los demás. Es evidente que no soy buena para estar en este sector.

—No me gusta la gente que se rinde sin pelear —aseguró Clara.

Amalia arqueó las cejas. Era su último día y Clara deseaba otra guerra de voluntades. No le veía el sentido ya que todas las peleas las ganaba Clara. Quizá la mujer descargaba la tensión en la empresa antes de ir a compartir un fin de semana romántico con su esposo. Amalia no tenía dudas de que la convivencia con Clara debía ser una pesadilla, por eso Luis Zachari estaba tan feliz de tenerla lejos.

—Pues entonces te voy a explicar el motivo de mi selección de toda esta semana, a pesar de que sé que mi trabajo se va al tacho de basura. Todas las personas tienen gustos diferentes, Clara. La mayoría se inclina por el blanco y el negro, porque con unas pocas prendas pueden hacer varias combinaciones. El blanco les queda bien a personas con un tono de piel más aceitunado, pero también les queda bien un celeste, el amarillo claro, el rosa y el beis. El negro es un comodín para las personas de cutis blanco, y es la elección de algunas mujeres que usan talle más grande porque no todas se sienten cómodas con su figura. Pero hay más opciones que el negro, colores como el azul, el verde oscuro y el rojo apagado, o bordó. Son colores elegantes y hacen destacar ciertos rasgos que con el negro no destacan, como el color de ojos, de cabello.

—¿Y qué tienen que ver los colores estridentes con tus explicaciones? —preguntó Clara.

—¿Nunca te has puesto un verde manzana o un amarillo intenso?

No sabía si Clara la escuchaba. Parecía hastiada con su perorata. Incluso acomodaba unos

papeles en el escritorio mientras ella intentaba darle una explicación sin mostrarse agresiva.

—Te quedaría genial, Clara. Te quitaría unos cuantos años —Clara levantó la vista de los papeles y arqueó las cejas. Amalia sabía que se había pasado. «No te olvides que es una Zachari», le recordó la voz de su conciencia—, aunque a ti no te hace falta —rectificó Amalia, y era cierto, pero al menos al hablar de sus años había logrado que Clara le prestara atención—. Tú brillas sin necesidad de un color especial. Pero si alguna vez te animaras a usarlo, te sentirías más distendida y tratarías mejor a la nueva empleada que entró con unas referencias tan patéticas como la elección de prendas que te acaba de mostrar —dijo Amalia. Clara frunció el entrecejo, y Amalia se arrepintió de sus palabras. Madre e hijo tenían esa habilidad de sacarla de las casillas. Bravo, Amalia, le estás dando más motivos a Ramiro Zachari para que te ponga de patitas en la calle. Le acababa de decir vieja a su madre y le sugería colores que le cambiaran su agrio carácter—. Lo siento, no debería haber dicho eso.

—No te cortes. Tú di lo que te venga en ganas, incluso dime que soy vieja, que a mí me entra por un oído y me sale por el otro —aseguró Clara.

Amalia no le creía, pero siguió hablando como si momentos antes no la hubiera llamado vieja.

—No he dicho que eres vieja. No ha sido mi intención —aseguró Amalia, aunque ya había metido la pata. Como Clara la seguía mirando sin hablar, Amalia decidió tratar de arreglar el desastre—. El tema es que esos colores a otras mujeres, no a ti, sí les vendrían bien. Son colores que iluminan y quedan elegantes si se combina con alguna chaqueta discreta, en tono verde oliva o crema en el caso del amarillo. Irradian vida, entusiasmo, son alegres y contagian a quien los usa, Clara. Y encima van para cualquier color de cutis. Estoy segura que comprando esas prendas con complementos que los acompañen, se venderían como pan caliente.

—Ya me has mareado. Mejor ponte a elegir prendas de hombre.

Amalia soltó el aire. Al menos no la había echado por su impertinencia.

—Como digas, jefa.

—Yo no soy tu jefa.

—Pues lo pareces —dijo Amalia, y agarró uno de esos enormes muestrarios con las prendas de la temporada primavera-verano. Se instaló en el escritorio que le había asignado, aunque todavía no entendía por qué le habían dado el más grande, el de alguien que ocupaba un cargo importante. Tampoco le interesaba averiguar las intenciones ocultas de Ramiro Zachari. Se sentó y se puso a seleccionar lo que creía que podía funcionar, aunque ella desconocía lo que se vendía en el sector de hombres—. Puedo ausentarme media hora para pasar por el sector de indumentaria masculina. Quiero saber lo que se vende.

—No —dijo Clara, y todos la miraron sorprendidos.

—Solo quería echar un vistazo para tener una idea de lo que buscan los hombres.

—No —repitió.

Amalia no tuvo dudas que Clara estaba poniendo todo su esfuerzo para dejarla en ridículo con su selección. Ya lo había hecho, y este sería el golpe de gracia para asegurar que no servía ni para un remplazo de una semana.

—Deja que vaya, Clara —pidió uno de sus compañeros.

—No. Que lo haga a ciegas —afirmó.

Tal vez, la intransigencia de Clara Zachari era porque su hijo le había comentado que quería correrla. Toda la semana se había comportado de forma inflexible con ella. La había puesto a revisar cientos de páginas con prendas, y le había pedido que le presentara una selección comercial. Pero había criticado todo lo que había elegido, como si ella fuera la mujer más inútil sobre la faz de la tierra.

Dos días atrás le había pedido que la dejara bajar al sector de ropa infantil, y Clara le dijo que prefería que lo hiciera sin ninguna interferencia. Al viernes la respuesta de Clara era un rotundo “no” que no admitía réplica. Amalia creía que se estaba vengando por haber hablado de su edad y su mal carácter.

Era el último día, no pensaba entrar en otra discusión bizantina que no iba a ganar. Agachó la cabeza y comenzó a pasar las eternas páginas del catálogo que habían armado los auxiliares del sector, que no estaban arriba con ellos, sino en una oficina más modesta en el primer piso.

A última hora le dolía la espalda, la cabeza y se le cruzaban los ojos de tanto mirar prendas masculinas. Ni siquiera almorzó para no dejar inconcluso el trabajo que le encomendó Clara. No se le daba tan bien como elegir prendas de mujer, pero creía que su selección podía satisfacer el gusto de todos los hombres.

En el sector femenino ya había detectado que la mayoría era ropa a la moda, y había poca variedad de talles grandes. Pero no todo el mundo vestía a la moda, ni todas las mujeres eran tan delgadas. Había muchas mujeres que se inclinaban por prendas clásicas, otras preferían las prendas más holgadas, y otras necesitaban diseños variados dentro de sus talles. Con los hombres debía pasar lo mismo.

Cerró el libro y lo dejó en el escritorio de Clara, que para su sorpresa era el más pequeño. Como si ella fuera la empleada de menor jerarquía dentro del sector.

Clara no estaba. Por suerte había desaparecido después del almuerzo. Amalia quería marcharse antes de que apareciera, así evitaba ver la cara de hastío que le ponía, o soportar alguna de sus críticas lapidarias sobre sus elecciones.

—No siempre es tan exigente. En realidad suele ser bastante encantadora —dijo José, uno de sus compañeros.

—Pues tuve la desgracia de conocerla en una mala semana. No sé de qué me asombro si a

nadie le caigo bien en la tienda —comentó Amalia. Tenía los hombros encorvados. Estaba cansada, enojada y decepcionada. Quizá por eso tenía una postura vencida. O quizá era porque la habían tenido toda la semana encorvada en la silla, eligiendo prendas que no pensaban comprar —. Menos mal que no está para decirme que tengo un pésimo gusto y ningún tipo de criterio comercial en indumentaria masculina.

—A mí me gustó lo del verde manzana. Nunca se me habría ocurrido que podía ser una prenda luminosa.

Amalia rio.

—Lo es, aunque no a todos les queda bien. Pero si se combina con las prendas adecuadas, es una gran elección.

—¿Quieres ir a tomar algo? —preguntó José.

Amalia echó una mirada a la oficina de Ramiro Zachari, y no se sorprendió al verla vacía. Tenía que reconocer que también le dolía el cuello de tanto echar miradas de reojo a la oficina del jefe, pero él no había aparecido en toda su semana. Amalia supuso que la estaba evitando para no escuchar sus reproches por sacarla de ventas para que su madre la torturara en compras. Ni siquiera tuvo la decencia de contarle que la insoportable Clara era su madre. Ramiro la había dejado a la deriva en las garras de su madre, sabiendo que a ella no se le daba bien mantener la boca cerrada. No tenía dudas que lo había hecho a propósito. Si ella lo hubiera sabido no habría discutido toda la semana con otra de las dueñas de la tienda.

Ramiro Zachari era inteligente, tan inteligente que ella había caído en su trampa, porque no se había dado cuenta que estaba usando todas las armas a su alcance para que renunciara, o para despedirla.

—Me encantaría—dijo Amalia. Era viernes, y no le apetecía pagarle una hamburguesa a su jefe después de descubrir las piedras que ponía en su camino para ganar esa estúpida apuesta. Con José, en cambio, pasaría una noche relajada, y quizá podía averiguar cuántos Zachari más había en la tienda, así evitaba seguir metiendo la pata.

Lo bueno era que la cena que pensaba pagarle esa noche quedaba cancelada por culpa de Ramiro Zachari, puesto que él no se había presentado a la cita.

¡Cita! Lo de ellos no era una cita. Si él hubiera aparecido le habría lanzado la hamburguesa y las papas por la cabeza. Era lo que se merecía después de la semana de pesadillas que pasó junto a Clara, la encantadora. En unos días tenía que cobrar el salario del mes. Un mes completo, y con cero ventas porque Ramiro Zachari había hecho lo imposible por sacarla del ruedo.

CAPÍTULO 10

Clara tenía el cabello con mechas rubias, ondas grandes y un brillo conseguido con los mejores tratamientos en Mira, su peluquería de confianza. Siempre le decían que era elegante y no representaba los cincuenta y cinco años que tenía. Incluso le daban cinco años menos porque dedicaba mucho tiempo a su cuidado personal. Clara caminaba, hacía yoga y se alimentaba con comida sana.

Los fines de semana viajaba a Los Cerros para encontrarse con su marido, que era como estar en el paraíso. Allí se relajaba, disfrutaba de los placeres de la vida, respiraba ese aire puro de las montañas y borraba de sus pensamientos todo lo relacionado con el trabajo.

—¡Me ha dicho vieja! Me ha sugerido colores vivos para disimular mi edad —exclamó Clara desde el baño de su casa en Los Cerros, mientras se miraba las arrugas en el espejo. Ese viernes había viajado más temprano de lo habitual porque estaba alterada y necesitaba respirar la paz del pueblo y disfrutar de las atenciones de su querido Luis. Necesitaba salir a caminar, o mejor a correr, para sacarse el estrés de la semana.

Ramiro, desde la cocina, sonrió complacido al no ser el único que había soportado los insultos de Amalia Burton.

—Debes haber interpretado mal sus palabras —comentó Luis, que no podía creer que una empleada nueva le faltara el respeto a su esposa, que era un encanto de mujer.

—No, aunque después aclaró que a mí no me hacía falta. Intentó enmendar su ofensa, pero ya no podía borrar sus palabras, Luis.

Su hijo arqueó las cejas y bebió un trago de cerveza. Estaba muy relajado apoyado en la mesada mientras escuchaba las quejas de su madre. Había viajado toda la semana y se reunió con varios proveedores, porque necesitaba discutir precios y en lo posible adelantar algunas entregas. Y recién se estaba enterando de la semanita que pasó Clara con la fabuladora.

—La culpa es de tu hijo, que me la encajó una semana en compras.

—Yo no te la encajó. Me pediste un reemplazo para Delia, y elegí a Amalia porque Karina la tenía sin vender —Aclaró Ramiro desde la cocina.

—Detalles que ahora no vienen al caso, cariño —dijo su madre.

—Ya sabes que soy detallista. Yo no la habría contratado —aclaró Ramiro—. Fue Camilo quien apostó por ella.

La palabra apostar le arrancó una sonrisa. No porque la estuviera ganando, sino porque no la estaba perdiendo. Después de aquella semana en la que Amalia había vendido hasta el agua de los floreros, le siguió un mes espantoso porque Karina no la había dejado vender ni un par de medias. En esa apuesta había mucho en juego, y él era consciente que podía perder. Pero el motivo de la apuesta no había sido para ganar o perder, sino para provocar una reacción que todavía no se estaba dando.

—Es que Camilo tiene visión de águila para detectar talentos —aclaró Clara, que llegó a la cocina y se puso a buscar en la heladera algo para picar antes de que Luis y ella salieran a cenar—. En cambio, tú tienes piedras en la cabeza —aseguró.

—¡Acabas de hacer un escándalo porque te dijo vieja! Y ahora hablas de la habilidad de Camilo para descubrir talentos—se quejó Ramiro—. La verdad que no entiendo tus contradicciones.

—Bueno. Asumo mis culpas, hijo. En la semana que estuvo en compras no me comporté demasiado bien con ella. Tiene un carácter terrible. No se callaba y soltaba todo lo que pensaba. Aunque delante de ustedes no puedo negar su habilidad natural para elegir ropa. Me dejó muda, pero no iba a reconocer delante de ella lo bien que se le daba el reemplazo que estaba haciendo en mi sector.

—¡Qué! —exclamó Ramiro, y derramó la cerveza sobre el piso de la cocina—. Ni se te ocurra proponerla para un cargo —advirtió a su madre.

Su madre le sonrió con burla.

—Espero que esa chica no haya despertado tu interés. No te conviene mezclar trabajo con placer —aclaró Clara.

—Te aseguro que mi única intención era correrla de Zacha.

—¡Cómo vas a correr a alguien tan valioso! —exclamó Luis.

—No quiero que le den un cargo. Recién entra —dijo Ramiro.

—En una semana me ha resuelto las compras de gran parte de la temporada que viene, Ramiro —dijo Clara.

—Hay que pagarle el salario de Delia por el reemplazo de la semana —sugirió Luis.

Ramiro evitó esbozar una sonrisa. La fabuladora tenía muchos frentes de ataque, pero su padre parecía encantado con ella.

—Eso es correcto, Luis —aseguró Clara.

—No entiendo tu actitud. ¿Te cae bien o mal?—preguntó Ramiro a su madre.

—La he infravalorado toda la semana. Le he retrucado y hasta me he reído de cada una de sus elecciones. No lo hacía porque me cayera mal, sino porque me daba envidia que tuviera tan buen criterio. Yo nunca tuve su habilidad —aseguró su madre. Luis la miró con devoción.

Ramiro entrecerró los párpados al escuchar que su madre se había comportado como un

demonio con Amalia. Él tendría que pagar las consecuencias, puesto que era quién la había llevado a compras. Ella no iba a creer que su intención había sido sacarla unos días de ventas para que tuviera una semana más distendida.

—Tenía que ponerla a prueba, Ramiro —se justificó Clara—. Primero pensé que alguien de afuera le estaba diciendo que elegir. Pero ella tenía respuesta para todo —admiró—. Para todo. No voy a negar que estaba fascinada de encontrar a alguien tan capaz, pero también me irritaba porque no podía encontrarle ni una falla. Una falla la tiene todo el mundo. Bueno, lo que descubrí es que solo es buena para indumentaria. Para el resto es un desastre. No tiene idea de decoración, de electrónica, de muebles, de electrodomésticos; y no sabe ni lo que es un tornillo o una máquina caladora —aclaró Clara, y rio.

—Mamá, ella lo estaba pasando mal en ventas porque sus compañeras le tienen envidia, y su jefa la tenía sin vender para evitar los conflictos. Yo decidí enviarla a compras para que los ánimos se enfriaran, y de paso para darle un respiro.

—Lo sé. Es el rumor que corre por los pasillos. Pero no es una mujer que se calle la boca y agache la cabeza. Hoy mismo me insinuó que era vieja —dijo Clara.

Ramiro soltó una carcajada. Su padre fue más discreto y se giró a la ventana para que su mujer no lo viera reír.

—Quizá es soberbia —comentó Luis, y se giró a mirar a su esposa cuando logró mantener su rostro imperturbable. No quería pasar un fin de semana discutiendo sobre la nueva empleada cuando podían hacer cosas más placenteras, como llevarla a la cama para sacarle la ira que le había dejado Amalia Burton.

Luis había conocido a la madre, y era servicial, atenta y cordial con todos. Una persona encantadora, con la que conversaba en los viajes de ida y vuelta a las sucursales. ¿Le caería mal a Clara que viajara en su coche a las sucursales con la madre de Amalia? Decidió que lo mejor era no comentarle nada ese fin de semana.

—Luis, ella tiene una capacidad natural para saber qué vender y qué comprar —aclaró Clara—. No es soberbia. Pero es guerrera y no se corta ni un pelo si tiene que defender sus decisiones. Aunque me cueste aceptarlo, tengo que reconocer que es perfecta para el cargo —concluyó Clara.

—¿La has incordiado todos los días para darle un cargo? —preguntó Ramiro cada vez más preocupado, porque era él quien iba a pagar las consecuencias de las malas acciones de su madre. Amalia Burton debía estar esperándolo para desquitarse con él de la semana de pesadillas.

—Es buena para el cargo —aseguró Clara.

—Esa mujer la está remando desde que ingresó. Hay demasiados recelos en Zacha, porque los empleados no le perdonan que entró sin referencias.

—Tenía sus fotos infantiles de referencia —aclaró Clara, y soltó una carcajada.

—Eso te recuerda a ti, cariño —dijo Luis, y los dos se miraron cómplices.

Clara le sonrió a Luis.

—Otra vez con la misma historia —dijo Ramiro refiriéndose a la anécdota del ingreso de su madre a Zacha—. Al margen de que todos están resentidos por sus pésimas referencias, lo que cayó peor es que resultó ser mejor vendedora que los que tienen unos antecedentes impresionantes. En este momento no están los ánimos para darle un asenso. Eso va a provocar más problemas con los empleados. Ella es buena en ventas, y lo mejor es que se quede vendiendo —aseguró Ramiro, aún sabiendo que él se podía beneficiar si la sacaban de ventas.

—Presiento que a ti no te alegra que hayamos encontrado a alguien especial para la tienda —comentó su madre.

No se alegraba. Él tenía sus motivos para mantenerse alejado, pero no pensaba discutir con su madre algo que prefería dejar en el pasado.

—No estamos hablando de lo que yo quiero o no. Solo te pido que dejes a Amalia Burton un tiempo como vendedora.

—Está bien. A mí me ha dado muchas ideas de lo que necesitábamos para la temporada que viene, y no pienso correr a Delia de su puesto. Esta chica ha hecho en una semana el trabajo que nos habría llevado más de un mes. Ahora hay que ver si su selección funciona en la tienda. Tenemos varios meses para comprobar si no me equivoco cuando digo que es buena. ¡Verde manzana! —exclamó, y soltó una carcajada.

Luis y Ramiro se miraron sin entender qué le pasaba a su madre con el verde manzana. Tampoco preguntaron porque no querían que se extendiera con el tema hasta las doce de la noche. Ramiro tenía que regresar a la ciudad para cobrarse la cena a la que lo había invitado la fabuladora.

Sabiendo que su madre se había dedicado a incordiarla durante toda la semana, supuso que Amalia Burton usaría la hamburguesa y las papas “grandes” como si fueran armas de guerra. Sonrió al suponer que descargaría municiones pesadas contra él.

Lo importante era que había conseguido frenar el deseo de sus padres de ascender a la fabuladora. Eso habría sido como hacer estallar una bomba en la tienda. Y él habría ganado la apuesta sin saber si se lo merecía.

Miró la hora en su reloj. Las cuatro y treinta de la tarde. Estaba a tiempo de llegar a la ciudad antes de que Zacha cerrara las puertas. La iba a esperar afuera del aparcamiento porque no quería provocar cotilleos infundados entre los empleados. Ya demasiados problemas había con Amalia Burton, para que encima corriera el rumor de que se tiraba al jefe.

Cuando Ramiro se marchó, Luis se acercó a su esposa, la abrazó por detrás y le susurró al oído.

—A ti te hace falta relajarte, cariño —le susurró al oído—. Y yo estoy más que dispuesto a colaborar para que consigas la paz que vienes a buscar a Los Cerros.

Desde que vivían separados la vida se había convertido en una montaña rusa. Disfrutaban de cada momento. Una caminata, el desayuno en el bar de Lito, la cena en el restaurante de Minerva. Y el sexo. Era como si fueran una pareja de recién casados. Y Luis estaba encantado de prodigarle a su esposa todo el placer que necesitaba para olvidarse de los problemas laborales.

—Esa mujercita me ha vuelto loca, Luis —dijo Clara, y sintió que su esposo comenzaba a desabrocharle el salto de cama que se había puesto después de estar media hora en la bañera. Si Ramiro no hubiera estado en casa, su marido se habría unido a ella, y Clara se habría olvidado del verde manzana y de Amalia Burton. No le caía mal la joven, y tenía que reconocer que hacía años que no encontraba una rival que estuviera a su altura—. ¿Crees que si me compro alguna prenda verde manzana me hará más joven?

—Todo te queda fantástico, Clara. Deja que te haga olvidar el estrés de la semana.

Él le acarició los senos con una mano y la otra comenzó un recorrido ascendente por sus muslos. Cuando le acarició los pliegues de su sexo, Clara se olvidó del verde manzana y de Amalia Burton. Se olvidó de Zacha, de las compras, de los problemas diarios, porque cuando viajaba a Los Cerros y se encontraba con Luis solo se permitía disfrutar. Luis tenía un carácter hermoso, y unas manos prodigiosas que la hacían olvidar los problemas de la tienda.

Clara explotó con las hábiles atenciones de su marido y él la recostó sobre la mesa de la cocina y la penetró. El mundo dejó de existir y solo estaban ellos, amándose como cuando eran jóvenes. Disfrutando de los pocos días que compartían los fines de semana alejados de las preocupaciones y de la rutina.

Luis entró y salió del cuerpo de su esposa hasta que sintió que ella estaba llegando al límite, y con embestidas profundas los dos se dejaron ir.

Se miraron y Clara se abrazó a Luis.

—No sé qué haría si no tuviéramos estos días de ensueño, tú y yo solos en este paraíso.

—Y noches —aclaró Luis—. Porque esta noche, después de nuestra cena en el restaurante voy a volver a sacarte el estrés.

Ella sonrió y se apoyó en su pecho. Lo amaba cada día más. Unos años atrás su relación había sido distinta, y Clara le había sugerido que era mejor divorciarse. Le dolía, pero trabajar juntos y regresar a la casa para discutir asuntos de la tienda había desgastado su vida conyugal. Luis no quiso saber nada con el divorcio, pero se fue de la casa.

Clara lo odió, porque Luis ni siquiera comentó con ella la decisión de irse de la ciudad. Pero con el tiempo comprendió que lo que había hecho su esposo era comenzar de cero con una vida diferente. Luis jamás se rendía, y encontró la fórmula para recuperar la felicidad que la rutina les había quitado.

CAPÍTULO 11

Amalia y José disfrutaban de una bebida en el bar de la esquina de Zacha. José sugirió el lugar, y a Amalia le pareció lo mejor tratándose de una salida de compañeros después de un largo día de trabajo. Allí se encontró a Lea tomando una cerveza con Diego Latorre, de Marketing.

Diego al verla arqueó las cejas. Amalia supuso que estaba recordando el día que se conocieron en el estacionamiento. Ella estaba tan histérica con la nota de Ramiro, donde le contaba que era el director y dueño de Zacha, que le contó al pobre Diego todas sus penas. Por suerte, Diego la saludó y simuló no conocerla.

Los cuatro compartieron mesa.

—¿Y cómo te ha ido en compras? —preguntó Lea.

—Me dieron unos libros enormes para que hiciera una selección de lo que creía que era comercial.

José la miró con asombro. Él esperaba que se pusiera a despotricar contra Clara, y le gustó su reserva. Clara era una buena mujer, aunque por algún extraño motivo se había comportado con ella de forma irritable. Si Amalia hubiera sacado a relucir sus disputas, el lunes todos hablarían del tema y la única que saldría malparada sería la nueva, aunque no hubiera hecho nada para caerle mal a Clara.

—¿Te han puesto a seleccionar lo que van a comprar para la temporada?

—Supongo que es eso lo que hice. Pero de la temporada que viene. La verdad que dudo que compren algo de lo que seleccioné. No se me daba bien el trabajo —aclaró Amalia.

—Con lo buena que dice Lea que eres para ayudar a las clientas a encontrar lo que les queda perfecto —dijo Diego Latorre.

—Lea, has estado contando mis problemas en ventas —se quejó Amalia.

Diego le sonrió. Amalia rogaba que no se pusiera a contar su patética presentación el día que se conocieron en el aparcamiento.

—No de forma directa —aclaró Lea—. Ya sabes que tu entrada en Zacha está en boca de todos, y Diego me preguntó si tus referencias infantiles iban de acuerdo con tu capacidad —dijo Lea, y se rio.

—¡Qué gracioso! —exclamó Amalia—. Lo bueno es que el lunes regreso a ventas, y nadie me va a impedir que venda —aseguró.

—Así se habla —dijo Diego, y elevó el vaso de cerveza en un brindis. Amalia negó con la cabeza y entrechocó su vaso con él.

Frente a ella arqueó las cejas Ramiro Zachari, que acababa de entrar al bar donde la fabuladora estaba feliz y relajada bebiendo cerveza.

Al verlo, a Amalia la atacó la fastidiosa urticaria, y se maldijo. El muy imbécil estaba adorable, con el cabello revuelto y esa sonrisa que quitaba el aliento y dejaba a la vista su dentadura perfecta. Llevaba un traje oscuro, que acompañaba con una remera azul y zapatillas blancas. Parecía un desfachatado parado allí, de brazos cruzados.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —preguntó Ramiro, y todos levantaron el rostro para mirarlo. Era común verlo en el bar con los empleados. Él era cercano a todos, y muchas veces se pasaba para compartir una bebida en cualquiera de las mesas donde los trabajadores se reunían a la salida de Zacha.

—Sacando a Clara, todo ha ido bien —dijo Amalia.

José la miró con la boca abierta. Ramiro siguió con esa sonrisa suya. Lea le dio un puntapié por debajo de la mesa, y Amalia dio un respingo.

—Siéntate —dijo Diego Latorre, desplazándose a un lado para que Ramiro tuviera espacio para agregar una silla.

—¿Y a ti, qué tal te ha ido en tu semanita de vacaciones? —preguntó Amalia.

—Ya quisiera haber estado de vacaciones —respondió Ramiro, y miró a Diego—. Gracias, Diego. Tenía un compromiso para este viernes. Una invitación a cenar, pero mi cita se debe haber arrepentido.

Ese era un palo para ella. Pero después de todos los palos que había recibido de su madre no pensaba pagarle la hamburguesa.

—¡Oh! Cuánto lo siento. Menos mal que te uniste a nosotros —dijo Lea, quizá para congraciarse con el jefe.

—Con ustedes me siento como si no me hubieran dado el plantón —comentó Ramiro, y le sonrió a Amalia.

—Quizá te han dado plantón porque te lo merecías —comentó Amalia.

—Vine corriendo y todavía se me hace agua la boca al imaginarme comiendo una hamburguesa con papas fritas grandes y bien grasientas —aclaró.

Y dale con seguir tirándole palos, pensó Amalia y apretó los puños.

—Si estás tan muerto de hambre, puedo pedirle al camarero que te prepare la hamburguesa y las papas —dijo Amalia.

—No, gracias. Me la imaginé comiendo en otro ambiente —aclaró.

—¿Qué le habrás hecho a la persona que te dejó plantado? Yo siempre digo que hay que ver el lado positivo —comentó Amalia.

—Y cuál sería el lado positivo a mí plantón.

—Si has enojado a alguien, lo positivo sería que no has terminado con la hamburguesa y las papas de sombrero —comentó Amalia.

Lea soltó una carcajada.

—Lo siento, es que me lo estoy imaginando con la hamburguesa de sombrero —aclaró Lea, y volvió a reír.

—Y las papas cayendo como bucles de tu cabeza —aclaró Amalia.

Diego negó con la cabeza.

—Las mujeres se la están pasando en grande a tu costa.

—Eso parece —dijo Ramiro.

José solo miraba a uno y a otro con desconcierto. Allí había algo más que un simple intercambio de comentarios simpáticos. Ramiro y Amalia se miraban como si compartieran un chiste que solo ellos conocían.

Amalia le hizo señas al camarero para que se acercara a la mesa.

—Marito, acá al jefe lo han plantado.

—Te han plantado —exclamó Marito sorprendido—. No lo puedo creer, con la pasta que tienes y esa pinta de Brad Pitt —y agitó las manos como muestra de asombro. Amalia puso los ojos en blanco. Solo en el blanco del ojo se parecía a Brad Pitt. Ese chico era un encanto, pero no se le daban bien las comparaciones y era terriblemente exclamativo para expresarse.

—Pero si no se parece a Brad Pitt —exclamó Lea—. Sin ánimo de ofender jefe, que tienes buena percha y esa cara no está nada mal, pero Brad Pitt... es Brad Pitt y...

—Ya está bien, Lea. Me alegro de no parecerme —aclaró Ramiro.

—Marito, concéntrate —pidió Amalia—. Al jefe lo han plantado, y se le hace agua la boca por una hamburguesa de las grandes, con doble de carne y rebalsando de queso. Y papas grandes. Dile al cocinero que use el aceite viejo que guarda para los que no son clientes, así salen bien grasientas, como él se las imagina.

—No tenemos aceite viejo —exclamó Marito—. Eso nos haría mala fama.

—Bueno, entonces que las ponga con el aceite frío. Creo que así le van a salir bañadas en aceite —supuso Amalia.

José seguía mirándolos desconcertado. Darío se tapó la boca para no reírse al ver el entrecejo fruncido del jefe. Lea no fue tan discreta y soltó una carcajada.

—Estás incitando a nuestro jefe para que te eche —comentó Lea—. No se lo tengas en cuenta, Ramiro. Es un encanto, solo que está alterada por la falta de ventas. Las necesita y...

—Lea, no hace falta que le cuentes mis problemas.

—A mí me gusta saber los problemas de mis empleados —dijo Ramiro, quitando importancia al hecho de que ella le acababa de encargar una comida que le iba a romper el

hígado. Todo el viaje pensando en la cena que iba a tener con ella, y la fabuladora en vez de esperarlo emocionada, estaba en el bar pasándoselo bomba con los compañeros. Le había dado plantón y ahora le pagaba la cena que deberían haber disfrutado solos. Aunque lo de disfrutar lo dudaba.

—Todos tenemos nuestras necesidades, jefe. Y Amalia necesitaba hacer muchas ventas, pero Karina no la deja vender. Y encima esta semana, que ella pensaba ir a comentar su problema en recursos humanos, se la llevaron a otro sector.

—Ya veo —dijo Ramiro. Él sabía todos sus problemas económicos, porque Marcela había soltado todas sus desgracias en su oficina el día que Rosa se la presentó. Pero no pensaba hablar delante de José y Diego. Diego solo sonreía, pero José no dejaba de analizarlos. Y eso significaba más cotilleos en Zacha, y más problemas para Amalia Burton. Aunque ella solita se los estaba buscando.

Le llegó la hamburguesa con papas. Por suerte no nadaban en aceite, aunque la hamburguesa era tan alta que no sabía cómo se la iba a meter en la boca.

—¿Las hamburguesas de ustedes se comen con cuchillo y tenedor? —preguntó Ramiro a Mario.

—Eso sería un sacrilegio —aclaró Amalia, y sonrió al ver la altura de la misma—. La aplasta un poco con las manos, jefe, y seguro que te entra en esa boca tuya, que no parece tan pequeña.

—¿Y qué sabes tú de su boca? —preguntó José.

—Nada. Tengo ojos y la estoy viendo —aclaró Amalia.

Ramiro sonrió, y esa maldita sonrisa le hizo cosquillas en todo el cuerpo. Amalia no dejó de observarlo. Él comía, y comía, y seguía comiendo como si llevara un mes sin probar bocado.

—Deliciosa —comentó Ramiro, que se comió todo, y no dejó ni una maldita papa.

—Al menos no quedaste con la comida de sombrero —comentó Diego.

—Sí, es un alivio no tener que regresar corriendo a mi casa para darme una ducha —dijo Ramiro.

—¿Por qué no vemos a Camilo? —preguntó José.

—Ha tomado licencia —dijo Ramiro.

—No se había ido durante el verano —dijo José.

—Sí, pero le quedaban algunos días pendientes. También ha estado en Las Lomitas una semana —comentó. José no le caía bien, era demasiado cotilla.

—Bueno, yo me voy porque ya se me ha hecho tarde —dijo Lea.

—A mí también —se apresuró a decir Amalia para evitar quedarse a solas con Ramiro. No quería tener un enfrentamiento con su jefe cuando estaba alterada. Él la había mandado a compras porque estaba usando todas sus armas y su poder para lograr sacarla de Zacha.

—¿Quieres que te acerque? —preguntó José.

A Ramiro no le gustó la propuesta de José. ¿Acaso José tenía otras intenciones con la fabuladora? Sobre su cadáver iba a permitir que alguien como él intentara llegar a algo más que un compañerismo de trabajo.

—No, gracias —dijo Amalia, y Ramiro sonrió con su respuesta.

—Ya la acerco yo, que vivo cerca de su casa —comentó Ramiro, y tarde comprendió que debería haber cerrado la boca. José lo miraba con la boca abierta.

—¿Y cómo sabes donde vive? —preguntó José.

—Le tomé la entrevista, José —aclaró Ramiro—. Cuando me dio su currículum con sus asombrosas experiencias, me llamó la atención que viviera a tres cuadras de mi casa. Estamos en el mismo barrio.

—¿Qué? —preguntó casi a gritos Amalia—. ¡En el mismo barrio! Pero qué casualidad. Jamás te veo cuando salgo a comprar.

—Ramiro tiene una empleada que se ocupa de sus quehaceres domésticos —aclaró José.

Ramiro frunció el entrecejo. Ese tipo cada día le caía peor. Era un cotilla de primera. Pero su madre decía que era un experto en compras de tecnología y lo quería con ella.

—Te agradezco la oferta, jefe, pero me encanta caminar. Además, la noche está hermosa, fantástica. Y a mí me encanta que el aire me roce la cara.

Soplaba un viento que parecían puñales de hielo que se clavaban en la cara, y en el cielo las nubes eran de un gris oscuro. Ya se escuchaban algunos truenos, y en menos de cinco minutos iba caer un chaparrón y ella iba a quedar empapada. A Ramiro le hacía gracia su tonta excusa. Esas salidas ridículas que tenía se parecían mucho a las fotos infantiles con las que había logrado entrar a Zacha. Y eso, maldición, eso era lo que más le gustaba de la fabuladora.

Lea y Amalia saludaron, se acercaron a la barra, cada una pagó su cuenta y se marcharon. Ramiro no las miró. Sus disputas ya le habían dado demasiados cotilleos a José como para que él se pusiera a seguirla con los ojos. Ganas no le faltaban, a pesar de que sabía que tenía que mantenerse lejos de la Amalia Burton.

—¿Mañana quién trabaja? —preguntó Ramiro, para cambiar el tema.

—Supongo que solo la tienda y alguien de administración, pero no sé quién se queda para hacer la guardia —dijo Diego—. ¿Compras no?

—No, nosotros nos sacamos todo el trabajo de la semana. No viene nadie —comentó José—. ¿Y tú? —preguntó a Ramiro.

—Quizá pase a media mañana porque Marisol vuelve el lunes —aclaró.

—Marisol y Camilo. ¿Los dos de vacaciones? —preguntó José.

—No tengo idea si salieron al mismo tiempo o con diferencia de algunos días —dijo Ramiro, y se levantó—. Nos vemos el lunes —saludó, y fue a pagar a la barra.

—Lo tuyo ya está pago —aclaró Marito, y le guiñó el ojo—. Está buena, eh. Quizá la podrías reemplazar por la que te dio plantón. Hasta te pagó una hamburguesa, y eso que se cuida un montón en los gastos.

—Mejor paso. Tiene la lengua demasiado afilada —dijo Ramiro.

—A mí no me importaría —comentó Marito.

—Ni se te ocurra hacerle alguna propuesta indecorosa.

—¿Por qué? Si tú pasas, me la puedo intentar tirar yo.

—Por las dudas que me decida a no pasar de ella —dijo Ramiro.

Marito arqueó las cejas.

—No se le roba la chica a quien deja buenas propinas —aclaró, Y Ramiro negó con la cabeza.

—Aquí tienes la propina de las hamburguesas que pagó una de mis empleadas. —Le palmeó el hombro, sacó lo que creía que salía la cena y le tendió los billetes.

—Guaauu, con esto me hago la noche —Admiró—. Gracias, jefe.

—Ya te he dicho que no soy tu jefe.

Ramiro salió y los truenos retumbaron arriba de su cabeza. «La noche está hermosa, fantástica. Y a mí me encanta que el aire me roce la cara». Ramiro sonrió recordando la excusa que le había dado la fabuladora cuando se ofreció a llevarla. Según sus cálculos, Amalia no habría recorrido más de diez cuadras. Todavía le quedaban veinte. Si los rayos eran seguidos de los truenos, la tormenta estaba encima. Es decir, que la fabuladora llegaría empapada a su casa.

Se subió al coche y manejó a poca velocidad para tratar de localizarla mientras ella caminaba en esa hermosa noche. La encontró a mitad de camino, y sonrió. Las gotas ya mojaban el parabrisas. Ramiro bajó la ventanilla y comenzó a seguirla con el coche.

—Una noche maravillosa, fantástica, espectacular para caminar —dijo, un trueno estalló en el cielo y las gotas se hicieron más grandes y más seguidas. Pronto se desataría un diluvio.

—Me encanta la lluvia —dijo Amalia, que había acelerado el paso. Si no se apuraba iba a llegar hecha sopa. Pero no pensaba subir al coche de la hiena.

—Sube.

—No.

—Sube, no seas inflexible.

—No quiero discutir contigo. Si subo mi puesto en Zacha correría peligro.

—No hablemos en todo el viaje —sugirió Ramiro.

—Como si fuera fácil mantenerme callada después de la semana que he pasado por tu culpa.

Él arqueó las cejas.

—¿No vas a subir?

—No.

—Como quieras. Nos vemos el lunes —dijo Ramiro, y se marchó.

Amalia se quedó mirando cómo se alejaba mientras el diluvio le caía sobre la cabeza. No podía reprocharle nada puesto que él le había insistido. Pero igual maldijo a Ramiro Zachari, maldijo a Clara Zachari, y maldijo a su padre.

Su vida era un desastre por culpa de su padre. Miró al cielo, y a pesar de todas las complicaciones, sonrió. Ese desastre le había cambiado la vida y ella estaba llena de entusiasmo. Y también de esas urticarias que le provocaba el hombre que acababa de alejarse sequito a su casa.

CAPÍTULO 12

Eran las once de la noche y Amalia no paraba de estornudar. Cuando llegó a la casa se dio una ducha caliente y se preparó una sopa instantánea para entrar en calor, pero ya era tarde y estaba sufriendo las consecuencias de la mojadura. No dejaba de tiritar.

¿Por qué diablos su orgullo le impidió subirse al cochazo del jefe? La próxima vez se iba a zambullir dentro del vehículo antes de que Ramiro la invitara. No podía enfermarse. No podía faltar al trabajo. Necesitaba mejorar los ingresos del mes próximo, puesto que lo que iba a cobrar en unos días no le alcanzaría para cubrir ni el monto de la tarjeta.

Amalia vivía sola y tenía que hacerse cargo de todos los gastos de la casa. Marcela también tenía gastos en el pueblo. ¿Había sido una buena idea que Marcela dejara la mercería para vivir cada una en un lugar diferente?, era un desafío que podía salir bien o mal. Tampoco tenían una opción mejor, puesto que el ingreso de su madre en la mercería era demasiado pobre para afrontar sus problemas económicos. Lo mejor de todo esto era que a Amalia le gustaba vivir sola.

Otra vez estornudó y se envolvió mejor en el cobertor que había sacado de la cama. No quería acostarse antes de sentirse mejor. El cuerpo se le estremecía de frío, o quizá era de nervios por culpa de su encuentro con el jefe. Él la había dejado alterada. Era evidente que la familia Zachari tenía una gran habilidad para arruinarle hasta el fin de semana.

Había quedado con su madre de que iba a viajar para conocer su nueva casa y el hermoso pueblo donde vivía. Y ella iba a ir aunque se gastara el último dinero que le quedaba en el bolso, y aunque ardiera de fiebre por culpa del diluvio.

Tembló mientras ponía la pava en la hornalla de la cocina para calentar el agua para prepararse un té. Le estaba subiendo fiebre y no podía culpar al demonio de Ramiro Zachari por su propia obstinación.

Abrió la alacena y sacó una taza grande. ¿Y si le ponía un chorrito coñac? Se agachó para buscar la bebida en la parte inferior del mueble, que debía estar añeja debido a los años que llevaba allí, puesto que se la habían regalado a su padre en la empresa donde trabajaba y nadie en la casa tomaba coñac. Pero al sacar la botella vio que estaba vacía, y se horrorizó. ¡Su madre! Su madre se había volcado a la bebida para olvidar la traición de su padre. Amalia soltó una maldición al descubrir que la angustia que sentía Marcela la había obligado a volcarse a la

bebida.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Activó el móvil y vio que eran casi las doce de la noche. ¿Quién diablos venía en un día espantoso a esa hora de la noche?, la vecina del frente para saber si estaba bien, un ladrón, su padre. O le habría pasado algo a su madre y alguien venía a avisarle. Tembló de nervios mientras se acercaba sigilosa para espiar por la mirilla. Otro estremecimiento le recorrió el cuerpo, y esta vez no era por la fiebre. No había acertado en ninguna de sus deducciones.

¿Qué hacía Ramiro Zachari a esa hora de la noche en su casa? Y ella con el cabello sin peinar después de salir de la ducha, en pijamas y envuelta en el cobertor de flores de su cama. Peor pinta no podía tener. Pero estaba en su casa, y el desubicado era él, que se creía con derecho a invadir su privacidad.

—¿Qué haces aquí? —dijo Amalia cuando abrió la puerta.

Se sorprendió al verlo. Estaba blanco como un papel, como si estuviera a punto de caer redondo al piso. Bueno, lo de redondo no iba con su físico. Él no tenía mejor aspecto que ella. En realidad estaba peor, y parecía a punto de desmayarse.

—No tengo té en mi casa —dijo Ramiro—. Y todo por culpa de tu hamburguesa y las papas bien grasientas.

—¡Qué! —exclamó Amalia—. En serio me vas a culpar a mí por no dejar en el plato ni las migas—se quejó.

—¿Qué querías que hiciera?, que dijera delante del cotilla de José que eras tú la que me dio plantón.

Amalia lo miró con la boca abierta. No se imaginó a José como un cotilla. Menos mal que en el bar se encontraron con Lea y Diego, sino le habría preguntado al mayor cotilla cuántos Zachari había en la tienda para no seguir metiendo la pata.

—Pasa, que te voy a hacer el té. Aunque ya estás adentro —aclaró Amalia, y cerró la puerta de calle. Él ya estaba en la cocina volcando el agua que acababa de hervir en la taza con el saquito de té que se pensaba tomar ella.

Ramiro Zachari se movía en su casa como si fuera la de él, y eso le provocó un nuevo estremecimiento, ya no de frío, sino porque la escena parecía una imagen cotidiana entre dos personas que se conocían de años.

—Después del té, te vas —aclaró Amalia, asustada con lo íntima que le resultó la situación.

—Eres un encanto de persona para colaborar con un enfermo —dijo Ramiro, y se sentó a la mesa con la humeante taza en las manos—. Estás muy sexy —comentó, y sonrió cuando Amalia se envolvió más en el cobertor para que no viera su pijama gastado. Ya no daba más el pobre y tenía un huequito en el culo, pero era su preferido, y él no había venido a su casa para

mirarle el trasero—. ¿No me digas que te has enfriado?

—No, esto es lo que uso de forma habitual cuando estoy en mi casa —mintió Amalia, y estornudó.

—¡Te has enfermado por no dejar que te acercara a tu casa! Vete al sillón que te preparo un té, cabezota.

¡Le acababa de decir cabezota! Bueno, no estaba muy equivocado, puesto que si hubiera aceptado que la llevara en su coche no se habría enfermado. Tampoco habría podido contener su lengua, y le habría reprochado que por su culpa tuvo que soportar una semana de pesadilla con Clara. Y encima estaba esa horrible urticaria que él le provocaba, que se habría intensificado si tenía que viajar en el asiento del acompañante, a escasos centímetros de su jefe. No, eso no podía permitirlo. Prefería la fiebre.

Se sintió ridícula con sus deducciones, porque ahora lo tenía metido en su casa, sin que lo invitara. Pero al verla enferma se ofrecía a atenderla. ¡Si él estaba peor que ella!, blanco y ojeroso de tanto vomitar, no tenía dudas.

Salvando la disputa que había entre ellos porque no había querido contratarla, y las pequeñas piedras que Ramiro le ponía en el camino para que no vendiera, su gesto de atenderla le pareció adorable.

En ese momento, Amalia vio a Ramiro con otros ojos. Él no era tan soberbio como creía. Quizá hasta era el hombre con el que cualquier mujer soñaba, atento y encantador en los peores momentos.

—Deja que ya me lo preparo yo, que si te mueves muchos vas a dejar la cocina perdida de vomito. Tú no estás en mejor estado que yo. Y no me des órdenes que aquí no eres mi jefe —dijo Amalia.

Ramiro le sonrió. No esperaba menos de ella. Siempre estaba a la defensiva cuando lo tenía delante. En realidad, él no sabía qué hacía en su casa.

Era cierto que la comida chatarra le cayó como una bomba, pero en vez de hacerse un té en su casa, decidió aparecer por la de Amalia para que viera en el estado que había quedado con su maldita cena. Lo que no se esperó era encontrarla envuelta en una colcha y temblando después de la mojadura en un día que hacía un frío insoportable.

—Como si en Zacha aceptaras mis órdenes. Eres la empleada más rebelde que hemos tenido. Y no te preocupes, que ya no me queda nada en el estómago. Por favor, siéntate en el sillón que te llevo un té —pidió.

No podía negarse si él se lo pedía por favor. Se envolvió mejor en el cobertor y se sentó en el sillón de la sala. Seguía temblando pero ya no sabía si era por el enfriamiento o por tener a Ramiro metido en su casa.

Él no le preguntó dónde estaban las cosas. Abría y cerraba puertas y cajones como si esa

fuera su casa. Estaba mirando todo, en decir, que se estaba enterando de que las alacenas estaban vacías de alimentos.

Desde el sillón, Amalia sintió el ruido de la pava pitando, de la taza que debió encontrar en la alacena y de la cucharita mientras revolvía el azúcar. A ella le gustaba con dos de azúcar, pero decidió no quejarse.

Ya iba a aparecer con el té y ella cada vez temblaba más. No quería tenerlo allí cuando se sentía enferma, pero ese hombre hacía lo que le venía en ganas. Para que iba a decirle que se fuera si era como hablarle a la pared.

—Aquí tienes. Tómalo bien caliente. Dime donde tienen los antipiréticos y te traigo uno —sugirió Ramiro.

Sí, era adorable. El ibuprofeno estaba en el baño, en un botiquín que había sobre el lavabo. Pero se había metido a la ducha apenas entró a la casa, y toda su ropa estaba tirada en el piso, incluida su tanguita roja de encaje. Le ardió la cara, y supuso que tendría el mismo color que la tanga del baño.

—No tengo antipiréticos. Se los llevó mi madre y me olvidé de comprar. Me siento fantástica —mintió—. Ya puedes irte.

—Siempre eres tan atenta con las visitas.

—No te invité a mi casa. Y créeme que habría preferido que no vinieras. No eres mi persona favorita en este momento —aclaró Amalia.

—Tú tampoco me caes bien. Desde que has llegado a Zacha no tengo más que problemas —aclaró Ramiro. El problema más serio era que no podía dejar de pensar en ella, pero eso no se lo pensaba decir.

—Lo único que hice fue caerle bien a Camilo. Jamás te he molestado. Pero no te gusta perder y estás empeñado en despedirme para ganar esa tonta apuesta. Y yo estoy decidida a quedarme —aclaró Amalia—. He pasado una semana de pesadillas con Clara. ¿Por qué diablos no me dijiste que Clara era tu madre?

Ramiro le sonrió con burla, y eso la indignó más.

—Toda la maldita semana peleando con ella, jefe. Si hubiera sabido que era tu madre me habría callado la boca o habría aceptado con resignación todas sus críticas.

—Me lo callé para que no contuvieras tu encantadora verborragia —aclaró Ramiro.

—Eres un hombre despreciable —dijo Amalia, se le cerraban los ojos e hizo un esfuerzo por mantenerse despierta.

—Lo sé. Pero tengo que ganar la apuesta —dijo Ramiro, y se recostó en el sillón como si estuviera en su casa—. No has vendido nada y pienso regocijarme cuando vuelva Camilo —aclaró.

Amalia lo miró con la boca abierta.

—Solo te importa esa estúpida apuesta. Yo necesitaba el dinero. Necesito ganar comisiones para...

—Ya lo sé.

—Tú no sabes nada.

—Bueno lo deduzco —aclaró para no dejar en evidencia a Marcela Burton, que le había contado todas sus desgracias—. Si quieres te autorizo un préstamo.

—No quiero préstamos con unos intereses imposibles de pagar. Solo quería que me dejaras vender —dijo Amalia, y bostezó. No podía dormirse con él metido en su casa, recostado junto a ella en el sillón como si fuera su amante. ¡Amantes! Pero en qué barbaridad estaba pensando, se dijo, y su imaginación se desbordó al imaginar a Ramiro desnudo, y ella también desnuda, los dos desnudos en el sillón de la sala de su casa. Él besando sus zonas más sensibles, y ella jadeando y... se le escapó un jadeo. Él soltó una carcajada, porque no solo era despreciable, sino que quizá estaba adivinando sus pensamientos—. Vete de mi casa —susurró.

Ya no supo si se marchó o seguía allí, porque el enfriamiento o la fiebre la llevaron a los brazos de Morfeo. Y ese dios griego era un descarado, porque la obsequió con unos sueños que eran comparables a su peor pesadilla, porque se parecían mucho a las imágenes que había recreado en su mente antes de caer en la inconsciencia. O quizá era producto de la fiebre.

CAPÍTULO 13

Amalia volaba de fiebre y deliraba en voz alta. Salvo alguna la palabra suelta como despreciable y soberbio, el resto eran brumm, mum, drrr. Algo totalmente incomprensible que le impidió a Ramiro conocer sus peores pesadillas, hasta que ella dijo clarito, “hiena soberbia, nom brass...aaau... desnudarme”. Se le escapó una carcajada al descubrir que era él quien estaba en sus delirios... y la estaba desnudando.

¡Vaya con la fabuladora!, y pensar que él había creído que ella no lo había mirado dos veces seguidas. Al parecer, le había echado unas cuantas miraditas de reojo para estar teniendo sueños eróticos con la hiena, como lo había apodado en la entrevista.

Ramiro llevaba una hora poniendo paños fríos en su rostro para intentar que le bajara la fiebre. Todo el mundo tenía antipiréticos en su casa, pero según ella se los había llevado su madre.

No le gustaba husmear en casa ajena, y menos cuando había llegado sin invitación, pero ¿acaso no era por una buena causa? Claro que era por una buena causa. Necesitaba bajarle la fiebre y no quería dejarla sola mientras iba a una farmacia a comprar un antipirético. Quizá si revolvía los cajones de la mesita de noche o donde guardaba la ropa se encontraba algún medicamento olvidado.

Ese era un barrio antiguo con casa igual de antiguas. La de él era igualita a la de Amalia, por lo que conocía la disposición. La sala, la cocina a la izquierda y un pasillo que llevaba a las habitaciones y el baño. Eran casas sencillas. La suya había sido de sus abuelos y su madre se la ofreció para que no tuviera que gastar en un alquiler.

Amalia creía que él tiraba dinero por la ventana. No era así. Su economía había sufrido un terremoto a causa de un lamentable error, y lo único que tenía era su preciada cabaña en Las Lomitas.

Al recordar su lamentable error tuvo ganas de salir corriendo de la casa de Amalia. Él no debería estar allí, sino lo más lejos posible de la fabuladora. «Está enferma, Ramiro», le susurró la voz de su conciencia. Él todavía conservaba una parte bondadosa, no era muy grande, pero los rescoldos de su forma de ser solidaria, antes de convertirse en un hombre frío y práctico, seguían allí. Se iba a quedar con ella hasta que se recuperara y después se mantendría lo más lejos posible de la tentación.

Entró a la primera habitación y la vio vacía. Había una cama matrimonial, y supuso que era la de Marcela y del marido que la dejó por la jovencísima amante y llena de tristeza y de deudas. Abrió algunos cajones pero todos estaban vacíos.

Salió y entró a la segunda puerta, y se quedó un segundo observando el dormitorio de Amalia. Si se podía conocer a las personas por su habitación, tenía que decir que Amalia era ordenada y limpia. No tenía muebles lujosos, pero era un cuarto acogedor, con cortinas color crema, un escritorio pequeño de madera clara, y en la cama tenía sábanas floreadas y varios almohadones. Faltaba el cobertor con el que estaba envuelta y temblando en la sala.

«Concéntrate en lo que has venido a buscar, que está ardiendo de fiebre», se dijo, dejó de cotillear y se puso a buscar en los cajones. Abrió la mesa de noche, y nada, salvo unas pocas cosas, como una lapicera, un cuaderno, unas memorias de computadora, un labial y varias cosas que para ella debían ser importantes. Lo que llamó su atención fueron los collares de mostacilla. No tuvo dudas que era un recuerdo de los que vendía de niña en la mesa que sacaba a la vereda.

Debería enfurecerse al recordar que con esas referencias entró en Zacha, pero ya no estaba enojado y sonrió.

Revolvió los cajones de una cómoda que tenía junto a la puerta. Pero solo tenía ropa muy ordenada. Evitó mirar en detalle sus prendas íntimas, y solo metió la mano para tratar de encontrar una caja o blíster con antipiréticos, pero no había nada, como ella le dijo.

Salió de la habitación y entró al baño. Miró sorprendido el desorden. El uniforme de Zacha estaba en el suelo junto a su ropa íntima, un sostén y una tanguita roja de encaje, tan pequeña que no debía cubrirle nada. Todo estaba empapado después del diluvio que la agarró cuando no quiso subir a su coche.

Nunca se la imaginó con esas prendas diminutas y casi transparentes, que nada dejaban a la imaginación. Negó con la cabeza. Él tenía que apartarse de la tentación. Lamentablemente, esa prenda sería su perdición, porque cada vez que la viera en la tienda se la iba a imaginar con la tanguita roja.

Apartó la vista de la tanga y abrió el botiquín que había sobre el lavabo. Allí encontró lo que estaba buscando. Una caja transparente con una cruz roja arriba. El botiquín de primeros auxilios. Tenían todo tipo de remedios para emergencias. ¿Por qué le había mentido?, quizá para que no viera el desorden y la tanguita roja. Sonrió.

Salió del baño con la caja de antipiréticos y un termómetro para tomarle la fiebre. Regresó a la cocina por un vaso de agua. Le daba pena despertarla, pero no podía dejarla absorbida por sus delirios eróticos, aunque era tentador seguir escuchando que él la desnudaba.

En la sala le retiró el cobertor, le abrió el pijama y le deslizó el termómetro debajo del brazo. Intentó cerrar los ojos para no mirarle el pecho, pero eso era como decirle a un hombre perdido en el desierto que no bebiera agua del oasis después de pasar muchos días soportando la

sed. Ramiro miró, y lo que vio tuvo un efecto inmediato en su entrepierna.

Se apresuró a cerrarle el pijama. ¡Qué estaba haciendo! Ella estaba enferma, estaba delirando y él se ponía duro por ver un poquito de su pecho. Después de unos minutos le sacó el termómetro y vio que se había disparado a treinta y nueve grados centígrados. Eso era demasiado y ya llevaba mucho tiempo ardiendo.

La sacudió por los hombros para despertarla.

—Fabuladora, he encontrado un antipirético. Necesito que te despiertes para tomar una pastilla. Me escuchas —dijo Ramiro, y le quitó el cobertor para dejar que el calor se escapara de su cuerpo—. Si no te baja la fiebre tendré que bañarte, Amalia —aseguró, y eso obró la magia.

Ella abrió los ojos asustada. Los tenía brillantes, las mejillas ardidas, todo el cuerpo caliente y no era él quien la hacía arder. O quizá sí, puesto que en sus delirios él la desnudaba.

—Ni en tus sueños —susurró—. Creo que me voy a morir —comentó.

Ramiro le puso la pastilla en la boca y le acercó el vaso. Ella se lo bebió todo.

—No te vas a morir.

—Habría preferido que no estuvieras aquí.

—Yo me alegro de haber venido —aseguró. ¿Qué habría hecho ella sola en ese estado?, quizá se habría tomado el antipirético que le negó que tuvieran.

—Eres la última persona que quiero que me vea. No estoy sexy —susurró, y ya no habló más.

«No estoy sexy». Dios mío, tendría que salir huyendo después de su confesión. Se sentía halagado y hasta le producía cierta emoción que la fabuladora tuviera sueños eróticos con él, o se sintiera frustrada porque no estaba sexy. Pero la inteligente voz de la razón le advertía que enredarse con alguien sagaz como ella era para terminar en la bancarrota. Si hubiera podido, habría huido despavorido. Pero ella estaba delirando, y no tenía a nadie que velara su sueño febril.

Ramiro se recostó en el sillón a su lado y esperó, y esperó, y esperó hasta que dos horas más tarde Amalia Burton comenzó a sudar todo el calor de la fiebre. La cubrió con el cobertor y él también se cubrió porque la casa estaba helada.

Cuando Ramiro se despertó, el sol ya entraba por la ventada y la fabuladora estaba abrazada de él. Tenía la cabeza sobre su pecho y le rodeaba el cuello con los brazos. Ramiro recordó una época no muy lejana en la que había estado así junto a una mujer, una época en la que creía estar en el paraíso, y resultó ser su infierno personal.

Lo complicado del despertar en esa posición era que la fabuladora tenía una pierna encima de él y le estaba provocando una erección de campeonato. «Maldita bruja del demonio», se dijo. Él tenía que mantenerse lejos de la tentación, y se había dormido a su lado.

Ramiro no era de piedra. Claro que no. En ese momento se sentía de gelatina y tenía

ganas de hacer todo lo que le pasaba por la mente, todo lo que había refrenado gracias a mantenerse alejado de ella. ¿En qué maldito momento la idea de echarse un ratito se había convertido en una postura de lo más erótica?

Amalia se despertó y cuando observó dónde y con quién estaba maldijo en todos los idiomas. ¿Qué hacía la hiena todavía en su casa? ¿Y por qué ella estaba encima de él? La culpa era del inconsciente, que no entendía que Ramiro Zachari era su enemigo. Él, lo único que quería era ganar la estúpida apuesta y echarla de Zacha, sin importarle sus padecimientos económicos. No tenía que olvidar que había ido a su casa para reprocharle que la hamburguesa le había caído como una bomba.

Aunque tenía que reconocer que estaba calentita encima de su jefe. Su pecho era duro y se moría de ganas de recorrerlo con sus manos. ¡Qué estaba diciendo! Ella no podía estar deseando a su irritable jefe. Tenía que echarlo de su casa.

Lo miró y no supo si él estaba más desconcertado que ella por la intimidad que estaban compartiendo.

—No habrás abusado de mí —gruñó Amalia.

¿Abusado de ella?, si era ella la que estaba encima de él.

—Eres tú la que has pasado los límites, fabuladora —reprochó Ramiro. Solo quería que se levantara para recuperarse de la erección que le había provocado. Quizá lo había hecho a propósito, pero él ya no caía tan fácil en las redes de mujeres mentirosas como Amalia Burton—. Si crees que vas a conseguir escalar en Zacha con tus insinuaciones, desde ya te digo que no me dejo tentar por las empleadas de la tienda.

Amalia se levantó de un salto del sillón.

—¡Mis insinuaciones! Si ni siquiera sabía que estabas en mi casa. Anoche apareciste sin invitación y te eché. No sé qué diablos haces durmiendo en mi sillón y arropado bajo mi manta.

En eso tenía razón. Él solo cerró los ojos un segundo, y aquí estaban con los cuerpos enredados como si fueran amantes. Ramiro reconoció que su comentario estaba fuera de lugar. Él era desconfiado por culpa de su mala experiencia pasada y creía que todas las mujeres estaban llenas de tretas.

—Lo siento. Tienes razón. Solo me quedé porque anoche volabas de fiebre.

Amalia lo miró desconcertada. No recordaba mucho la noche anterior, salvo que él llegó a su casa y ella no dejaba de temblar después de la mojadura.

—¡Volaba de fiebre!

—Tenías más de treinta y nueve. Dijiste que no tenías antipiréticos, pero me puse a buscar y encontré un botiquín bien armado en tu baño. Mentiste para que no viera la tanguita roja que había en el suelo —aclaró, y arqueó las cejas.

—¡En mi baño! ¡Estuviste en mi baño! —exclamó Amalia. Eso sí lo recordaba. Le había

dicho que no tenía antipirético para que no viera el desastre de ropa mojada que había dejado en el baño, pero sobre todo para que no viera su tanga roja. Pero su jefe había entrado en su baño y había clavado los ojos en su tanga roja.

—Cada vez que te mire voy a imaginar que llevas esa tanguita roja que no tapa nada —aclaró Ramiro. Por suerte la discusión le había bajado la erección. Se levantó del sillón y se acercó a ella para tocarle la frente—. Se te ha ido la fiebre. Creo que ya no me necesitas.

Amalia lo miraba con la boca abierta. Ramiro Zachari era contradictorio. En un momento hablaba de su tanga como si le afectara imaginarla con ella puesta, y al siguiente se preocupaba por su estado.

—Ya nunca más la voy a usar, así no llenas tu cabeza de suposiciones sobre lo que llevo debajo de la falda.

—¿No vas a usar más ropa interior? —preguntó y se le escapó una sonrisa descarada—. Eso sería mucho peor para mi imaginación.

—Voy a usar calzones de abuelita. Esos que llegan hasta la cintura —aclaró Amalia.

Él soltó una carcajada.

—Quizá algún día se me ocurra comprobar si mientes. Aunque lo de mentir se te da genial, ¿no? —comentó. Ya estaba cerca de la puerta, dispuesto a salir disparando de allí antes de dejarse llevar por el impulso de ver qué llevaba debajo del pijama gastado que se había puesto. Ella le dio la espalda y caminó a la cocina, y él pudo ver que el pantalón tenía un huequito en el trasero, y debajo no se veía más que piel. O estaba desnuda o tenía otras de esas prendas diminutas como la que había visto en el baño. Deseo regresar sobre sus pasos para comprobar sus suposiciones. Pero no lo hizo. Si algo había aprendido, era a no dejarse llevar por los impulsos. Y se alejó apelando a su fuerza de voluntad —. Nos vemos el lunes, fabuladora —dijo.

Ramiro salió de la casa de la tentación antes de caer en las garras de Amalia Burton. Aunque ella no intentó detenerlo, al contrario. Ella debía estar deseando que se largara de su casa. Mejor, así podía olvidarse que había dormido toda la noche con la fabuladora abrazándolo por el cuello y rozándole el sexo.

Ya estaba traspasando la verjita del jardín cuando escuchó que la fabuladora abría la puerta que él acaba de cerrar.

—Gracias, jefe. Te debo una por cuidarme —gritó Amalia.

—Me la voy cobrar en algún momento —dijo Ramiro, sin girarse a mirarla por miedo que le flaqueara la voluntad. No pensaba caer en el segundo peor error de su vida.

CAPÍTULO 14

—Solo fue un enfriamiento, mamá —dijo Amalia a su madre.

—No deberías haber venido, hija. Podría haber viajado yo —afirmó Marcela.

—Me moría de ganas de conocer el pueblo y tu casa. Es hermosa, mamá. ¿Y te la pagan ellos?

—Durante unos meses, hasta que resuelva mis problemas económicos. Ya le he dicho a Luis que quiero ir devolviendo el alquiler. Me dijo que él no sabía nada del alquiler. Que es un tema que tengo que hablar con su hijo Ramiro. Yo creía que el alquiler corría por cuenta de la tienda —explicó Marcela, y Amalia se asombró de las atenciones del jefe con su madre—. ¿Y sabes qué?, Luis me ofreció un préstamo para que no tenga que estar pendiente de mis problemas económicos.

—Le habrás dicho que no —dijo Amalia.

—Nada de préstamos. Es un buen hombre. Pero yo recién empiezo, y qué pasa si no les gusta mi trabajo y me echan. Voy a tener que agregar más deudas a las que ya tenemos.

La casa era pequeña pero encantadora. La habían alquilado amueblada, con muebles antiguos pero muy bien conservados. Tenía un lindo jardín, que en ese momento estaba cubierto de hojas secas y con el césped seco por las heladas que estaban cayendo, pero tenía unas bellas vistas a las montañas. Las calles eran de tierra y estaba a siete cuadras de Zacha de Los Cerros.

—¿Y qué opinas de su esposa? —preguntó Amalia.

—No conozco a Clara. Debe estar disfrutando del fin de semana con su esposo. Me la imagino tan encantadora como Luis —aclaró Marcela—. Tú la conoces.

—Sí, mamá. Es encantadora —dijo Amalia, apretando los dientes y conteniendo las ganas de agregar “de serpientes”. Para que preocuparla con sus problemas de adaptación en Zacha, si su madre parecía una mujer diferente desde que se había mudado al pueblo. Ni una vez había nombrado al despreciable, y eso ya era un gran avance.

Marcela se acercó a su hija y le tocó la frente.

—Estás fría —comentó.

—Ya te dije que me siento fantástica —aseguró. No estaba siendo demasiado sincera porque se sentía algo decaída. Pero no tenía fiebre porque antes de subir al autobús se había tomado un Ibuprofeno, justamente para evitar que su madre se preocupara.

—Quiero que te lleves el coche, Amalia.

—No lo necesito, mamá.

—Claro que lo necesitas. Anoche podrías haberte enfermado y el vehículo está aquí parado. No lo he usado más que para venir a instalarme. Con Luis tenemos organizada la semana. Él me lleva y me trae.

—Pero quizá alguna vez no te pueda llevar y...

—Me tomo el autobús. Tengo la terminal a tres cuadras. Eres tú la que tiene que caminar treinta cuadras hasta la tienda. Por eso anoche te mojaste —aclaró Marcela.

No pensaba decirle que su enfriamiento era por culpa de Ramiro Zachari, o mejor dicho por su negativa a subir a su coche. Tampoco iba a mencionarle que él se había quedado en su casa a cuidarla, y menos que había amanecido abrazada al hijo de Luis.

Al recordar sus cuerpos enredados en el sillón de la sala se estremeció, y no por la fiebre. Él era irascible, pero anoche la había cuidado y ella... apenas si le agradeció el gesto.

El problema era que Ramiro sacaba lo peor de ella, aunque a veces tenía esos gestos que la desconcertaban. Su personalidad la abrumaba porque nunca sabía si quería ayudarla o estaba tramando algo bajo de esa mirada inteligente. No tenía dudas que mandarla a hacer un reemplazo en el sector de Clara había sido una treta para hacerla renunciar. Solo que él no sabía que su situación económica la obligaba a soportar todos sus intentos por sacarla de Zacha.

—Está bien, me llevo el coche. Solo he venido a pasar el día. Tuve suerte de que me mandaron a hacer un reemplazo en compras, sino no tendría el sábado libre —explicó Amalia a su madre—. Esta tarde regreso porque tengo que poner la lavadora y hacer la compra para la semana.

—La compra la podemos hacer en el pueblo. Yo también tengo que organizarme para la semana. Con tantos viajes no me queda tiempo ni para preparar algo de cenar. Si quieres te preparo algunas viandas para que las tengas en la nevera.

—Lo de las compras me parece genial. Quiero conocer el pueblo. Pero nada de viandas, que tú también tienes mucho trabajo.

—Hacer viandas para uno es el mismo trabajo que hacer para las dos. Hacemos unas pizzas, unas tartas y ya tenemos solucionadas las cenas de la semana.

Amalia asintió. La verdad que una comida casera para las noches le vendría genial.

Era medio día cuando salieron a hacer la compra. Los Cerros era una ciudad pequeña. Tenía una avenida con cantero con flores y algunos arbolitos dispersos. En esa calle se concentraban todos los negocios. Amalia pudo ver que tenían muchas tiendas, pero Zacha destacaba. Era un enorme edificio vidriado, parecido al de la ciudad pero más pequeño. Estaba abierto y su madre le explicó que el sector de ventas nunca cerraba, porque el mayor flujo de gente en los pueblos se concentraba los fines de semana, cuando llegaba el turismo. Ella nunca

trabajaba los fines de semana, y si algún cliente necesitaba que le ajustaran alguna prenda, se hacía en la semana cuando le tocaba ir a esa sucursal.

El mercadito donde entraron para hacer la compra era bastante grande y surtido. En la caja, que estaba al lado de la de ellas, estaban Luis y la “encantadora” Clara Zachari. Amalia se escondió detrás de su madre. Había tenido que lidiar toda la semana con la insoportable Clara, y se la venía a encontrar en el mercadito del pueblo. Vio el carro de ellos, que solo llevaban una torta y algunas cosas superfluas, y dedujo que esa gente no necesitaba ni papel higiénico para el baño. Qué tonta, seguro que tenían una empleada que compraba todo lo necesario y ellos solo venían a darse un gustito.

—Luis, que sorpresa tan agradable —dijo Marcela.

—Marcela, que coincidencia —dijo Luis—. Aunque Los Cerros no es tan grande. Te presento a Clara, mi esposa.

Clara miró a Marcela con el entrecejo fruncido.

—Encantada, Clara. Soy la empleada que hace los arreglos de indumentaria en las tres sucursales —dijo Marcela, y se acercó a darle un beso, pero Clara solo le tendió la mano.

—Supongo que es nueva porque nadie me comentó de su incorporación —dijo Clara a Luis. Por qué nadie le había contando que había una nueva empleada en el interior para hacer los arreglos. Encima vivía en el mismo lugar que marido, y al parecer tenían una relación bastante cercana. Era de estatura mediana, delgada, de buenas formas, cabello corto y rostro delicado. Era bastante interesante, y eso le molestó más.

—Me olvidé de comentarte, querida. Marcela es la madre de una empleada que Camilo contrató hace algo más de un mes. La misma que estuvo esta semana en tu sector reemplazando a Delia.

—Qué coincidencia más asombrosa —ironizó Clara—. ¿Y cómo te arreglas para ir de una sucursal a la otra, Marcela?

—Tiene coche, Clara —se apresuró a decir Luis, y Marcela logró mantener el rostro imperturbable al escuchar la mentira de su jefe, puesto que los dos viajaban juntos.

—Sí, pero he pensado que podría trasladarme en autobús para dejarle el vehículo a mi hija. ¿Amalia, qué haces? Saluda a Luis y a su esposa —dijo Marcela, y le dio un codazo a su hija.

—¡Eh! Nada, solo estoy descargando la compra. Se está alargando la cola, mamá—aclaró Amalia, roja al ver que Clara reparaba en ella por culpa de su madre—. Buenos días, Clara. Encantada de conocerlo, señor.

—Lo mismo digo, jovencita —dijo Luis, y le sonrió.

—No ha sido suficiente lidiar contigo en la semana, que te tengo que encontrar también en mi lugar de relax —dijo Clara. Tenía el entrecejo fruncido, y la miraba como si quisiera

hacerla desaparecer como por arte de magia.

—No tendrás que verme por mucho rato. Me voy en un rato. Solo quería ver cómo le iba a mi madre en el nuevo trabajo.

—Eso quiere decir que tenemos a toda la familia Burton en Zacha —ironizó Clara.

—Falta mi ex, el despreciable, que me dejó por una de treinta años y con un montón de deudas. Mi hija y yo estamos tratando de salir del bache económico con nuestro trabajo en Zacha. Ella era estudiante de arquitectura y tuvo que renunciar a sus estudios. Y yo trabajaba en la mercería del barrio, pero me surgió esta posibilidad y nos convenía más. Me recomendó Rosa —aclaró Marcela.

—¡Rosa! ¿Por qué no me informó? —preguntó Clara a Luis.

—Eso se lo tendrás que preguntar a Rosa. Quizá te lo comentó y no le prestaste atención —dijo su esposo, que al igual que Amalia, estaba descargando las compras en la caja—. Marcela es muy prolija, por lo que me han comentado en las tiendas —aseguró.

—Lo tendría que corroborar. No me fio de Rosa si ha pasado de mí de esa forma.

—Cariño, estabas muy ocupada. A Marcela la contrató Ramiro —comentó.

—Bienvenida, entonces —dijo Clara, sin mucho entusiasmo—. Ya nos vamos, que tenemos invitados en casa para el almuerzo.

Luis asintió. Ya había pasado la tarjeta y tenía las bolsas en los brazos.

—Que disfruten del fin de semana en Los Cerros —dijo Luis.

—Ustedes también —dijo Marcela, algo cohibida con la incómoda situación que habían pasado con la mujer de su jefe—. No se parece al marido —susurró a su hija.

—Es exigente —dijo Amalia—. Pero los empleados la aprecian. Para mí estaba como desconcertada porque el marido no le contó de tu incorporación.

—¿A ti te trató bien en la semana?

—No me sabía desenvolver en el sector. Y es comprensible que no le gustara mi elección de prendas para primavera-verano. Pero ya no estaré con ella. Solo era un reemplazo de una semana. El lunes vuelvo a ventas, que es lo que sé hacer —dijo Amalia, evitando comentarle que su semana junto a Clara había sido un infierno.

—La próxima vez que me los encuentre voy a ser menos agradable. Quizá le molestó la buena relación que tengo con su marido —conjeturó Marcela.

—Creo que sería mejor que te quedes con el coche, al menos por esta semana.

—Sí, sería lo mejor. No quiero perder el trabajo. Luis no le dijo que me llevaba en su coche, y eso podría traerme problemas. No pienso darle motivos para que me despida.

Eso mismo pensó Amalia. No tenía dudas que el hijo había heredado el carácter podrido de la madre, aunque anoche... anoche la había cuidado, le había dado un antipirético y le había puesto paños húmedos. Eso lo descubrió cuando Ramiro se marchó de su casa y ella vio un

trapito mojado sobre la mesa de la sala.

Amalia regresó en autobús pasada las cuatro de la tarde. Salió casi corriendo de la casa de su madre, porque le estaba regresando la fiebre y no quería preocupar a Marcela. Llevaba en dos bolsas las comidas para guardar en la nevera, pero tuvo que dejar las compras porque su madre se quedó con el coche.

A Clara esperaba no verla en mucho tiempo. Ahora no solo tenía que cuidar que Ramiro no la echara, también tenía que rogar que Clara no le pidiera al marido que echara a Marcela. La mujer se había mostrado desconcertada.

A Amalia le pareció que estaba celosa al ver el trato cordial de su esposo con la nueva empleada. Luis Zachari también se había dado cuenta, y había mentido respecto al traslado de su madre a las tiendas para evitar un conflicto mayor con su adorada Clara.

La dulce Clara, como la llamó su madre cuando hablaron por teléfono, era una arpía despiadada y soberbia, no tenía dudas que en esa familia el único empático, encantador, solidario y comprensivo era Luis Zachari.

CAPÍTULO 15

Amalia respiró aliviada cuando estaba a pocos metros de su casa. Solo quería entrar, tomarse otro antipirético y recostarse en el sillón, arropada con una manta. Al abrir la verja de madera del jardín, a los temblores de la fiebre se le sumó la urticaria que la atacaba cuando estaba cerca de Ramiro Zachari.

¿Por qué había regresado? ¿A sus pies tenía una olla? Dios, ese hombre la desconcertaba. Era demasiado pronto para volverlo a ver. Ella todavía no lograba asimilar lo que había pasado la noche anterior y no podía olvidar que se había despertado en sus brazos. Para colmo estaba para comérselo a bocaditos. Tenía un vaquero gastado, un suéter azul y una bufanda gris, un poco más clara que el humo de sus ojos. El cabello revuelto y esa sonrisa tan bonita que a ella la dejaba sin aire.

—Creí que te habías muerto durante el tiempo que te dejé sola —comentó Ramiro.

Su comentario irónico arruinó la emoción que la había embargado. ¡Qué hombre irritante!

—Tú sí que sabes levantarle en ánimo a la gente.

—Cómo se te ocurre salir a pasear después de la noche que pasaste —reprochó Ramiro. Él había venido a ver cómo se sentía y le había traído una sopa de verdura, y ella andaba paseando como si la noche anterior no hubiera delirado por la fiebre.

—Ya estaba mejor y fui a ver a mi madre. Habíamos quedado en que iría a conocer su casa. Es encantadora.

Ramiro caminó hacia ella, le quitó las bolsas, y al rozarle las manos la sintió caliente.

—Estás con fiebre de nuevo —afirmó.

Amalia lo miró desconcertada. Lo miró con otros ojos, sin la ira que sentía al saber que él estaba esperando que cometiera un mínimo error para echarla. Ramiro Zachari estaba preocupado por su salud. Ella lo prefería cuando se comportara como un jefe insoportable, porque no quería sentir esa emoción que le corría por el cuerpo. El corazón le palpitaba en el pecho y Amalia descubrió, para su horror, que la urticaria que tenía en su presencia no era de ira. Ella se estremecía porque sentía algo por el hombre que tenía en sus manos la decisión de echarla de Zacha.

¿Cómo podía ser que el insensible de Ramiro la hubiera conquistado? No lo sabía, puesto

que todo lo que hacía eran actos calculados, medidos y premeditados para tener la excusa de despedirla. Pero había venido a su casa porque estaba preocupado por su salud, y ella sintió que se derretía de emoción.

—Me fui con unas líneas fiebre. Pero mi madre no se enteró porque me tomé un ibuprofeno antes de subir al autobús, y me volví apenas comencé a sentirme mal —aclaró—. Espero estar bien para el lunes.

—Eres una irresponsable —dijo Ramiro—. Dame la llave de tu casa. Te he traído una sopa de verduras porque no tienes nada para cenar, y deduje que tampoco tendrías ganas de salir a comprar para hacerte una comida decente.

¿Eso tenía en la olla que estaba a sus pies? El gesto le provocó tanta ternura que quería abrazarlo. Pero con él no podía confiarse. Con él tenía que calcular, medir y premeditar cada una de sus reacciones para no caer en el error de creer que estaba delante de un hombre sincero. Él era demasiado astuto como para dejarse llevar por las emociones.

—¿Has estado mirando en mi nevera? —preguntó, sin dejarle ver su emoción. Sacó la llave del bolso y se la entregó.

—Sí, y solo encontré un yogur vencido —comentó.

Eso era cierto. Desde que su madre se había ido a Los Cerros ella no lograba organizarse para trabajar y cumplir con las actividades del hogar. Hacer la compra era un pendiente que todavía no había tenido tiempo de resolver, ni dinero suficiente para llenar la nevera. Había sido una estudiante despreocupada, y ahora era una trabajadora llena de deudas y con una casa a su cargo. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y ella estaba tratando de adaptarse.

—¿Has hecho una sopa para mí? —preguntó Amalia.

—La hizo mi vecina cuando le dije que tenía una amiga con fiebre. Me dijo, lo mejor es una sopa caliente y a la cama —comentó Ramiro.

Se colgó la bolsa de Amalia al hombro y levantó la olla con la sopa.

—¡Le has dicho a tu vecina que soy tu amiga, jefe! Si solo quieres correrme de Zacha.

—No soy tan insensible como crees —aclaró Ramiro.

Los dos entraron a la casa. Ramiro dejó en la mesa de la cocina la olla y la bolsa con la comida que había preparado su madre y se giró a mirarla. Amalia estaba apoyada en el marco de la puerta. Le brillaban los ojos. No solo era por la fiebre, sino por el nudo que tenía en la garganta, y esas emociones se las provocaba él.

Ramiro Zachari la observaba en silencio. Ella no sabía que le pasaba. Tenía la sensación de que en cualquier momento se iba a poner a llorar. Quizá esa sensibilidad que le recorría el cuerpo era por la fiebre.

Ramiro se acercó a ella y posó sus labios en la frente. La tenía caliente, pero no ardía como la noche anterior. Amalia se estremeció con el contacto. A él lo recorrió una especie de

corriente, como si hubiera metido los dedos en el enchufe. Y comprendió, o aceptó, que entre ellos volaban chispas desde el día que se conocieron.

—Maldición —gruñó Ramiro. Su voluntad de mantenerse lejos se había esfumado. Él seguía con sus labios sobre la frente de Amalia—. Esto es un error —se reprochó a sí mismo.

Amalia intentó alejarse. Ella también creía que era un terrible error estar cerca de su jefe. Posó sus manos en el pecho para alejarlo de un empujón. Era duro como piedra y ella quería acariciar esos músculos de los que no se había percatado cuando lo miraba. Los músculos no le marcaban al mirarlo, pero se sentían con el contacto.

Él la atrapó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Y ella abrió la boca asombrada al descubrir que todo él era duro. Tenía que alejarse, pero estaba tan calentita en sus brazos y sentía tantas cosas que no encontró las fuerzas para salir corriendo, o para echarlo de su casa, como la noche anterior. Ramiro pensó que toda ella era maleable y su delicado cuerpo se amoldaba al suyo.

—No. Es mejor que te alejes —susurró Amalia, aunque más parecía que le rogaba que no se alejara.

—Me estás acariciando el pecho, fabuladora.

—No me llamo fabuladora. No quiero perder mi trabajo. No puedo perderlo —susurró Amalia.

Ramiro la besó tirando por tierra la débil voluntad que había intentado mantener desde el día de la entrevista. La débil resistencia de Amalia se vio vencida cuando sintió los labios de su jefe sobre los suyos. En vez de empujarlo le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar por esa maldita urticaria que la perseguía desde que lo conoció.

Un deseo desconocido se apoderó de Ramiro. Besar esos labios que siempre lo habían tentado era como estar en la gloria. Su parte responsable le gritaba que se alejara, pero no podía. Su escasa voluntad le gritaba que se marchara de su casa.

—Es un error —susurró Ramiro sobre sus labios.

—El peor error —confirmó Amalia, pero no se separó de él, sino que pegó su cuerpo al de Ramiro, deseando estar más cerca, aunque ya no había espacio que los separara.

Esa escasa voluntad de Ramiro se fue de paseo, y él la levantó en sus brazos y la llevó al sillón. Ese sillón en el que durmieron juntos la noche anterior. Él había velado sus sueños y al despertar tenía a la fabuladora encima de su cuerpo. Llevaba todo el maldito día rememorando la escena. No podía apartar a su ladina empleada de sus pensamientos. La sopa de su vecina era porque se había quedado preocupado, pero también era la excusa para volver a verla porque esperar hasta el lunes le pareció una eternidad. Ella seguía con fiebre, pero ahora ardía con la misma necesidad que él.

Se recostó en el sillón y la arrastró con él para sentirla sobre su cuerpo, para revivir la

noche anterior. Y la abrazó. No iba a ser el bruto que la tomara estando enferma, pero necesitaba ese contacto. Necesitaba volver a hacer realidad la imagen que lo había acosado todo el día.

Deslizó sus manos bajo las prendas para sentir la suavidad de su piel. Amalia se sacó el suéter. Debajo tenía una remera mangas largas con un dibujo infantil, y se la sacó dejando a la vista un sostén de encaje. Ramiro sonrió. Ella era una caja de sorpresas.

La acarició. La suave piel estaba caliente y ella se estremeció. No supo si por la fiebre o porque sus manos estaban por todos lados. Le acarició los pechos y Amalia jadeó y se removió entre sus brazos.

—No vamos a hacer nada —susurró Ramiro.

Amalia no le prestó atención. Ella no lo había provocado. Era él quien se metía en su casa, quien la estaba esperando afuera. Quien la besó y la recostó encima de su cuerpo. ¿Qué pretendía?, ¿dejarla ardiendo de deseo?

Le desprendió la bragueta del vaquero y metió la mano para acariciar el bulto que ya sentía sobre su cuerpo. Él estaba tan excitado como ella.

—Maldición. No hagas eso —gruñó Ramiro.

Pero ella no paró y él se olvidó de la fiebre y mandó al diablo la nobleza. Ella no lo dejaba pensar. Él había empezado el juego y ella no iba a dejar que se retirara.

Los labios se unieron en un beso ansioso. Las manos estaban por todos lados. Ella jadeó cuando él le sacó el vaquero, la tanga y la acarició donde más lo necesitaba. Ella ya no tenía prendas, salvo el sostén con las copas a un lado. Él se desenroscó la bufanda y se sacó el suéter. Todo le molestaba y los dos se quedaron desnudos en el sillón de la sala.

Afuera el viento hacía vibrar los vidrios de la ventana. No lo escucharon, porque los dos se olvidaron del frío, del tiempo, de la fiebre y de la sopa de la vecina.

Ramiro la estaba llevando al límite con sus caricias. Amalia ya no se sentía enferma, su cuerpo ardía de deseo y necesidad. Se removió sobre su cuerpo y él se giró con ella, dejándola debajo de su cuerpo. Cuando los labios rozaron su sexo Amalia perdió toda posibilidad de ser sensata.

Ya no le importaba si al día siguiente la echaban de Zacha, solo le importaba el presente, ese roce de las manos de su jefe en su sexo que la estaba arrastrando a la inconsciencia. Él era experto en darle placer a una mujer, y Amalia le clavó las uñas en la espalda y gritó cuando él la llevó a la cúspide. Quedó desmadejada en el sillón, intentando recuperar el aire. Todavía estaba abrazada a él y lo miró suplicándole que la penetrara.

Y él lo hizo. Los dos se acoplaron como si sus cuerpos se conocieran en la intimidad. Entre ellos había un entendimiento innato. Ramiro se asustó pero no se apartó. Ya no recordaba que tenía que mantenerse lejos de ella, y la besó mientras entraba y salía de su cuerpo. No quería pensar, solo satisfacer ese deseo por ella desde el día que entró a la entrevista hablando de su

venta de baratijas en la vereda.

Amalia le acarició el cabello, y eso convirtió el mero deseo en algo más íntimo. Ramiro sintió un ramalazo de emociones, que apartó entrando más profundo en su cuerpo y moviéndose más rápido. No sabía si era para acabar y largarse o porque la necesidad de tenerla no disminuía, sino que se hacía más intensa. Ella se tensó, alcanzó la cima y él la embistió con estocadas profundas y la siguió. Al menos, en el último instante recuperó la cordura y no acabó dentro de su cuerpo, sino sobre el abdomen de la fabuladora. Se desplomó sobre el cuerpo de Amalia, intentando encontrar la voluntad para salir corriendo, pero tampoco la encontró. Ni una maldita brizna de voluntad.

¿Esto era un sueño o una pesadilla? Amalia no lo sabía. Acababa de disfrutar del mejor sexo de su vida con el gruñón de su jefe, que estaba sobre su cuerpo, y le rozaba el cuello con los labios como si ella fuera importante para él.

Jamás se imaginó que el comienzo de esta maravillosa locura que estaba viviendo con Ramiro Zachari, era a consecuencia de los actos de su padre, que en esa misma sala le había dicho a su madre que ya no sentía nada por ella.

Desde ese día su vida había cambiado para siempre. Le parecía lejana su vida de estudiante. Hora era una luchadora que estaba dispuesta a saldar las deudas que les había dejado el despreciable. Y en esa lucha, ella había encontrado un trabajo que le encantaba, y tenía a su jefe, que también le encantaba, dándole el mejor orgasmo de su vida.

Los dos respiraban agitados después de la intensidad de lo que habían vivido. A Amalia la invadió una extraña emoción. Le brillaron los ojos al imaginar que quizá solo era un peón para Ramiro Zachari. Otra más de sus artimañas para correrla de Zacha. Pero apartó esos pensamientos porque desde el día que su padre salió de esa sala, Amalia descubrió que hacer planes para el futuro era una utopía. Ella iba a vivir a tope el presente. Y si Ramiro solo le daba esa noche, no iba a esperar más.

—No llevabas el calzón de abuelita —susurró Ramiro.

Amalia lo miró, y él descubrió que le brillaban los ojos.

—No pensé que mi jefe me iba a asaltar de esta forma en mi propia casa —dijo Amalia, apartando la emoción que sintió cuando recuperó la cordura—. No sé qué pensar. Espero que esto no sea otra de tus artimañas para correrme de Zacha —comentó, intentando una indiferencia que estaba lejos de sentir. Tragó el nudo que se le formó en la garganta.

Ramiro no pasó por alto la turbación de Amalia. Ella tenía las emociones a flor de piel, le brillaban los ojos, y le quitaba importancia a lo que acababa de pasar soltando una de sus pullas. Otra mujer ya habría estado buscando la forma de atraparlo en sus redes. Ella solo quería salir de atolladero sin que se notara su turbación. Y Ramiro tenía ganas de aplaudirla.

—Lo que ha pasado en tu casa se queda en tu casa. Tu trabajo en Zacha no está en riesgo.

Pero no quiero que nadie se entere de lo que pasó entre nosotros.

Amalia lo miró con la boca abierta. La cerró, respiró hondo para recuperarse de la sorpresa, y asintió. Si él quería que actuara con indiferencia, eso le daría.

—No sé qué me pasó. Te juro que solo venía a ver cómo estabas y...

—Lo importante es que me sacaste la fiebre. Siento mucho calor —comentó Amalia para que dejara de justificarse, y se apresuró a recoger la ropa para vestirse.

La fabuladora era experta en desbaratar una situación incómoda. Ramiro sabía que se estaba comportando de forma insensible, o como un idiota que no sabía reaccionar después de hacerle el amor. No, lo de ellos solo había sido una atracción que no pudieron frenar a tiempo.

Él también se vistió. Se sentía a gusto en su casa. Quizá porque Amalia no le exigía nada después de lo que acababan de compartir, no intentaba retenerlo, conquistarlo, atraparlo. Y era hábil para encontrar las palabras para sacarlos del aprieto. Tenía ganas de reír porque debería ser ella la incómoda y él quien pusiera paños fríos, pero estaba siendo al revés.

—Al menos cumplí con algo. Pero te vas a tomar la sopa que hizo mi vecina.

—¿La sopa? Cierto, la sopa. Me había olvidado.

—Mi vecina me va a preguntar si te hizo bien.

—Dile que me dejó como flotando en una nube —aclaró Amalia, y se ruborizó porque eso se lo tendría que haber callado.

Él soltó una carcajada y se fue al baño.

Ramiro actuaba en su casa como si fuera la de él, y a Amalia ya no le molestó la confianza que se tomaba. Le gustaba el Ramiro que venía a su casa. Le gustaba el hombre que la cuidaba cuando estaba enferma, se preocupaba por ella y le traía una sopa; y también el que perdía el control y la llevaba a volar por el paraíso. Pero no le gustaba el Ramiro que le advertía de que esa hermosa relación que habían compartido esos dos días, solo era a puertas adentro. Nadie tenía que enterarse.

Ella no era así, era franca y directa. Odiaba a su padre por haber tenido una amante. Y se había acostado con su jefe sin saber nada de su vida. Quizá tenía novia, esposa, hijos. ¡Dios mío! ¿Estaba actuando como su padre? ¿Ahora era ella quien ocupaba el papel de la amante oculta de su jefe?

Amalia lo esperó sentada en la sala. Ramiro apareció todo recompuesto, el cabello bien arreglado y la ropa en su lugar, y ella mandó de paseo todas las conjeturas que acababa de sacar. Debía tener todos los pelos parados, pero no le importó. Anoche Ramiro había visto su peor versión y no lo había espantado, puesto que había regresado y la llevó al paraíso.

Él entró a la cocina y ella escuchó que abría las puertas de la alacena y hacía ruido con ollas. Amalia se fue al baño, se lavó y se acomodó el cabello. Cuando regresó Ramiro la esperaba con la mesa puesta y la sopa de la vecina calentándose en una hornalla. Estaba

adorable, y le flaquearon las piernas. Quería correr a abrazarlo, pero solo le sonrió, sin demostrar la emoción que le provocó la escena.

—Deberíamos firmar una tregua tú y yo —comentó Amalia.

—Que yo recuerde, nunca te he incordiado como lo has hecho tú conmigo —dijo Ramiro.

—Tu opinión es subjetiva. Llevas tratando de correrme desde que Camilo me contrató. Es lógico que estuviera a la defensiva. No iba a permitir que me dejaras sin trabajo —aclaró Amalia—. No quiero que esto interfiera en mi trabajo. Necesito vender mucho.

—Ya te dije que no va a interferir. Y si quieres vender mucho, tendrás que resolverlo en la tienda con tu jefa o poniendo una queja en recursos humanos. Yo no voy a mover un dedo para echarte, y tampoco para darte privilegios.

¿Acaso creía que se había acostado con él para conseguir favores en Zacha? Ese comentario tan fuera de lugar le pareció espantoso. Acaba de regresar el hombre despreciable para ponerla en su sitio. Ella era una simple empleada y él el jefe. Y le estaba advirtiéndole de que no iba a permitir que se aprovechara de lo que pasó entre ellos para sacar tajada en el trabajo.

—Me alegra saberlo, porque no tuve sexo contigo buscando privilegios. Ni siquiera me imaginé que me estarías esperando en el ingreso de mi casa. Tampoco te invité anoche a quedarte. Eres tú quien ha pasado los límites.

En eso ella tenía razón, pensó Ramiro. Aunque el encuentro en el sillón para él había sido más que simple sexo. Pero no la contradijo porque prefería que lo llamara así, antes de ponerle un nombre más comprometedor. Nada de compromisos. Él tenía que alejarse de esa mujer, pero no podía. Era algo más fuerte que su escasa voluntad. Esa noche había quebrantado su promesa de mantenerse alejado de Amalia Burton.

—En Zacha tú y yo seremos jefe y vendedora —recalcó Ramiro para que Amalia no tuviera dudas que en la tienda nadie debía saber lo que había pasado en su casa.

—Claro, si somos eso. Es más, hagamos de cuenta que este fin de semana no existió —pidió Amalia, aunque estaba lejos de sentir la frialdad que salía de sus labios. Maldito hombre. ¿Qué se creía?, que ella iba a colgarse de su cuello en la tienda. Que iba a gritar en el salón que se había acostado con el jefe. ¿Tan idiota la creía?

Ramiro arqueó las cejas. Él no estaba seguro de poder cumplir con la indiferencia que le estaba pidiendo. Ella se mostraba tan de acuerdo con todos sus pedidos, que Ramiro se animó a suponer que quizá, solo quizá, no todas las mujeres buscaban acostarse con el jefe para conseguir algo a cambio.

Ella parecía distinta. Ramiro no podía culparla de provocarlo hasta hacerlo caer en sus redes. Era él quien no se la podía sacar de la cabeza. Era él quien andaba tras sus pasos, y ya no para comprobar si era buena empleada, sino porque cada día que pasaba le resultaba más difícil alejarse de la tentación.

—Es lo mejor. Ya demasiados problemas tenemos con tu ingreso sin referencias para que corra el rumor de...

—De que la nueva se tiró al jefe para lograr más privilegios —terminó Amalia la frase inconclusa de Ramiro.

—Yo no he dicho eso —aclaró.

—Es lo que van a decir en la tienda —dijo Amalia—. ¿Ya está caliente la sopa? —preguntó para cambiar el tema antes de lanzarle algún adorno por la cabeza.

Los dos cenaron la sopa de la vecina de Ramiro en silencio. Ramiro pensaba en la facilidad de Amalia para reconducir un diálogo incómodo. Él había creído que ella iba a reprocharle su intención de mantenerla al margen de su vida. Si hubiera sido otra, estaría gritando que la había usado para saciar su deseo sexual y si te he visto no me acuerdo. O estaría intentando aprovechar la intimidad que acababan de compartir para asegurarse, con su silencio, algún cargo en la tienda. Pero ella solo quería saber si la sopa estaba caliente. Amalia Burton lo desconcertaba. Lo dejaba mudo y pensando.

Los pensamientos de Amalia iban por otros derroteros. Ella no podía dejar de pensar en su jefe desnudo en el sillón de su casa, haciéndole el amor, aunque ella solo lo había catalogado como sexo. Se le estremeció el cuerpo al recordar en su mente las imágenes de los cuerpos desnudos en el sillón. Bebió la sopa sin mirarlo para no delatarse, y se maldijo porque no quería sentir lo que Ramiro le provocaba.

—¿Te estás estremeciendo? —preguntó Ramiro, intentando encontrar una fisura en su postura indiferente. Sabía que estaba simulando la misma indiferencia que él le había pedido de puertas hacia afuera. Pero ella lo estaba usando también dentro de las cuatro paredes de su casa. No podía negar que era hábil para disimular las emociones. Él ya había visto que le brillaron los ojos cuando llegó al orgasmo. Es decir, que cuando estaba desnuda en sus brazos le era imposible disimular sus emociones. Para él había sido especial, y para ella también, por más que intentara demostrar lo contrario.

—Debe ser por la fiebre —gruñó Amalia.

—O por los recuerdos de lo que acaba de pasar —sugirió Ramiro.

—No se puede negar que eres un amante generoso y dedicado.

—¿En serio?

—Sí, y tampoco estás mal. Tienes un cuerpo increíble. ¿Haces gimnasia? —preguntó Amalia.

Ramiro la miró con la cuchara a medio camino.

—¿Siempre dices lo que piensas? —preguntó.

—Me gusta decir lo que pienso.

—No quiero que te hagas ilusiones con un nosotros y...

—Jefe, que te diga que estás bueno y eres un buen amante, no implica ningún compromiso. Es más, creo que lo que pasó hoy no debería repetirse.

—Me parece lo más sensato. Por cierto, desnuda eres hermosa, y tener sexo contigo ha sido una experiencia asombrosa. Creí que podrías avergonzarte, o que te pondrías exigente y...

—A mí no me avergüenza mi desnudez. Es más, ahora que vivo sola quizá ande desnuda por mi casa, como una forma de sentirme libre —aclaró Amalia, y Ramiro se atragantó con la sopa.

—No me des escenas que me mantengan pensando día y noche.

—Lo siento. No era esa mi intención. Es que nunca había vivido sola, y me encanta la idea de que puedo hacer lo que se me ocurra. Lo de andar desnuda solo era un simbolismo —aclaró, porque no quería que él pensara que lo estaba provocando con escenas eróticas—. Por cierto, ¿qué diablos has querido decir con eso de que me pusiera exigente? —preguntó, agitando la cuchara en la mano.

Lo miró esperando que se explicara.

—Nada. No quise decir nada —aclaró Ramiro, y se puso a revolver la sopa.

Y ella lo entendió todo.

—Ahora caigo. Crees que porque eres mi jefe voy a extorsionarte con lo que pasó para conseguir ventajas en la tienda —conjeturó Amalia—. ¿Es eso? —preguntó porque él no le respondía.

Él la miró. Por alguna extraña razón no podía mentirle. Quizá porque ella era demasiado sincera. No dijo nada.

—Es eso. Seguro que has tenido mujeres que se han aprovechado de tu posición de accionista en Zacha para sacar una tajada —dedujo Amalia.

Ramiro la miró con una sonrisa de burla. En realidad quería aplaudirla por sus deducciones.

—No me gusta mezclar placer con trabajo —aclaró, intentando dejar de lado un tema espinoso.

Amalia no preguntó más. Se terminó la sopa, que estaba riquísima y Ramiro la ayudó a levantar la mesa. No hablaron de Zacha, y a Amalia le pareció genial. Esa rutina de levantar juntos la mesa después de cenar una rica y sencilla sopa le parecía algo tan íntimo como el sexo que habían compartido en el sillón. No eran jefe y empleada. No existía Zacha ni sus problemas. A Amalia le encantó la idea de que solo fueran un hombre y una mujer, sin nada que arruinara el momento especial que estaban disfrutando. Antes de marcharse Ramiro le tocó la frente.

—Estoy bien. Deja de preocuparte —dijo, porque su contacto la quemaba. Quería que se marchara para no dejarse llevar por la espontaneidad y lanzarse a sus brazos, a pesar de todas las patéticas recomendaciones que le había dado.

Lo que acababa de pasar era un secreto, y a pesar de haber disimulado que no le importaba, le dolía porque Ramiro Zachari le gustaba más de lo que quería reconocer.

—Toma un antipirético.

—Claro, doctor —ironizó. La mejor defensa era reírse de las desgracias.

Él sonrió.

—Me voy —dijo, pero seguía parado en la cocina y no dejaba de mirarla.

Ella lo empujó y lo llevó a la sala. Le dio la bufanda y abrió la puerta de calle. Necesitaba que se fuera.

Ramiro la miró con asombro. Amalia lo estaba corriendo. Otra lo habría agarrado de la bufanda y lo habría acercado a él. Ella no hacía eso. Parecía ansiosa por sacárselo de encima, y eso le molestó.

Se inclinó y le dio un beso en los labios. Amalia se estremeció. El sexo desenfrenado en el sillón había sido una especie de atracción imposible de parar, pero ese beso, al igual que la sopa, hablaba de otro tipo de intimidad y se asustó, porque su gesto le gustaba más de lo que debería. Demasiadas emociones, cuando ella tenía que mantenerse alejada de la tentación.

Lo empujó para sacarlo de la sala y se quedó apoyada en la puerta cerrada. Lo que estaba sintiendo era mucho más que deseo. Él era adorable cuando se lo proponía.

—Cierra con llave —gritó Ramiro del otro lado de la puerta.

Amalia sonrió y dio dos vueltas de llave.

—Buenas noches, hombre atractivo —gritó.

Sintió la carcajada de Ramiro.

Amalia contuvo las lágrimas. No sabía si eran de alegría o tristeza. ¿Qué le estaba pasando? No podía sentir tantas emociones por Ramiro Zachari. Él era el hombre más irritante y desconcertante que había conocido. Bueno, también era tierno y atractivo, y se había preocupado por su salud, y le había traído una sopa. Pero esto que acababa de pasar era un error, y la emoción que estaba sintiendo era una locura.

Amalia caminó a la ventana, descorrió apenas la cortina y lo observó alejarse. ¿Cómo diablos iba a hacer para no estar todas las horas que pasaba en Zacha actuando como si el corazón no se saltara un latido cada vez que viera a Ramiro Zachari? ¿Cómo iba a hacer para mirarlo sin recordar todo lo que habían compartido en su casa? Cada vez que se cruzaran tendría la imagen de él haciéndole el amor en el sillón de la sala de su casa. Porque lo que habían compartido para ella era mucho más que sexo, a pesar de que delante de él había minimizado el encuentro. Se le resbaló una lágrima. Se había enamorado de su jefe.

CAPÍTULO 16

El lunes Amalia entró a la tienda quince minutos antes de la hora de ingreso. Pasó su tarjeta y se puso contenta de ver a Marisol sentada en el escritorio de la sala de ingreso. Llevaba varias semanas sin verla y creyó que había renunciado o la habían despedido. Días atrás había ido a recursos humanos para preguntarle a Camilo Milan por la simpática recepcionista, pero él tampoco estaba. La secretaria de recursos humanos le había dicho que Camilo se había tomado los días de vacaciones que le quedaban. Amalia se alegró de que Ramiro no hubiera corrido a Camilo porque la contrató sin referencias, o por la tonta apuesta que Ramiro estaba empeñado en ganar.

—Por fin te veo, Marisol. Estaba preocupada. Creí que te habían echado, y solo tenía a Camilo para preguntarle, pero tampoco estaba. Él es el único que se alegra de verme.

—Ya sabía que las vendedoras estaban furiosas contigo porque las superaste en ventas. ¿Sigues con el mismo problema?

—Algo así. En realidad no he vendido nada en todo el mes. Lo importante es que no te han echado. Estaba preocupada por ti. Los Zachari son bastante irritantes.

—¿No me digas? ¿A quién más conociste?

—A Clara, la madre del jefe. Trabajé una semana en compras. Te aseguro que es peor que el hijo. Para colmo nadie me dijo que era una Zachari y discutí toda la semana con ella.

—¡No te puedo creer! —admiró Marisol, y soltó una carcajada.

—No es para reírse, Marisol. Me enteré por mi madre quien era. Como no estabas no pude contarte que mi madre entró a trabajar en Zacha.

—¡Tu madre entró a trabajar en la tienda! —admiró Marisol.

Marisol era puras exclamaciones, y Amalia no entendía por qué se asombraba por todo.

—Un día me encontré a Rosa en el bar, y ella nos contó que necesitaba una costurera para los arreglos. Yo le conté que mi madre hacía eso en su trabajo, y le tomó una prueba. La entrevistó Ramiro Zachari y ¡la contrató! —admiró Amalia, copiando a Marisol, aunque todavía le costaba creer la suerte que había tenido su madre, sobre todo siendo pariente de ella—. No te imaginas lo contentas que estamos. Tenemos algunos problemas económicos, y con el trabajo anterior de mi madre no podíamos cubrir las deudas que nos dejó mi padre —dijo Amalia, y negó con la cabeza—. No debería haberte contado mis problemas. Lo siento, es que tú eres una

de las pocas personas a las que le caigo bien en Zacha.

—¿Y tu madre trabaja aquí?

—No. Ella se mudó a Los Cerros para ocuparse de los arreglos de las tiendas del interior. Ramiro Zachari no la quería aquí.

—Los Cerros es un pueblo encantador —comentó Marisol—. Lo que no entiendo es por qué te enteraste por tu madre que trabajaste con Clara Zachari.

—Mi madre me llamó por teléfono para contarme cómo le iba en su nueva vida, y me dijo que Luis Zachari, el dueño, hablaba maravillas de su esposa Clara. Cuando escuché el nombre no tuve dudas que la Clara con la que discutí toda la semana, era la esposa de Luis. Era una Zachari. Mi madre ha tenido mucha suerte porque Luis Zachari también viaja a las tiendas del interior, y generosamente se ofreció a llevarla. Se han puesto de acuerdo en los horarios para viajar en un solo coche —aclaró Amalia.

—¿Y Clara está de acuerdo?

—No lo sabía. Si se entera va a armar un escándalo, y no tengo dudas que va a echar a mi madre. El sábado fui a Los Cerros a conocer la casita donde vive, y los encontramos en un mercadito. Clara se mostró sorprendida y bastante desagradable cuando Luis y mi madre se saludaron en la caja. Incluso, ella preguntó cómo viajaba mi madre, y Luis le mintió. Supongo que lo hizo para evitar una discusión. Clara estaba furiosa porque nadie le contó que habían contratado a una nueva costurera.

Marisol arqueó las cejas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó Amalia. Marisol asintió con una sonrisa.

—¿Cuántos Zachari hay en la tienda? No quiero seguir metiendo la pata. Ya insulté a dos y...

Marisol soltó una carcajada.

—¿Qué diablos haces en la recepción, fabuladora? —preguntó Ramiro, tenía el entrecejo fruncido y la miraba serio.

Ella sintió que se le aflojaban las piernas al verlo. Todavía tenía las emociones a flor de piel rememorando la noche del sábado. Pero le dolió escuchar que delante de la recepcionista la llamara fabuladora con ese tonito de voz tan indiferente. Estaba segura de que para él solo había sido una más en su larga lista de mujeres de una noche.

—Amalia solo quería saber cuántos Zachari más hay en la tienda para no seguir metiendo la pata —dijo Marisol con la voz entrecortada por la risa.

Ramiro tuvo que contener las ganas de reír con las palabras de su hermana.

—Te presento a Marisol Zachari, mi hermana —dijo Ramiro.

Amalia abrió la boca y cerró. Hasta tosió cuando se atragantó con su propia saliva. Malditos Zachari, pensó y lo miró con odio. Se giró a mirar a Marisol, que estaba doblada en dos

por la risa.

—Me acabo de dar cuenta de que no tengo que confiar en nadie en esta empresa —dijo muy digna, se giró y corrió a las escaleras. Llegaba tarde, y todo por contarle un montón de cotilleos a otra Zachari. Se sentía tan idiota que tenía ganas de salir corriendo de la tienda y no dejar de correr hasta esconderse en su casa.

—Llegas tarde. No serás candidata para el premio del mes —gritó Ramiro.

—No me interesa el maldito premio, jefe —dijo con la voz rota.

Él le había aclarado que en la tienda iban a actuar como si entre ellos no hubiera pasado nada. Amalia estaba de acuerdo, pero cómo le dolía su indiferencia.

No llegó tarde. Había marcado la tarjeta quince minutos antes, y estaba decidida a conseguir ese premio aunque él no quisiera. Y si su jefa le reprochaba el retraso se inventaría alguna excusa.

—Diez minutos tarde, Amalia —reprochó Karina mostrando la hora en el móvil que tenía en la mano.

—Pasé la tarjeta quince minutos antes de la hora —aseguró Amalia.

—¿Y dónde estabas? Hay que revisar que todo esté en orden antes de que lleguen los clientes —aclaró.

—¿Y tengo que revisarlo yo? Ya estuve un mes haciendo de todo menos vender. Hoy me retrasé porque fui a recursos humanos. Creo que sabes que me contrataron como vendedora, pero no me has dejado vender en todo el mes. Quería explicar el motivo de mis nulas comisiones —mintió Amalia. Al diablo con la buena voluntad, la honestidad, el compañerismo. Todos en Zacha eran unos traicioneros, y ella les iba a seguir el maldito juego.

—Tenías que aprender todo del sector. El depósito de indumentaria lo manejan las vendedoras.

—Supongo que se turnan. El mes que pasó me toco solo a mí, y en mi salario no tengo ni una comisión de ventas. Podrían echarme y tengo que cubrirme.

—¿Hablaste con Camilo? —preguntó Karina preocupada.

—No lo encontré —mintió Amalia—. A la hora de almuerzo voy a volver a buscarlo.

—Ve a vender y deja de hacer quejas tontas —dijo Karina, y se alejó a incordiar a otra vendedora.

Que fácil había resuelto su problema. Solo tenía que mentirle a Karina para que la dejara vender.

Amalia vendió toda la mañana, pero sus compañeras hicieron mejores ventas. La culpa de que ella perdiera el entusiasmo de las primeras semanas era de Ramiro, que esa mañana la había tratado como si el sábado no hubieran compartido una noche mágica. Toda la mañana había aguantado las ganas de llorar, y atendía a las clientas como un autómata.

—A ti te pasa algo —dijo Lea.

—Me agarró el diluvio el viernes y estuve todo el fin de semana con fiebre —contó Amalia, porque no pensaba decirle lo que había pasado con el jefe a causa del diluvio—. El sábado viajé enferma a ver a mi madre y volví peor —comentó.

—Oh, Amalia. Menos mal que pudiste venir a trabajar —preguntó Lea.

—Ya no tengo fiebre. Pero iba a venir enferma. Pienso luchar por ese maldito premio del mes —aseguró Amalia—. ¿Almorzamos juntas? Tengo que contarte mis metidas de pata.

—Genial. Ya anoto el horario de almuerzo de las dos para las trece y treinta —dijo Lea.

No siguieron hablando porque entraron varias clientas a la tienda y se pusieron a atenderlas. Por suerte Amalia no se volvió a cruzar con Ramiro en toda la mañana. Ni lo vio a la hora del almuerzo.

El que estaba en el comedor era Camilo, que había regresado de sus vacaciones y tenía un bronceado hermoso en la piel.

—Vaya, aquí está mi vendedora favorita —dijo Camilo, y se acercó a la mesa que compartía con Lea.

—La vendedora a la que no dejaron vender en todo el mes —dijo Lea.

—Eso es un desperdicio de ingresos para la tienda, y Karina lo sabe.

—Y un hueco en mi economía —aseguró Amalia—. Quiero preguntarte algo antes de hablar.

—Lo que quieras —dijo Camilo.

—¿No serás un Zachari encubierto en un apellido falso? —preguntó.

Camilo soltó una carcajada. Lea los miraba desconcertada.

—Ya me enteré lo que te pasó con Marisol, y también lo de Clara.

—¿Qué paso con las dos? —preguntó Lea.

—¿Tú no eres una Zachari? —preguntó Amalia a Lea.

—¡Pero qué obsesión tienes con los Zachari! Claro que no lo soy.

—Ha peleado toda la semana con Clara, y esta mañana se ha puesto a contarle a Marisol lo mal que lo está pasando con Ramiro y Clara, sin saber que Marisol también es una Zachari —aclaró Camilo, y se explayó en todos los detalles que ella le había confesado a Marisol.

Lea y Camilo soltaron una carcajada. Amalia frunció el entrecejo.

—Marisol no sabe mantener la boca cerrada —se quejó Amalia.

—Por eso la tienen en mesa de entrada —dijo Camilo.

—¡Qué! ¿Eso qué quiere decir? ¡No, no me lo digas! —gritó Amalia.

—Su padre se entera de todo por ella —dijo Camilo.

—Es la Zachari cotilla —gruñó Amalia.

Camilo soltó una risa. Lea la miró preocupada.

—Pero cómo se te ocurrió contarle a Marisol, con lujo de detalles, todos tus problemas.

—Es la recepcionista. Es simpática. Es una de las pocas que me trata bien. Y como llevaba un mes sin venir, creí que la habían echado del trabajo. Y ahí le solté todo. Que ilusa soy —exclamó.

—Tú estabas preocupada por si la habían despedido, y Marisol estaba retozando en las playas del Caribe. Ella se toma vacaciones cuando se le da la gana —aseguró Camilo.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿O eres otro cotilla de Zacha? —preguntó Amalia.

—Cotilla no, solo coincidí unos días con ella —aclaró.

—No eres un Zachari, pero tienes una relación estrecha con ellos —dedujo Amalia.

—Soy amigo de Ramiro —aclaró Camilo.

—¿Hay algún empleado que no tenga relación de parentesco o amistad con ellos? —preguntó Amalia—. No quiero seguir metiendo la pata.

—La fórmula para no meter la pata es mantener la boca cerrada —dijo Lea.

—Eso lo dices porque no te tocó soportar a Clara Zachari —dijo Amalia.

Camilo volvió a reír.

—Es una mujer encantadora —comentó Camilo.

Amalia miró a Lea.

—Siempre me pareció agradable. La habrás encontrado en una mala semana —aclaró Lea—. Suele pasarse por los distintos sectores y siempre tiene palabras amables.

—Debo tener algo que repele a las personas, Lea. Porque hasta los compañeros me miran mal —dijo Amalia.

—Todo empezó con tus referencias. Y la bola de nieve creció porque vendes más que el resto. Y eso, mi querida Amalia, te convierte en una competencia terrible, porque eres la candidata número uno para ganar el premio —dijo Camilo—. Yo creo que deberían eliminar ese premio. Genera demasiados conflictos.

—No hasta que yo lo gane —dijeron Lea y Amalia a la vez, y las dos rieron.

Por la tarde Amalia vendió como en sus primeros días. Al ver el gesto agrio de sus compañeras, supuso que tenía que ver con el premio. No quería reconocerlo, quizá porque lo necesitaba, pero Camilo tenía razón cuando dijo que el premio solo generaba problemas.

El almuerzo con Lea y Camilo le había levantado el ánimo. Hasta se había recuperado por completo de la mojadura del viernes. Ya no se sentía decaída, sino ilusionada con las ventas.

En los pasillos los empleados cotilleaban sobre sus recibos de sueldos. Amalia escuchó que ya los habían subido a la página de la empresa para que lo descargaran. Ella no conocía el método, puesto que su primer cobro había sido en recursos humanos. Le preguntó a Lea como podía bajar su recibo. Lea le pidió el móvil y buscó la página, y le hizo poner su correo electrónico y una contraseña para que pudiera descargarlo.

Ya habían terminado el día de trabajo y estaban las dos en el estacionamiento de la tienda mirando los recibos. Lea había cobrado bien porque tenía muchas comisiones de ventas. Amalia no tenía ni ventas ni comisiones, pero su salario era bueno.

—No entiendo. Si no vendí nada, ¿por qué me están pagando tanto, Lea? —preguntó Amalia.

En ese momento Ramiro Zachari salió de la tienda. No vestía formal como por la mañana y Amalia supuso que había regresado a su casa a cambiarse de ropa. Llevaba unas prendas que le quedaban bien, vaquero, camisa, un suéter con el cierre abierto y tenía la corbata torcida. La campera de cuero la llevaba colgando de la mano, y tenía el cabello más despeinado de lo habitual. Hacía un frío terrible pero él parecía acalorado, como si se hubiera dado un revolcón en su oficina o en el cuartito de las escobas con alguna de las empleadas.

No podía ser. Claro que podía ser. Él le había pedido que en la tienda se comportaran como jefe y empleada, y quizá era para que sus amantes no hicieran un escándalo en la tienda. ¿Cuántas empleadas se tiraba?, Amalia apretó los puños para no estamparlos en la atractiva cara de su jefe.

—Quizá te pagaron el reemplazo que hiciste en compras. Delia cobra como jefa. Has hecho su trabajo y te lo has ganado —dijo Ramiro.

—Claro que me lo he ganado, ya que tuve una semana de pesadillas con Clara Zachari. Estoy segura de que el dinero extra que gané en compras se me va a ir en el psiquiatra —gruñó, pero no lo miró, porque no podía sacarse de la cabeza que había estado teniendo sexo con otra empleada de Zacha.

Ramiro la miró con un arqueado de cejas. De qué se asombraba, si él le había pedido que se mostraran indiferentes en la tienda. Ella estaba cumpliendo con lo pactado.

En ese momento salió por la puerta lateral Alejandra, la secretaria de Ramiro. Amalia la conoció durante la semana que estuvo en compras. Era una mujer altanera, muy arreglada, maquillada y peinada. No era hermosa, pero cuidaba tanto su apariencia que parecía una diosa. A ella ni la saludaba cuando pasaba por el salón de compras. Solo hablaba con Clara, como si el resto fueran inferiores. Su andar era tan elegante que todos se giraban a mirarla, y la mujer lo sabía.

Alejandra se paró delante de Ramiro y arqueó las cejas.

—Ramiro, cómo has salido tan desaliñado. Deja que te acomode un poco que pareces recién salido de un... ya sabes, ja ja —dijo Alejandra, y mientras deslizaba ese comentario con doble sentido, le acomodó el cabello con las manos.

—Te faltó enderezarle la corbata —dijo Amalia, y lo miró con desprecio. Ramiro sonrió.

Alejandra se puso en la tarea de enderezarle la corbata, y cuando terminó le dio unos golpecitos en el pecho.

Amalia los miró con la boca abierta. ¿Sus horribles suposiciones eran ciertas? Él acababa de darse un revolcón con su secretaria. Le brillaron los ojos y agachó la cabeza para que nadie viera cuánto le afectaba lo que estaba presenciando.

Respiró profundo para contener las lágrimas. Se sentía la mujer más idiota del mundo. Se había entregado a su jefe porque se creyó especial. Ella no lo había provocado. Era él quien había ido a su casa y la había cuidado. Era él quien había regresado al día siguiente con una sopa, y habían terminado haciendo el amor en el sillón de la sala. Pero él, al parecer, tenía demasiadas empleadas especiales en Zacha.

Ella solo era una más. La que tenía que disimular para que nadie en Zacha sospechara lo que había pasado entre ellos. ¿A todas les pedía que disimularan? Por lo visto a Alejandra le daba un trato diferente. ¿Sería la novia de Ramiro Zachari? Esos gestos tan íntimos de ella demostraban que entre ellos había algo más que una relación jefe-secretaria.

—Ya está, Alejandra —dijo Ramiro.

Amalia quería darle una cachetada, pero apretó los puños. Necesitaba el maldito trabajo, y si lo cacheteaba delante de los empleados no iba a dudar en despedirla.

—Nos vemos, Ramiro —dijo su secretaria, y le acarició el brazo.

Amalia apretó los puños y se tragó la amargura. Respiró y exhaló varias veces hasta que logró recomponerse y mantener el rostro inexpresivo. En ese momento lo odió con toda el alma. El fin de semana que para ella había sido maravilloso, para él era una más de sus conquistas, o quizá, otra de sus artimañas para correrla de Zacha.

Quería largarse de allí y no verlo más, porque como idiota se había enamorado de su jefe, creyendo que bajo esa fachada arrogante se escondía un hombre sensible.

—Me tengo que ir —dijo Amalia, y comenzó a caminar por el aparcamiento para alejarse de su jefe y de lo que acababa de descubrir.

—¿No íbamos a ir a tomar algo? —preguntó Lea.

—Lo siento, Lea, se me olvidó. Vamos a festejar que has tenido muchas comisiones y has cobrado un buen sueldo —dijo Amalia.

Lea la miró sorprendida. Abrió la boca para responder, pero Amalia ya la arrastraba lejos de Ramiro Zachari.

—¿No tendrías que agradecerle que te haya explicado por qué cobraste tanto?

Por suerte Lea no se dio cuenta que todo el cabreo que tenía era por la intimidad del jefe con su secretaria. Por qué iba a sospechar, si Lea no tenía ni idea que el fin de semana se había acostado con Ramiro.

—Dudo que espere mi agradecimiento. Seguro que ya ni se acuerda de lo que me dijo, y tiene la mente en otra cosa. Ellos nunca han sido amables conmigo. Desde que llegué estoy soportando el hospedaje de los dueños y el desprecio de los empleados —aseguró Amalia.

—En eso tienes razón —dijo Lea.

—¿Y si compramos unas pizzas y las comemos en mi casa?

—Mejor vamos a la pizzería, que está a dos cuadras. Tu casa está a treinta —dijo Lea.

Ramiro escuchó toda su perorara sin hacer un solo gesto, aunque le habría gustado soltar una carcajada.

Amalia Burton estaba furiosa desde la mañana. Le había dolido su indiferencia. Pero lo que más la había afectado era la actitud de Alejandra, que salió y se puso a acomodarle el cabello como si entre ellos hubiera ese tipo de intimidad. A él le enfurecían las actitudes de Alejandra, pero soportó estoicamente sus atenciones porque se estaba divirtiendo al observar el desconcierto en los ojos de Amalia. La fabuladora se marchó sin saludarlo y sin un “gracias” por haberle aclarado el motivo de su elevado salario. Estaba tan enojada que descargó su rabia criticando a gritos a su madre para que él la escuchara, el problema era que también la escucharon todos los empleados que estaban reunidos en el aparcamiento. Al menos no había hecho un escándalo por las insinuaciones de Alejandra, es decir, que estaba respetando su pedido de mantener lo que pasó entre ellos alejado de los cotilleos de la tienda.

Amalia no sabía que él llevaba todo el día observándola desde su oficina, ni que se alegró cuando la vio vendiendo. Todo el maldito día había pensado en ella, en la noche que durmieron abrazados y en ese cuerpo curvilíneo moviéndose al ritmo de sus embestidas. Se había pasado tantas veces la mano por el pelo que lo tenía hecho un desastre. Llevaba toda la tarde soportando una maldita erección. Hasta tuvo que aflojarse la corbata cuando lo invadió la urgencia de tenerla en sus brazos.

Ella no sabía que casi cometió el error de bajar al segundo piso para sacarla de allí con alguna tonta excusa y llevarla a alguna oficina desocupada para hacerle el amor. Por suerte logró mantener a raya su instinto. La deseaba de nuevo, deseaba todo lo que habían compartido, y no solo eran unas horas de sexo, sino cada maldito momento.

Él también estaba enojado, porque su control se había ido al diablo. Y porque ella agarró del brazo a Lea y se marchó a festejar las comisiones de su amiga, como si él no existiera. Como si entre ellos no hubiera pasado nada.

Debería estar contento de que lo ignorara, después de todo era lo que le había pedido, pero se alejó a zancadas, encendió el coche y se dijo que eso no iba a quedar así.

CAPÍTULO 17

Amalia llegó a su casa pasada las nueve de la noche. Abrió la verja del ingreso, la cerró y al girarse, otra vez encontró a su jefe en la galería.

—¡Qué sorpresa! Yo te hacía retozando con tu secretaria —dijo Amalia, ni el vino que se había tomado con Lea le quitó el enojo. No solo con él, que era un mentiroso, sino con ella misma, que se había entregado al jefe sin saber si estaba saliendo con alguien.

—Tienes una imaginación impresionante.

—La escenita de esta tarde fue muy ilustrativa —aseguró Amalia.

—Te has hecho una película con la escenita, y seguro que hasta te imaginaste el final perfecto: “Y vivieron felices y comieron perdices”.

En eso tenía razón. Pero no había llegado al “y vivieron felices...” porque su imaginación de disparó por otros derroteros.

—En realidad te imaginé pidiéndole discreción a unas cuantas empleadas de Zacha. Y deduje que Alejandra es una cornuda feliz, puesto que no sabe que te acuestas con las empleadas que se te antojas, y a todas les pides discreción —aclaró Amalia—. A mí no me gusta ser la mujer que rompe una relación. He visto lo difícil y humillante que es para la pobre cornuda.

Ramiro supo que la pobre cornuda en la que estaba pensando era su madre. Amalia no sabía que el día de la entrevista Marcela se había explayado en los detalles. Por Marcela Burton sabía que el marido y padre de Amalia se había largado con una mujer joven y las había dejado endeudadas por un año.

Se acercó, sintiendo respeto por la fabuladora. A pesar de las tretas que había usado para entrar a trabajar en la tienda, ella tenía valores. Era una mujer honesta, luchadora, valiente; y tenía una alta tolerancia a las adversidades.

—No me acuesto con Alejandra —susurró en su oído—. Si ella fuera mi pareja no estaría muerto de frío en la galería de tu casa, esperando que regresaras de tu festejo por las comisiones de Lea. Pensé que te ibas a alegrar al descubrir que tu semana en compras te había engrosado el salario.

—Claro que me alegré. Pero estaba furiosa —aseguró Amalia.

—Con el jefe que se tira a todas las empleadas —afirmó Ramiro.

—Y conmigo, por no preguntarte si tenías novia, pareja, esposa. Ni siquiera sé si tienes

una familia que te espera en casa.

—Nadie me espera en casa. Vivo solo, y hace un año que no tengo pareja.

Un año sin pareja para alguien tan atractivo como él, con esa sonrisa matadora y esos dientes perfectos, y los músculos, y todo el conjunto, parecía demasiado, pensó Amalia.

—¿Nunca te acostaste con una empleada de Zacha?

—No es una pregunta que quiera responder. En este momento eres la única, y no habrá otra mientras estemos juntos —aseguró.

A Amalia le temblaron las piernas. Esa era una propuesta que no se esperaba. Ramiro le estaba hablando de continuidad en lo que tenían, que ni ella sabía ponerle nombre. Se le aceleró el corazón. También se preguntó cuánto podía durar el “mientras estemos juntos” Un mes como mucho, supuso, puesto que ya había visto el esmero de Alejandra por marcar territorio, aunque él le aseguraba que entre ellos no había nada. ¿Cuántas más estarían esperando que les prestara atención?, no quiso seguir sacando conjeturas.

—Si descubro que tienes una o varias amantes te voy a hacer un escándalo en la tienda —aseguró Amalia.

—No esperaba menos de ti, fabuladora —aclaró Ramiro, se inclinó y la besó.

Y mientras ella se hacía preguntas que solo podía responder con deducciones, él iba a la acción. Le sacó la llave de la mano, abrió la puerta y los besos de Ramiro dejaron en el olvido todas sus conjeturas.

Esa noche hicieron el amor en la cama de su habitación mientras una fina lluvia se deslizaba por el vidrio de la ventana. Ramiro no se marchó, y a Amalia le brillaron los ojos al sentir sus brazos rodeándole la cintura. La alarma de Ramiro sonó en su móvil a las siete de la mañana, y él se despidió con un beso.

Los encuentros se repitieron varias noches de la semana. Él venía duchado después de salir de la tienda, cenaba con ella, hacían el amor y casi siempre se quedaba a dormir.

Ramiro le decía que le daba pereza salir a la noche helada para regresar a su casa. Pero era mentira. Él había deseado repetir la experiencia que vivieron cuando ella había tenido fiebre, y era lo que estaba haciendo. Dormir abrazado a ella era tan placentero como hacerle el amor. Todas las mañanas se levantaba temprano, regresaba a su casa, se duchaba y se cambiaba para comenzar el día de trabajo.

En la tienda, él cumplía con la indiferencia que le había pedido la primera vez. Ellos eran como dos extraños. Jefe y vendedora. Ramiro a veces se mostraba soberbio o irritante, y otras ni la miraba. Si coincidían en el comedor, él la ignoraba. Ramiro compartía el almuerzo con los jefes de distintos sectores, y escucha las necesidades de cada uno.

Habían pasado dos semanas y seguían juntos. Él se ausentó por viajes cortos, y la llamaba por las noches para hablar de cualquier cosa, el tiempo, algún chiste malo, lo que habían cenado.

Y se despedía diciéndole que la extrañaba.

Amalia no se animaba a decirle que ella también lo extrañaba. Que de noche tenía frío porque no estaba él para abrazarla. Tampoco le decía que se había enamorado. Que él era un huracán que entró en su vida y se adueñó de todos los rincones de su casa y de su corazón. Era demasiado pronto para soltar sus sentimientos. Tenía que ser precavida porque así como Ramiro entró en su vida sin que lo llamara, suponía que se iría sin que lo echara.

Adoraba a ese hombre de dos facetas. Adoraba sus risas, su ternura, su compañerismo y la forma en que le hacía el amor cuando estaba en su casa. Hasta le divertía y fascinaba la indiferencia que le demostraba en Zacha, sabiendo que minutos antes se había despedido con un beso.

Ella quería gritar su amor a los cuatro vientos para que todos se enteraran, pero tenía que mantenerlo en secreto. Hasta el momento había logrado disimular sus sentimientos, a pesar de que cada vez que lo veía se le aceleraba el corazón. Solo ella sabía lo que lo extrañaba cuando él se iba de viaje, o cuando se quedaba unos días en alguna de las sucursales. Sus llamadas no eran suficientes. Ella necesitaba esos preciosos momentos que compartían cuando estaban juntos, sus abrazos, las cenas, necesitaba sentir su cuerpo pegado al de ella, sus manos acariciando su piel, sus labios besando los lugares secretos hasta que la hacía estallar en un orgasmo. Él era un hombre especial de puertas para adentro.

Ramiro también la extrañaba. Siempre le traía regalos de sus viajes. Nada costoso. La primera vez le trajo un cactus y un llavero. La segunda, un imán para la heladera y un collar de caracoles. Ramiro se quedaba asombrado al ver la emoción en los ojos de Amalia con las chucherías que le regalaba. Ella se colgaba de su cuello y lo besaba como si él le acabara de regalar un collar de oro con un diamante incrustado.

Amalia no sabía que él la estaba probando con esos obsequios que solo eran chucherías baratas. A Ramiro no le gustaba hacerlo, pero necesitaba asegurarse de que ella estaba con él por el hombre, y no por su posición en Zacha.

Llevaban juntos poco tiempo, y Ramiro podía asegurar que Amalia estaba con él sin ningún tipo de interés económico. Hasta tenía el convencimiento de que si un día le regalaba algo costoso se lo tiraría a la cara. A ella le importaba un pimiento que fuera uno de los dueños de la tienda, aunque lo de dueño era una utopía. Pero ella no sabía nada de su situación en Zacha, y tampoco le interesaba. Nunca le preguntaba nada relacionado con su posición económica ni su cuenta bancaria. Tampoco le hablaba de los problemas que tenía en la tienda, y jamás le contó que con su madre estaban endeudadas hasta el cuello. De puertas para adentro, ellos eran Amalia y Ramiro, dos personas que se complementaban y lo pasaban bien.

Y él, que había intentado mantenerse alejado de cualquiera de las empleadas de la tienda, se estaba enamorando de la fabuladora.

¡Cuatro semanas juntos! Si Ramiro creía que solo era un capricho, el tiempo le estaba demostrando que estaba equivocado.

Entró en Zacha por la mañana. Llevaba traje y el cabello todavía húmedo. Se acababa de dar una ducha en su casa después de pasar la noche con Amalia. Ella entró corriendo varios minutos después, con el cabello húmedo y los tacos en la mano. Esa mañana la despertó con besos y caricias y no pudieron parar. La hora se les pasó volando.

—Parece que casi llegas tarde, fabuladora —dijo Ramiro, y sonrió. Faltaban dos días para que terminara el mes, y Amalia estaba compitiendo por el premio. Nunca había llegado tarde, y según Camilo nadie la superaba con las ventas.

—Ya quisieras, jefe. Faltan dos minutos para la hora, y no me distraigas que tengo que pasar la tarjeta —aclaró, y corrió hasta el lector como si le fuera la vida en ello.

Marisol miró a su hermano desconcertada.

—Sigues pendiente de que no gane el premio. Creí que ya habías pasado página con esa obsesión tuya de ponerla de patitas en la calle —dijo Marisol.

—No tengo ninguna obsesión, Marisol —dijo Ramiro, salvo la de sacarla de la tienda para pasar el día haciendo cualquier cosa, un paseo por el centro, un café en un bar, un almuerzo en un restaurante, una salida al cine. Quizá deseaba una simple salida porque lo de ellos era un secreto—. No se puede nadar contra la corriente. Ella es terca, y no aceptó mi sugerencia de resignar el premio hasta que se calmen las aguas.

—Las aguas están cada vez más agitadas —dijo Marisol, que al estar en mesa de entrada se enteraba de todos los cotilleos.

—¿Qué ha pasado este mes?

—Ha sido muy injusto. María, la mujer de la limpieza, por primera vez ha intentado conseguir ese premio. Tiene la madre enferma y necesitaba un extra para pagar los estudios y los remedios. No sabes lo que se ha esforzado. Ha trabajado más horas. Se ha ofrecido a colaborar en el depósito. Nunca llegó tarde. Ha instruido a una chica nueva, sin cobrar horas extras. Ha sido solidaria con todos. Hasta se ha quedado a servir café en todas las reuniones fuera de hora. En recursos humanos la estaban teniendo en cuenta. Pero el viernes, alguien le mando un mensaje al móvil para decirle que había desinfección porque encontraron ratas. Hasta perdió el dinero adicional por asistencia y puntualidad. No sabes lo que ha llorado cuando llegó esta mañana y se enteró que le mintieron.

—Maldición. Es una injusticia. Algún día va a ser más grave que un maldito mensaje —dijo Ramiro, y miró hacia el lector de tarjeta. Amalia ya no estaba. ¿Habría llegado a horario, o la distracción de la mañana la había dejado fuera del premio? Ramiro deseaba que se quedara afuera, no para ganar una maldita apuesta, sino para que no estuviera expuesta a las artimañas de los empleados para dejar afuera a sus compañeros.

Amalia era la nueva, la que entró sin referencias, la que vendía más. Nadie estaba dispuesto a dejar que se quedara con el premio. Y él a veces tenía miedo de que la sacaran de la competencia con algo más grave que un mensaje al móvil. Se giró hacia su hermana.

—Dile a Camilo que busque la forma de ayudar a María. Que se invente algún incentivo por sus trabajos fuera de hora, o su generosidad con la empleada nueva, o lo que se le ocurra.

—María se fue a su casa después de enterarse cómo la habían desplazado. Dijo que para qué se iba a esforzar si aquí siempre pasaba lo mismo. La pobre estaba desesperada —dijo Marisol.

—Tiene razón. Hay que sacar ese premio, o hacer algo para que se acaben las artimañas de algunos empleados. Ya que eres la que le cuenta los cotilleos a papá, por qué no le dices lo que está pasando. Es él quien insiste en mantener el premio, Marisol.

—No lo va a sacar. Dice que es un derecho adquirido y que los empleados van a dejar de esforzarse. Según él hay que trabajar en el tema del compañerismo —dijo Marisol.

—Típico de Luis —dijo Ramiro, y se marchó a su oficina. Ese día tenía un almuerzo con un nuevo proveedor, que por suerte había viajado a la ciudad cuando él le dijo que no podía ausentarse. En realidad no quería hacer otro viaje cuando hacía dos días que había regresado—. Dile a mamá que se haga un tiempo para acompañarme al almuerzo.

—Por qué no se lo dices tú, que tienes tu oficina al lado de compras —sugirió Marisol.

—Porque me gusta delegar algún trabajo en mi hermanita —aclaró Ramiro.

Ramiro se asomó al ventanal de su oficina que daba a la tienda, y vio a una señora mayor sentada en un sillón del sector de indumentaria. Varias vendedoras pasaron de ella como si no existiera. Amanda estaba atendiendo a una cliente, y al parecer le estaba vendiendo hasta el perfume que iba con su personalidad. Se esmeraba, sonreía, tenía paciencia y sacaba todas las prendas de las perchas hasta que daba con la correcta. Él no tenía dudas de que su magia estaba en el entusiasmo que ponía en cada venta.

La señora mayor seguía sin ser atendida, a pesar de que varias vendedoras estaban merodeando sin atender a nadie.

Ramiro regresó al escritorio y se puso a revisar los informes que le había pasado el contador. Después siguió con las planillas que pidió en recursos humanos para ver el rendimiento de los empleados a dos días de terminar el mes. Una hora más tarde volvió a asomarse al vidrio, y Amanda estaba despidiendo a la cliente que había atendido. Por la cantidad de bolsas que tenía en la mano, no tenía dudas de que le había vendido hasta las perchas donde colgaban las prendas.

La señora mayor seguía sentada, esperando con la paciencia de los años que alguien se dignara a atenderla.

Se indignó al ver que nadie le prestaba atención. La mujer tenía prendas viejas, un vestido de flores gastadas y un saco lleno de bolitas. Quizá ninguna se molestaba en atenderla al

suponer que sería una pérdida de tiempo, y de comisiones.

Desde que Amalia había entrado en su vida, él estaba conociendo en detalle el movimiento en el sector de indumentaria femenina. A él se le daba mal mantenerse alejado de ella y varias veces al día la espiaba desde el ventanal de su oficina.

Con su nueva actividad de espiar a Amalia, descubrió que todas las empleadas eran atentas, pero con el correr de los días comprobó que también eran bastante selectivas. Se mostraban encantadoras cuando creían que podían hacer una gran venta. ¿Así querían ganar el premio? Algo no marchaba bien si en todos los sectores pasaba lo mismo que en indumentaria femenina. Si no estuviera tanto tiempo observando a Amalia, nunca se habría percatado de esos pequeños detalles que le habían pasado desapercibidos.

Tendría que estar más presente en los sectores para descubrir si en todos sucedía lo mismo. Podría empezar en indumentaria para ver la reacción de las vendedoras al tener al jefe controlando su trabajo. Y de paso ver esa magia que decían que tenía la fabuladora. Sus compañeras estaban resentidas, la envidiaban, no la querían. ¿Quién quería la magia compitiendo con ellas?, solo unos pocos sonreían cuando alguien brillaba con luz propia.

Volvió al ventanal para ver si la anciana seguía esperando que la atendieran. La señora ya no estaba en el sillón. Iba del brazo de Amalia, la mujer que hacía magia. Ramiro salió de la oficina para ir al sector de indumentaria. Él tenía una relación con Amalia. ¿Cómo era posible que nunca se hubiera molestado en comprobar esa magia de la que hablaban algunos?

Estuvo media hora en el sector. Karina se acercó creyendo que necesitaba algo, pero él le dijo que no y que siguieran con su trabajo. Las vendedoras al verlo merodear, desplegaban todo su encanto con cualquier clienta que entraba. Amalia seguía acompañando a la anciana. La mujer le hablaba y ella la llevaba para mostrarle la ropa que le pedía. En media hora la anciana no compró nada. En media hora Amalia no dejó de sonreírle y de sacarle todas las prendas que podían interesarle.

—Pero eso es muy costoso para mí, niña. Soy una pobre jubilada —dijo la mujer.

—Entonces vamos a buscar un saco bien abrigado que se adapte a su presupuesto —dijo Amalia, sin perder el entusiasmo.

No sabía si Amalia lo había visto en el sector. Lo único que podía asegurar era que estaba respetando la indiferencia que le había pedido. Y qué bien se le daba. En cambio, a él le costaba cada vez más apartar los ojos de ella.

Se marchó a otro sector para dejar de mirarla. En ferretería ningún vendedor le prestó atención. Estaban demasiado ocupados atendiendo a los clientes y no necesitaban demostrar que cumplían con su trabajo. Lo hacían con una atención distinta, no tan atenta como en indumentaria, sino de forma práctica y eficiente. Allí no había quejas.

El sector de electrodomésticos tenía menos actividad. Algunos empleados lo saludaron

porque no había tantos clientes. En electrónica tenían mucho trabajo, y todos estaban ocupados. Decoración tenía pocos clientes, también pocos vendedores. Eran tres, y solo dos estaban atendiendo. El que no tenía clientes se puso a acomodar mercadería cuando lo vio aparecer. El jefe los intimidaba a pesar de que era accesible con los empleados.

Indumentaria masculina tenía mucho trabajo. Se quedó allí unos quince minutos y descubrió que entre ellos había compañerismo, o quizá era porque él estaba allí. Uno de los vendedores le cedió una venta a su compañero. No competían. En realidad, en indumentaria femenina las empleadas tampoco competían..., hasta que Amalia llegó al sector.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Camilo.

—Trabajo de campo, creo que se llama.

—¿Trabajo de campo? ¿Eso no debería hacerlo mi sector?

—Impongo más que si viene alguna de tus asistentes —dijo Ramiro.

—¿Y qué has descubierto?

—No mucho. Todo marcha bien. Quizá es porque estoy mirando.

—Ramiro, los empleados se esmeran por las comisiones. Que los estés controlando no ayuda a que se sientan cómodos —dijo Camilo.

Camilo tenía de razón. Solo que, mientras él espiaba a Amalia, descubrió detalles que había pasado por algo entre sus compañeras, como a la anciana que había tenido que esperar una hora para que la atendieran, quizá porque solo venía a mirar y no se podía permitir comprar alguna prenda. Pero no podía contarle a su amigo que estaba espiando a Amalia. La época de ser su sombra había quedado atrás, y no tenía forma de justificar su presencia en la tienda. Además, quería verla en acción, y eso solo podía hacerlo recorriendo los sectores para no levantar sospechas.

Regresó a indumentaria, seguido de Camilo, que al parecer no tenía nada mejor que hacer que ir tras sus pasos.

—Allí está mi vendedora estrella —dijo Camilo.

A Ramiro no le gustó el posesivo y apretó los puños.

—La veo. Está atendiendo a una señora mayor.

—Viene siempre y no compra nada —aclaró Camilo.

—¿La conoces? —preguntó Ramiro.

—Claro, te dije que este era mi trabajo. Las vendedoras saben que les hace sacar todo y se va con la excusa de que no le alcanza el dinero de la jubilación para comprarse ropa. Incluso les dice que Zacha es muy caro, que no es accesible para gente humilde como ella. La única que la atiende es mi vendedora estrella.

—No es tu vendedora —dijo Ramiro, y se maldijo. Debería haberse mordido la lengua.

—Claro que lo es. No me vas a negar que gané la apuesta —aseguró.

Ramiro volvió a apretar los puños. Su incursión no estaba saliendo como esperaba.

—Es una locura esa apuesta —aseguró Ramiro.

—A la que tú accediste, amigo.

—No me llames amigo cuando piensas desplumarme —aclaró.

Camilo sonrió y miró a Amalia.

—Madre mía, le vendió algo a la vieja que solo viene a quejarse —aclaró, cuando las vio a las dos en la caja. La anciana estaba pagando un saco de lana de color rojo con botones adelante.

Los dos se acercaron llenos de curiosidad y se pararon a escasos metros de Amalia y la anciana. Camilo tenía una enorme sonrisa en el rostro. Ramiro la miraba con el entrecejo fruncido. No se creía la venta. Quizá era una farsa, y quien había puesto el dinero era Camilo para ganarle la maldita apuesta.

—Eres un encanto, niña. Sabes las veces que he venido aquí, y ninguna me encontró un saco de lana tan bonito y a un precio que me puedo permitir. La próxima vez que venga voy a buscarte a ti. Me está haciendo falta un vestido nuevo, y me gusta que tenga flores.

—Este mes no hay más ofertas, señora Angelina. Venga dentro de dos meses y seguro que le encuentro algo que se ajuste a su presupuesto —dijo Amalia—. Venga que la acompañe hasta las escaleras mecánicas.

—Ni loca subo a esas escaleras. Siempre he tenido miedo de que me traguen. Todavía me quedan unos añitos para disfrutar —aclaró la anciana.

—Julián, podrías, por favor, acompañar a la señora Angelina hasta la salida —pidió Amalia a uno de los guardias.

—Claro, Amalia. Yo la llevo hasta la puerta.

—Lo que has hecho es una estupidez —dijo Karina, que estaba atenta a toda la transacción—. Vas a pagarlo de tu bolsillo.

—Lo sé, Karina. Ya lo pago. Este mes me lo podía permitir, y a la señora le hacía falta un buen abrigo. Hace mucho frío y es muy mayor —dijo Amalia.

Karina abrió la boca para decir algo, pero solo asintió.

—No quiero diferencias de caja.

—Ahora pongo la diferencia.

—Y va a regresar en dos meses —se quejó Karina.

—Al menos no va a venir todos los días a gritar delante de las clientas que en Zacha no hay prendas para gente humilde —dijo Amalia.

—Espero que tengas razón. No quiero que se haga la costumbre de pagar una miseria.

Amalia asintió y al girarse se encontró a Camilo y Ramiro presenciando la discusión con su jefa.

—¡Oh! No sabía que... Jefe, lo siento. Yo voy a poner el dinero de la prenda que vendí a un precio menor —aclaró Amalia, y miró a Ramiro que la observaba impasible.

—Me parece bien —dijo él de forma indiferente, se giró y se marchó antes de cometer la idiotez de abalanzarse sobre ella y besarla hasta dejarla sin aire por el hermoso gesto que acaba de tener con una anciana quejosa, que quizá no se podía permitir la prenda que ella le había regalado.

Ella, que estaba de deudas hasta el cuello y que luchaba por un premio, se gastaba un dinero que necesitaba para que una anciana tuviera un buen abrigo y se fuera feliz de Zacha.

¿Qué más necesitaba para convencerse de que ella no era una traicionera?

Esa noche llegó a su casa con la cena. Tocó el timbre, y cuando le abrió con esa sonrisa con la que siempre lo esperaba, soltó la caja de pizza, se abalanzó sobre Amalia y le hizo el amor en el sillón de la sala. No le dijo que la admiraba, que por fin había comprobado la magia de la que algunos hablaban y otros envidiaban. No le dijo que adoraba su faceta generosa.

Ella tampoco habló de lo que pasó en la tienda. Entre ellos había un pacto de no hablar de la tienda cuando estaban juntos. Amalia le devolvió el beso y se entregó a sus caricias. Le desató la corbata, le desabrochó la camisa, y disfrutaron de esa intimidad que cada día se hacía más intensa, más necesitada y más cotidiana.

Después cenaron la pizza. Ella le contó que el fin de semana se iba a visitar a su madre a Los Cerros porque llevaba dos semanas sin verla.

Ellos nunca se veían los fines de semana. Ramiro se iba a Las Lomitas y siempre pasaba por Los Cerros para estar un rato con su familia.

Se fueron a la cama y otra vez hicieron el amor. Para Ramiro ya no era sexo, era mucho más. Ella era quien le estaba quitando todos sus celos.

Amalia recibió un mensaje al móvil que la desconcertó. Era Alejandra, la secretaria de Ramiro, que le pedía, por favor, que pasara por la tintorería para retirar un traje del jefe, porque tenía una reunión importante a media mañana y se le había antojado usar el azul. Le explicaba que ella no podía ir porque tenía que organizar la sala de reunión, el cáterin y un montón de tareas que no venían al caso detallarle, pero que le impedían acercarse a la tintorería.

¿De dónde había sacado su móvil? ¿Por qué le pedía ese encargo a ella? Amalia no entendía nada. Ella era una vendedora, pero la mujer se lo estaba pidiendo como un favor para una reunión que tenía el jefe.

El jefe estaba a su lado, con sus manos rodeándole la cintura y a punto de dormirse. Y como ellos tenían esa relación especial en la que no hablaban del trabajo, no lo despertó para preguntarle por la reunión del día siguiente, ni por su capricho de usar el traje azul que estaba en la tintorería.

Se dio cuenta que no conocía nada de Ramiro, salvo su cuerpo desnudo, su destreza en la

cama y las conversaciones superfluas que tenían durante la cena, cuando él venía a su casa. También sabía que a veces roncaba, y que tenía el sueño profundo. Pero no conocía sus caprichos, sus amistades, con quién pasaba los fines de semana, si ser director de Zacha era su sueño o solo el negocio familiar que había truncado sus verdaderos sueños. ¿Qué era ella para Ramiro?, la amante de turno, la relación secreta. Si él la amara, no la tendría escondida.

Le respondió a Alejandra que le mandara el domicilio para ir a buscar el traje azul antes del horario de ingreso. Alejandra le escribió el domicilio y le aseguró que ya había mandado un mensaje avisando de que Amalia Burton iba a retirar a primera hora el traje de Ramiro Zachari. Le dio las gracias, puso una carita feliz y unas manos que se agitaban.

CAPÍTULO 18

Amalia esperó hasta que Ramiro se despidió, como todas las mañanas, con un beso. Cuando él salió por la puerta de calle, se vistió apresurada y se fue corriendo. Tuvo que gastar parte del escaso dinero que le quedaba para terminar el mes en pagar un taxi para ir a recoger el traje a la tintorería, que estaba a veinte cuadras de Zacha, y en sentido contrario a su casa.

El negocio estaba cerrado y se quedó esperando sin dejar de mirar la hora en el móvil. La maldita tintorería abrió a las nueve de la mañana. Y cuando ingresó le aseguraron que no había ningún traje para retirar a nombre de Ramiro Zachari.

¡No había ningún traje a nombre de Ramiro Zachari! ¡No había ningún maldito traje!

Estaba tan indignada que se pasó todo el trayecto hacia la tienda, veinte malditas cuadras, insultando a la traicionera de Alejandra. Llegó a la tienda pasada las nueve y media de la mañana, y perdió las esperanzas de ganar premio del mes.

En ese momento se percató de que la carita feliz y las manos que se agitaban, que le había enviado Alejandra al móvil, eran sus gestos de triunfo. La maldita mujer la había sacado de la carrera sin que se diera cuenta.

No le dijo nada a Ramiro, a pesar de que quería subir a su oficina para descargar la ira que corría por sus venas. La relación que tenían estaba al margen de los problemas de la tienda, y tenía que callarse la boca. A la salida le sugirió a Lea que comieran algo en su casa, y su amiga aceptó encantada.

—Quédate a dormir. Se ha hecho tarde para que te vayas caminando —sugirió Lea después de terminar la cena, que consistió en unos sándwiches que preparó su amiga con pollo frío, lechuga y tomate.

Amalia asintió, y se sintió aliviada de no tener que ver a Ramiro, aunque no sabía si él iría a su casa. Ella no estaba de ánimo para fingir que todo estaba bien después de que la traicionera de su secretaria, usando artimañas, la hubiera sacado de la posibilidad de ganar el premio.

—¿Por qué llegaste tarde?

—Me dormí —dijo Amalia.

Lea la miró con el entrecejo fruncido.

—Solo faltaban dos días para terminar el mes.

—Lo sé. Ese premio requiere muchos sacrificios —comentó.

—Sí, demasiados —aseguró Lea—. El viernes pasado le jugaron una mala pasada a una mujer de la limpieza. Ellas tienen pocas posibilidades de conseguirlos, pero María se esmeró mucho. Trabajó horas extras, se ofreció para quedarse a limpiar las salas de reuniones después de largas horas de debate entre los jefes. Hizo todo el mérito que podía. Pero la semana pasada alguien le mandó un mensaje de que el viernes no se trabajaba porque había desinfección. Y lo perdió.

—¿Y por qué no me enteré de todo eso? —preguntó Amalia. A ella también la habían desplazado con un mensaje mentiroso, y no tenía dudas de que era la misma persona.

—Yo me enteré por Diego Latorre de marketing. Él la vio llorando en un rincón. María recién se enteraba de las artimañas, estaba desbastada y se lo contó. No quería que se supiera. Diego solo me lo contó a mí y a Marisol.

—Y tú me lo cuentas a mí.

—Porque creo que has caído en alguna de las trampas que hacen los que están en carrera por el premio.

Amalia miró a su amiga con la boca abierta.

—No era la única que estaba tratando de ganarlo —aseguró Amalia.

—No, pero María iba a ser tenida en cuenta porque se esforzó mucho, y tú eras la que tenía más comisiones de ventas. Las dos eran las candidatas que podían ganarlo.

Amalia la miró con la boca abierta. Descubrió que las artimañas las usaban los últimos días del mes, cuando sabían quién tenía más posibilidades de ganarlo. Y ese mes sacaron de carrera a las dos empleadas que podían conseguir el premio.

—Me pasó algo parecido. Pero no quiero que nadie se entere —aseguró Amalia.

—¿Quién te hizo llegar tarde?

—Alejandra, la secretaria de Ramiro Zachari —dijo Amalia, y le mostró el mensaje que le había mandado al móvil. No le dijo que cuando recibió el mensaje el jefe estaba durmiendo a su lado, y que no podía corroborar si era cierto porque su relación con él era secreta, de puertas adentro o como él quisiera llamarla. Ella se había enamorado, pero odiaba que él la mantuviera oculta, como si estuvieran cometiendo un pecado, y encima sin poder hablar de cualquier cosa que tuviera relación con Zacha.

Al día siguiente las dos llegaron temprano a la tienda. Lea intentaba todos los meses conseguir el premio. Ella cumplía con el horario pero casi siempre sus ventas eran insuficientes para lograrlo. Amalia ya había perdido hasta el incentivo por puntualidad por culpa de Alejandra.

Amalia y Lea se sentaron a almorzar en el comedor a la una y treinta. En la mesa del lado, un grupo de empleados murmuraba que el premio ese mes lo había ganado Alejandra. Amalia casi se atragantó con la comida que estaba masticando. Apretó los puños y e intentó

mantener sus gestos imperturbables. Lea la miró asombrada, pero las dos se quedaron mudas, tratando de escuchar lo que decían sus compañeros.

—Parece que nunca llegó tarde. Se quedó después de hora durante varias jornadas y acompañó al jefe a un viaje de negocios, demostrando una eficiencia admirable. Bueno, es lo que se comenta.

—Me enteré que participó con mucho entusiasmo en varias reuniones que tenía su jefe. Se esmeró en los cáterin con los que agasajaron a posibles proveedores. Según escuché, esa gente salió satisfecha con la organización.

—Yo he escuchado que gracias al encanto que desplegó Alejandra en esas reuniones, lograron precios inmejorables en algunos productos que querían incorporar en Zacha.

Lea le agarró la mano para consolarla.

—Es una víbora —susurró Lea—. Una arpía. No todos son así, Amalia. Ella sabía que le podías ganar —aseguró.

—Quizá podría haber ganado —susurró Amalia, y le brillaron los ojos—. ¿Quién evaluó semejante eficiencia en Alejandra? —preguntó Amalia.

—Supongo que fue Ramiro Zachari —dijo un compañero que ella no conocía, y estaba sentado en la mesa de los cotilleos.

Era evidente que había preguntado en voz demasiado alta, puesto que todos se giraron a mirarla.

Ramiro Zachari estaba almorzando con Camilo a unas mesas de distancia, y también debía haber escuchado su pregunta porque los dos se volvieron para mirar a su mesa.

—Claro, es su jefe —dijo Amalia, mirando a Ramiro. Él frunció el entrecejo, y ella apartó la vista porque en ese momento lo consideraba tan desleal, manipulador, traicionero e inmoral como su padre el día que se marchó con la amante, dejándolas llenas de deudas.

Le importaba una mierda el pedido de Ramiro de actuar con indiferencia en la tienda. Le importaba un pimiento que todos se enteraran que él no solo era su jefe, sino que iba a su casa, cenaban juntos, se acostaba en su cama y dormía abrazado a ella después de hacer el amor. ¿El amor?, qué idiota, para él solo era sexo.

Ramiro le había dado el premio a su secretaria. A lo mejor ella no lo habría ganado si llegaba a horario, pero eso nunca iba a saberlo. Solo sabía que lo había perdido por la mentira que Alejandra le mandó al móvil.

¿Quién había ideado la mentira de Alejandra?, quien otro podía ser que Ramiro Zachari. Él le había pedido que desistiera del premio por unos meses. En ese momento recordó la mañana que él le había hecho el amor y casi llegó tarde a la tienda. Él había intentado sacarla de carrera y como no logró su objetivo, acordó con su secretaria la forma de sacarla del medio.

Amalia estaba furiosa con Ramiro. No tenía ganas de abrirle la puerta de su casa como si

no hubiera pasado nada. No quería mirarlo a la cara. No quería cenar con él. No quería que la besara, ni que le hiciera el amor. Estaba dolida y triste.

La apuesta. Era por la maldita apuesta. Él seguía embarrando la cancha para sacarla de Zacha.

—Pensamos que lo ganarías tú —dijo uno de los hombres de la mesa del lado.

—Ya ves que no fue así. Amalia ayer llegó tarde —comentó Lea, porque Amalia se había quedado muda.

Amalia se levantó de la mesa y corrió hacia las escaleras. No se detuvo en su sector, sino que siguió bajando hasta recursos humanos. La puerta estaba abierta, y adentro estaba una de las asistentes de Camilo.

—Casi ganaste el premio. Pero esta vez le tocó a Alejandra. Se esmeró durante todo el mes, por si te sirve de consuelo —dijo la joven. Amalia se encogió de hombros.

—Necesito licencia para lo que queda de la semana. Jueves, viernes y sábado —dijo Amalia.

—No sé si tienes tres días acumulados. Hace poco que empezaste.

—Revisa, por favor, cuantos días puedo tomar. Tengo que hacer unos trámites urgentes fuera de la ciudad —aseguró Amalia.

La mujer le pidió el número de documento y revisó en el ordenador los días de licencia que podía pedir.

—¡Qué suerte! Justo tienes tres días. Pero te vas a quedar sin días si quieres tomarte unas cortas vacaciones cuando vengan los días más lindos para salir —aclaró.

—Me tomo los tres días.

—El sábado no te conviene. Es solo medio día de trabajo y...

—No me importa. Necesito esos días. El lunes regreso —aseguró Amalia.

—Estoy viendo en la pantalla que tu jefa no te ha dado un sábado libre desde que entraste —dijo la mujer.

—Mi jefa me está haciendo pagar derecho de piso por entrar con referencias ridículas —aclaró Amalia. El único sábado que había tenido libre era el de la semana que trabajó haciendo un reemplazo en compras.

La mujer, que se llamaba Renata, se esforzó por contener la risa.

—Te corresponde un sábado libre al mes, y no importa lo que piense tu jefa. Es tu derecho. Este sábado no vas a trabajar, y de esa forma solo usarás dos días de licencia. Yo le aviso a Karina —comentó.

—Gracias.

—Nos vemos el lunes —saludó Renata.

Amalia se giró y se chocó con Ramiro, que estaba parado en la puerta de recursos

humanos. El impacto la hizo estremecer. Quizá en otro momento se le habría disparado el deseo de lo prohibido, el anhelo de rodearlo con sus brazos frente a los empleados de Zacha. Pero en ese momento no quería ni mirarlo.

—¿Algún problema, Amalia Burton? —preguntó Ramiro, con esa frialdad que ella comenzaba a odiar.

—¿Acaso no lo sabes, jefe? —preguntó Amalia llena de desprecio.

Ramiro frunció el entrecejo.

—Si lo supiera no te lo estaría preguntando.

—Felicitas a tu secretaria de mi parte. Y felicítate a ti por ser tan ingenioso para sacarme de carrera —dijo Amalia, y pasó por su lado sabiendo que no iba a detenerla sin delatar, delante de los empleados, que entre ellos había algo más que la relación de jefe y vendedora.

Ramiro se quedó mirándola desconcertado. ¿De qué estaba hablando? Entendía su enojo. Su llegada tarde el día anterior le quitó la posibilidad de ganar el premio, y solo le faltan unos días de terminar el mes. La noche anterior había ido a su casa con la cena y helado para levantarle el ánimo porque se imaginó que estaría triste, pero ella no estaba. Y ahora estaba furiosa con él.

¿Qué diablos estaba pasando? Ese premio solo traía quebraderos de cabeza.

Ellos no hablaban de la tienda cuando estaban juntos. Su relación era un remanso, y lo mejor era dejar los temas laborales del otro lado de la puerta. Aunque él sabía por Camilo que Amalia llevaba todo el mes esforzándose para conseguir el premio. Pero una cosa era estar enojada porque había llegado tarde, y otra era felicitarlo a él por su ingenio. ¿Ingenio de qué?, no tenía idea. Lo único que sabía era que la mañana anterior algo había pasado, y Amalia lo culpaba a él.

Regresó a su oficina, tan enojado como ella. Durante la tarde la miró varias veces desde el ventanal. Ella atendía a las clientas con la misma sonrisa de siempre. Pero a él no lo engañaba. Ella no era la de siempre, porque cuando no había clientes Amalia se quedaba con la vista perdida en la nada, como si algo hubiera borrado su entusiasmo.

Las que estaban felices eran sus compañeras y Karina. Todas sonriendo felices de que su compañera de sector hubiera quedado afuera del premio.

Esa noche iría a su casa e iba a romper la regla de no hablar de la tienda. Quería escuchar de sus labios lo que había pasado, y quería besar esos labios enfadados hasta que ella se olvidara de todos los problemas.

A última hora de la tarde entró Alejandra con los contratos que mandaron de contabilidad para que les diera el visto bueno y los firmara. Era el acuerdo al que había llegado con los nuevos proveedores para comerciarlos en las tiendas de los pueblos. Eran regalos, *souvenir* y objetos que los turistas compraban para llevar de recuerdo.

No quería convertirse en un competidor desleal para los artesanos de los pueblos, y había viajado para hablar con ellos y asegurarse de no perjudicarlos. Incluso les propuso poner en la tienda un sector con sus artesanías locales, ya que a ellos solo les permitían vender en la plaza o la ribera del río los fines de semana.

—¿Por qué me mandan los contratos a última hora? —preguntó Ramiro.

—Recién los traen de contabilidad —aseguró Alejandra.

—Déjalos en mi escritorio. Ya puedes irte. Yo los llevo a contabilidad cuando me vaya —dijo Ramiro, sin molestarse en mirarla. Después del comentario irónico de Amalia, tenía la sospecha de que su secretaria no había ganado ese premio de forma honesta.

Le llevó una hora revisar todos los detalles del contrato. Y su retraso le impidió encontrarse con Amalia a la salida de la tienda.

Manejó hasta su casa, pero cuando aparcó en el ingreso vio que no tenía ni una luz encendida. Amalia se había ido. Estaba huyendo de él. No quería verlo ni en foto. Por eso había pedido tres días de licencia. Por eso llevaba dos noches sin regresar a su casa.

Sonrió, porque se imaginó dónde podía encontrarla.

CAPÍTULO 19

Hacía un frío del demonio y su madre no estaba en su casa de Los Cerros. Eran las nueve de la noche. Amalia había llegado en el colectivo de las ocho, es decir, que llevaba una hora soportando el viento helado que soplaba del sur.

¿Dónde se había metido Marcela? ¿Tanta vida social tenía en Los Cerros, que volvía a cualquier hora a su casa?

Ya no le quedaba dinero, y todavía faltaban unos días para que le depositaran el sueldo del mes. Tampoco conocía a ningún vecino para preguntarle si la dejaba entrar a su casa para esperar a su madre.

Era el tercer mensaje que le enviaba para decirle que la estaba esperando en la puerta, pero Marcela no había visto ninguno.

Decidió caminar hasta el centro. Al menos vería gente, y quizá podía meterse en la iglesia que estaba frente a la plaza para tratar de entrar en calor.

El centro de noche era bonito. La avenida principal estaba iluminada y todos los negocios estaban abiertos, a pesar de que ya era bastante tarde.

Se veía mucha gente caminando por las veredas. Y allí, como un oasis, estaba Zacha de Los Cerros, encandilando con la cantidad de luces encendidas.

Era un edificio discreto de una sola planta, pero todo vidriado y atraía como el polen a las abejas. Amalia decidió que era más entretenido conocer esa encantadora sucursal que meterse a esperar en la iglesia del pueblo.

Zacha de Los Cerros estaba llena de gente. ¿A qué hora salían a hacer las compras en los pueblos?, en la ciudad cerraban a las seis, pero aquí llevaban un ritmo de vida diferente.

Recorrió la tienda. Varios vendedores se acercaron a preguntarle si necesitaba ayuda y se ofrecieron a colaborar en lo que necesitara. Era por las comisiones, y sonrió porque ellos hacían lo mismo. Les dijo que solo estaba mirando.

El ambiente parecía más distendido que su lugar de trabajo, quizá aquí no había artimañas ni envidias. Quizá no tenían el famoso premio de la ciudad.

Siguió recorriendo la tienda y observó que había algunos sectores que en la ciudad no existían, como el sector de regalos y recuerdos, que le pareció encantador. Estaba decorado con luces lila y llamaba tanto la atención, que había bastantes personas mirando las artesanías y otros

objetos encantadores que tenían a la venta sobre mesas rústicas, sillas, escaleras pintadas de rosa. Todo era tan pintoresco que invitaba a mirar y comprar.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó una mujer.

Amalia apretó los puños antes de girarse.

—Clara, que encantadora sorpresa —dijo Amalia, y le sonrió, pero le salió tan forzada que Clara soltó una carcajada.

—No te ha quedado un buen recuerdo de mí —aclaró.

—Supongo que a ti te pasa lo mismo —dijo Amalia.

—No me puedo sacar de la cabeza algunas sugerencias, como el verde manzana para disimular mi edad —dijo Clara.

Amalia se ruborizó.

—Lo siento. Pero sigo insistiendo en que te quedaría encantador.

—Se supone que estás trabajando en la ciudad —dijo Clara.

—Me tomé dos de los tres días de licencia que logré acumular —dijo Amalia.

—Dos meses de trabajo y ya necesitas un descanso —se burló Clara.

—Extrañaba a mi madre —mintió Amalia.

Clara arqueó las cejas. Quizá ya estaba enterada de que por llegar tarde el día anterior se había perdido la posibilidad de conseguir el premio.

—Tu madre no está en esta tienda. Creo que está en Olivos o Las Lomitas —aseguró Clara.

—Eso me pasa por venir a visitarla sin avisarle —gruñó Amalia.

—Y mi esposo también debe estar en alguna de esas dos sucursales —ironizó Clara.

—¡Qué! ¿Acaso estás insinuando algo?

—Solo ha sido un comentario —dijo Clara.

—Clara, mi madre está pasando por un momento complicado. Su único interés es conservar este trabajo —aseguró Amalia.

—Eso dice mi marido.

—Hace tres meses mi padre se marchó.

—Con una amante que podría ser su hija —dijo Clara.

Amalia la miró con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó Luis, mi esposo —dijo Clara.

—Ella no... ella nunca haría lo mismo que le hizo mi padre —susurró Amalia.

—Está despechada.

—No la conoces.

Luis se acercaba sonriendo, sin saber las sospechas que su esposa le acaba de soltar a

Amalia.

—Qué alegría tan grande que hayas venido Clara —dijo Luis, y la rodeó con sus brazos—. ¿Piensas quedarte hasta el lunes?

—¿Acaso te molesta? —preguntó Clara.

Amalia descubrió que toda la seguridad que Clara mostraba en la tienda, se hacía aguas respecto a la relación que tenía con su marido.

—Cómo me va a molestar. Me parece fantástico —dijo Luis, ajeno a los celos de su esposa—. ¿Y tú no eres la hija de Marcela? —preguntó Luis, cuando se percató de quién estaba con su mujer.

—Sí, vine a quedarme el fin de semana, pero mi madre no está en su casa —aclaró Amalia.

—Seguro que tú sabes donde se ha escondido Marcela —ironizó Clara.

—No se ha escondido en ningún lado. Estaba en Las Lomitas esta tarde. Debería haber llegado hace rato —comentó—. ¿Le habrá pasado algo con el coche?

—Le mando mensajes y no me contesta —dijo Amalia—. Estoy preocupada —aclaró.

Luis se rascó el mentón. Amalia no tenía dinero ni para pagar el autobús a Las Lomitas. Le brillaron los ojos y se frotó las manos. Y Clara se compadeció de ella.

—Ven, vamos a recorrer la ruta a Las Lomitas. Afuera tengo mi coche —aclaró Clara.

—No quiero molestar. Quizá está regresando, o se atrasó por algún trabajo o...

—En media hora lo vamos a comprobar —dijo Clara, la agarró del brazo y la sacó de la tienda—. Nos vemos en casa, Luis.

—¿Quieren que las acompañe? Podemos ir en mi coche —sugirió.

En ese momento entró corriendo su madre a la tienda.

—Lo siento, hija. Lo siento —dijo Marcela—. He tenido una demora en Las Lomitas, y después me llamaron de Olivos para un arreglo de urgencia. Y tuve que ir a recoger un vestido de madrina que necesitan para mañana. Recién veo tus mensajes.

—Clara se ofreció a llevarme a Las Lomitas para buscarte —dijo Amalia.

—Mil disculpas, Clara. No quise ocasionar ningún inconveniente. Solo quería dejar conforme a una clienta de Olivos. Ya estaba regresando cuando me pidieron si podía pasar a buscar el arreglo, y como me quedaba cerca... No quería que dijeran que no éramos eficientes y...

—No tienes que justificarte por ser una empleada dedicada, Marcela —dijo Luis.

Clara apretó la mandíbula y asintió.

—Claro que tengo que hacerlo —aseguró Marcela.

—¿En qué tienda estás mañana? —preguntó Clara.

—En Olivos —dijo Marcela.

—¿Y no podías hacer el arreglo mañana cuando fueras a la tienda?

—Eso mismo le propuse, pero la vendedora me dijo que la clienta no podía ir mañana —dijo Marcela.

—Pero puede ir mañana a retirarlo —dedujo Clara.

—Me dijo que iba a mandar a su empleada a retirarlo a media mañana —susurró Marcela. ¿Por qué la sometía a todo ese interrogatorio?, si ella solo estaba intentando demostrar eficiencia. ¿Acaso la mujer de Luis sospechaba que quería robarle el marido?

Clara se retorció las manos y Marcela no sabía que decir.

—Si quieres mi renuncia, ya mismo te la doy.

—¡Mamá! —exclamó Amalia.

—¿Vas a aceptar su renuncia por cumplir con exceso con su trabajo? —preguntó Luis.

—¿Y tú dónde estabas? —preguntó Clara a su marido.

—Otra vez lo mismo. Estaba en el bar. Llegué a las seis. Si me hubieras llamado antes de llegar, lo sabrías. Pero claro, has venido en plan de investigadora —reprochó Luis—. Estamos dando un espectáculo en la tienda —dijo.

—Mañana tendrán mi renuncia a disposición —dijo Marcela—. Por más que me vaya, voy a cumplir con los arreglos que tengo pendiente.

Marcela salió de la tienda y Amalia la siguió. Había viajado para relajarse y tratar de pensar sobre el boicot de Alejandra y la participación de Ramiro para sacarla de la carrera por el premio, pero su madre estaba teniendo más problemas que ella.

Clara creía que su marido y Marcela eran amantes, y su madre acababa de renunciar. Cuantas escenas de celo habría hecho Clara en el poco tiempo que Marcela trabajaba allí.

—Veo que tienes problemas con la encantadora Clara —dijo Amalia.

—No me la nombres. Es una víbora que se imagina lo que no es. Ese hombre es un santo.

Amalia pensó si ella no se parecía a Clara, puesto que se había imaginado a Ramiro maquinando un plan con Alejandra para que no ganara el premio. Él se mostró desconcertado en recursos humanos.

—No puedes renunciar —dijo Amalia.

—¿Y qué quieres que haga? Ella viene cualquier día de la semana para investigar si su marido la engaña conmigo. ¡Acaso soy tan atractiva para que ese hombre se fije en mí, teniendo una mujer tan hermosa! Está enamorado de su esposa, y por más hermosa que sea no sé cómo la soporta —exclamó Marcela.

—¿Te sientes atraída por Luis? —preguntó Amalia.

—Tú también con eso —exclamó Marcela, como su hija no la miró, respondió—. No me siento atraída por nadie. Es más, no quiero saber nada de ningún hombre. Y no le haría a ninguna mujer lo que el despreciable me hizo a mí —aseguró Marcela, y abrió la puerta del coche—.

Dime que soy antigua.

—No eres antigua.

—Tengo valores. He llorado durante un mes. Me volqué a la bebida para que todo lo que nos hizo desapareciera de mi mente.

—Con razón vi una botella de vodka vacía. Yo no sabía que sufrías tanto.

—Me humillo, Amalia. Se fue con una de treinta. Me hizo sentir vieja, fea, inservible. Dijo que se sentía... se sentía muerto a mi lado —gritó Marcela—. Nos robó los ahorros. Nos dejó en la calle y con una deuda de tarjeta que no sabemos cómo pagar. No le deseo a nadie lo que pasé. ¿Todavía crees que sería capaz de robarle el marido a Clara Zachari?

—Nunca lo creí. Solo quería que me lo dijeras —dijo Amalia, y miró el ingreso de la tienda. Clara y Luis estaban a pocos metros. Clara negó con la cabeza.

—El viernes te espero a las siete de la tarde a tomar un café en mi casa. Necesito que organicemos tus horarios, Marcela. No voy a permitir que las clientas manejen los horarios de nuestros empleados —dijo Clara—. Te debo una, Amalia Burton —aseguró.

—Nos vemos mañana, Marcela. Disfruta de tu hija —dijo Luis, abrazó a su mujer y los dos se acercaron a sus coches.

Marcela miró a su hija, y rio y lloró al mismo tiempo.

—Sabías que estaba atrás de nosotras —afirmó Marcela.

—Claro, por eso te hice enojar. Ya está solucionado, y el viernes te espera la encantadora Clara para tomar un café —dijo Amalia, y soltó una carcajada.

—Saquemos lo de encantadora —pidió Marcela, encendió el coche y las dos se marcharon—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Perdí el premio. Lo tenía al alcance de la mano. Me lo robaron y me tomé unos días porque no tenía ganas de ir a la tienda.

—¿Y cómo lo perdiste?

Amalia le contó todo lo que había pasado, obviando las deducciones que sacó sobre Ramiro Zachari, y su relación con él. Después de escuchar a su madre hablar de sus valores, no iba a decirle que tenía una relación clandestina con su jefe. A Marcela le daría un ataque.

—Ese premio solo genera discordia. No lo intentes más. Este mes voy a tener una buena paga con los arreglos, además llevo acumuladas muchas horas extras. Y tú tendrás buenas comisiones —dijo Marcela—. La vida no puede girar en torno a una competencia, Amalia. Guarda dinero para hacer algo que te guste. Ya vamos a salir sin necesidad de ese premio.

—No creo que lo vuelva a intentar —aseguró Amalia, aunque ni ella lo creía.

Los días que Amalia se tomó licencia, su madre trabajó hasta cualquier hora. El jueves otra vez regresó cerca de las diez de la noche, cargando con un bolso con prendas para arreglar. «No siempre es así. Suelo regresar a las seis, pero a veces se complica, y aprovecho porque me

pagan horas extraordinarias», le explicó Marcela cuando ella le preguntó por qué llegaba tan tarde. El viernes sí regresó temprano porque Clara la esperaba en su casa. Le contó que el sábado tenía que volver a Olivos a buscar unos trabajos. Es decir, que seguía con el mismo ritmo de trabajo los fines de semana. Por eso nunca podía viajar a la ciudad. Su madre trabajaba más que ella.

A pesar del exceso de trabajo, Marcela estaba radiante. Le encantaba viajar a las tiendas. Le gustaba vivir en el pueblo, aunque le aseguró que el más bonito era Las Lomitas.

—Está lleno de lomas, algunas pequeñas y otras más altas. A lo lejos se ven unas montañas altas, y dos veces las vi nevadas. No te imaginas la emoción. Yo habría elegido ese pueblo para vivir. Las calles están llenas de curvas, y las casas parecen colgadas de las lomas. Es un pueblo encantador. Aunque dicen que en verano es uno de los más visitados por los turistas. Yo fui un sábado porque tenía que retirar trabajo, y había mucha gente que viene a pasar el fin de semana.

—¿Ellos saben lo que trabajas?

—Más trabajos son más ingresos. Eso es lo que importa en este momento.

—¿Rosa nunca te pidió que fueras a ayudarla?

—Rosa casi se viene un fin de semana a ayudarme, pero ella también tiene mucho trabajo allí.

Solo que en el caso de Rosa estaba todo centrado en una sola tienda.

—El sábado regreso a la ciudad, mamá. Tengo que poner la lavadora y limpiar un poco la casa —dijo Amalia. Su madre acababa de salir de la ducha y se estaba cambiando para ir a la casa de Clara.

—Me encantaría que vivieras aquí. El trabajo es mucho, pero el ritmo de los pueblos es más tranquilo.

—Tú no has tenido mucho tiempo para disfrutar de esa tranquilidad.

—Claro que sí. Justo llegaste en un momento complicado. En Olivos hay un casamiento, y me tocó retocar varios vestidos de noche. La ropa les quedaba mal a todas —dijo Marcela, y rio—. Hay días que puedo darme el lujo de recorrer las calles de los pueblos como si fuera una turista. Y otros, vengo cargada de prendas —comentó mientras se hacía una coleta en el cabello. Ya estaba lista, con un pantalón negro, un suéter de color beis y zapatos negros sin nada de taco. Muy discreta para no provocar los celos de Clara, supuso Amalia.

—Vamos —dijo Marcela.

—¿Qué? ¡A mí no me invitó! —exclamó Amalia. Lo que menos quería era ir a tomar un café con la encantadora Clara.

—Si no me acompañas, no voy —aseguró Marcela.

—No seas caprichosa.

—No hemos podido pasar mucho tiempo juntas. Además, me incomoda ir sola a su casa. Seguro que está Luis y me voy a poner nerviosa al imaginar que Clara está pendiente de mis gestos o los de su marido.

—Está bien —dijo Amalia. Ella se había duchado, se había hecho ondas en el cabello. Llevaba un pantalón de lanilla claro y un suéter celeste, con botas de caña alta. Estaba más presentable que cuando iba a la tienda por la mañana después de pasar la noche retozando en su cama con el hijo de Clara. ¿Qué diría la encantadora Clara si supiera que se acostaba con su hijo? Se pondría loca. Incluso, pondría en dudas la nobleza que Marcela había gritado dos días atrás, y las echaría a las dos de Zacha.

CAPÍTULO 20

Marcela tocó el timbre de la casa de sus jefes y la puerta se abrió al instante, como si alguien los estuviera esperando impaciente. Marcela sonrió encantada. Amalia abrió la boca horrorizada. ¿Por qué diablos aceptó acompañar a su madre?

—Pero qué encantadora sorpresa —dijo Ramiro.

Por el costado se asomó Marisol con una radiante sonrisa.

—Qué bueno que viniste con tu mamá, Amalia. Tenía ganas de conocerte, Marcela. Rosa habla maravillas de tu trabajo —dijo Marisol.

—Seguro que exagera —comentó Marcela, toda humilde—. Eres una joven encantadora y preciosa.

—Ay, gracias. Escuchaste lo que me dijo, Ramiro.

—Es porque todavía no te conoce bien —dijo su hermano.

Amalia no le quitaba la mirada de encima a Ramiro, que se la comía con los ojos, como si quisiera sacarle prenda a prenda delante de Marisol y su madre.

—¿Fabuladora, qué diablos haces en la casa de mis padres? —preguntó Ramiro.

Marisol soltó una cantarina risa.

—Mamá, Ramiro ha llamado fabuladora a la hija de Marcela —gritó Marisol.

—Pero qué haces obstruyendo la entrada, Ramiro. Deja que nuestras visitas ingresen a la casa —dijo Luis, que llevaba un vaquero gastado y un suéter que había conocido mejores años. Los tres ahora estaban amontonados en la puerta de ingreso, y ninguno se hacía a un lado para que pasaran las visitas.

—Luis, ve a cambiarte —dijo Clara, y empujó a su hijo y a su marido para se hiciera a un lado—. No te esperaba también a ti —comentó Clara a Amalia.

—He venido en contra de mi voluntad. Mi madre tenía miedo de venir sola —aseguró Amalia. Ramiro le sonrió con burla.

Marcela le dio un codazo, y se ruborizó con el comentario de su hija.

Clara soltó una carcajada.

—¿No has trabajado en la ciudad, querida? ¿Has tenido algún problema en Zacha?— preguntó Luis, preocupado—. Sé que no te han recibido con los brazos abiertos, pero todo se irá acomodando.

—La fabuladora perdió el premio por llegar tarde un día antes de que terminara el mes, y se agarró una depresión y una ira tan grande, que se tuvo que tomar días de licencia —aclaró Ramiro.

Amalia lo miró con desprecio. No solo usaba ese mote horrible que le había puesto, sino que sacaba deducciones erróneas.

—¡Oh! Estaba seguro de que lo ganarías. Camilo y yo apostamos por ti. Pero me enteré que esta vez le tocó a Alejandra —dijo Luis.

Amalia lo miró asombrada. No podía creer que ahora los Zachari y Camilo apostaran por si ganaba o perdía el premio.

—Supongo que su hijo apostó a que lo perdía —dedujo Amalia.

Ramiro sonrió.

—Eso mismo aposté —aseguró, y ella le regaló una mirada tan fría, que podría haberlo congelado allí mismo.

—Este no apostó nada —dijo Luis, señalando a su hijo—. No se hizo una apuesta real, pero después de analizar el rendimiento de todos, Camilo y yo coincidimos en que eras la que tenía más posibilidades de ganarlo.

—También estaba María, que se esforzó mucho, pero la sacaron con artimañas —aclaró Ramiro. Luis ignoró a su hijo, aunque sabía lo que le había pasado a la empleada de la limpieza.

—¿Por qué yo no estaba enterada? —preguntó Clara.

—Tú nunca te enteras de nada de lo que pasa fuera de la oficina de compras —dijo Ramiro.

—Le pregunté a tu padre, no a ti —dijo Clara a su hijo.

—Ese premio es una pesadilla, papá —dijo Marisol.

—No voy a sacar el premio por más que todos digan que es una pesadilla.

—Terco como una mula —dijo Clara, y empujó a su esposo—. Pasen, que se está enfriando la casa y ningún miembro de mi familia conoce las normas de cortesía.

La casa era encantadora, con el hogar a leña encendida, mullidos sillones de madera clara con almohadones de flores y una mesa baja de la misma madera en el centro. Cuadros de paisajes serranos, cortinas de color tostado, que estaban descorridas y se apreciaba una hermosa vista a las montañas. Y sobre la chimenea tenían fotos, muchas fotos familiares.

Marcela observaba toda la estancia con fascinación. Amalia se acercó para mirar las fotos familiares y Ramiro la observó asombrado. Si su relación con ella era solo sexo, ¿por qué iba directo a los portarretratos?

Allí había fotos suyas desde que era bebé hasta la edad adulta. Fotos con una pelota en los pies, con la bicicleta, en la playa, caminando en la montaña, saltando en las piedras de un río, haciéndole burla a su hermana, con sus padres, hasta había una de él desnudo de cuando tenía un

año.

Ramiro la vio sonreír con lo que observaba, y dedujo que para ella la relación que tenían no era solo sexo. Amalia estaba demostrando un interés que iba más allá de las noches que compartían. Ramiro se asustó, no solo por el interés de la fabuladora por conocerlo en distintas etapas de su vida. Se asustó, porque él a veces se quedaba mirando las fotos que ella había agregado a su currículo, como prueba de su experiencia. Nadie sabía que él se las había llevado a su casa.

—Qué casa más hogareña y preciosa —dijo Marcela.

—La decoración la hicieron Clara y Marisol —comentó Luis—. Las dos querían que estuviera en armonía con el entorno.

—Lo han logrado. Es un sitio muy hogareño —dijo Marcela.

—Gracias. En realidad mamá y yo nos agarramos de los pelos con cada detalle. Tuvimos que dividir las tareas. Mamá eligió los cuadros, yo los sillones y la alfombra. Ella quería algo más moderno y...

—Es cierto. Tuvimos muchas discusiones. Pero en mi habitación puse lo que quería —dijo Clara, que venía con la bandeja con café y la dejó en la mesa baja de la sala.

Ramiro se acercó a Amalia.

—Ese soy yo a los diez años. No vendía collares en una mesa en la calle —comentó Ramiro.

—Ese comentario te lo podrías haber ahorrado —dijo Amalia.

—Tienes razón, pero me encanta la cara que pones cuando te hago enojar —aseguró Ramiro—. ¿Por qué pediste los días? Tienes que aprender a perder.

Amalia apretó los puños. Estaba en la casa de sus padres y no pensaba responder a sus provocaciones. Se alejó y se sentó en uno de los mullidos sillones de la sala.

—Este arreglo lo hice anoche —dijo Marcela, que tenía un vestido en la mano y se lo enseñó a Clara.

—Muy prolijo. Impecable. Rosa hizo una buena elección contigo, Marcela. Pero creo que no tienes que amoldarte a los horarios de las clientas. Son ellas las que tienen ajustarse a nuestro horario —dijo Clara.

—Ha sido una excepción. Tienen un casamiento y han comprado todos los vestidos en Zacha. Si me hubiera negado, las vendedoras se habrían visto perjudicadas en sus comisiones, y la tienda habría perdido potenciales clientas.

Clara la miró desconcertada.

—Y tú te habrías perdido tu porcentaje de arreglos.

—Sí —dijo Marcela, y se ruborizó—. Todas necesitamos el dinero, Clara. Pero si quieres que la próxima vez me niegue, lo haré saber a las vendedoras.

Luis frunció el entrecejo. Su esposa seguía mostrándose grosera con la pobre mujer, que su único error era ser eficiente. No la defendió. Su intervención le traería más problemas a Marcela.

Marisol miraba a su madre sin poder creer que hubiera invitado a Marcela para reprenderla.

—Yo creo que deberías felicitarla por su buena disposición —dijo Marisol a su madre.

—Hija, las tiendas son grandes, y es imposible dejar que las clientas marquen el ritmo de trabajo —aseguró Clara—. No quiero juzgar a las empleadas. Solo quiero que se sigan las mismas pautas en las cuatro tiendas.

—Mamá tiene razón en eso —dijo Ramiro—. Aunque creo que Marcela hizo bien en hacer una excepción en esta oportunidad.

—No le corresponde a Marcela aclarar ese tema. La próxima semana iré para hablar con las vendedoras —comentó Luis.

—Eso mismo, Luis —dijo Clara.

—¿No se les ha ocurrido disponer de un sector de novias? —preguntó Amalia.

—¡Oh, no! Ya apareció tu hija con sus ideas raras —exclamó Clara, mirando a Marcela.

—¿A qué te refieres con un sector de novias? —se interesó Luis.

—Poner un sector dedicado a trajes de novia, madrina, damas de honor, trajecitos para las niñas que llevan las flores o los anillos. Se podrían vender todos los complementos, collares, calzado, medias, y tener un surtido de objetos para ayudar con la tradición de que la novia tiene que llevar algo nuevo, algo usado, algo prestado y algo azul.

—¿Quieres que vendamos algo usado? —preguntó Clara.

—Mamá, por qué te quedas con lo negativo. Seguro que Amalia se refiere a lo nuevo y lo azul —aseguró Marisol.

—A eso me refería. También a los adornos para el cabello.

—Te has olvidado del ramo —ironizó Clara.

—Suelen ser flores naturales. Sería complicado y eso lo hacen mejor las florerías.

Ramiro y Luis miraban a Clara como si no pudieran creer la animadversión hacia Amalia, y también hacia la madre.

—Me gusta la idea —dijo Ramiro—. Podríamos habilitar un sector de novias para las sucursales. En los pueblos sería un servicio muy apreciado. No tendrían que desplazarse a la ciudad para conseguir todos los complementos.

—¿No quieres cambiarle el nombre a la tienda? —preguntó Clara a Amalia—. Podríamos llamarlas Amalia en lugar de Zacha —sugirió.

—Lo siento. No debería haber opinado —dijo Amalia—. Tampoco debería estar aquí, puesto que no me invitaste, Clara —dijo Amalia, tenía las mejillas ruborizadas y se levantó del

sillón—. Qué disfruten el fin de semana.

—Nadie te ha echado. Solo estamos departiendo —aseguró Clara.

—No. Tú estás echando por tierra cualquier comentario que no se te haya ocurrido a ti. Lo mismo que hiciste la semana que trabajé en compras —comentó Amalia—. Pero no te preocupes, que ya entendí que lo único que quieres es que todos te digan: sí, Clara; tienes razón, Clara; como tú digas, Clara —dijo Amalia, y se marchó.

Marcela no sabía qué hacer. Estaba incómoda en la casa. Todos eran agradables, pero Clara seguía comportándose de forma grosera. Encima, su hija le acababa de soltar un montón de verdades, que debería haberse callado porque las dos necesitaban el trabajo. ¿Qué tenía que hacer?, seguir a Amalia y que las dos perdieran el trabajo, o quedarse y aguantar las agresiones de Clara.

—Acaso te has vuelto loca —gritó Ramiro a su madre.

—Por qué las invitaste si pensabas comportarte de forma grosera —dijo Luis.

—Me parece que me excedí —confesó Clara—. Lo siento, Marcela. Soy impulsiva, y a veces me cuesta aceptar sugerencias extravagantes —aseguró—. Habría que hacer muchos cambios para incluir el tema de las novias. Más trabajo, más contratiempos. Mi cabeza no dejaba de pensar en todo el trabajo extra que implicaría poner en práctica las ideas de tu hija, como buscar un montón de proveedores nuevos, personal capacitado, decoradores para el nuevo sector. Te aseguro que casi me da un ataque. Por eso me puse a la defensiva. También pensé en la complicación que nos traería tener a todas esas madrinas o invitadas a las bodas exigiendo arreglos de última hora y...

—Bueno, yo también pensé que los arreglos serían complicados de cumplir en la práctica —comentó Marcela—. Mi hija dice lo que piensa, es impulsiva, pero no tiene experiencia. Es su primer trabajo, Clara. Se excede en su entusiasmo, y tiene que aprender que solo es una vendedora. Y yo tampoco tengo experiencia con tiendas grandes. Trabajaba en una mercería de barrio y funcionábamos como lo hice esta semana en Olivos. Todo se hacía según las necesidades de las clientas. Pero entiendo que Zacha es grande y son ustedes los que tienen que poner las reglas. Respecto a lo que pasó en Olivos con las clientas y todos esos arreglos de última hora, te aseguro que no volverá a suceder.

—Esa disculpa también se la tendrías que dar a Amalia —dijo Marisol a su madre.

—En algún momento lo haré —respondió Clara a su hija.

Ramiro sabía que no encontraría el momento, porque a Clara no se le daba bien pedir disculpas. Tampoco era tan irritante como se mostraba delante de Marcela y Amalia. Él no estaba en la cabeza de su madre para entender que le pasaba con las mujeres Burton.

—Me voy —dijo Ramiro.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó Luis.

—No, prefiero cenar escuchando el sonido del viento —aseguró—. Si quieres te acerco a tu casa —le ofreció a Marcela. La madre de Amalia se sentía tan incómoda, que no sabía si quedarse para conservar el trabajo o salir corriendo de la casa.

—Eres muy amable, Ramiro —dijo Marcela, y se levantó aliviada de poder marcharse de ese hogar que le había parecido encantador, pero no lo era tanto.

Marcela se despidió de Clara extendiendo la mano. Ella le aceptó el saludo y sonrió tensa. Marisol le besó la mejilla, y Luis solo inclinó la cabeza. El pobre hombre no se animaba a saludarla por miedo a tener otro escándalo de su mujer.

—Todo va a estar bien —dijo Ramiro cuando ya estaban llegando a la casa de Marcela—. Has hecho un trabajo impecable en las tres tiendas. Zacha te agradece tu dedicación —aseguró.

—Gracias. Pero entiendo la postura de tu madre —dijo Marcela.

—Solo que su postura debe ser expresada con más respeto —comentó Ramiro.

Ramiro detuvo el coche en el ingreso. Marcela se bajó y le volvió a agradecer que la acercara.

—Te saqué del infierno —comentó Ramiro, y soltó una carcajada. Marcela también rio—. ¿Amalia sigue en tu casa?

—Regresa mañana por la mañana.

—Dile que salga. Quiero disculparme por el mal momento que pasó.

—No es necesario.

—Yo creo que sí. Dile que la estoy esperando.

—Eres un buen hombre —dijo Marcela antes de cerrar la puerta del coche y entrar a su casa.

CAPÍTULO 21

—No pienso salir —dijo Amalia.

—Es tu jefe y se quiere disculpar.

—Por la grosería de su madre. No, gracias.

—Pues ve y dile a él lo que me estás diciendo. No pensarás dejarlo esperando durante horas.

—Por mí que se quede a pasar la noche —aseguró Amalia.

—Yo te enseñé a ser respetuosa, Amalia.

—Ella ha sido la irrespetuosa. Y su hijo desde que entré solo me ha querido correr —dijo Amalia.

—Dudo que su verdadera intención sea correrte. No te olvides que fue él quien me contrató, me buscó la casa y está pagando este alquiler —dijo Marcela.

—Como no salías, entré —dijo Ramiro, que se metió en la casa de su madre como si fuera suya. Bueno, él pagaba el alquiler y se creía con derecho a entrar. Aunque semanas atrás había invadido la suya con la misma soberbia, y no se había ido más.

—No hace falta que te disculpes, jefe. Clara tiene razón —dijo Amalia, y apretó los puños tratando de moderar su ira para no quedar en evidencia delante de su madre.

—Me dijo Marcela que mañana regresas a tu casa. Puedo llevarte —comentó.

—He decidido quedarme hasta el domingo, jefe. Tú no tienes por qué preocuparte por mi regreso. El lunes estaré dando batalla en la tienda, porque no pienso darte el gusto de tener una excusa para echarme —aseguró.

—Amalia, no seas grosera —reprochó Marcela—. Tu jefe está siendo gentil.

—Mamá, él ha venido a pasar unos días con sus padres. No quiero que esté pendiente de mi regreso, ni que se moleste en llevarme. Es más, he decidido irme esta noche.

—Pero mira qué casualidad, porque yo he salido pitando de la casa de mis padres. Me viene bien regresar esta noche así evito una discusión con mi madre —dijo Ramiro, y le dedicó esa sonrisa que le provocaba suspiros.

—Eres un encanto de hombre, Ramiro. Gracias por ofrecerte a llevarla. La verdad que pensaba quedarse hasta mañana, pero yo tengo que estar a primera hora en la tienda, y ni siquiera podía ir a despedirla cuando tomara el autobús.

—Tú sí que eres amable, Marcela. Yo prefiero viajar acompañado. Cuatro ojos ven más que dos en las rutas —aseguró Ramiro.

Amalia lo miró con desprecio.

—Ve a buscar el bolso, hija. Aprovecha la generosidad de tu jefe, cariño. Me quedo más tranquila si viajas con él —aseguró Marcela.

Era un viaje corto en autobús, y Amalia no entendía el entusiasmo de su madre por sacarla de su casa. ¿Tendría algún amante? Quizá no era Luis, y ella había sido sincera cuando le dijo que no le haría a otra mujer lo que su marido le había hecho a ella. Pero podía ser otro hombre, uno sin compromiso, uno que no podía ingresar porque ella se había presentado de improviso cuando huyó de la ciudad.

Se giró y entró a la habitación. Metió sin orden ni concierto toda la ropa en el bolso porque no tenía más alternativa que marcharse con Ramiro. Marcela casi la había echado y se sentía una visita no deseada.

No podía negar que había extrañado a Ramiro cada uno de los días que había estado alejada de él. Extrañaba verlo llegar por las noches con la cena. Su sonrisa. Las películas que veían acurrucados en el sillón. Las noches que hacían el amor y dormían abrazados. El beso que le daba por las mañanas antes de irse. Hasta extrañaba esa relación fría e indiferente que tenían en la tienda, Y que la llenaban de ansiedad y expectativa porque sabía que él vendría por la noche y borraría con sus besos el trato distante que simulaban frente a los empleados.

También se había enojado y lo maldecía por el mensaje de su secretaria que la dejó afuera del premio, porque lo había ganado Alejandra, y sobre todo, porque creía que Ramiro había colaborado con su secretaria para sacarla de la competencia.

Salió con el bolso colgado del hombro y se acercó a abrazar a su madre.

—Te voy a extrañar, cariño —dijo Marcela—. Y deja ese premio de lado. No te olvides lo que te dije.

—Sí, mamá —dijo Amalia, y los dos salieron de la casa.

—¿Qué te dijo? —preguntó Ramiro, cuando los dos subieron al coche.

—Eres un cotilla. Deberías saber que no tengo ganas de estar en tu coche. Tuve que aceptar porque mi madre estaba ansiosa por deshacerse de mí. Hasta creo que tiene una relación, y mi visita le complicó el encuentro —dijo Amalia.

Ramiro soltó una risa.

—La cotilla es mi hermana. Y dudo que tu madre tenga algún amorío oculto. Creo que me tiene confianza, por eso le gustó la idea de que te vinieras conmigo.

—Te tiene confianza porque no te conoce —aseguró Amalia. Si su madre supiera que ella pasaba muchas noches a la semana en brazos del hombre de su confianza, no la habría despachado con tanto entusiasmo.

—¿Qué te dijo?

—Eres peor que tu hermana —aseguró Amalia, y Ramiro asintió con una sonrisa—. Me dijo que en la vida hay cosas más valiosas que una carrera por un premio. Que no insistiera. Que disfrutara —susurró Amalia. Esa sugerencia de disfrutar sería lo que estaba haciendo Marcela en su nueva vida, con ese amante que ella creía que tenía. ¿Podía reprocharle algo?, no, puesto que ella también tenía a alguien más importante que el premio, que era nada menos que su jefe.

Ramiro se quedó callado. No arrancó. El vehículo seguía estacionado en el ingreso de la casa de Marcela. Él miraba el cielo estrellado, miraba las negras montañas que se perfilaban gracias a la luna, miraba los árboles. Miraba todas las pequeñas cosas que pasaba por alto en esa carrera a ninguna parte.

Se giró, tomó en sus manos el rostro de Amalia y la besó. Un beso largo y pausado, suave y delicado, un beso tan intenso, cálido y sentido que a Amalia se le escapó una lágrima.

—Vamos a disfrutar —dijo Ramiro, y le secó la lágrima—. Este fin de semana es nuestro —aseguró, y puso el coche en marcha.

Amalia solo entendió sus palabras cuando se detuvo en una preciosa y pequeña cabaña, ubicada en un pueblo tan encantador como el que le había descrito su madre, con casas colgadas de las lomas. En ese momento solo se veían las luces encendidas como si ascendieran por los cerros. Era un espectáculo y se enamoró.

—Las Lomitas —susurró.

—Mi casa de Las Lomitas. Aunque lo de casa es demasiado —dijo Ramiro.

La cabaña no tenía nada que ver con la enorme casa de Los Cerros de sus padres, pero tenía encendidas las luces de la galería y se veía encantadora. La mitad de los muros eran de piedra y la otra mitad estaba pintada de blanco, y las puertas y ventanas eran de madera. Tenía dos mecedoras en la galería y algunas plantas colgaban de las vigas. El jardín no estaba iluminado, y solo se apreciaban algunas plantas que estaban cerca de la luz de la galería.

—Es encantadora —exclamó Amalia.

—Es pequeña —comentó Ramiro—. Es mi refugio de fines de semana.

Un pequeño dato de su vida de los cientos que se había guardado. ¿Por eso nunca iba a su casa los fines de semana? Él se instalaba en su cabaña, y jamás le había comentado nada ni la había invitado.

Amalia salió del coche sin decir nada. ¿Qué podía decir?, que le hubiera gustado saber dónde estaba los fines de semana. Que se sentía un ligue ocasional, puesto que él no soltaba ningún detalle de su vida.

Ella tampoco podía comentarle sus problemas en Zacha. Él había sido claro cuando le dijo que la relación que tenían era de puertas para adentro, y que no iba a intervenir para resolver sus problemas en la tienda. ¿Qué era ella para Ramiro?, una distracción del momento. Una

amante escondida. La chica que se entregó a su jefe aceptando un montón de condiciones.

—Te has quedado muda —dijo Ramiro.

Podría gritarte todas las deducciones que había sacado. Podría hacerle un escándalo en la puerta de su encantadora cabaña. Pero qué podía reprocharle si había aceptado lo poco que él le ofrecía. Aunque en ese momento, él la traía a su casa.

—Me estoy preguntando qué es lo que hago contigo. Tengo que ignorarte en la tienda, no podemos hablar del trabajo cuando estamos juntos. Si tengo algún problema, lo tengo que resolver en recursos humanos. Y está bien que sea así porque no busco favoritismo, pero ni siquiera te lo puedo contar —dijo Amalia—. Has entrado a mi casa y a mi vida sin que hiciera nada para atraerte. Has puesto pautas, que ni sé por qué diablos he aceptado cumplir. Llevamos casi dos meses en una relación que no sé definir, y recién esta noche decides que puedo saber dónde pasas los fines de semana.

—Son demasiadas quejas. Pero en algunas cosas tienes razón.

—¿En serio me vas a dar la razón! —admiró Amalia.

—Lo de mantener nuestra relación alejada de la tienda, en parte lo hice por ti. Ya tienes demasiados problemas con tus compañeros para agregar que sales conmigo —dijo Ramiro.

En eso tenía razón, pero ella creía que él también se estaba protegiendo.

—Sí, pero también tengo la sensación de que eres tú quien me quiere mantener al margen. Eres tú quien no confía en mí. Es como si creyeras que estoy contigo para conseguir ventajas en Zacha —dijo Amalia.

Al ver que Ramiro se quedaba mudo, supo que había acertado en sus deducciones.

—Es eso, ¿no?

—Entremos que hace un frío de locos —sugirió Ramiro.

—Si quieres distraerme, te digo que no pienso dejar el tema.

—No quiero distraerte. Solo quiero prender el hogar para que estemos más a gusto.

Amalia no se movió del jardín. Estaba tiritando de frío, pero no pensaba ceder. Ninguno de sus novios anteriores la había escondido, y le brillaron los ojos.

—¿Por qué me llamas fabuladora? Tengo la sensación de que no es solo porque entré a la tienda sin las grandes referencias que piden.

—Es un mote cariñoso —dijo Ramiro.

—Contigo me siento como si estuviera constantemente a prueba —aseguró Amalia.

—Amalia —dijo Ramiro, y se frotó el cabello—. Podemos hablar adentro.

—No pienso acostarme contigo —aseguró Amalia.

—Solo quiero que hablemos como dos personas civilizadas —dijo Ramiro.

—No.

—Estás siendo irracional —pidió Ramiro.

—Nunca querías hablar. Solo querías acostarte conmigo.

—Eso es injusto, Amalia. Hemos cenado juntos. Hemos compartido mucho más que una cama —aclaró Ramiro.

—Hemos tenido encuentros a escondidas. Nadie tenía que saberlo —reprochó Amalia—. Yo no estoy acostumbrada a ser una amante de puertas para adentro. No sé nada de tu vida. Tampoco hablamos de la tienda. Es más, me llevaste a hacer un reemplazo en compras y ni siquiera me dijiste que Clara era tu madre.

—No quería que te reprimieras si te enterabas de que Clara era mi madre.

—Desde que entré a Zacha me tienes a prueba, y creo que haces lo mismo fuera de la tienda. No sé si es por esa estúpida apuesta, o porque solo soy una distracción en tu vida —aseguró Amalia.

Ella tenía razón en algunas cosas, en otras estaba equivocada. Él la había puesto a prueba porque le costaba confiar. Pero ella estaba pasando con sobresaliente todas sus pruebas. No era ambiciosa. Le encantaban las baratijas que le regalaba cuando regresaba de algún viaje. Jamás sacaba el tema de la tienda. Tampoco se interesaba por las ganancias de la empresa, y nunca le había preguntado nada personal ni material.

Ramiro se sentía miserable por haberla puesto en una situación tan humillante. Ella había aceptado todas sus condiciones, a pesar de que había sido él quien se metió en su casa y se abalanzó sobre ella.

—No eres una distracción pasajera. Ojalá lo fueras, maldición. He luchado por mantener la distancia. Pero tú, con esa idea de que te quería echar, no hacías más que debilitar mi voluntad cada vez que te ponías a la defensiva —aseguró Ramiro, mientras Amalia lo miraba con la boca abierta—. Te aseguro no me siento orgulloso de haber caído en tus garras.

—En mis garras. Te recuerdo que no hice nada para herir tu querido orgullo y debilitar tu frágil voluntad —aclaró Amalia.

—Nada premeditado, eso te lo acepto. Pero cada una de tus pullas era una maldita droga para mí. Siempre quería más. Juré que mantendría la distancia. Y cómo vez, no pude cumplir. Me metí en tu casa, y te aclaro que no soy de quedarme a dormir con mis distracciones —aclaró.

—Estás confesando que has tenido muchas distracciones —dedujo Amalia.

—Me estás provocando, Amalia. No respondo de mis actos cuando lo haces —aclaró Ramiro.

—¿Y qué vas a hacerme?

—Lo que llevo cuatro días imaginando. Los cuatro días que decidiste desaparecer de mi vida—aseguró—. ¿Qué diablos crees que hacía en Los Cerros? —preguntó.

—Visitar a tus padres —dijo Amalia, sabiendo que esa era otra provocación, puesto que esa pregunta llevaba implícita la respuesta. Ramiro había sacado deducciones de su paradero y

había venido a buscarla.

—Me sigues provocando —aseguró Ramiro.

—Pero no hay sentimientos. Solo soy una droga —dijo Amalia.

Él sonrió, y su gesto era de burla.

—¿Me quieres rendido a tus pies, fabuladora?

—No.

—Si no hubieras despertado sentimientos que preferiría no sentir, no te habría venido a buscar. Tampoco te habría traído al lugar donde paso los fines de semana —aclaró Ramiro.

Amalia lo miró con la boca abierta. No le estaba diciendo “te quiero, Amalia”. Él usaba el condicional para confesarle de forma indirecta lo que ni él se animaba a pensar. La quería, pero no se lo pensaba decir. Y ella, que todavía no sabía dónde estaba parada, no sabía si creer en la declaración nada romántica de ese hombre astuto, que tenía una gran habilidad para responderle con palabras ambiguas para no desnudar sus sentimientos. Y eso también le gustaba de él.

—No sé si sigues jugando conmigo o estás diciendo la verdad —dijo con sinceridad. La vida o la traición de su padre, y las tretas de sus compañeros de trabajo, le habían enseñado a ser precavida. Tampoco sabía si Ramiro era el artífice de las mentiras de Alejandra, que la dejó sin posibilidad de conseguir el premio.

—¿En serio crees que todo lo que te he confesado es un juego? —preguntó Ramiro.

—¿Cómo te fue en la reunión del martes? —preguntó Amalia, refiriéndose al día que tuvo que buscar el traje de Ramiro en la tintorería.

—¿Qué? Esto es un diálogo de locos. Te estoy diciendo que... Maldición, te estoy diciendo que te quiero —exclamó Ramiro enojado.

Él estaba perdiendo los papeles, y le gritaba que la quería. Amalia sonrió porque él tenía razón. El cuerpo le tembló por la emoción, pero no iba a ceder hasta conseguir una confesión. La relación de ellos era secreta y llena de límites, y eso la llenaba de dudas. No tenía que olvidar que él había apostado para que se fuera de Zacha. Y siguió insistiendo, porque necesitaba descubrir si Ramiro era cómplice de las mentiras de Alejandra.

—Cuéntame de la reunión del martes —pidió Amalia.

—No recuerdo que hice el maldito martes —gruñó Ramiro. Estaba nervioso, enojado, y se pasó la mano por el cabello.

—El día que llegué tarde y perdí el premio —comentó Amalia.

—Ahora sí sé que hice el martes. Estuve mirando como idiota desde mi oficina tu sector. Te vi atender a las clientas con una sonrisa, pero cuando no había gente mirabas el vacío. Parecías decepcionada. Habías llegado tarde y perdiste la asistencia perfecta. Solo te faltaban dos días y el famoso premio podría haber sido tuyo. Esa noche fui a tu casa con la cena y helado para intentar hacerte sentir mejor. Pero no estabas —dijo Ramiro.

Sintió una luz de esperanza al escucharlo confesar que el premio podría haber sido de ella, y no había reproche en sus palabras.

—¿Y la reunión?

—No tuve ninguna reunión ese día —aseguró Ramiro.

“No tuve ninguna reunión”. Ramiro no había tenido ninguna reunión. Ese día ella lo había visto con ropa informal, chaqueta azul, camisa abierta en el pecho, vaquero gastado y zapatillas blancas. Eso debería haberle bastado para saber que no se había encaprichado con el traje azul porque tenía ninguna reunión importante, como le escribió Alejandra.

Su desconfianza era porque Ramiro le había sugerido que dejara el premio para más adelante. Él no quería que lo ganara. Y encima, había hecho una apuesta para echarla.

Hasta ese momento, Amalia no habría podido definir la relación que tenía con su jefe. Pero esa era la noche de las confesiones. Ramiro le aseguró que no había tenido ninguna reunión, y entre maldiciones le dijo que la quería. Ya no tenía dudas de que él no había formado parte del engaño de su secretaria.

—Te creo —susurró, y lo miró a los ojos. Le brillaban por la emoción. Ramiro la quería —. Pero no me gusta ser un amor prohibido.

—Lo gritaría a los cuatro vientos, pero todavía no puedo hacerlo. Por ti, y también por mí —dijo Ramiro.

—¿Por ti? ¿Por qué?

—En algún momento te lo voy a contar. Dame tiempo. Te aseguro que lo necesito.

¿Qué le habría pasado para ser tan desconfiado?, se preguntó Amalia. No pensaba presionarlo porque ella también se había guardado muchas cosas. Nunca le había contado por qué estaba tan desesperada por mantener su trabajo y ganar ese premio.

—Ahora sí quiero calentarme en el hogar.

—Sí quieres yo puedo calentarte. Llevo días extrañando tenerte en mis brazos. No me gusta estar alejado de ti —susurró Ramiro.

Ni siquiera encendieron el hogar. No les hacía falta. Los dos ardían con la llama de la pasión después de la confesión de Ramiro. Él la besó cuando traspasaron la puerta de la cabaña. La ropa salió de sus cuerpos a tirones. Amalia tembló cuando la alzó en sus brazos y la llevó a su habitación. Se tragó el nudo que tenía en la garganta cuando le susurró “mi querida fabuladora”.

Su corazón se dejó llevar por las sensaciones, mientras su cabeza seguía rememorando las palabras de Ramiro. La quería. La extrañaba. No podía estar lejos de ella. Y se lo estaba demostrado con sus besos y con sus manos recorriendo su cuerpo.

Amalia le creía. Si algo podía afirmar desde que se conocían, era que Ramiro siempre había sido sincero. Sincero cuando se convirtió en su sombra porque quería echarla de Zacha. Sincero cuando le sugirió que se apartara del premio. Sincero cuando la llamaba desde algún

hotel y le susurraba “te extraño”. También eran sinceros los regalos simbólicos que le traía de sus viajes. Un imán, un collar de mostacillas. Eran gestos tan tiernos, íntimos y cercanos, que casi la hacían llorar. Si Ramiro le hubiera regalado una joya costosa, se la habría tirado por la cabeza porque habría creído que la estaba comprando. Amalia no era ciega ni estúpida, y creía que Ramiro la ponía a prueba con cada una de sus acciones y gestos, pero no podía juzgarlo sin conocer los motivos de su desconfianza.

Los dos estaban en la cama, sus cuerpos desnudos. Él le arrancó un grito cuando su boca se posó en su intimidad y la devoró. Y no paró con esa extraordinaria tortura hasta que la dejó desmadejada sobre las sábanas revueltas.

Amalia jadeó cuando la penetró. Ramiro gruñó sobre sus labios. Se movieron a un ritmo desenfrenado, como si llevaran mucho tiempo sin tener contacto, y solo habían pasado cuatro días desde que ella se alejó porque creía que él era el artífice de la mentira de Alejandra. Él no sabía nada. No había tenido una reunión ni se había encaprichado con el traje azul que estaba en la tintorería. Él no tenía idea de la astucia de su secretaria. Era evidente que la mujer no tenía idea de que mientras le enviaba ese mensaje mentiroso, Ramiro dormía a su lado.

Amalia elevó las caderas cuando sintió que era arrasada por las sensaciones. Él la conocía, y acrecentó las embestidas hasta que su cuerpo se tensó en sus brazos. Ramiro siguió empujando más adentro, más profundo y más rápido hasta que los dos perdieron la conciencia. Quedaron desmadejados en la cama, tratando de recuperar el aire. Ramiro rodó en la cama para no aplastarla, y Amalia quedó recostada sobre su cuerpo. Le sonrió, y él le quitó un mechón de cabello que le cubría parte del rostro.

—Yo también tengo sentimientos hacia ti —susurró Amalia—. Y no sé qué diablos te he visto, porque eres insoportable —aclaró.

—Tienes razón, fabuladora —susurró en su oído, y soltó una risa—. Me he comportado de forma insoportable —aseguró—. Vamos a hablar de la tienda, o de lo que quieras. Me has desnudado capa a capa, y no me refiero a la ropa. He intentado no caer en la tentación, pero has conseguido romper todas mis barreras.

—No he hecho nada para que tus barreras se rompieran.

—Eso es cierto. Has hecho lo imposible para fastidiarme. Me has sacado de las casillas, me has puesto motes peores que mi encantador fabuladora. Creo que tu intención era ser invisible para mí, sin saber que todos tus intentos de alejarte del jefe, fueron los que me conquistaron.

Era una declaración tan sincera como él, y Amalia no encontró las palabras para describir sus emociones. Lo abrazó por el cuello y lo besó, tan tiernamente que Ramiro se sintió en la gloria. Ojalá durara para siempre. ¿Existía el para siempre?, no lo sabía y se concentró en la felicidad del momento.

Le rodeó la cintura con sus brazos, como hacía siempre que estaba con ella, y se relajó. Se sentía dichoso porque al despertar ella estaría en su cama, en su cabaña y en su vida, aunque su voz interior le gritaba que estaba cometiendo un error, porque otra vez se estaba dejando llevar por el corazón.

CAPÍTULO 22

La escalada al cerro Los Pericos se organizó para el último fin de semana del mes. Eran un día cálido que anunciaba que el invierno ya se estaba retirando. El sol apenas despuntaba en el cielo y el horizonte se veía rojo. Amalia observaba extasiada el impresionante paisaje. Tenía las manos en las caderas y la vista en el horizonte.

—Me imagino parada frente a un atril, con un lienzo en blanco, dando eternidad con el pincel a ese paisaje —comentó, y se le escapó un suspiro.

—Pero si tú no eres pintora —dijo Lea.

—Por eso solo me lo imagino —aclaró Amalia. Buscó el móvil en la mochila e hizo una foto—. Ya está eternizado —aclaró.

Lea soltó una carcajada.

—Mueve el culo, que si nos dejan rezagadas nos vamos a perder en este páramo —comentó Lea, y se alejó para acercarse al grupo.

A lo lejos Ramiro la miró con un arqueado de cejas. Ella abrió la boca sorprendida. Él jamás le dedicaba algún gesto cómplice delante de los empleados de Zacha.

Su relación con Ramiro seguía siendo tan secreta como aquel lejano día en que apareció por su casa a pedirle un té porque la hamburguesa con papas que ella le pagó le habían caído como una bomba, y se la encontró peor que él debido a la mojadura que se agarró cuando se negó a subir a su coche. Amalia apartó esos pensamientos porque tenía que concentrarse en poner un pie delante del otro sin morir en el intento.

El grupo no era experto en escaladas, pero iba entusiasmado con pasar un día divertido. Todos eran empleados de Zacha de la ciudad.

Después de cinco meses de estar en la tienda podía decir que su trabajo era una bendición. Su madre y ella estaban logrando saldar, sin contratiempos, las deudas. Amalia seguía siendo la que más vendía. Y Marcela había florecido desde que vivía en Los Cerros. Era una mujer alegre, que reía, cantaba y se había hecho amiga de varias de sus compañeras de Zacha. Incluso había logrado una buena relación con Clara Zachari, aunque a Amalia le costaba creer que Clara y su madre se tomaran un café juntas algunos fines de semana. También le sorprendía que hubiera confiado en el trabajo de su madre para que le arreglara algunas prendas. «Me está probando y creo que he pasado la prueba», le había dicho Marcela.

Amalia no tenía dudas que había pasado la prueba con éxito, porque había sido Clara quien le había sugerido que, para evitar tantos viajes, se pusiera de acuerdo con Luis para viajar juntos a las sucursales de los pueblos. «Las cosas se acomodan solas», le dijo Marcela un fin de semana que la había visitado, y le entregó las llaves del coche. Es decir, que Amalia ya no tenía que caminar treinta cuerdas hasta la tienda. Algo que agradeció porque la caminata se le hacía eterna después de pasar todo el día de pie atendiendo a las clientas.

Amalia miró a sus compañeros. Cuarenta personas entre administrativos, vendedores, cajeros, el personal de limpieza y los ejecutivos de Zacha, entre los que se encontraba Ramiro Zachari, que iba primero en la fila guiando al grupo de inexpertos por el sendero que en menos de un kilómetro comenzaría a elevarse hasta alcanzar la cima. De solo pensar en él se estremeció.

¿Por qué estaban todos compartiendo esa actividad?, porque la familia Zachari decidió que era necesario hacer alguna actividad recreativa para que los empleados logaran confraternizar en un ambiente distendido.

El día que ella entró a trabajar, Camilo Milan le dijo que Zacha era como una gran familia. Para Amalia era una gran familia llena de artimañas, y cada uno se movía según sus propios intereses.

Llevaba cinco meses trabajando en Zacha y sus compañeros, usando artimañas, ya le habían arrebatado dos veces el premio al empleado del mes. La primera había sido por culpa de las mentiras de Alejandra. Ya no le importaba porque su relación con Ramiro había cambiado con el incidente. Perder el premio, en ese caso, había tenido su recompensa. Él la amaba. Ella lo amaba. Ramiro se lo había confesado en su cabaña de Las Lomitas, y ella se animó a exteriorizar lo que sentía por él.

Ramiro le había preguntado qué pasó el día que llegó tarde, pero Amalia se negó a contarle que tenía una secretaria traicionera. El alivio que vio en las facciones de Ramiro le hizo comprender que él seguía sin querer mezclar su relación con lo que pasaba en la tienda.

El amor que se declararon seguía siendo un secreto de los dos. Nadie lo sabía. En la tienda eran jefe y vendedora. Ramiro la ignoraba. Ella pasaba de largo sin saludarlo cuando se cruzaban. Nadie sospechaba que por las noches sus cuerpos se desquitaban por toda la indiferencia que mostraban en la tienda.

Amalia dejó de insistir por un tiempo con el maldito premio. La vida era para disfrutarla, como le decía su madre. Pero ese premio era como una espina clavada en el talón. Un reto, y el mes anterior decidió volver a intentarlo. Ella tenía ventas como para lograrlo. Había cumplido con todas las exigencias, incluso había trabajado más horas de las estipuladas. Nunca había llegado tarde y había colaborado con varias vendedoras, explicándoles la forma de incrementar las comisiones.

El último día del mes, Amalia iba manejando feliz. Solo le faltaba un día, y el premio

podía ser de ella. Pero a seis cuadras de la tienda se encontró con el atasco de su vida. Un coche estaba cruzado en la intersección y una mujer gritaba “me robaron, me robaron”. Era una hora de intenso tráfico y el vehículo de Amalia quedó encerrado entre varios automóviles. Era un atolladero del que no podía salir, tampoco podía dejar tirado el vehículo para correr a marcar la tarjeta de ingreso. Le iban a poner una multa y la grúa se lo iba a llevar a un depósito. También se sintió egoísta, porque a esa pobre mujer le habían robado y ella solo estaba pensando en el premio. Maldijo su mala suerte. Hasta pensó que si su madre no le hubiera dado el auto, quizá lo habría logrado. Lea le contó que el premio se lo había llevado Ezequiel Fuentes, un vendedor del sector de electrónica.

En los pasillos de Zacha corrían todos los cotilleos, y Amalia escuchó reír a un grupo de compañeros mientras otro les contaba como la novia de Ezequiel, que trabajaba como administrativa en el sector de contabilidad, había cruzado el coche en medio de una intersección, y se puso a gritar que alguien le había robado la cartera. «Así perdió el premio Amalia Burton», dijo uno de ellos, y varios rieron como si eso fuera lo más gracioso del mundo. Amalia tenía ganas de gritar para que todos se enteraran de que Ezequiel lo había ganado haciendo trampa, pero se mordió el labio y apretó los puños. Si su madre no le hubiera dejado el coche, le habrían preparado otra trampa para dejarla afuera.

Lo que más deseaba era ir a contarle a Ramiro lo que le había pasado, pero estaba ese estúpido pacto de que no tenía que llevarle problemas, y se tragó toda la ira. Ramiro no quería que los problemas de Zacha interfirieran en su relación, y en parte tenía razón. El problema era que ella era la única que no podía llevarle una queja al jefe.

Amalia acusó a la novia de Ezequiel con su jefe del sector de contabilidad. Para su indignación, el hombre arqueó las cejas, y le respondió que era lógico, puesto que ningún empleado con más antigüedad que ella iba a permitir que la nueva les arrebatara el premio del mes. Y le sugirió que desistiera hasta tener por lo menos un año en Zacha.

No tenía dudas que la gran familia de Zacha era una gran mentira.

Ella no era la única a la que habían boicoteado. Lo de Lea había sido espantoso. Su amiga lo intentaba todos los meses, pero nunca le alcanzaban las ventas. Dos meses atrás Amalia la había ayudado pasándole varias de sus clientas, que la buscaban a ella cuando querían renovar el guardarropa. Pero una semana antes de fin de mes le sucedió un imprevisto que la tuvo corriendo al baño durante toda la mañana. La jefa la mandó de regreso a su casa porque así no podía atender. Y perdió el famoso premio. Lea estaba segura de que alguien le había puesto un laxante en el café.

A Diego Latorre, empleado de marketing, le habían pinchado dos neumáticos y no pudo llegar a horario. Y todos conocían el caso de la empleada de limpieza, María Flores, a la que le habían comunicado por mensaje de texto que el día viernes no fuera a trabajar porque había

desinfección.

Muchos de sus compañeros ya no se animaban a esforzarse para conseguir el conflictivo premio, Amalia tampoco quería intentarlo. La guerra de los empleados era épica, y las artimañas no cesaban.

Los Zachari lo sabían, puesto que era el cotilleo que corría de boca en boca por los pasillos. Por eso estaban escalando el cerro Los Pericos, una actividad recreativa para que los empleados confraternizaran fuera de las paredes competitivas de la tienda. Ellos querían generar lazos de amistad o al menos una relación más cercana entre empleados de distintos sectores, y así pensaban evitar las malas acciones entre compañeros.

Amalia no creía que escalar una montaña fuera una buena idea. Ella no quería estar allí. Además, los deportes no eran su fuerte y si perdía el pie dudaba que sus competitivos compañeros le tendieran una mano. Habría preferido no asistir al día de confraternización que había organizado la empresa, y se lo había dicho Camilo Milan, que era el jefe de recursos humanos y ella lo consideraba casi un amigo.

Camilo le dijo que ni se le ocurriera faltar. Le contó que en la reunión mensual con los gerentes la habían propuesto para el puesto de jefa de ventas del sector de indumentario femenina, y que su nombre también había surgido para ocupar el cargo de jefa de compras de indumentaria.

Amalia no lo podía creer. Ella había reemplazado a Delia una semana y no le había ido nada bien con Clara Zachari. Pero Camilo le aseguró que le habían visto potencial para el cargo. No le entusiasmaba la idea de ser jefa de compras y tener que soportar todos los días a Clara Zachari. Y mucho menos quería ser quien desplazara a Karina, que era la jefa de indumentaria femenina.

Pero era un asenso, y se lo estaba ganando con su trabajo, no porque se acostara con Ramiro, eso lo tenía más claro que el agua.

Ramiro le había asegurado que no pensaba mover un dedo por ella, y Amalia le creía. Tampoco habría aceptado que le ofrecieran un puesto porque se acostaba con el jefe. Ella tenía su orgullo, y sabía que esas propuestas venían porque le habían visto algún potencial en el rubro de indumentarias. Aunque no entendía que capacidad podía tener en compras después de que Clara rechazara todas sus sugerencias para la temporada primavera-verano.

Amalia amaba a Ramiro, pero a veces desconfiaba de él porque ese amor que le susurraba cuando estaban solos, seguía siendo tan secreto como el primer día. Ya llevaban varios meses juntos, y él no le había dicho que era importante que asistiera al día para confraternizar. Ni siquiera le había dicho que la estaban teniendo en cuenta para dos ascensos. Y no tenía que olvidarse de la maldita apuesta, y que Ramiro había apostado para ponerla de patitas en la calle. Le dolía desconfiar de Ramiro, pero después del tiempo que llevaban juntos, ¿no se merecía que

él le contara las novedades que se enteró por Camilo? Ramiro no hacía nada para que su relación fuera más sólida. Bueno, no podía reprocharle nada porque él había puesto sus condiciones y ella las había aceptado.

Estaba nerviosa y preocupada porque lo que le había dicho Camilo se había filtrado, y sus compañeros no estaban contentos de que la novata fuera candidata a un cargo, o dos. En realidad, la odiaban desde que conocieron la noticia.

Amalia miró el pico montañoso que tenía adelante, y no tuvo dudas de que era la candidata número uno para que alguno de sus compañeros la lanzara por el primer precipicio que apareciera en el día para confraternizar. Se estremeció de solo imaginarse hecha puré en la base del cerro Los Pericos.

—Amalia, no te retrases que te vas a perder —gritó Lea.

Amalia miró al frente y vio que Camilo Milan le hacía un imperceptible gesto para que se apresurara. También vio que Ramiro Zachari fruncía el entrecejo. «Qué te den, Zachari», susurró, pero él no la escuchó. Estaba furiosa. Amalia podía aceptar que no le contara lo de los ascensos, puesto que no hablaban de la tienda, pero al menos le podría haber comentado que era importante que asistiera.

Se puso en marcha con la pesada mochila al hombro. El día anterior había visitado a su madre en Los Cerros. Marcela conocía el incidente de Lea y le había puesto dos sándwiches de ternera, tomate y queso, una bolsa de papas fritas y dos alfajores. «Mejor evitar las bebidas con laxantes», le dijo su madre y rio. También le sugirió que se llevara una botella de agua de dos litros.

En realidad, la empresa se encargaba del bufé, pero después de lo que le había pasado a Lea, eran varios los compañeros que llevaban sus mochilas cargadas.

Lea y Diego Latorre le aconsejaron que se mantuviera lejos de Karina, ya que la mujer aspiraba a ser jefa de compras. También tenía que apartarse de Alejandra y Laura, que eran candidatas para jefas del sector de indumentaria femenina. Alejandra era la secretaria de Ramiro. No tenía ninguna experiencia en ventas, pero corría el rumor de que le había pedido a Ramiro que la ayudara a conseguir el cargo de jefa de indumentaria femenina. Tampoco se había enterado por Ramiro de los rumores que corrían en la tienda. ¿Qué clase de relación tenían?

Amalia dudaba que intentaran alguna trastada estando Ramiro Zachari a cargo del grupo, pero él no podía tener puesto sus preciosos ojos color humo en ella. Tampoco lo haría. Estaba segura de que iba a evitarla durante todo el trayecto. Aunque Ramiro ya la había mirado dos veces, y recién comenzaba el día recreativo. Era el peor sitio para echarle miraditas, puesto que estaban los cuarenta empleados amontonados en el mismo lugar.

—Vamos a hacer una pausa para reponer energías —dijo Ramiro a voz de grito para que lo escucharan.

Después de una hora resollando como un cerdo, Amalia se desplomó sobre la amplia roca donde se había dejado caer Lea.

—Vamos a morir sin necesidad de que alguno de nuestros queridos compañeros nos lance por el precipicio —dijo Amalia.

—No creo que lleguen tan lejos —aclaró Lea, que estaba comiendo una masa de hojaldre que sacó de la mochila—. Mmm, qué hambre da la escalada.

—No creo que te sienta bien hacer ejercicios después semejante masa que te estás devorando —dijo Amalia, y señaló la masa. Se le hizo agua la boca de solo mirarla.

—Al contrario, voy a quemar todas estas calorías escalando. ¿Quieres una? —preguntó.

—No, mejor me como el alfajor que me dio mi madre —jadeó Amalia.

—¿Estás bien?

Amalia asintió. Si su madre no le hubiera devuelto el coche, estaría en mejor estado físico. Pero llevaba un mes y medio con el culo en el asiento, y le estaba costando subir la pequeña cuesta, cargando la pesada mochila.

—Estaría mejor sin el peso de la mochila. Además, me está matando la subida.

—Pero si todavía no empezó la subida.

—Claro que empezó, solo que no se nota. Yo siento que vamos trepando —aseguró Amalia. Sacó el alfajor, le dio dos mordiscos y volvió a meterlo en la mochila. Lo que tenía era una sed tremenda, y bebió un cuarto de la botella de dos litros que cargaba.

Para su asombro, Ramiro se acercó con dos botellas de *Gatorade*.

—Beban esto, que el agua no hidrata —dijo Ramiro.

—No, gracias —dijo Amalia.

Lea agarró la botella y se dedicó a hacer una minuciosa inspección de la tapa.

—Está cerrada de fábrica, Amalia —aseguró Lea.

—Acaso creen que les vamos a poner algo en la bebida —dijo Ramiro, ofendido.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —comentó Amalia, y se puso a inspeccionar la tapa de la botella que le entregó Ramiro.

—No sé de qué estás hablando, fabuladora.

—No habla de nada, jefe —dijo Lea. Miró a uno y otro y agachó la cabeza—. Nosotras somos muy precavidas. Trajimos todo de nuestra casa.

Ramiro levantó la mochila de Amalia y frunció el entrecejo.

—La comida la prepararon los cocineros del comedor de la empresa, y solo ellos la han manipulado. La bebida se compró empaquetada y la traen en heladeras —comentó ofendido. Amalia seguía empecinada en revisar la tapa de la *Gatorade*—. ¿Quieres que te consiga una lupa?

—No, gracias. Ya vi que está cerrada de fábrica.

—En cinco minutos seguimos —dijo Ramiro, y se marchó.

—Todavía no me creo que haya venido personalmente a traernos las bebidas —comentó Lea.

—Tendrá miedo de que alguno se muera deshidratado. Imagínate lo que tendrían que pagar si alguno para la pata en el día de recreación —comentó Amalia.

Ramiro la escuchó y se le curvaron los labios en una sonrisa, por suerte estaba de espalda y ellas no lo vieron. Esa era su chica, la que soltaba cualquier barbaridad para hacerlo enojar, y lo único que conseguía era provocarle una erección. Tenía ganas de llevarla detrás de los raquíticos espinillos y darle una lección para que de esa boca solo salieran jadeos y gruñidos.

Se volvió, perdiendo los papeles.

—Vas a caminar a mi lado, fabuladora —dijo, y se marchó.

—¡Qué! Yo voy a ir última —gritó, no por darle la contra, sino porque le sería imposible seguirle el ritmo. ¿Dónde quedaba lo de ignorarse en la tienda? Bueno, esta no era la tienda, pero era peor porque estaban todos los empleados.

Ramiro la ignoró. Estaba preocupado. Ella estaba sudada y parecía no tener fuerzas ni aire para hacer la escalada. También se preocupó cuando la vio comer dos bocados de un alfajor y beber medio litro de agua, porque lo que necesitaba era meter sal en el organismo. Ella ni siquiera sabía que lo que había traído no servía para mantenerse hidratada. Y la amiga era igual de irresponsable.

—Cinco minutos. Te quiero arriba —gritó Ramiro, sin importarle que los empleados lo miraban sorprendidos.

Amalia observaba la espalda de Ramiro con la boca abierta. Lea miraba a su amiga, intentando disimular su sonrisa.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lea.

—No tengo idea. Seguro que quiere agotarme y disfrutar cuando rueda colina abajo, o me desmaye por culpa del agotamiento.

Lea soltó una carcajada. Amalia dejó salir todo el aire de golpe. Estaba furiosa porque Ramiro estaba dando un espectáculo delante del resto. ¡Acaso se había vuelto loco!

—Vaya, amigo. Espero que no estés pensando en ganar la apuesta lanzando a mi vendedora preferida por el precipicio—comentó Camilo, y soltó una carcajada.

—Hemos traído comida adecuada para la escalada, y las dos están comiendo estupideces —dijo Ramiro, incluyendo a Lea para no ser tan evidente de que le preocupaba Amalia.

Caminó hasta ponerse delante del grupo y les pidió a todos que le prestaran atención.

—He visto que algunos han venido con mochilas cargadas de comida y bebida, a pesar de que les avisamos que los cocineros de Zacha se iban a encargar del bufete completo. Tengan en cuenta que el día es caluroso, la escalada requiere esfuerzo, y van a necesitar algo más que una

botella de agua para hidratarse. El cuerpo suda y necesitan sales. Si insisten en cargar ese peso durante el trayecto, no sé si van a llegar. Bueno, todos son adultos y cada uno puede hacer lo que quiera —aclaró.

Amalia no tuvo dudas que su discurso eran palos para ella. No sabía por qué diablos a Ramiro se le ocurrió la tonta idea de acercarse, comprobar el peso de su mochila y plantarle en la mano lo que tenía que beber. Acaso se estaba olvidando que se ignoraban en la tienda. Era él quien había puesto las pautas, y ahora decidía tirarlas por la borda de forma unilateral.

La ira comenzó correr por sus venas. Tantos meses de indiferencia, y Ramiro se ponía en evidencia delante de los cuarenta empleados, su amigo y su hermana Marisol, que había decidido venir a divertirse, o a husmear para después ir a contarle a su padre.

Amalia apretó los puños intentando controlarse porque ella también estaba quedando en evidencia. Tenía que mantener la calma e ignorar sus pullas. «Inspira y expira. Inspira y expida», repetía tratando de contenerse. El problema era que ella nunca se había controlado con Ramiro, y el precario intento de ignorarlo fue inútil.

—Lamento que vivas en el limbo, jefe, cuando deberías ser el primero en enterarte lo que pasa en Zacha. Pero te lo voy a aclarar para que abras los ojos. Algunos de los empleados venimos con las mochilas cargadas porque no queremos tener una descompostura que nos tenga todo el día de recreación corriendo detrás de los espinillos, como le pasó a Lea. Pero claro, ustedes, los dueños, gerentes, directores, jefes y accionistas, no tienen ni idea que Lea perdió la posibilidad de conseguir el premio porque le metieron un laxante en el café a una semana de terminar el mes —dijo Amalia, y se calló cuando comenzó a escuchar los murmullos de sus compañeros. Ramiro entrecerró los ojos y Camilo frunció el entrecejo.

Marisol la miró con una chispa de diversión y se tapó la boca para no soltar una carcajada. Lea le dio un codazo en las costillas.

—¡Amalia! —exclamó Lea.

¿En qué lío se acababa de meter?, en uno gordo. Ese era un día para lograr la armonía entre los empleados, y ella se ponía a contar las artimañas que usaban algunos para sacar de carrera a sus compañeros.

Los empleados seguían murmurando entre ellos, y Amalia comprendió que acababa de tirar por la borda esa idea de confraternizar. Lamentablemente, no tenía forma de borrar sus palabras.

Comenzó a guardar las cosas en su mochila. Iba a mandar al diablo el día de recreación, y también las posibilidades de un asenso. No quería ningún cargo. No quería el premio. Solo quería saldar las deudas para poder disfrutar de la vida, como le había aconsejado Marcela.

—“Siempre dije que hay que quitar el premio del mes” —dijo Marisol, impostando la voz de Ramiro.

Amalia levantó la vista y miró a Marisol, que le guiñó un ojo. Algunos compañeros estallaron en carcajadas. Otros, como Alejandra y Ezequiel se quedaron mudos y miraban a cualquier lado, quizá por miedo a que contara cómo la sacaron a ella del premio.

Ramiro sonrió a su hermana por quitar hierro al asunto. Amalia tenía razón, pero había equivocado el momento para soltar la bomba. No podía juzgarla puesto que él, los gerentes y jefes de aéreas, venían analizando lo que estaba pasando en los últimos tiempos con el famoso premio. Demasiados accidentes de los candidatos. Aunque lo de Lea se estaba enterando en ese momento.

—¿Es cierto lo que dice Amalia Burton, Lea? —preguntó Ramiro. No podía ignorar una acusación directa frente a todos los empleados, por más que este era un día para confraternizar. Frente a sus narices estaba la consecuencia de su propio error, puesto que era él quien se había acercado a la fabuladora y la había provocado con su discursito de las mochilas pesadas, sabiendo que ella no se iba a quedar callada.

Lea estaba entre la espada y la pared. Si negaba el hecho, Amalia quedaría como una mentirosa. Y si afirmaba sus acusaciones, la salida que había organizado la familia Zachari sería un desastre. Miró a Amalia, esperando alguna señal de su amiga. Amalia la miró y negó con la cabeza de forma imperceptible, pidiéndole con ese gesto que refutara su acusación y la dejara como una mentirosa.

—No puedo afirmar ni negar lo que dijo Amalia. Quizá algo que comí el día anterior me cayó mal —dijo Lea.

Amalia vio que Ramiro fruncía el entrecejo. Varios jefes asentían satisfechos. Todos aprobaban la actitud comedida de Lea para no arruinar la salida que habían organizado con tanto entusiasmo.

—¿Podemos olvidar este percance y pasar un día distendido? —preguntó Ramiro.

Varios vociferaron un sí, otros afirmaron con la cabeza, y el ambiente se relajó.

Amalia se colgó la mochila al hombro para marcharse. No podía quedarse después de soltar esa acusación delante de todo el equipo de Zacha. Ella era la responsable de alterar el día para confraternizar. Todo su cuerpo estaba en tensión y lo único que quería era regresar a su casa y olvidar lo que acababa de pasar.

La culpa de que soltara lo que sucedía en la tienda era de Ramiro, que la juzgó delante del grupo por ser precavida y llevar una vianda en la mochila. ¿Acaso no sabía que si la provocaba ella soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza? En realidad, no se arrepentía de sus palabras. Eran ciertas, solo que lo había hecho en el lugar equivocado.

Si Ramiro creía que con una escalada iba a lograr que los empleados confraternizaran, estaba muy equivocado. Pero ella tendría que haber cerrado la boca porque llevaban bastante tiempo organizando la salida, y ella la había arruinado.

Se giró para marcharse. Que disfrutaran todo lo que quisieran de esa farsa. Ella no quería estar allí.

—Amalia, no te vayas. Disfrutemos de la actividad. Por favor, no te vayas —dijo Ramiro.

Varios empleados se asombraron al escuchar al dueño de Zacha suplicarle a una empleada que se quedara. A Ramiro no le importó quedar en evidencia.

—No te vayas, por favor. Te lo pido en nombre de todo el grupo —pidió Marisol, saliendo otra vez al rescate de su hermano.

Amalia se giró para mirar a Marisol y le sonrió.

—La verdad es que no se me dan bien los deportes, y menos las escaladas. No voy a llegar a la cima. Seguro que los retraso, y capaz que hasta me caigo por el precipicio. Les pido disculpas por mis palabras. No sé por qué dije eso. Siempre almuerzo en el comedor y nunca he tenido problemas ni he desconfiado de los cocineros. Todo siempre está delicioso —aclaró.

—Si no quiere compartir la salida con el resto, deja que se vaya —dijo una mujer, que Amalia reconoció como la mujer que cruzó el coche en una intersección y se puso a gritar que le habían robado. La mujer que con sus artimañas le había quitado la posibilidad de conseguir el premio.

—Amalia tiene razón. No todos tenemos la resistencia física para llegar arriba. Ella sabe sus limitaciones. Si no se siente segura, lo mejor es dejar que se vaya —sugirió Karina.

Ramiro apretó los puños.

—Yo tampoco creo que llegue a trepar esa montaña —comentó un hombre con exceso de peso—. Pero al menos hay que intentarlo.

—Deja que se vaya, Ramiro. Cada uno conoce sus límites —aseguró Alejandra, y le apoyó la mano en el brazo.

Amalia los miró seria. ¿Ese no era el día para confraternizar? Que ridículo.

Ramiro quería mandar al diablo la salida, agarrar el brazo de Amalia, marcharse con ella a la cabaña de Las Lomitas, que estaba a dos kilómetros, y sentarse en la galería a tomar una cerveza mientras se reían de lo desastrosa que había sido su idea de creer que una salida cambiaría algo. No estaba enojado por lo que había dicho Amalia, sino por el egoísmo de las personas que aspiraban a los cargos de Amalia, y arengaban para que ella se marchara. Una era la novia de Ezequiel, que había cruzado el coche en la calle para que perdiera el premio. Otra era Karina, que quería ser jefa de compras, y haría lo imposible para que Amalia quedara fuera de cualquier cargo. Pero la más egoísta era su secretaria, que le había pedido que la ayudara a conseguir el cargo de jefa de indumentaria femenina cuando nunca había vendido nada. Alejandra solo quería que le dieran a ella el cargo al que estaba postulada Amalia. Confraternizar. ¡Qué ridículo!

—Tienen razón. No hace falta llegar a la cima. Podemos improvisar un *picnic* en un lugar plano. Lo importante es compartir y forjar una relación más cercana fuera del lugar de trabajo —dijo Ramiro, alto y claro para que Amalia lo escuchara.

Amalia lo ignoró y se marchó. Ramiro tuvo que ver como se alejaba del grupo. El día le parecía espantoso. Pero a su lado había cuarenta personas esperando para pasarlo bien, y tenía que hacer un esfuerzo para que la salida fuera lo más entretenida posible.

Marisol comenzó a cantar “caminante no hay camino, se hace camino al andar”. Varios rieron y ella siguió inventando su propia letra que decía algo así como que cada uno caminaba a su ritmo y que no importaba lo lejos que llegaran, puesto que lo importante era disfrutar del trayecto. Más risas. Pero Marisol seguía cantando que si el trayecto se hacía interminable, podían mandar al diablo la escalada y retozar sobre las lindas praderas que tenían delante de sus ojos. Los empleados entre carcajadas comenzaron a inventar estrofas. La mayoría se quedó sin aire de tanto cantar a gritos. Su hermana tenía un don especial para convertir un día de mierda en uno especial, y se lo agradeció con un abrazo.

—Es mágica. Lástima que es un alma libre —dijo Camilo.

Ramiro soltó una carcajada.

—Admiro tu perseverancia.

—Gracias. Ojalá tu admiración me sirviera para algo —comentó.

No llegaron a la cima. En realidad no llegaron ni a la mitad. Después de una hora de caminata, algunos jadeaban. Ramiro les sugirió detenerse en una bonita planicie y todos aprobaron la idea. El día resultó más provechoso que si hubieran escalado la montaña. Hicieron una ronda para almorzar. Conversaron. Algunos emprendieron caminatas, otros se echaron en las piedras, otros hicieron algunos juegos. A las cinco de la tarde comenzaron a descender.

Antes del anochecer todos habían llegado a sus vehículos y pidieron repetir la experiencia. Ramiro no había creído en ese día para confraternizar, pero el resultado era positivo. Todos se relajaron y disfrutaron de la experiencia. Ya no sería lo mismo boicotear a un trabajador que solo conocían de nombre, que a una persona con la que habías compartido un almuerzo, juegos, una caminata, un día de campo.

La única ausente era Amalia. Y él era el culpable de que se hubiera perdido el día. A ella sí le habría venido bien. Y por su culpa no se había relacionado con los compañeros, y también estaba en riesgo su posibilidad de ascender en la tienda. Otro motivo más para que ella todavía creyera que la quería correr de Zacha, o que todo lo había hecho para ganar la maldita apuesta.

CAPÍTULO 23

—¡No lo puedo creer! —exclamó Marcela, con esa muletilla que usaba cada vez que algo no entraba dentro de sus estructuras mentales—. ¡Te dijeron que era importante que asistieras al día de recreación porque te habían propuesto para un asenso!

Era cierto, pero Amalia no sabía que Ramiro se iba a meter con ella, y tampoco sabía cerrar la boca cuando la provocaba. Todos sus compañeros se lo estarían pasando genial, menos ella, que estaba sentada en la galería de la casita de su madre en Los Cerros.

—Ya te dije que el jefe me reprochó que llevara mi vianda —repitió, puesto que ya le había contado lo que había sucedido.

—Y tú, que nunca te callas la boca, soltaste lo que le pasó a Lea delante de todos los empleados de la tienda.

Su madre la conocía bien y le reprochaba lo que ya sabía.

—No mentí, mamá. No es justo que se lleven el premio los tramposos —aclaró—. Espero que se pongan a investigar.

—No, no es justo. Pero no era el momento ni el lugar, Amalia —dijo Marcela.

—Ya estamos investigando —dijo Clara.

Amalia abrió los ojos horrorizada. A pesar de trabajar en el mismo edificio, no veía a Clara desde el día que acompañó a Marcela a tomar un café en su casa de Los Cerros. Su madre le había contado que Clara había dejado de lado las groserías y solían visitarla algún fin de semana. Al parecer, Clara había recapacitado y su madre le caía bien.

—¡Vaya! Se me olvidó que solías venir a ver a mi madre —dijo Amalia, y maldijo que hubiera elegido venir de visita justo el día que estaba ella.

—¿Ya están listos mis arreglos, Marcela? —preguntó Clara, ignorando el comentario de Amalia.

—Sí. Ya te los traigo —dijo Marcela, y entró a la casa a buscar las prendas de Clara.

—Luis y Ramiro ya han descubierto dos casos de engaños —comentó Clara, y se sentó en la silla que había dejado libre su madre.

Ni hola, ni qué tal te ha ido en la semana. Mucho menos pedir disculpas por haberse comportado de forma tan grosera cuando fue con su madre a su casa. Nada. Clara entró directo al tema del conflictivo premio. La muy cotilla debía haber estado escondida tras un árbol

escuchando la conversación que tenía con Marcela. ¿Cuánto habría escuchado?

—No lo sabía —comentó Amalia, y decidió concentrarse también en el presente—. A Lea le pusieron algo en el café y se pasó medio día corriendo al baño. Karina la mandó de regreso a su casa porque así no podía atender a las clientas, y perdió el premio.

Clara entrecerró los ojos. Era evidente que eso no había llegado a sus oídos.

—Sé que a ti te sacaron de carrera con un supuesto atasco de tráfico.

—¿En serio? ¿Cómo te enteraste?

—No vivo en un termo, Amalia. Me gusta el sector compras, y soy buena en eso, pero conozco lo que se murmura en los pasillos.

—Supongo que te lo contó Marisol —comentó Amalia.

Clara sonrió con ternura, y en ese gesto Amalia descubrió una faceta más tierna y comprensiva de la dueña de la tienda. No tenía dudas que quería mucho a sus hijos.

—Mi hija es especial, pero no muestra interés por la tienda. A ella le encanta el cotilleo. Luis le preguntó si quería trabajar en mesa de entrada para que sea nuestros ojos, y a Marisol le encantó la idea —comentó Clara.

Amalia soltó una carcajada. Esa era la descripción perfecta para Marisol.

—Esta vez no me enteré por Marisol. Ramiro y yo estábamos en su oficina tomando un café con la puerta abierta, y escuchamos lo que decían algunos empleados de mi sector. Mi hijo se puso furioso y salió a increpar a los empleados. Todavía no comprendo cómo perdió los papeles de esa forma. Siempre ha sido muy comedido con los temas conflictivos de la tienda, pero ese día estaba muy enojado —comentó Clara, y la miró como si esperara que ella le explicara los exabruptos de su hijo.

Amalia se mantuvo imperturbable, su rostro parecía esculpido en piedra. Por suerte, después de tantos meses simulando en Zacha que no tenía una relación con el hijo de Clara, había aprendido el arte del engaño.

—Es tu hijo. Lo conoces mejor que nadie —aclaró Amalia.

—En el último tiempo está muy reservado —dijo Clara.

Amalia supuso que las reservas de Ramiro eran desde que se acostaba con ella. Para su alivio, Marcela apareció con las prendas en la mano y Clara dejó de analizar sus gestos. Esa mujer sospechaba algo, sino no le estaría contando la reacción de Ramiro al enterarse que había perdido el premio.

Amalia no dejó ver la emoción que la embargó al escuchar que Ramiro se había indignado de que la sacaran del premio. También estaba triste porque él no le había contado lo que acababa de revelarle Clara. Bueno, ella tampoco le había contado que por culpa del atasco de tráfico que provocó la novia de Ezequiel, quedó fuera de carrera. Los dos tenían una bonita relación y el sexo era fantástico, pero entre ellos había un abismo que se llamaba Zacha.

—Aquí tengo listas tus prendas, Clara. Espero que te gusten y te queden bien —dijo Marcela.

Clara y Marcela se pusieron a hablar de la ropa y se olvidaron de ella. Amalia creyó que era una buena excusa para marcharse.

—Las dejo que conversen. Prefiero regresar a la ciudad antes que se haga de noche —dijo Amalia.

—¡Pero si ya es casi de noche! Quédate hasta mañana y almorzamos juntas —pidió Marcela.

—He quedado con Lea para comer unas pizzas, mamá. Supongo que ya deben estar regresando de la escalada —mintió Amalia. Lea debía estar tan agotada que solo querría ducharse y meterse en la cama.

—Deberías haberte quedado a compartir el día con tus compañeros. Esa salida era una buena oportunidad para que todos se conocieran mejor en un ambiente relajado —dijo Clara.

—Eso mismo le dije yo —dijo Marcela.

—Lo sé. Pero al contar lo que le pasó a Lea arruiné el ambiente festivo. Tenía que irme —dijo Amalia.

—Y has puesto en riesgo tus ascensos —dijo Clara.

—¿Qué? —preguntó Amalia. Vaya sorpresa que se estaba llevando con Clara. No debería asombrarse puesto que le acababa de decir que sabía todo lo que pasaba en Zacha. ¿Qué significaba que lo sabía todo? ¿Clara hablaba de la tienda o también estaba insinuando que sabía que había algo entre Ramiro y ella?

—Me has quitado las palabras de la boca, mamá —dijo Ramiro, que ingresaba por el caminito bordeado de plantas que llevaba a la galería de la casa de Marcela.

Amalia se giró y lo miró con la boca abierta mientras él se acercaba. ¿Qué diablos hacía allí? ¿Acaso ese día había decidido tirar por la borda la relación que mantenían en secreto?

Igual de asombrada estaba Clara, aunque ella lo miraba con el entrecejo fruncido, como si se preguntara que hacía su hijo en la casa de una de sus empleadas.

Marcela era la única que no parecía asombrada. Tuvo que apretar los labios para aguantar la sonrisa. Ella no era tonta. Entre esos dos había algo. Lo sospechaba desde el día que discutieron en su casa por los exabruptos de Clara. Ramiro había insistido en disculparse y su hija estaba furiosa porque no lo quería allí. Ramiro hasta cambió el día que iba a regresar a la ciudad porque quería que Amalia volviera con él.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Clara.

Esa misma pregunta quería hacer Amalia.

—Pasé por casa y papá me dijo que estabas aquí. Y mira a quién me encuentro retozando en la casita de Marcela —exclamó Ramiro.

—Hola, jefe. Ya me estaba por ir.

—Te dije que te quedaras a compartir el día —reprochó Ramiro.

—No pensaba arruinarles la salida.

—Marisol sabe cómo revertir días complicados —dijo Ramiro.

—Debería ser actriz —comentó Amalia.

—No cambies el tema —dijo Ramiro—. Has puesto en riesgo tu ascenso en Zacha —reprochó.

—Deberías ponerte contento. Un problema menos en la tienda —aseguró Amalia.

Clara giraba el rostro a uno y otro sin entender qué estaba pasando. Marcela también giraba el rostro a uno y otro, pero ella no estaba asombrada porque era la segunda vez que presenciaba disputas entre ellos.

—Era una buena oportunidad. El cargo habría sido tuyo. Habrías tenido el voto de todos. Pero lo arruinaste.

—Si no te hubieras puesto a comprobar lo que llevaba en mi mochila, y si no lo hubieras soltado delante de todos los empleados, no habría dicho lo de Lea —aclaró Amalia.

—Esa boca tuya es tu perdición, Amalia —aseguró Ramiro.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Clara, que no le gustaba la confianza que había entre los dos—. ¿Acaso no querías echarla?

—Ya no —dijo Ramiro, sin dejar de mirar a Amalia.

—¿No dijiste hace un tiempo que nada de cargos para Amalia Burton? —siguió Clara.

—Eso fue apenas entró —aclaró Ramiro.

—¿Desde cuándo es importante la antigüedad? —comentó Clara.

—Todos en la tienda estaban furiosos porque ella había entrado sin las referencias que se les exige al resto. El alboroto habría sido enorme si la proponían para un cargo a los dos meses de entrar —aclaró Ramiro.

—El mes pasado me boicotearon para que pierda el premio —recordó Amalia—. Tú te enteraste porque estabas en tu oficina con tu madre mientras los empleados contaban la hazaña de la novia de Ezequiel.

—No me lo contaste —reprochó Ramiro.

—Tampoco tú me dijiste que lo sabías.

—¡Un momento! —gritó Clara, y se levantó de la silla—. ¿Qué diablos pasa entre ustedes?

—Nada —se apresuró a decir Amalia.

—Salimos —dijo Ramiro al mismo tiempo.

—¡Salen! —gritó Clara—. ¿Cómo qué salen?

—No sabes lo que es salir —dijo Ramiro.

—Nosotros no salimos —aclaró Amalia, porque eso de salir era una utopía. Jamás habían ido a cenar ni a tomar una copa. Nunca habían caminado de la mano. Ellos solo se veían en su casa, y algunas veces Ramiro la invitaba a su cabaña de Las Lomitas—. Nunca salimos —aseguró, y sintió que esa relación le pesaba como una losa—. No hay nada entre tu hijo y yo. Nada que merezca la pena contar —aseguró, y sintió el calor de las lágrimas en sus mejillas.

Ramiro caminó hacia Amalia, y ella se alejó dos pasos. Lo quería, pero esa no era la relación que deseaba.

—¿Qué has hecho, Ramiro? Te has cansado de repetir “nada de líos con empleadas de Zacha”. ¿En qué quedaron tus palabras? —exclamó Clara—. Parece que no tuviste suficiente mala experiencia, puesto que decidiste tropezar otra vez con la misma piedra —dijo Clara, y señaló a Amalia sin mirarla, como si no mereciera la pena—. Ahora entiendo tu interés para que consiguiera un cargo. Ella te lo pidió —dedujo, y negó con la cabeza porque su hijo, otra vez, estaba cayendo en el mismo error.

—Yo no... —susurró Amalia, y se le anudó la garganta porque la madre de Ramiro la consideraba una interesada. Qué cargo le iba a pedir a Ramiro si tenían una relación de puertas adentro, y jamás hablaban de Zacha. Además, en la tienda solo eran jefe y empleada, y pocas veces cruzaban una palabra. Por eso las palabras de Clara eran como una puñalada.

—Cállate, Clara. Estás comportándote como una víbora —gritó Ramiro.

—Deja que tu madre hable. Deja que suelte todo lo que tiene adentro —dijo Amalia.

—No voy a permitir que llames interesada a mi hija —gritó Marcela, que acababa de despertar del letargo. Cuando comenzó la pelea ella se había esforzado por ocultar la sonrisa porque creía que entre ellos había algo bonito. Pero cuando su hija dijo “no hay nada que merezca la pena contar”, ya no le pareció bonito. Y no tuvo dudas que su hija solo era la amante de su jefe, una amante que no mostraba en público, como si la relación con ella fuera un pecado. Y encima Clara juzgaba a su hija sin conocer lo que había entre ellos—. Si él te ha ofrecido un cargo, te aseguro que no lo necesitamos. Así no, Amalia.

—¿De qué estás hablando, mamá? Jamás me ha ofrecido nada. Ni siquiera hablamos de la tienda. No sé cómo es su situación económica. No sé nada de él —gritó Amalia. Esa era la realidad. Ella conocía de Ramiro lo poco que él le mostraba, es decir, su cuerpo, las conversaciones intrascendentes que compartían cuando estaban juntos, y la cabaña que tenía en Las Lomitas.

—¿Y entonces qué clase de relación tienen? —preguntó Marcela.

Amalia miró a su madre y no supo qué responderle. Quizá que lo quería, y que él también le decía que la quería. Que cuando se iba de viaje la extrañaba y siempre le regalaba tonteras que a ella la emocionaban, un collar de mostacilla, un imán para la heladera. Que venía a su casa con la cena y que los dos esperaban el momento de poder dejar de lado la indiferencia que simulaban

en la tienda para demostrarse su amor.

—Es que no voy a tolerar que Clara te insulte de esa forma. Nosotras no somos interesadas. Solo estamos intentando ganar dinero con el trabajo para salir de un aprieto económico —dijo Marcela, interrumpiendo los pensamientos de su hija.

Y como si no fuera suficiente con los cuatro gritando, entró Luis seguido de Marisol. Los dos venían sonriendo hasta que escucharon los gritos.

—Otra vez mamá armando escándalo —exclamó Marisol.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Luis.

—Pasa que tu hijo está saliendo con esta chica. Te das cuenta, Luis. Ya pasamos por esto y no voy a permitir que vuelva a suceder —gritó Clara—. Ella asegura que no sabe nada de tu hijo. ¡Es un Zachari! ¿Qué más necesita saber? Lo pescó, Luis.

—¡Me pescó! —exclamó Ramiro, y soltó una carcajada—. Amalia no hacía más de que ponerme apodos horribles. Siempre estaba a la defensiva y me quería bien lejos. No sabes lo que me costó llegar a ella. Fui yo quien la pescó, Clara. Pero a ti te encanta sacar deducciones equivocadas. Y te aclaro que no es asunto tuyo lo que haga con mi vida.

—Te recuerdo que estás viviendo en la humilde casita de un barrio de clase media pobre que yo te cedí —dijo Clara, y agitó las manos.

—¿Quieres que me vaya de tu casa? —preguntó Ramiro—. Mañana mismo me largo para que hagas con “tu casa” lo que quieras.

—Yo vivo en una casita humilde de ese barrio que tú llamas de clase media pobre —dijo Amalia.

—¡Qué! ¡Se refiere a nuestro barrio! —exclamó Marcela—. Pero si es hermoso —aseguró, dispuesta a defender el lugar donde ella había sido tan feliz, donde había criado a su hija.

—Nosotros tenemos otras expectativas para nuestros hijos. Tenemos otro estilo de vida —aseguró Clara.

—Basta, Clara —gritó Luis.

—¿Vas a ponerte de su parte, Luis? Ramiro está faltando a su palabra, y no me voy a callar porque sé más de lo que creen —gritó Clara. Ramiro y Luis se miraron. Amalia no entendía nada—. Pues adelante, enrédate con empleadas de Zacha. Ellas solo quieren sacar provecho de tu posición —exclamó. La ira la estaba cegando, y cuando comprendiera lo que estaba haciendo ya sería tarde.

Amalia la miraba con la boca abierta. Toda la furia de Clara era porque su hijo había elegido a alguien que no estaba a su altura económica. Clara humillaba y despreciaba a las personas que vivían en su barrio, que era el mismo donde vivía Ramiro. El tema central giraba en que no tenía el estatus de los Zachari. Ella era pobre para las expectativas de la madre de Ramiro.

Pero había más, puesto que Clara le reprochaba que, faltando a su palabra, Ramiro se había enredado con una empleada de la tienda.

¿Acaso en la familia Zachari había una especie de código de que los dueños no tenían que tener amoríos con los empleados? ¿Por eso Ramiro había sido tan reservado en la relación que tenían? Al parecer, los Zachari tenían una especie de lema, y Ramiro sabía que su madre nunca iba a aceptar en la gran familia a una simple vendedora de la tienda, que seguro que se quería aprovechar de sus hijos para conseguir favores.

—No estoy de tu parte, Clara —dijo Luis Zachari—. Has juzgado a esta jovencita sin conocerla. No sabes lo que ha pasado entre ellos. Y te recuerdo que tu hijo tiene treinta años, y es dueño de tomar sus decisiones.

Su mujer abrió la boca horrorizada con las palabras de su esposo.

—Ya veo que has tomado partido por ellos. No hay dudas que aceptas las irresponsabilidades de tu hijo.

—No puedo asegurar que son irresponsabilidades. Y tú solo has gritado ofensas, Clara.

—Te das cuenta que esa jovencita inocente, como la llamas, está provocando la destrucción de nuestra familia.

—Mamá, no seas exagerada —exclamó Marisol—. Tú estás armando un escándalo, estás humillando a Amalia, la estás condenando sin dejarla decir una palabra. Y encima insultas el barrio donde vive, el mismo en el que vivías tú antes de conocer a papá. El barrio donde vive tu hijo.

—¿Tú también, Marisol? —preguntó Clara, y se sintió más sola que nunca—. Mi propia hija en mi contra.

Amalia no quería ser la destrucción de la familia Zachari. Tampoco había hecho nada malo para que Clara la ofendiera de esa forma. Solo se había enamorado.

—Ya no recuerdas que tú también eras una vendedora de Zacha antes de enamorarte del dueño —aclaró Marisol.

Amalia abrió la boca sorprendida. ¡Clara había sido una simple vendedora! ¡Una joven que vivía en su mismo barrio! Y la juzgaba a ella, sin recordar sus raíces humildes.

—Es que todos se han olvidado... —gritó Clara.

—No me he olvidado de nada. Pero es una locura lo que estás haciendo con Amalia. La juzgas sin saber, y por más que te digo que he sido yo quien se acercó a Amalia, insistes en condenar a una mujer que no quería ni tenerme cerca —gritó Ramiro, ya harto de las barbaridades de su madre.

—Y no has pensado que esa era su táctica para llamar tu atención.

—¿Usaste esa táctica para atraer la atención de papá cuando eras vendedora de Zacha? —preguntó Marisol.

—No puedo creer lo que me estás diciendo. Nunca hice nada deshonesto para que tu padre se enamorara de mí —gritó Clara.

—Es cierto. Eras una joven entusiasta y llena de energías. Te encantaba trabajar en la tienda. Te parecías mucho a Amalia —aseguró Luis.

—Esta chica no tiene nada que ver conmigo, Luis. Nada. No te pongas de su parte porque sabes que no respondo de mí —aseguró.

—Amalia se parece mucho a ti, solo que no quieres verlo. Quizá porque tú ya no recuerdas a la jovencita de la que me enamoré. A esta Clara ofensiva y soberbia ya no la conozco —dijo Luis.

Clara lo miró con tristeza. Su marido estaba insinuando que ya no la quería delante de las dos mujeres que estaban provocando la destrucción de la familia desde que entraron a trabajar en Zacha. Luis y Marcela Burton se veían todos los días. Su marido compartía más horas semanales, más conversaciones, más temas intrascendentes o importantes y más risas con una empleada que con ella. Tenían una rutina que ella había perdido cuando Luis decidió mudarse a Los Cerros.

Y Ramiro se había enamorado de Amalia Burton. No, enamorado no. Ramiro solo se había encaprichado. La chica decía no saber nada, pero quería hacer cambios en su tienda, hacía sugerencias, daba sus ideas sobre nuevos sectores como si ya se sintiera la dueña de Zacha.

Clara intentaba alertarlos de lo que pretendía Amalia Burton, pero su marido y sus dos hijos estaban en su contra. ¿Tanto se estaba equivocando? Si solo estaba defendiendo a su familia de las intrusas. Estaba defendiendo la tienda a la que le había dedicado su vida, pero nadie quería ver lo que estaba pasando.

Salió corriendo de la casa, sintiendo que algo se rompía. Algo que ya era frágil y que cualquier roce podía quebrar. Esa destrucción la estaba provocando esa joven que había entrado a la tienda mintiendo con sus referencias, y que con esa cara de ingenua también había cegando a su hijo para arrebatárle el futuro que con tanto esfuerzo habían conseguido.

Amalia no podía entender cómo el día se había complicado tanto. Clara la acababa de humillar porque tenía una relación con su hijo. Lo extraño era que el resto de la familia apoyaba a Ramiro. Es decir, que no toda la familia Zachari se fijaba en el estatus de las parejas de sus hijos. Le dio pena escuchar a Luis decirle a su mujer, con la voz rota, que ya no la conocía. A Amalia no le gustaba lo que estaba pasando. Por más que Clara no le cayera bien, no quería ser la causante de la destrucción del matrimonio Zachari.

Por fin entendía todos los límites que Ramiro había puesto a su relación. Su madre, que era importante para él, no la aceptaba. Pero había cosas que se ventilaron esa tarde y que a Amalia le hacían ruido. “Nada de líos con las empleadas de la tienda”. “No puedes tropezar dos veces con la misma piedra”. ¿Ella era la segunda piedra? ¿Y quién había sido la primera? ¿Por eso Ramiro tenía ese mantra de “nada de líos con las empleadas de la tienda”?

Ramiro se acercó a ella, y Amalia se distanció. No quería hablar con él. No en ese momento cuando tenía tanto lío en la cabeza y necesitaba pensar con tranquilidad en todo lo que había pasado.

—Lo siento —dijo Luis—. Les pediría que no tengan en cuenta todo lo que acaba de decir Clara, pero sé que es imposible.

—Tú no tienes la culpa de los dichos de tu esposa —dijo Marcela.

—No, pero quiero disculparme. También quiero asegurarles que el trabajo sigue siendo de ustedes. Son empleadas muy apreciadas en Zacha —dijo Luis—. Aunque el cargo al que te habían propuesto ya no será tuyo, Amalia. No por lo que piense Clara, sino porque es mejor para la empresa mantener la pobre armonía entre los empleados. Pero seguirás siendo una de nuestras mejores vendedoras —aseguró.

Luis estaba poniendo un límite en la relación que ella tenía con su hijo. Era como si le estuviera diciendo: “si sales con Ramiro, no hay cargo para ti”. A ella le habría gustado presentar la renuncia, pero no podía permitirse ese lujo. Todavía tenían siete meses por delante para saldar las deudas de su padre.

—Si no necesitara el trabajo, presentaría la renuncia. No quiero ser la causante de los problemas que tienen con Clara —dijo Amalia.

—Ni se te ocurra pensar en irte de la tienda —dijo Ramiro.

—Lo que diga Clara no va a influir en el trabajo de las dos —aseguró Luis—. Clara tiene esos impulsos, pero ya va a recapacitar —dijo, saludó y se marchó con Marisol.

Marcela observaba a su jefe mientras se alejaba. A Luis se lo veía triste. Caminaba con los hombros encorvados, como si ni él creyera que Clara pudiera recapacitar. Luis no se parecía al hombre feliz que recorría la ruta con ella, hablando maravillas de su esposa Clara. Quizá esa insistencia por contar maravillas de su mujer era para convencerse de que su matrimonio no se había terminado. Los únicos que quedaban en su casa eran su hija y Ramiro.

«No es momento de hacerles preguntas», se dijo Marcela y entró en la casa.

Ramiro se acercó a Amalia, y ella otra vez se alejó.

—Hablemos, Amalia —pidió.

—¿Ahora quieres hablar? —preguntó Amalia.

—Sí —aseguró.

—No te parece ridículo, Ramiro. Llevamos varios meses saliendo, y tú has puesto todos los límites a lo que sea que tenemos. Nunca te pedí un cargo. Nunca estuve contigo porque eres Ramiro Zachari.

—Lo sé.

—Según tu madre soy la segunda piedra en tu zapato. No sé si lo que tenemos me da derecho a preguntar qué significa eso y quién es la primera —dijo Amalia.

Ramiro no le contestó. Estaba serio y se pasaba la mano por el cabello. Ella le acababa de preguntar lo que no quería responder. Amalia esperó un tiempo prudencial que le respondiera, pero él se mantuvo en silencio.

—Vete a tu casa, Ramiro. Intenta que tus padres no terminen divorciándose porque una empleada se metió en la cama de su hijo.

—Eso es injusto —dijo Ramiro—. Tú no hiciste eso.

—¿Importan los detalles, Ramiro? Hay tantos detalles que evitaste contarme, como esa frase tuya que te recordó tu madre. ¿Cómo era?, ya me acordé. “Nada de líos con las empleadas de la tienda”. Te das cuenta que a ti nunca te importaron los detalles —dijo Amalia, entró en la casa de su madre, cerró la puerta y se dejó caer al suelo, tratando de no derramar las lágrimas que a duras penas contenía. Clara había revelado mucho con sus atropelladas palabras, pero Amalia no lograba entender el significado de lo que acababa de descubrir.

—Esto no va a quedar así. Tenemos algo bonito. No voy a permitir que nadie lo arruine —gritó Ramiro, y se marchó.

“Nada de líos con las empleadas de la tienda” era la maldita frase que él la había repetido como si fuera un mantra, creyendo que era una verdad absoluta. Blanco o negro. Pero la vida no estaba hecha de verdades absolutas. La vida estaba llena de matices. Y él los había descubierto el día que Amalia llegó a la entrevista de Zacha y contó sus experiencias infantiles.

La iba a recuperar. No iba a aceptar volver a su vida en blanco y negro cuando ella le regalaba toda una paleta de colores.

CAPÍTULO 24

Marcela estaba quitando malas hierbas el jardín para sacarse el estrés de lo que había pasado el día anterior en su casa. Su hija había entrado a la casa, había cerrado la puerta y se dejó caer al piso sin parar de llorar. Ella había intentado acercarse, pero Amalia le dijo que no quería hablar, y que necesitaba estar sola.

Amalia se había quedado a dormir, aunque no había dormido nada porque se pasó parte de la noche llorando. Marcela también se quedó despierta, no podía dormir porque le dolía la angustia de Amalia. A las dos de la mañana la escuchó levantarse y se acercó para ofrecerle un abrazo o escucharla, pero Amalia volvió a decirle que quería estar sola, y se quedó sentada en la galería hasta el amanecer.

Cuando Marcela se levantó a las ocho de la mañana, encontró una nota de Amalia en la mesa de la cocina. Le decía que a las seis se había ido a la terminal para tomar un autobús a la ciudad. Arriba de la nota dejó la llave del coche, al suponer que después del escándalo del día anterior ya no viajaría a las tiendas con Luis.

El domingo por la mañana, Marcela estaba de rodillas en el jardín arrancando las malas hierbas y las buenas, y las flores, y las plantas, y todo lo que tenía delante, en un intento de sacarse la ira por todas las ofensas que había soltado Clara sobre su hija.

—Todo esto es por culpa del despreciable de mi ex. Seguro que él está disfrutando con su joven amante, gastando todo el sueldo en regalos y cenas espectaculares. Y nosotras soportando las agresiones de la señorona Zachari, sin abrir la boca, porque no podemos darnos el lujo de mandarla al diablo sin perder el trabajo —dijo Marcela, y arrancó la petunia blanca que había plantado días atrás.

—Estás destruyendo tu jardín —dijo Luis a sus espaldas.

—¡Luis! ¿Qué haces en mi casa? Deberías estar arreglando tu matrimonio —dijo Marcela. Se lo veía agotado, con barba de un día y ojeras. Otro que no había pegado ojo en toda la noche.

—Clara se ha ido —dijo Luis.

—Amalia también se fue. Ni siquiera quiso hablar conmigo. Solo me dejó una nota para avisarme de que regresaba a la ciudad.

—Ella va a estar bien.

—Cómo va a estar bien, si tiene que trabajar en el mismo lugar que tu esposa. La va a volver loca.

—Clara se ha ido de mi casa, de la tienda, de mi vida. Anoche se marchó furiosa —aclaró Luis—. El trabajo de ustedes no está en riesgo, Marcela.

—¿Quería que renunciáramos? —preguntó Marcela, pero Luis no respondió—. ¿Te has puesto en su contra por nosotras? ¡Oh, Luis! Eso me hace sentir mal.

—Me he puesto firme porque no acepto las injusticias. Si permito que Clara se salga con la suya, mañana o dentro de quince días habrá otra Amalia, otra Marcela, otra mujer que ella quiera que se largue de la tienda.

—Lo siento. Siento todos los problemas que estás teniendo por nosotras —dijo Marcela.

—No es la primera vez que pasa esto. Pero en algún momento tenía que tomar la decisión de acabar con las actitudes de Clara.

—¿Por qué tanto desprecio a mi hija, Luis? La juzgó sin conocerla —dijo Marcela.

—Eso hizo. Y no sé cómo disculparme. No pienso justificarla, pero ella todavía no se olvida de una situación difícil que nos tocó afrontar.

—Comprendo —dijo Marcela, aunque no comprendía nada, pero no pensaba hacerle preguntas indiscretas a su jefe—. ¿Tú estás bien?

—No estoy mal —aclaró—. Aunque habría preferido que esto no sucediera.

—Tu matrimonio se está desmoronando y tú no estás alterado.

—Ya me alteré ayer y estuve despierto toda la noche dándole vueltas a todo esto. Llegué a la conclusión de que está bien hacer una pausa en nuestra relación. Yo lo hice hace un tiempo. Me trasladé a Los Cerros, Clara se quedó en la ciudad, y funcionó. Ahora fue ella quien se marchó. Pero no hablemos más de mi problema. Cuéntame de Amalia y Ramiro.

—Sé lo mismo que sabes tú. Ayer los dos se pelearon delante de Clara. Tu esposa se puso histérica al descubrir que entre ellos parece que hay algo más que una relación laboral. No lo sabía hasta la discusión de ayer, aunque tuve mis sospechas el día que fui a tu casa a tomar un café y Clara se enojó con Amalia. Ese día Ramiro me acercó a casa y quiso hablar con Amalia. Se pusieron a discutir entre ellos, y después se fueron juntos. Me pareció extraño puesto que solo era su jefe. Pero mi hija nunca me contó nada.

—Creo que Ramiro se encandiló con tu hija desde el día que se presentó a la entrevista.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Por sus actitudes. Y por Camilo, el jefe de recursos humanos y amigo de mi hijo, que me dijo que en esa entrevista saltaban chispas entre ellos. El día que Amalia comenzaba a trabajar, Ramiro tenía que estar en la tienda de Las Lomitas para tratar un tema delicado. Ese día viajé a la ciudad, intrigado por corroborar lo que me había contado Camilo. Para mi sorpresa, mi hijo no viajó a Las Lomitas. Estaba en la ciudad, furioso porque Camilo la había contratado. Me

voy a convertir en su sombra, me dijo. Priorizó a tu hija al problema de la tienda de Las Lomitas. Según él quería despedirla. Pero saltaba a la vista que eso era una excusa.

—Y no se lo contaste a Clara.

—Por supuesto que no. A Clara no le cuento temas que pueden generar conflictos — aclaró Luis.

—Si insistes en mantenerla en una caja de cristal, tu matrimonio no está construido sobre bases sólidas.

—¿Crees que lo nuestro es una farsa?

—No quise decir eso. Lo siento, creo que no tengo derecho a opinar en una relación que no conozco —dijo Marcela, y abrió la boca horrorizada al ver al hombre que estaba en el ingreso de su casa, escuchando la conversación que mantenía con su jefe—. Maldición. En la puerta está el despreciable de mi ex —susurró Marcela.

—Esto sí que se pone interesante —dijo Luis, y se giró a mirar al hombre que estaba de pie en el ingreso—. ¿Quieres que me vaya?, aunque me gustaría quedarme. Así me olvido de mis problemas.

—Ni se te ocurra salir de mi casa. No solo vas a olvidarte de tus problemas, sino que tendrás un motivo para juzgarme. Te lo debo después de haberme metido en tu relación.

—Ya lo creo que me lo debes —dijo Luis, y sonrió porque después de tantos viajes escuchándola despotricar contra el despreciable, por fin podía conocer al hombre que le había arruinado la vida. Quizá la decisión de dejarla no había sido tan mala para Marcela. Luis no la conocía de antes, pero día a día ella iba floreciendo, y parecía feliz en Los Cerros.

—Marcela, te he llamado y te he enviado mensajes de forma insistente. Pero no respondiste a ninguno.

—No he tenido tiempo de ver tus mensajes. He estado ocupada tratando de saldar las deudas que nos dejaste —dijo Marcela, y lo miró con el entrecejo fruncido—. ¿A qué has venido?

—Me gustaría resolver de forma civilizada lo nuestro—dijo Miguel.

—¡Civilizada! En serio estás usando esa palabra. Te largaste con una mujer unos años mayor que tu hija porque querías sentirte joven, y no tuviste nada de civilizado cuando descubrimos que nos habías dejado en la ruina.

—Lo siento. Se me fue la cabeza. No pensé. Te juro por Amalia que...

—No jures por mi hija. Ella tuvo que dejar la facultad y ponerse a trabajar para pagar todos los gastos de tarjeta que nos dejaste. Doce meses. Por tu culpa estamos endeudadas durante doce meses —gritó Marcela.

—Has cambiado de trabajo. Y por lo visto ya me has reemplazado. Pensé que iba a encontrarte deprimida, pero estás espléndida.

—Han pasado cinco meses. ¿Crees que podía darme el lujo de llorar durante cinco meses? Y si te he reemplazado, no es asunto tuyo. Dime a qué has venido así te largas —gritó Marcela.

—Eras tan dócil, tan ama de casa. Pero pareces otra —aclaró.

—Soy otra. Ya no llego del trabajo y me pongo a limpiar como una idiota. Tampoco cocino. Trabajo muchas horas, incluso los fines de semana —aseguró Marcela—. ¿Tu amante disfruta de los bienes que compraste con mi tarjeta?

—A eso he venido. Quiero reponerte el dinero de las compras, Marcela. Quiero que no me odies por haberme enamorado de otra.

Luis miraba a ese idiota y no podía creer que Marcela hubiera estado casada con él.

—¿Tienes los gastos de la tarjeta, Marcela? —preguntó Luis. Marcela asintió—. Tráelos que vamos a sacar cuentas, y a sumar los intereses por los meses de atraso.

—¿Usted quién es?

—Yo soy Luis —aclaró.

—No voy a tratar mis asuntos familiares con un extraño.

—Miguel, tú y yo ya no somos familia. El único extraño en mi casa eres tú —aseguró Marcela.

—Eso mismo pensé yo —dijo Luis—. Trae los pagos de la tarjeta y lo que sea que te ha quitado este desvergonzado.

—No sabe nada de mí para hablarme de esa forma.

—Me basta con ver el sacrificio que están haciendo Marcela y su hija para salir del desastre que les dejó usted. Le va bien el apodo de despreciable que le puso su ex.

—Todavía no es mi ex —dijo Burton.

Marcela vino con todos los pagos de tarjeta, y agregó el resumen de la cuenta bancaria que le había facilitado el banco, donde figuraba el retiro de los ahorros, que había hecho su ex cuando se marchó de su casa.

—Vaya. No sabía que era tanto lo que te había robado del banco.

—No soy un ladrón.

—En términos legales no, pero moralmente usted ha estafado, engañado y traicionado la confianza de su familia. Con razón tu hija estaba tan desesperada por conseguir ese premio.

—¿Qué premio? —preguntó Burton.

—No es asunto tuyo —dijo Marcela.

—No puedes negarme que quiera saber cosas de nuestra hija.

—Amalia te llamó porque estábamos desesperadas, y no le atendiste el teléfono. De mis labios no vas a saber nada de ella —aseguró Marcela.

Luis estaba sacando cuentas con el móvil, y soltó un silbido al descubrir el monto de la

deuda.

—No sé qué cálculos está sacando. Pero no ponga extras porque no tengo demasiado dinero —se quejó Burton.

—Haber pensando antes de gastarlo —comentó Luis—. ¿Puedo hacerle una pregunta, Burton? —preguntó Luis.

—La hará aunque le diga que no —comentó.

—¿A qué se debe su interés por pagar?

—Solo quiero quedar en buenos términos con mi mujer.

—Ya no soy tu mujer —aclaró Marcela.

—Lo eres mientras no estemos divorciados —aseguró Burton.

—Y usted quiere el divorcio —dedujo Luis.

—No es asunto suyo.

—Todo lo que se refiere al bienestar económico de Marcela y Amalia es asunto mío —aclaró Luis.

—¡Te has buscado un amante que solo se interesa por el dinero! —exclamó Burton.

Marcela miró a Luis sin saber qué decir.

—No quiero su dinero. Solo deseo que esté tranquila y que vuelva a ser feliz —aclaró Luis, Marcela lo miró con la boca abierta. Luis no negó que era su amante, es decir, estaba dejando que el despreciable creyera que tenían una relación. ¡Dios mío! ¿En qué lío se estaba metiendo? No quería ni imaginar que Clara los estuviera escuchando. Marcela quería que se la tragara la tierra. Su ex estaba igual de sorprendido con esas palabras que no revelaban que eran amantes, pero tampoco lo descartaban—. Yo soy quien la sacó del apuro económico. Digamos que además de intentar que tenga una vida feliz, vendría a ser el prestamista de Marcela —dijo Luis.

—¡Dios mío! No puedo creer que te hayas liado con este hombre, y encima hayas aceptado un préstamo usurero. Te dice palabras bonitas, y por atrás está intentando sacar tajada, que tengo que pagar yo —aseguró.

—Estás pagando lo que nos robaste. Y no tienes autoridad moral para juzgarme. ¿O pensaste que me iba a pasar el resto de mi vida llorando porque me dejaste? —preguntó Marcela, apoyando la mentira de su jefe—. Si Luis no me hubiera ayudado, tendría que haber dejado que me bloquearan la tarjeta de crédito. Pero esa no era una opción, Miguel. Amalia y yo la necesitábamos para vivir.

—Yo no quería... No pretendía dejarte.... Estoy arrepentido.

—En mi vida ya no hay espacio para los arrepentidos —aclaró Marcela.

—Me refiero a la forma en que resolví este tema, Marcela. Tendría que haber actuado de otra forma.

Marcela se ruborizó. Había entendido que Miguel se había arrepentido de dejarla y venía a suplicarle que lo perdonara. ¡Qué idiota! Él solo se arrepentía de la forma en que la dejó.

—Quiero pagar, Marcela, pero no tengo tanto dinero en la cuenta.

—¿A qué se debe su insistencia por devolver lo que les robó? —preguntó Luis, furioso al descubrir la vergüenza de Marcela. Él también había interpretado que quería volver con ella. Pero el tipo era rastrero, y si había aparecido era porque tras ese acto de nobleza tenía un interés egoísta. Luis esperó que le respondiera, y como no habló le soltó su deducción—. Muchos se arrepienten de lo que hicieron cuando quieren conseguir algo. Usted ha venido porque quiere el divorcio y sabe que no lo va a conseguir si no paga.

Marcela miró asombrada a su jefe. A ella no se le había ocurrido que detrás de su deseo de arreglar las cosas, tenía otros intereses. Quizá porque aún intentaba asimilar que tenía a su ex en el jardín de su casa de Los Cerros. Si no la hubiera sorprendido, quizá se habría dado cuenta que el despreciable no iba a regresar por el simple deseo de quedar en buenos términos, como dijo. Miguel se retorció las manos y tenía el entrecejo fruncido. Luis había acertado.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Miguel a su mujer.

La cifra que soltó Luis después de hacer los cálculos la dejó muda. Su ex tenía el entrecejo tan fruncido, que toda la juventud que le había aportado su amante había desaparecido. Parecía diez años mayor que cuando lo vio en el ingreso de su casa, con dos maletas en la mano, diciéndole de forma tan fría que con su joven amante se sentía más vivo que nunca.

—¿De dónde ha sacado semejante cantidad?

—Acá están los doce meses de tarjeta. Más los intereses de los meses que solo podían pagar el mínimo. A eso le sumé los intereses que me corresponden por el préstamo que le hice a Marcela.

—No tengo ese dinero —aseguró.

—Haberlo pensado antes de gastarlo —dijo Luis, tan relajado como tenso estaba Burton—. Pida un crédito, hombre. Dejó a Marcela y a su hija en una situación terrible, y ellas trabajan sin descanso para pagar sus impresionantes gastos, y le aseguro que ellas no disponen de un mísero dinero para darse un gusto.

—¿Quiero el divorcio? Pero tenemos que llegar a un acuerdo sobre la deuda.

—No es mi deuda. Es tuya —dijo Marcela.

—Los ahorros del banco eran mitad para cada uno.

—No le da vergüenza, Burton. Yo creo que perdió el derecho de negociar cuando las dejó tiradas y con deudas hasta la cabeza —aseguró Luis.

Marcela habría cedido. Ella había creído que si volvía a verlo se pondría a llorar, o a rememorar la vida que él había tirado por la borda. Habían compartido tantos años felices que hasta creyó que podría perdonarlo. Pero allí estaba Miguel, su marido por más de veinticinco

años, y no encontraba ningún sentimiento por el hombre que había amado. Ya no lo amaba. Tampoco lo odiaba. Ya no había nada. Él era una etapa cerrada, y si hubiera venido a pedirle perdón o una oportunidad, no se la habría dado. Él era su pasado.

—La mitad del dinero del banco te la puedes quedar. Pero no voy a firmar un divorcio hasta que no deposites en mi cuenta todo lo que nos debes, con los intereses que le debo a Luis.

—¡Luis, así a secas! —ironizó el despreciable.

—Luis Zachari —se presentó Luis.

—¡El de las tiendas!

—Ese mismo.

—¿Y me va a cobrar intereses usureros con lo que gana?

—Así hago mi dinero —ironizó Luis.

—No te pediría el divorcio si mi mujer no estuviera...

—A Marcela no le interesan sus problemas, su vida ni la de su mujer. Solo necesita que deposite el dinero en su cuenta, y hágase cargo de los gastos del divorcio —dijo Luis.

Marcela seguía muda. Luis no le dejó terminar la frase al despreciable para evitarle otra humillación. No le hacía falta. Algunas cosas no necesitaban palabras. Miguel quería el divorcio porque su amante estaba embarazada. No tuvo dudas que la mujer le había exigido que finiquitara su pasado, y él iba a complacerla costara lo que costara.

—Te voy a enviar mi cuenta bancaria para que me hagas el depósito. La que vaciaste, por razones obvias, la di de baja.

—Quizá demore un mes en conseguir el dinero —dijo, sin comentar nada de la cuenta.

—Los intereses siguen corriendo —aclaró Luis.

—Usted es un hombre despiadado.

Marcela no podía creer su descaro.

—Tienes una cara de piedra que no se puede creer. ¿Sabes lo que sucedió cuando te fuiste?, no, qué vas a saber si estabas disfrutando de tu luna de miel con tu amante, a costa de nuestro sacrificio. Yo lloraba porque me sentía humillada. Me preguntaba todos los días qué había hecho mal. Quizá debería haberme arreglado más, debería haber hecho deportes para tener un mejor cuerpo. Y comencé a beber para no pensar. Me emborrachaba mientras tú hija, la que tiene siete años menos que tu amante, tuvo que dejar sus estudios y salir a buscar un trabajo para solucionar el desastre que nos dejaste, porque yo no hacía más que compadecerme. ¡Y tú tienes el descaro de llamar despiadado al hombre que me ayudó a salir de la bancarrota! Sabes qué, si quieres el divorcio vas a tener que devolverme todo el dinero que te llevaste del banco. Ya me arrepentí de la mitad que decidí perdonarte. No te corresponde. También quiero las reservas que te llevaste de la caja donde guardaba el dinero para el mes. Amalia y yo hemos pasado meses terribles por tu culpa. Y tú no te mereces ningún arreglo amigable —dijo Marcela.

Luis la miró orgulloso. El despreciable la observaba con tristeza, como si recién comprendiera las consecuencias de lo que él había provocado.

—No quería hacerte daño, Marcela. No quería que mi hija dejara de estudiar. No pensé en nada. Me cegué y solo pensé en mí. Voy a conseguir un préstamo para devolverte el dinero, aunque nunca podré compensarlas por el daño que les hice —dijo Miguel, y se marchó de la casa.

Marcela soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Estás bien? —preguntó Luis.

—La verdad es que sí. Sabes, no sentí nada por él. Es como si nunca lo hubiera querido. Ya no puede hacerme daño —comentó mientras lo miraba alejarse.

—Esa es una gran noticia.

—Y todo te lo debo a ti. Si hubiera estado sola, lo habría insultado, le habría soltado toda la ira que llevaba adentro, y no habría negociado con tanta inteligencia como lo has hecho tú.

—Se me da mejor resolver los temas económicos —dijo Luis, y parecía triste. Marcela supuso que Luis estaba pensando en lo difícil que le resultaba arreglar sus problemas familiares —. Lo que acaba de pasar es una especie de triunfo. ¿Quieres que vayamos a comer para festejar? —preguntó Luis.

—Luis, fingiste tener una relación conmigo y te lo agradezco de corazón. Estuvo genial porque mi ex quedó descolocado. Sin tu ayuda no habría conseguido nada. Pero no es buena idea que vayamos a cenar. Piensa en Clara, en tu familia, en todo lo bello que han construido. Tú tienes que recuperar a tu esposa —dijo Marcela.

—Tienes razón. Es una pésima idea. Me has sacado un peso de encima al rechazarme. Amo a Clara a pesar de sus exabruptos y sus celos.

—Lo sé. Y no tengo dudas de que ella te ama, Luis.

—Nos vemos el lunes, Marcela—dijo Luis, y sonrió mientras se alejaba, contento de que lo rechazara.

La que estaba desconcertada con lo que acababa de pasar en la casa de Marcela era Clara, aunque ni Marcela ni Luis se enteraron de que ella había presenciado todo lo que sucedió.

—¿Mamá, se puede saber qué diablos haces instalada aquí? —preguntó Marisol, que acaba de llegar al hotel Altos de Montaña, donde se había refugiado su madre después de la terrible pelea que había tenido el día anterior con su padre—. Me imaginé que te habrías largado

a algún hotel a cientos de kilómetros. No que me ibas a llamar para que viajara de urgencia a “Los Cerros” —recalcó el pueblo, porque ni ella podía creer que se hubiera instalado en el hotel que estaba a pocas cuadras de la casa que tenían en Los Cerros.

—Tenía que investigar, Marisol —dijo Clara, que dejó de mirar desde el ventanal de su habitación el hermoso parque del hotel para mirar a su hija. Su preciosa hija tenía un rostro tan delicado que parecía una muñequita, aunque en ese momento tenía el entrecejo fruncido por la preocupación. La culpa era suya que le había pedido que viniera de urgencia, y su pobre hija había corrido a Los Cerros para ver qué diablos le pasaba a la loca su madre.

La noche anterior, la pelea con su marido había sido épica, y cuando se fue de la casa de Los Cerros le dijo a Luis que la relación entre ellos estaba acabada.

—¿Investigar qué? —preguntó Marisol. Creía que su madre ya había pasado todos los límites razonables, pero al parecer le faltaban algunos.

—A tu padre.

—Pero si papá te adora —exclamó Marisol.

—Lo seguí. Esta mañana me levanté temprano y me escondí en el jardín de la casa de los vecinos, la que los Fuentes solo usan en las vacaciones. Ellos no estaban y me quedé esperando que tu padre saliera.

—No puedo creer lo que estás haciendo.

—Tenía que descubrir si tu padre me engañaba, Marisol.

—Y supongo que descubriste algo.

—Él salió cerca de las diez de la mañana. Sin afeitarse y con ojeras. Te juro que me alegré de verlo en ese estado, porque me dije que era por mí.

—Tú no tienes remedio —aseguró Marisol—. ¿Y descubriste algo?

—Se fue a la casa de Marcela Burton.

—¿Qué!

—Eso mismo dije yo. Lo maldije cuando lo vi entrar al jardín. Por suerte Marcela estaba afuera y pude escuchar lo que hablaron. Estaba furiosa, arrancando todas las plantas.

—¡Oh, Dios! Papá sería incapaz de engañarte. ¿Qué diablos descubriste, mamá?

—Descubrí muchas cosas, hija. Tu hermano está encaprichado con la chica Burton. Tu padre lo suponía desde que ella entró a la tienda, y no me dijo nada —dijo Clara.

—Eso lo suponíamos todos, mamá. No entiendo cómo a ti se te pasó por alto.

—Tuve mi desconfianza el día que estábamos tomando un café con Ramiro en su oficina. Escuchamos a los empleados burlarse de la forma en que le habían arrebatado el premio a Amalia, y tu hermano enloqueció. Pero no sospeché porque Ramiro odia las injusticias, las traiciones, las malas artes.

—Es comprensible —dijo Marisol—. ¿Por eso me has hecho viajar con tanta urgencia?

—Marisol, tu padre le dijo a Marcela que me ocultaba cosas para no alterarme. ¿Acaso soy una loca?

—Después del escándalo de ayer, es comprensible que papá no te cuente algunas cosas.

—¡Tú también, Marisol! —exclamó clara—. Luis fue a la casa de Marcela para asegurarle que ella y su hija conservaban el trabajo. Tu padre se puso de parte de ellas. Al menos, Marcela tuvo la delicadeza de decirle que se sentía mal por ser la culpable de nuestra pelea.

—¿Papá le contó la pelea que tuvieron anoche?

—No entró en detalles. Le dijo que yo me había ido de la casa. Habría sido vergonzoso que le contara los insultos que le solté, o que le dijera que había gritado que las elegía a ellas antes que a mí.

Marisol arqueó las cejas. Conociendo a su madre entendía que su padre le ocultara algunas cosas.

—¿Y qué descubriste, mamá?

—Llegó el ex de Marcela y los tres se pusieron a discutir. Cuando tu padre insinuó que eran amantes...

—¿Insinuó?

—Eso hizo. Estuve a punto de entrar y armar otro escándalo. Y menos mal que no lo hice. Ni te imaginas lo que me costó mantener los pies clavados al suelo y la boca cerrada.

—Créeme que me lo imagino.

—Me puse a llorar porque creí que lo había perdido, Marisol. ¿Y sabes lo que pasa cuando sientes que todo se ha ido al diablo?

—No tengo ni idea.

—Qué piensas. Que recapacitas. Que toda tu vida pasa por tu mente en un maldito segundo. Y me di cuenta que me habría gustado ser diferente, más accesible, más comprensiva, más empática, más humilde, más solidaria con las desgracias ajenas. Pero todo lo que deseas ya no sirve, porque el hombre que amas está confesando que tiene una relación con otra.

—Mamá —susurró Marisol, porque era la primera vez que su madre se detenía a pensar antes de atacar.

—Luis discutió con el ex de Marcela. Le dio a entender que la quería y que haría cualquier cosa para verla feliz. Y yo no dejaba de llorar. Me estaba rompiendo en pedazos. También dijo que le había hecho un préstamo para que saldara las deudas que les había dejado. Y yo cada vez me sentía más humillada. Me sentía vencida.

—No es tarde, mamá —susurró Marisol.

—Es que todo era una farsa, Marisol. No solo se lo creyó en ex de Marcela, también me lo creí yo. Cuando el hombre se fue, Marcela le agradeció la farsa. Luis la invitó a comer, y ella

le dijo que volviera conmigo, Marisol. Le dijo que arreglara las diferencias que tenía conmigo. Yo he tratado mal a su hija, y ella le aconsejaba a Luis que arreglara nuestro problema —dijo Clara, y se le resbalaron las lágrimas—. ¿Cómo arreglo todo esto, Marisol? He sido tan mala con esa chica. La he menospreciado. Yo no quería que tu hermano se enamorara de una empleada, no porque la considere inferior, Marisol. Yo también empecé siendo empleada de la tienda.

—Lo sé, mamá. ¿Vas a ir a ver a papá?

—Con qué cara. No te das cuenta que me he comportado como una desquiciada con las dos mujeres. Desde que las conocí, no he dejado de juzgarlas y menospreciarlas —dijo Clara.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Marisol.

—Voy a irme unos días. Por eso te hice venir. Quería que tú supieras que tu madre cometió un terrible error. No estoy huyendo, solo quiero estar sola para pensar. Tu padre se sinceró con una extraña, hija. Es capaz de confesarle a una empleada lo que no me cuenta a mí. ¿Sabes que le dijo Marcela?

—No, mamá.

—Le dijo que si insistía en mantenerme en una caja de cristal, nuestro matrimonio no estaba construido sobre bases sólidas. Lo más triste es que tiene razón.

Esa noche, Marisol llevó a su madre a Las Lomitas para tomar un autobús que la llevó no muy lejos. Su deseo era quedarse en un lugar donde no tuvieran tiendas para que nadie supiera dónde estaba.

Marisol la saludó con la mano. Su madre iba rumbo a recuperar a la Clara llena de sueños que había sido de joven. La joven humilde que se había perdido cuando se enamoró del dueño de la tienda de sus sueños.

CAPÍTULO 25

El lunes después del desastre, Amalia Burton entró a Zacha a las diez de la mañana. Con su decisión de llegar una hora y media tarde le estaba dando un claro mensaje a Clara Zachari, que la había tildado de oportunista, interesada y ya ni recordaba cuantas ofensas más. También le estaba dando una señal a sus envidiosos compañeros: ella ya no estaba en la carrera por el premio.

A partir de ese día ya no sería considerada una empleada ejemplar, y eso también la sacaba de cualquier lucha por un ascenso en Zacha. Esa decisión era la forma que encontró para demostrarle a Clara que ella no estaba con su hijo por interés.

A Ramiro no tenía que demostrarle nada, puesto que era él quién había estado persiguiéndola desde que entró a la tienda. Al principio él quería echarla, y ella estaba decidida a quedarse. Esa lucha tuvo un efecto que ninguno esperaba. Entre ellos saltaban chispas, y ninguno pudo resistir la atracción que sentía por el otro. Ella se había enamorado de su enemigo.

Pero dos días atrás todo había cambiado. Ya no había una relación entre ellos. Y la empleada ejemplar había dado paso a una irresponsable. Solo esperaba que no la echaran de Zacha hasta que terminaran de saldar las deudas.

Cuando regresó a su casa no se puso a llorar por los desprecios de Clara. Estaba triste porque la había juzgado injustamente. Pero lo que más le dolía era descubrir que mientras ella se enamoraba de Ramiro, él le había ocultado muchas cosas.

¿Lo odiaba?, no, pero se sentía traicionada. Ella había sido sincera y él no. “Nada de tener relaciones personales con las empleadas de la tienda”, era la frase que lo había cambiado todo. La que le permitió deducir que Ramiro la había tenido a prueba todo el tiempo que estuvieron juntos. Suponía que su atracción por ella le había hecho tirar por la borda esa frase, que al parecer repetía como un mantra para no caer el error de tropezar dos veces con la misma piedra, como le había reprochado Clara.

La noche anterior, Ramiro fue por su casa y se cansó de golpear la puerta. Le pidió, le suplicó, que le abriera y lo escuchara. También le dijo que traía la cena. Pero Amalia no le abrió, no podía escuchar sus razones o excusas cuando todavía estaba tratando de asimilar lo que había pasado en la casa de su madre. Ramiro se marchó después de varios minutos de insistir. Y ella no pegó ojo en toda la noche.

Después de pasar la tarjeta, Amalia subió al segundo piso y caminó hasta el sector de indumentaria. Había muchas clientas y las vendedoras estaban todas ocupadas.

—Llegas tarde —dijo Karina.

—Lo sé, Karina. Me dormí —dijo Amalia.

Karina arqueó las cejas.

—Quizá ya no te interesa ser la mejor vendedora del sector. Claro, qué te puede interesar si te han propuesto para reemplazarme o para ocupar el cargo de jefa de compras de indumentaria —dedujo. Amalia detectó cierto cinismo en su voz. Bueno, Karina no estaba feliz de que la nueva, que había entrado con unas referencias ridículas, fuera la candidata para reemplazarla, o para el ocupar el cargo de jefa de compras en indumentaria, que era el que Karina también ambicionaba—. De nada sirve que te postulen si no demuestras responsabilidad.

La deducción de Karina no era una novedad para Amalia. Si era lo que estaba buscando.

—Quizá mi deseo es demostrar mi irresponsabilidad para el puesto —dijo Amalia, y Karina la miró con el entrecejo fruncido.

—Eso no te lo cree nadie. Quién en su sano juicio rechazaría la oportunidad que te han dado a ti.

—¿Tanto te cuesta entender que mi meta no es ascender, Karina? —preguntó Amalia—. Yo necesitaba el dinero del premio para salir de un problema económico. Pero no tiene sentido ser responsable y dedicada. El premio no lo gana el mejor empleado del mes, sino el más traicionero.

Karina la miró por largos segundos, y después de pensarlo asintió.

—Muchos de tus compañeros se van a alegrar —dijo Karina.

—Algo falla de la gran familia de Zacha si se alegran por las desgracias ajenas —aclaró Amalia.

Karina no supo que responder porque ella tenía razón. Y en ese momento sintió cierta empatía con la joven que entró sin referencias y demostró una gran habilidad en ventas. Ella había intentado minimizar su capacidad y frenar sus ventas, movida por la revolución que provocó su llegada al sector. La había juzgado y menospreciado sin conocerla.

—Vete a vender, Amalia, que es lo se te da bien a pesar de tus ridículas referencias.

Amalia asintió y se alejó de su jefa. Se prendió en el trajecito la tarjeta con su nombre y se pasó el día intentando esquivar a las clientas. Incluso, cuando algunas de las mujeres vinieron a pedirle que las ayudara a elegir algo elegante para una fiesta, ella les dijo que ese día le habían asignado otras tareas, pero llamó a una compañera, que se llamaba Teresa, para que atendiera a sus clientas. A la pobre se le daba fatal, y decidió darle una ayudita para que mejorara su poca habilidad.

—Pero si te están buscando a ti —susurró Teresa—. Y yo no tengo esa capacidad innata

para mirar a la clienta y saber qué le queda bien.

—Yo te voy a guiar para que aprendas. No es tan difícil. Solo tienes que prestar atención a su aspecto físico, el color de su piel, ojos, cabello. Pero sobre todo fíjate en su actitud. Hay una prenda esperando a cada clienta, y tú tienes que ayudarla a encontrar la que le haga sentir cómoda y elegante. Por ejemplo, si una persona entra cohibida, ofrécele distintas opciones hasta que encuentre una que la haga sentir segura. Tú te vas a dar cuenta cuando salga del probador, lo vas a ver en su cambio de postura y en los gestos de su rostro. Tienes que ser una especie de psicóloga para descubrir que la enaltece. Puedes probar con prendas diferentes de las que usa, prendas más atrevidas o coloridas, o lo que te parezca que la puede favorecer. Al principio cuesta, pero con la práctica vas a ir descubriendo que de solo ver a una persona, sabrás que ofrecerle —aclaró, y dedicó más de una hora en ayudarla a encontrar el estilo que podía realzar la belleza de la clienta que tenían delante.

Teresa aprendió algunos trucos, y Amalia la ayudó durante toda la jornada. Al día siguiente se alegró cuando la clienta volvió a buscarla para comprar prendas de diario, y le dijo que en la semana vendría con su hija para que la ayudara porque tenía un gusto pésimo para vestir.

Ramiro no podía creer lo que estaba haciendo Amalia. Su actitud era de una generosidad admirable, si no fuera porque en lugar de vender se ponía a enseñarles a las compañeras, que antes la odiaban, sus buenas artes como vendedora.

Ramiro llevaba dos días viendo como se distanciaba de él y se congraciaba con sus compañeras. Él había intentado hablar con ella. Había ido dos noches seguidas a su casa sin que le abriera la puerta. Y en la tienda no se habían cruzado porque ella lo estaba evitando.

Pero esa tarde se iba a acabar. Marisol le acababa de contar que las vendedoras de indumentaria habían invitado a Amalia al bar después del trabajo, y él iba a unirse a la salida aunque nadie lo hubiera invitado.

Al parecer sus compañeras ya no la odiaban. Los empleados tenían la costumbre de reunirse en el bar todos los viernes. Pero con Amalia estaban rompiendo la rutina, puesto que la habían invitado un día martes, como si hubieran armado una salida especial para demostrarle que ya no había envidia entre ellas. Qué envidia podía haber si todas vendían menos Amalia, que parecía la profesora dando una clase práctica de cómo convencer a la clienta de comprar hasta el agua de los floreros.

A última hora de la tarde, Ramiro bajó a recursos humanos para buscar a Camilo porque no iba a ir solo. Quería dejarse caer por el bar con su amigo, como si el encuentro fuera pura casualidad.

—Vamos al bar de la esquina a tomar algo —dijo al entrar a su oficina.

—Todavía tengo trabajo —comentó Camilo.

—Déjalo para mañana.

—No creo que sea buena idea —aclaró Camilo.

Ramiro arqueó las cejas.

—Te estás refiriendo al trabajo o a ir a tomar algo al bar.

—Sabes que el trabajo lo puedo terminar mañana. El fin de semana Marisol vino a mi casa —dijo Camilo a modo de explicación, aunque no apartó la mirada de ordenador, sabía que Ramiro estaría frunciendo el entrecejo o pasándose la mano por el cabello.

—Con Marisol las noticias vuelan —dijo Ramiro, y se frotó el cabello.

—Ni que lo digas —dijo Camilo, y miró a su amigo. Sonrió al ver que tenía el entrecejo fruncido y el cabello despeinado—. Me contó lo que había pasado en Los Cerros. Me refiero al escándalo que hizo Clara en la casa de tu ¿suegra? —ironizó. Ramiro lo fulminó con la mirada—. Por Marisol me enteré que llevas meses viéndote a escondidas con Amalia. ¿Hace falta que te recuerde la apuesta que hicimos porque la querías poner de patitas en la calle?, creo que no. No puedo creer que del odio hayas pasado al amor en un parpadear.

—Nunca la odie. Solo me sacaba de las casillas.

—Soy tu amigo de años, y no me lo contaste. ¿Y ahora quieres que te acompañe al bar para ponerla en evidencia delante de las compañeras que están comenzando a aceptarla?

—Marisol también te contó lo del bar —dijo Ramiro, y Camilo asintió.

—Maldición, piensa en ella no en ti, Ramiro —pidió Camilo.

Ramiro frunció el entrecejo. Qué podía decirle si Camilo tenía razón en todo.

—Mi madre lleva dos días desaparecida. Mi padre dice que se alejó de todo.

—Lo sé. Ni siquiera ha venido a Zacha en los últimos dos días.

—Amalia no me recibe en su casa, no quiere hablar conmigo.

—No me sorprende. Según Marisol tu madre te puso en evidencia al contar que repetías como un mantra que no querías tener nada personal con las empleadas de la tienda.

—Eso ya lo sabes.

—Pero Amalia no lo sabía, Ramiro.

—Sé todos los malditos errores que cometí. Solo quiero explicarle por qué con ella tiré por la borda mi decisión —dijo Ramiro.

—¿Delante de sus compañeras?

—Por supuesto que no. Pero es mi oportunidad de acercarme a Amalia. Te prometo que no voy a ponerla en evidencia.

—Está bien. Vamos al maldito bar —dijo Camilo.

Amalia no tenía deseos de ir a tomar una copa con las compañeras que la habían despreciado desde que entró a Zacha. Su decisión de enseñarle a Teresa a vender, no era generosa. Ella solo quería demostrarle a Clara que sus acusaciones eran injustas, y su forma de hacerlo era dejar de ser una empleada ejemplar para que se enterara que le importaba un pimiento el cargo que pensaban darle. Ya sabía que su actitud era infantil y estúpida, pero era la única que se le ocurrió para limpiar su nombre. Teresa nunca se había metido con ella. En realidad, era indiferente a sus problemas en el sector porque nunca podía competir por el famoso premio. Su postura imparcial la impulsó a darle una mano, pero no porque se considerara un ángel que quería ayudarla, sino porque así evitaba vender. Si hubiera podido, ya habría presentado la renuncia. Pero no podía dejar a su madre a la deriva. Ya demasiado tenía con lidiar con la traición de su padre, para cargar sobre sus hombros el peso de las deudas que faltaban de pagar.

—No deseo estas amistades falsas —dijo Amalia a Lea.

—No tienes que hacerte amiga. Solo acepta esta vez y después puedes poner la excusa que quieras. Es una forma de mantener una buena relación con nuestras compañeras.

—Una armonía que solo existe porque he renunciado al premio —dijo Amalia—. Son tan cínicas, que todas vinieron a buscar consejos cuando vieron lo que Teresa había vendido en un día. Me rechazaron sin conocerme, y ahora me palmean el hombro porque les conviene—susurró Amalia, que caminaba al bar junto a Lea, siguiendo a sus compañeras de sector.

—*C'est la vie* —dijo Lea.

—¿Desde cuándo hablas francés?

—No lo hablo. Solo me sé esa frase —aclaró Lea—. Mueve el culo que todas entraron al bar. Al menos que te paguen la bebida por los consejos que les estás dando.

—En eso tienes razón —dijo Amalia, puesto que si seguía encaprichada en no vender, no tendría ni para pagarse un trago en el bar—. *C'est la vie*. Me quedo tu frase, si no te importa.

—La podemos compartir sin problema.

—Eres una buena amiga, Lea —dijo Amalia. Y era cierto. Desde su llegada a Zacha Lea se había convertido en su amiga más preciada. No era envidiosa o resentida. Era quien le permitía entender que en la tienda había gente sincera, desinteresada, gente con valores.

Amalia traspasó la puerta del bar deseando que la reunión acabara lo antes posible para regresar a su casa. Sus compañeras estaban juntando varias mesas y las llamaron a gritos.

—¡Qué cambio más asombroso! —admiró Lea, y sacudió las manos para decirles que ya las habían visto.

—¿Cuánto les va a durar? —preguntó Amalia.

—El tiempo que decidas mantenerte lejos del premio —dijo Lea.

Se acercaron a la mesa y Alicia, una de las vendedoras que se había mostrado más resentida, más envidiosa, más despectiva, corrió la silla de la cabecera. Era una mujer de treinta años, con mechas claras en el cabello y ojos negros. Era bastante atractiva, aunque su soberbia le quitaba todo el encanto.

—Eres nuestra invitada especial —dijo Alicia.

—Prefiero ser solo una más del grupo —dijo Amalia, rechazando el lugar de honor y sentándose entre Lea y Teresa.

Alicia se encogió de hombros y ocupó la cabecera de la larga mesa. Eran más de diez mujeres, y Amalia dedujo que habían invitado a algunos compañeros de otros sectores. Lo que no sabía era para qué había venido tanta gente.

El camarero se fue con los pedidos. En los primeros minutos cada uno hablaba con la persona que tenía sentada al lado. Amalia se relajó al ver que la reunión era más agradable de lo que había imaginado. Pero la sensación de alivio se esfumó cuando el camarero regresó con las bebidas y unos cuantos ojos se posaron en ella, como si estuvieran recordando que era la invitada especial.

—Qué tal si nos cuentas tu habilidad para hechizar a las clientas —pidió una mujer de mediana edad—. Yo estoy en bisutería y marroquinería.

—Y yo en perfumería —dijo otra.

Lea arqueó las cejas y Amalia frunció el entrecejo.

—Perfumería no es mi fuerte —aclaró Amalia.

—Pero seguro que sabes recomendarles a tus clientas carteras o alguna joya que haga juego con las prendas.

—La verdad es que siempre se me dio bien el tema de la ropa. Cuando Salía de compras con mis amigas, siempre les hacía alguna sugerencia —comentó Amalia, y se removió incómoda en la silla porque no se imaginó que esa invitación era para seguir dando clases de cómo vender.

—Y si una clienta te dice que tiene una fiesta, y que se va a poner un vestido negro ajustado con unos tacos de vértigo, ¿qué collar le quedaría bien?

—Si tú fueras la clienta, te quedaría bien un collar que no sea demasiado largo— respondió Amalia.

—¿Por qué un collar no demasiado largo? —preguntó la mujer.

—Porque te falta altura, y creo que no te quedaría bien.

La mujer frunció el entrecejo mientras las otras reían.

Amalia bebió un trago del jugo de naranja para pasar el incómodo momento, y se atragantó cuando escuchó una risa masculina a sus espaldas. Una risa que ella conocía bien, porque la había escuchado mientras cenaban y ella soltaba algún comentario irónico. También la había escuchado en su oído, cuando los dos estaban acurrucados en la cama después de hacer el

amor.

—¡Me estás diciendo que soy enana! —exclamó la mujer.

—Yo no he dicho eso. Me has pedido que te sugiera un collar para una clienta imaginaria. Y yo te puse a ti como si fueras la clienta, y te imaginé con un vestido negro apretado y tacos altos. Un collar largo no te va a hacer crecer en altura —comentó Amalia—. Bueno, es solo mi opinión, y no soy experta. Solo miro a la gente y me la imagino con distintas prendas y complementos.

—Este mes has quedado afuera del premio —dijo Alicia.

—Creí que era una salida para distraernos, no para indagar a nuestra compañera —comentó Lea.

—Lea tiene razón —dijo Teresa.

—Pero es interesante que nos cuente sus habilidades. Todos nos podemos beneficiar —aclaró Carmen, otra de las vendedoras de indumentaria que la había ignorado desde que entró a trabajar.

—Mis habilidades son algo que se me da de forma natural —aclaró Amalia.

—Eso lo sabemos. Has entrado sin las referencias que nos exigieron a todos, y eres la que más vende. Eso es injusto, y sería egoísta de tu parte no compartirlas con nosotras. A Teresa le diste algunos consejos —dijo Alicia—. ¿Por qué no compartir generosamente tus habilidades con el resto de tus compañeros?

—Porque necesito ver a la clienta para hacerme una idea de lo que le puedo recomendar —dijo Amalia, y volvió a beber de su jugo. Al paso que iba, la bebida se le iba a terminar antes de que dejaran de interrogarla.

—Alicia, la generosidad empieza por casa. Y por lo que ha llegado a mis oídos, tú no te has comportado de forma agradable con ella —dijo Ramiro, como si fuera uno más de los invitados a la mesa de las vendedoras.

Amalia se removió incómoda en la silla con el giro que había tomado la supuesta salida desinteresada. Y apretó los puños al escuchar que Ramiro se metía en la conversación sin que nadie lo hubiera invitado. Quiso decirle que no necesitaba que la defendiera. Pero optó por mantener la boca cerrada. No pensaba generar una discusión con él, que los dejaría en evidencia delante de esas víboras. Porque si se enteraban... todo sería más difícil para ella dentro de Zacha.

¿Ese sería el motivo por el que Ramiro no quería que los empleados se enteraran de su relación?, dedujo que sí, pero sospechaba que no era el único.

—¿Quién te ha ido con el cuento? —preguntó Alicia, sin amilanarse.

—Tengo ojos. No te olvides que desde mi oficina controlo todo lo que pasa en la tienda —aseguró Ramiro.

—¿Nos estás espiando? —preguntó Alicia.

—Estoy controlando el buen funcionamiento del negocio, Alicia. Me gusta ver que los clientes se van satisfechos.

—Y de paso cotilleas como se llevan los empleados.

—Tu deducción no es exacta. El problema en el sector salta a la vista. Para pedir generosidad, hay que darla, Alicia —dijo Ramiro.

A Amalia se le iban a romper los dientes de tanto apretarlos. Estaba furiosa con Ramiro, que seguía decidido a meterse donde no lo llamaban a pesar de que sus palabras no lo beneficiaban, porque las empleadas lo estaban acusando de espiarlas.

—La hemos invitado a compartir una copa en el bar —se excusó Carmen.

—Eso es cierto, solo que se olvidaron de decirle que no era una invitación desinteresada. La están acosando en la primera invitación —dijo Lea.

—No me siento acosada, Lea. Tampoco me gusta que el jefe nos esté espiando desde su vidriada oficina —aclaró Amalia, sin girarse a mirar a Ramiro, por eso no vio que él arqueaba las cejas—. Chicas, no tengo una bola de cristal, ni hay una fórmula matemática. Solo hay algunos detalles que me saltan cuando observo a la persona, y que ya se los he dicho a todas las que me lo han preguntado. —Amalia se terminó el jugo, intentando hacer una pausa para calmar sus nervios, ya no por sus compañeras, sino porque tenía miedo de que Ramiro siguiera soltando detalles que era mejor tener escondidos—. No puedo quedarme más tiempo porque tengo que hacer un trámite antes de las ocho. Si quieren que las ayude, no es necesario que me inviten a tomar una copa, solo tienen que pedírmelo en la tienda —aclaró, se levantó y se acercó a la barra a pagar su bebida. No quería que la criticaran por no pagar la consumición, aunque se lo merecía porque solo la invitaron por interés.

—Yo también me tengo que ir —dijo una de las compañeras, y la siguió a la barra—. Deja que te invite la bebida. Esta salida ha sido avasalladora —aclaró—. Soy Miriam Duarte, y trabajo en el sector de cosmética y perfumería. Seguro que de eso no sabes demasiado.

—No sé nada de cosméticos y perfumes —dijo Amalia, y Miriam soltó una carcajada.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Que ellas te creen bruja. Hasta comentan que alguien del más allá te dice lo que tienes que ofrecerle a las clientas —contó Miriam, y Amalia soltó una carcajada—. Yo llevo cinco años en Zacha, y nunca habíamos tenido a alguien que se le diera tan bien venderles a las clientas hasta lo que ni pensaban comprar.

—No intento venderles. Solo les sugiero. Quizá mi secreto es no forzarlas a comprar.

—Eso sí me puede ser útil, puesto que yo las persigo por toda la tienda para que prueben una muestra de perfume —aseguró Miriam, y pagó las bebidas de las dos.

El murmullo y las exclamaciones que se desataron en la mesa eran tan evidentes, que Amalia y Miriam se giraron al mismo tiempo.

Amalia miró con la boca abierta a la mujer que acababa de ingresar. No solo por su cabello a mitad de la espalda, rubio platino, con ondas perfectas que brillaban como si llevara el sol sobre su cabeza. También tenía un rostro exótico de facciones muy marcadas. Nariz recta, algo grande, labios carnosos, y unos ojos enormes de un intenso azul que encandilaban. Era elegante como una modelo, y vestía prendas ajustadas que le marcaban un cuerpo tan duro y perfecto, que no tuvo dudas de que visitaba el gimnasio a diario. Llevaba un pantalón azul y una blusa crema, las dos prendas entalladas al cuerpo para que resaltaran sus impresionantes atributos. Y una gargantilla de oro con una piedra preciosa del mismo azul de sus ojos, lapislázuli, supuso Amalia.

Caminaba sobre unos tacazos con una seguridad envidiable, mientras con una mano se acomodaba las ondas del cabello. Pero lo que más llamó su atención fue la tensión en el cuerpo de Ramiro. Estaba tan rígido que parecía que se iba a romper en pedazos en cualquier momento. Ramiro la miraba con desprecio, y Amalia no tenía dudas de que él conocía a la mujer que se estaba robando todas las miradas. Camilo se frotó el cabello y tenía el entrecejo fruncido.

—De haber sabido que estarías aquí, no habría venido —dijo la diosa, mirando a Ramiro—. Alicia me invitó para rememorar tiempos pasados, y se olvidó de comentarme el pequeño detalle de tu presencia.

—No fue mi intención... Casi nunca vienes al bar entre semana y... —tartamudeó Alicia—. Si lo hubiera sabido, Ramiro, no la habría invitado a reunirse con nosotras —aseguró, y se removió incómoda en la silla porque Estefanía la acababa de dejar en evidencia.

—Pensé que esta reunión era para agradecerle a tu compañera la ayuda en la tienda —dijo Ramiro a Alicia—. ¿O tenías otras intenciones, Alicia?

—No sé a qué te refieres —dijo Alicia, y bebió un trago de cerveza. Una reacción instintiva para disimular su nerviosismo. Lo mismo que había hecho Amalia durante toda la reunión.

Amalia miraba a uno y otro sin entender la incomodidad de Alicia, el reproche de Ramiro, y mucho menos quién era la diosa llamada Estefanía.

Lea se acercó a ella, la agarró del brazo y quiso empujarla a la salida. Pero Amalia no podía moverse, no quería moverse. Quería saber qué estaba pasando.

—¿Quién es? —preguntó Amalia.

—Nadie que merezca la pena conocer —dijo Lea.

Amalia se giró a Miriam, esperando que le respondiera.

—Una mala jugada de Alicia —dijo Miriam—. Y creo que iba dirigida a ti —aclaró.

—¿A mí? —preguntó Amalia.

—¡Cállate! —pidió Lea al mismo tiempo.

En ese momento entro Clara seguida de Marisol, y Amalia vio el rostro cargado de ira de

la madre de Ramiro al encontrarse de frente a Estefanía.

—Querida, Clara, pero qué sorpresa tan agradable tener a toda la familia en el bar. Supongo que te habrás enterado por Marisol que pensaba encontrarme con mis antiguas compañeras. No sé cómo hace la espía de la familia para enterarse hasta de los mensajes privados que comparto con las chicas. ¿O podría decir mis antiguas empleadas? Recuerdas cuando me decías, “tú también eres la dueña de Zacha”. Qué tiempos aquellos, ¿no?

—Para el olvido. Aunque a ti te gusta regocijarte. Llevas la maldad en el alma —escupió Clara, con una voz tan afilada, que Amalia no tenía dudas que toda la familia la despreciaba.

—Vete del bar —dijo Ramiro, interrumpiendo a su madre. Su tono de voz era tan intimidatorio, que Estefanía dio un paso atrás, trastabilló sobre sus tacazos y tuvo que agarrarse de una silla para no terminar en el suelo. Al parecer, la voz despectiva de Ramiro logró quitarle toda la seguridad que tenía cuando ingresó al bar.

—¿Acaso has comprado el bar? Que yo recuerde solo me declararon persona no grata en la tienda. Y dudo que te haya quedado dinero para invertir en otro negocio —dijo Estefanía, retándolo a contradecirla.

Clara se adelantó y se paró delante de la mujer, que la superaba en altura por varios centímetros, pero en su rostro se reflejaba tal ira, que la mujer dio otro paso atrás.

—No busco problemas. Solo vine a saludar a las chicas —aclaró Estefanía.

—Mi hija se enteró porque Alicia se lo dijo a Carmen, y Carmen se lo contó a Lorena. Ya sabes cómo son los cotilleos en la tienda. Tú colaboraste activamente con ellos el horrible tiempo que te tuvimos entre nosotros, creyendo que eras una buena persona. Por suerte a Lorena le pareció incorrecto que te invitaran, puesto que esta reunión era para agradecerle a Amalia los consejos que les estaba dando para mejorar sus ventas. Marisol y yo nos preguntamos por qué Alicia quería poner a Amalia en una situación tan incómoda y deplorable —dijo Clara.

—Clara, yo no... —dijo Alicia.

—Estás fuera de la tienda, Alicia —dijo Camilo.

—No puedes hacer eso —gritó Alicia.

—Mañana hacemos la liquidación de lo que te corresponda por tu despido.

—Eso es injusto. ¿No vas a hacer nada, Ramiro? —gritó Alicia.

—Jamás contradigo las decisiones del jefe de recursos humanos. ¿Sabes que es injusto?, traer a Amalia al bar para presentarle a esta estafadora —aseguró Ramiro—. ¿Cuál era el motivo? ¿Por qué lo has hecho? —gritó la pregunta.

—Desde que ha llegado nos quiere arrebatar el premio, nos arrebata las ventas. Y encima, la cara de piedra, se mete en tu cama.

Nadie se sorprendió del último comentario. La única que abrió la boca horrorizada era Amalia, que estaba descubriendo que el famoso secreto no era tan secreto, sino que estaba en

boca de todos.

—Nadie te arrebató nada, Alicia. Tú eres incapaz de conseguir mejores ventas. Y mi vida personal no es asunto de nadie.

—¡Creías que lo habías ocultado bien! —dijo con desprecio Alicia—. Pero las mujeres no somos idiotas. Todos los malditos días te hemos visto espiándola desde tu privilegiada oficina. Le diste preferencia en todo. Nosotras llevamos mucho más tiempo en Zacha, y teníamos que soportar que la nueva consiguiera todos los beneficios porque tuvo la inteligencia, no solo de entrar sin referencias, sino de convertirse en tu amante.

—No te permito ni una ofensa más a Amalia, porque te juro que te meto una denuncia por difamación, y tengo todos estos testigos —dijo Ramiro, y señaló a la gente del bar que estaba pendiente del escándalo—. Amalia sabe vender. Tú solo sabes odiar, hacer daño y difamar. Y esta... —dijo señalando a Estefanía sin mirarla—, que se largue de aquí, porque soy capaz de endeudarme hasta la cabeza para comprar este bar, solo por el placer de sacarla a la calle.

—No es necesario que compres mi bar. La casa siempre se reserva el derecho de admisión, y en este momento la declaro persona no grata en mi negocio. Mimi, acompaña a la señora a la salida —dijo el dueño.

—Será un placer, jefe —dijo Mimi, y agarró del brazo a la mujer para echarla. Estefanía le soltó una cachetada en la mano y se marchó muy indignada, hasta que se le dobló el taco y salió por la puerta haciendo malabarismos.

—Por favor, jefe —pidió Alicia—. Tengo dos hijos.

—Por tus dos hijos deberías haberte comportado de forma decente.

—Otra vez te van a joder. Otra vez te van a sacar hasta los calzoncillos —gritó Alicia.

Ramiro se marchó sin mirar a nadie. Amalia seguía aturdida. Ella ya venía cargando las humillaciones que le dedicó Clara el fin de semana y ahora estaba metida en otro escándalo, que le acababa de caer del cielo, y ni siquiera comprendía qué diablos había pasado. Y encima Ramiro se marchaba sin dedicarle una mísera mirada, o un gesto, o algo que le permitiera comprender lo que acababa de suceder. ¿Acaso no se merecía una maldita explicación?

—Ven, vamos a sentarnos. Creo que te hace falta una cerveza —dijo Clara, con una dulzura que Amalia no conocía. Parecía otra persona, no la arpía que la había menospreciado en la tienda y humillado en la casa de su madre.

—Prefiero irme a mi humilde casa de mi más humilde barrio —retrucó Amalia—. No te olvides que dijiste que no era suficiente para tu hijo. Que lo había engatusado. Que quería sacarle todo lo que tenía —repitió las palabras de Clara, para que supiera que no se había olvidado de sus ofensas. Clara estaba muda, dejando que soltara toda la ira sin alterar su gesto—. ¿Sabes que es lo más gracioso, Clara?, que no sé si Ramiro tiene algo que le pueda quitar, porque nunca me importó su billetera.

—Lo sé, y te debo una disculpa por haberme comportado como una víbora —aseguró Clara—. Nunca te lo puse fácil. Ni cuando estuviste en compras, ni las dos veces que coincidimos, una en mi casa y otra en la de tu madre. No espero que tengas la generosidad de perdonarme, porque yo misma no puedo hacerlo después de todo lo que te dije. Estaba desconcertada contigo y me ponía a la defensiva. Ya sé que mi hijo tiene treinta años y no tengo derecho a meterme. Solo creí que se iba a repetir la historia. Pero me equivoqué. No eres ella. Nunca podrías ser ella —repitió Clara.

—No sé quién es ella —dijo Amalia, aunque con todo lo que había escuchado, no tenía dudas de que había sido importante en la vida de Ramiro... y de su familia. Quizá la diosa lo engañó con otro hombre, y por eso Ramiro la llamó estafadora.

—Ella era la esposa de mi hermano —dijo Marisol.

—¿Qué? ¡Su... su esposa! —tartamudeó Amalia. Su esposa. ¿Ramiro había estado casado?, y no le había contado nada. ¿Hasta dónde llegaban sus secretos?

—Fue muy breve, pero sí —dijo Marisol.

Por más breve que hubiera sido su matrimonio, Amalia se sentía estafada. Él le había mentido. Le había ocultado los detalles más importantes de su vida. Ella tampoco le había contado sus problemas, pero en su vida no tenía escondido un esposo del que se había divorciado.

Llevaban cinco meses saliendo. No era mucho. Tampoco eran dos semanas. Cinco meses en una relación sin que nadie se enterara. Cinco meses disimulando en la tienda, y todos sabían. Él la había tenido escondida, y ella lo había permitido. Ahora sabía el porqué.

—Todo ha sido una mentira —susurró Amalia, no para Clara y Marisol, sino para ella.

—No. Ramiro es directo, siempre ha ido de frente —aseguró Clara.

—No conozco a ese Ramiro —dijo Amalia, y sintió que se le caían las lágrimas. Se quería ir. Quería encerrarse en su casa. Gritar hasta que se quedara sin voz y llorar hasta que se secara por dentro—. Lo que teníamos ha sido una aventura que ya se terminó —dijo Amalia, se levantó de la silla y sin despedirse se fue corriendo.

Cuando salió del bar vio que Lea estaba esperándola en la puerta.

Amalia se secó las lágrimas y se acercó a ella.

—Lo sabías. Sabías que tenía una relación con el jefe —dijo Amalia.

—Lo descubrió alguna de las vendedoras, y era lo que cotilleaban cuando no las escuchabas —dijo Lea.

—No me lo dijiste.

—Tú tampoco me contaste que estaban saliendo. ¿Qué iba a decirte?

—Ramiro lo quería mantener en secreto. Acabo de descubrir el motivo —dijo Amalia—. Él estaba casado con una mujer impresionante. Una diosa exótica, segura y elegante.

—Nadie la ve como tú, Amalia. Obviando a Alicia, todos la despreciamos —aseguró.

—Alicia planeó todo esto para ridiculizarme. ¿Qué pretendía?, presentarme como la amante de Ramiro delante de su ex. Compararme con esa mujer espectacular. Humillarme delante de las compañeras que invitó a presenciar esta comedia en el bar. Porque esta reunión del bar no era para agradecerme los consejos, sino para demostrarme lo idiota que he sido delante de nuestros compañeros —dedujo Amalia.

—Si hubiera sabido lo que tramaba Alicia, habría sido la primera en decirte que nos largáramos. Alicia cometió el error de creer que no estaría Ramiro. Tampoco dedujo que su plan podía filtrarse, y llegar a oídos de Marisol y de Clara.

—La echó —comentó Amalia.

—Alicia se lo buscó, Amalia. Esto va a servir para el resto —dijo Lea.

—No sé si voy a seguir en la tienda.

—No digas tonterías. Eres una de las mejores vendedoras.

—Eso no importa. He estado a prueba... Desde que entré he estado a prueba —dijo Amalia, y lo que más le dolía era que Ramiro la había tenido a prueba mientras ella se enamoraba de él.

—No te apures. Necesitas el ingreso, Amalia. Tu madre no podrá pagar todas las deudas y subsistir sin tu ayuda.

—Por eso me he quedado. Por eso he dejado de lado mi orgullo. He soportado los insultos de Clara, el desprecio de mis compañeras. Me he aguantado que me arrebataran dos veces la posibilidad de conseguir el premio.

—A mí también me engañaron, y a la mujer de la limpieza, y a Darío de marketing. Con el despido de Alicia, no creo que sigan pasando estas cosas —dijo Lea.

Si solo fuera porque sus compañeros no aceptaban que era una buena vendedora, quizá habría seguido resistiendo. Pero no podía quedarse en la tienda después del engaño Ramiro.

—Voy a hablar con mi madre. Quizá consiga un trabajo en algún pueblo cerca de Los Cerros. Podría irme a vivir con ella y alquilar la casa de la ciudad. Eso nos daría un ingreso que nos ayudaría a pagar las deudas.

—Tú estás enojada con Ramiro —dedujo Lea.

—Esa no es la palabra. Estoy indignada. Me duele que todo lo que teníamos era una mentira. Porque yo me enamoré de él, Lea. Me enamoré de un hombre que me mintió, me mantuvo oculta, y me pidió que fingiéramos indiferencia en la tienda —dijo Amalia.

—¿Y no pensaste que quizá lo estaba haciendo para protegerte?

—¿Protegerme de qué? Me mintió. No me dijo que había estado casado.

—Habla con él, Amalia. A veces es difícil contar que te han traicionado. Porque eso hizo la bruja que tú defines como espectacular. Lo que Ramiro pasó lo sabe toda la gente que trabaja

en Zacha, desde los empleados hasta los gerentes. Y todos, sin excepción, esperaban ver a un hombre humillado y vencido, hasta murmuraban que no aparecería por la tienda durante varias semanas. ¡Qué equivocados estábamos! Al día siguiente entró a la tienda y recorrió todos los sectores, haciendo oído sordo a los murmullos y las miradas lastimeras. Entró con los hombros erguidos, la cabeza en alto y la mirada al frente. Ese día nos dio una gran lección: Nadie puede humillarte, salvo que se lo permitas. Todos lo admiramos por la entereza con la que enfrentó lo que creo que fue uno de los desafíos más duros de su vida —dijo Lea.

CAPÍTULO 26

Clara estaba escuchando la conversación que Lea mantenía con Amalia, sin parar de derramar lágrimas. Sentía un dolor tan grande que quería dejarse caer al piso y llorar hasta que los ojos le quedaran secos, porque Clara lo había vivido de otra forma. Una más egoísta.

Ella odió a Estefanía por lo que le hizo a Ramiro, pero nunca se había puesto en los zapatos de su hijo. Nadie podía, pero tendría que haber sido más intuitiva, comprensiva, tendría que haber estado presente para ayudarlo a sobrellevar lo que le había pasado. Era su madre, maldición. Ramiro se había revestido con un caparazón para enfrentar con dignidad las humillaciones de la víbora de su mujer, y ella no lo sabía. Clara se había llenado de ira, y no había tenido por él la empatía que tuvieron los empleados.

Y ahora Ramiro otra vez tenía que soportar que su vida estuviera en boca de todos los empleados de la tienda, porque Alicia había decidido traer el pasado al bar para humillar a la mujer que él quería.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Marisol.

—No me preocupa como estoy yo, Marisol. Son ellos —dijo Clara—. Nunca fui consciente de lo que tuvo que pasar Ramiro después de lo que le hizo la bruja. Lea lo entendió mejor que yo. Los empleados comprendieron mejor que yo lo que le pasó. Nunca le dije que lo admiraba por su entereza. Solo le pedí que dejara de ser tan crédulo, y que no mirara a ninguna empleada. He sido una madre pésima.

—No es cierto. Solo has sido una madre obsesionada por evitar que cometa dos veces el mismo error.

—La injusticia que vivió Ramiro se convirtió en mi obsesión. Pero debería haber estado para acompañarlo, no para advertirle. Tengo ganas de tirarme en una cama a llorar durante días —dijo Clara—. He arruinado nuestra familia con todos mis exabruptos.

—Puedes arreglarlo —comentó Marisol.

—¿Cómo? ¿Cómo se arregla el pasado?

—Supongo que mejorando el presente —dijo Marisol.

Clara la miró sin entender. ¿Qué podía hacer en el presente? Ella ya lo había hecho todo mal. No podía volver atrás para ser una madre atenta a los problemas de su hijo y brindarle la contención sobre algo que Ramiro ya había superado. No podía retroceder un año para decirle

que lo admiraba por la entereza que había demostrado para enfrentar el problema, como lo habían hecho los empleados. No. Ella no podía cambiar el pasado.

«Mejorando el presente», le dijo Marisol. ¿Qué podía hacer en el presente?, se preguntó. La respuesta le llegó con un nombre. Amalia. Ella era el presente de su hijo, y Clara esta vez no iba a cometer el mismo error del pasado.

—Tengo que irme. Eres la mejor hija que he podido tener.

—Mejor que Ramiro.

—La mejor hija mujer —dijo Clara.

Marisol soltó una carcajada.

—Supongo que tu cabeza está maquinando un montón de cosas. Ya sabes que a tu mejor hija le gusta enterarse primero que nadie de los cotilleos. Si quieres me mandas un audio con lo que tienes en mente. Nadie se va a enterar —ironizó Marisol.

—Ja, ja. Mejor no te mando ningún audio —aseguró Clara.

Amalia era la clave de todo. Ella había llegado a Zacha para darle una cachetada a su orgullo. Cuando la conoció, Amalia no sabía nada de compras pero era intuitiva e inteligente, y Clara se había puesto en alerta porque esa joven la podía desplazar de un plumazo. Eso le dolió. Amalia le cayó peor cuando fue a su casa con Marcela, y tan suelta y espontanea, sugirió habilitar un sector para novias en las sucursales de los pueblos. A Clara no solo le fastidió su idea porque tendría más trabajo, sino porque no se le ocurrió a ella.

Pero la gota que colmó su vaso fue enterarse que tenía una relación con Ramiro. Eso la indignó porque no quería que su hijo volviera a cruzarse con una interesada que quería desplumarlo, como le pasó con la víbora de su ex.

Pero Amalia Burton solo era una chica con intuición, con buen criterio para la ropa, y sin ningún interés en los bienes de los Zachari. Amalia estaba desesperada por ganar dinero para salir de su problema económico, no para quedarse con el dinero de los Zachari.

Clara se había equivocado. Llevaba tanto tiempo cometiendo errores, que ser grosera, soberbia o altanera se había convertido en una costumbre. No todo era dinero, y Lea le acababa de quitar la venda de los ojos cuando le explicó a Amalia la admiración que sentían en la tienda por Ramiro. Todos menos ella, su madre, que solo le soltaba advertencias y humillaba a la mujer con la que su hijo tenía una relación.

A las once de la noche llegó a Los Cerros, sin saber qué le iba a decir a Luis. Siempre había sido organizada, siempre tenía un plan. Ese día no tenía ninguno.

Dejó el coche en la calle y cuando llegó al ingreso no usó su llave, sino que llamó a la puerta como si fuera una visita. No se sentía con derecho a entrar después de haberle dicho que se iba de su vida y de la tienda.

—¡Clara! —admiró Luis. Tenía un pantalón corto y una remera vieja. Iba descalzo. La

primavera estaba llegando con mucho calor y Luis tenía una cerveza en una mano y una porción de pizza en la otra—. ¿Te olvidaste tu llave? —preguntó, precavido.

El pobre no sabía si la loca de su mujer venía a seguir gritando, pensó Clara.

—Después de la discusión en la que te dije que me iba, no sé si habría sido correcto entrar a la casa sin tu consentimiento —dijo Clara.

Luis arqueó las cejas.

—Es tu casa, Clara. Es nuestra casa —aseguró Luis.

—Te espié, Luis. Te estuve espiando para saber si me engañabas con Marcela Burton. Te vi llegar a su casa al día siguiente de nuestra pelea —dijo Clara.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Luis, aunque no sabía de qué se asombraba, si desde que Marcela trabajaba con él su mujer hacía visitas intempestivas para tratar de pescarlo infraganti. Clara había pasado todos los límites.

—Estaba celosa de Amalia y de su madre. Amalia me estaba superando en Zacha. Marcela estaba todo el día contigo. Y yo metida en compras, haciendo de Zacha una gran empresa, sin ver que mi mundo se derrumbaba delante de mis ojos. Sin darme cuenta que estaba perdiendo a mi familia.

—Te has hecho un mundo de nada —aclaró Luis—. Amalia es una joven desesperada que aprendió a golpes como salir del terrible aprieto económico en el que las dejó su padre. Su madre es una persona humilde y muy trabajadora. Son dos empleadas a las que aprecio porque luchan para solucionar sus problemas.

—Ahora lo sé —aseguró Clara.

—Lo sabes porque me estuviste espiando, y descubriste que entre Marcela y yo no hay nada —aseguró Luis.

—Es cierto. También descubrí que Amalia no se merecía todo lo que dije de ella.

—¿También la estuviste espiando?

—Marisol me mandó un mensaje y salí corriendo a la ciudad. Estefanía estaba en el bar que hay frente a Zacha.

Luis la miró asombrado.

—¿Qué diablos hacía allí?

—Ya sabes que Amalia ha generado resentimiento entre sus compañeros.

—Porque sabe vender —aclaró Luis.

—Alicia la invitó a tomar algo al bar con un grupo de compañeras para agradecerle su ayuda. Parece que en la semana se dedicó a darles consejos para que incrementaran las ventas.

—¡Qué generosas! ¿Y qué diablos hacía allí Estefanía?

—No había generosidad, Luis. Alicia también invitó a Estefanía. Resulta que todos en Zacha sabían que Ramiro tenía una relación con Amalia. ¿Puedes creerlo?

—Todos menos nosotros —comentó Luis.

—Ni siquiera Marisol estaba enterada —aclaró Clara. Luis arqueó las cejas—. Ramiro estaba en el bar mientras Amalia se enteraba que todos sabían que tenía una relación con el jefe, y que nuestro hijo estuvo casado con Estefanía, Luis.

—¿Y qué quería lograr Alicia?

—Enfrentar a Amalia con Estefanía, y creo que quería humillar a Amalia delante del grupo de empleadas que invitó al bar. Camilo echó a Alicia de la tienda. Ramiro estaba furioso, le gritó a Alicia muchas cosas que no recuerdo y se marchó del bar. No sé dónde está. Mañana todo lo que sucedió se convertirá en el cotilleo del año.

Luis sabía que Ramiro había estado en el bar. «Presenció una traición. No me preguntes. Alicia intentó humillar a Amalia. Camilo la despidió y yo corroboré su despido. Pero no me pidas detalles», le había contado su hijo cuando pasó por la casa para buscar unos bolsos que necesitaba. También le contó que se había ido sin hablar con Amalia, pero nunca mencionó a Estefanía.

Luis ahora entendía el despido de la empleada.

—¡Vaya! Zacha se ha convertido en un nido de víboras.

—En eso se ha convertido.

—¿Y qué pretendes que haga? Querías hacer de Zacha una gran empresa y te apoyé. Por ti la tienda ha crecido y se ha expandido.

—Le he dado mi vida a esa tienda, sin darme cuenta que se la tendría que haber dado a mi familia —dijo Clara.

—Yo nunca me sentí desplazado, Clara.

—Estás viviendo en Los Cerros, Luis. Te obligué a desplazarte porque no querías divorciarte.

—¿Quieres el divorcio?

—Quiero divorciarme de Zacha. Quiero ser la Clara que te enamoró. Quiero vivir contigo. Y no quiero atar a mis hijos a una tienda, porque no sé si están allí porque les tocó en herencia o porque es el sueño de sus vidas.

—¡Te has vuelto loca, Clara! ¿Pretendes que me deshaga de la tienda?

—Solo quiero disfrutar de la vida, no de la tienda —aclaró Clara—. Quiero darles la opción a Marisol y a Ramiro de elegir qué es lo que quieren hacer con sus vidas.

—¿Y qué pasa con todos los empleados? Los tiramos a la calle, Clara —preguntó y respondió Luis.

—No —dijo Clara, y se sintió vencida—. Es la primera vez que no planeo nada, y todo me está saliendo mal.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero ser mejor persona para ti, para mis hijos. No quiero que mi vida pase por las compras de Zacha.

—Era tu sueño.

—Ya no lo es. Acaso no lo entiendes.

—Hace unos días estabas furiosa porque Amalia Burton tenía ideas geniales para Zacha.

—Bueno, es que tenía mejores ideas que las mías. Pero me he dado cuenta que he dejado lo más importante de lado por dedicarme en exclusiva a la tienda.

—¿Qué es lo importante?

—Marisol. Sus sueños. Sus sentimientos. Los sueños y sentimientos de Ramiro. Los sueños y sentimientos de mi esposo. No quiero que mi familia se vea arrastrada por los sueños de su madre. Su madre estaba equivocada, obsesionada, y se convirtió en una ambiciosa que quería más, sin saber que con esos logros se estaba olvidando de lo que era importante. Yo te amo, Luis, y quiero que te animes a contarme todo, y quiero debatir de forma civilizada cualquier tema espinoso. No quiero ser la esposa a la que le ocultas algunas cosas por miedo a mi reacción. Por favor, Luis, solo te pido una oportunidad para ser mejor esposa y madre —dijo Clara.

Luis la miró asombrado. Ella le proponía un cambio copernicano. Una vida diferente, en la que todos podían disentir, opinar, proponer.

—Es tarde, ¿no? Ya no puedo cambiar lo que hice mal —susurró Clara, y se giró para salir de la casa. Él había aguantado demasiado y...

—¿Quieres que te prepare la bañera? Te hace falta relajarte. Podría darte unos masajes. Sacarte ese terrible estrés que te ha generado todo lo que me acabas de decir, y... ya sabes que siempre estoy aquí para hacer lo que sea por verte feliz. Siempre voy a quererte, a pesar de tus locas ideas —dijo Luis.

Clara se giró y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Sí, quiero que me saques el estrés. Te amo, Luis —susurró mientras corría a cobijarse en sus brazos.

—Yo también te amo, Clara. Ya resolveremos toda esa maraña de ideas con las que has regresado.

—¿Te parecen buenas?

—Todo lo que nos mantenga unidos me parece bueno, cariño. Casi me olvido de contarte que tu hijo está en Las Lomitas —dijo Luis. Clara sonrió aliviada al saber que su hijo estaba bien.

Los dos subieron al primer piso, y ya no se escucharon más palabras, aunque mezclado con el sonido del viento y el canto de los pájaros se oía algún jadeo que se escapaba por la ventana abierta de la planta alta.

CAPÍTULO 27

Habla con él, Amalia. A veces es difícil contar que te han traicionado. Porque eso hizo la bruja que tú defines como espectacular. Lo que Ramiro pasó lo sabe toda la gente que trabaja en Zacha, desde los empleados hasta los gerentes. Y todos, sin excepción, esperaban ver a un hombre humillado y vencido, hasta murmuraban que no aparecería por la tienda durante varias semanas. ¡Qué equivocados estábamos! Al día siguiente vino y recorrió todos los sectores, haciendo oído sordo a los murmullos y las miradas lastimeras. Entró con los hombros erguidos, la cabeza en alto y la mirada al frente. Ese día nos dio una gran lección: Nadie puede humillarte, salvo que se lo permitas. Todos lo admiramos por la entereza con la que enfrentó lo que creo que fue uno de los desafíos más duros de su vida.

Amalia bebía una cerveza en el sillón de la sala de su casa, y rememoraba una y otra vez las palabras de Lea.

Ella no sabía que le había hecho su ex. Nadaba en aguas turbias porque Ramiro no la había hecho participe de su realidad, como si tuviera dos vidas paralelas.

Amalia no quería ser egoísta. No quería juzgarlo sin conocer los detalles. Ni siquiera podía juzgarlo y condenarlo por la decisión de mantener su relación en secreto. Aunque lo de relación secreta era ridículo porque en el bar había quedado claro que todos lo sabían.

Le sonó el móvil. Era su madre. Marcela llevaba tres días llamando, y Amalia no la atendía porque suponía que quería indagarla sobre su relación con Ramiro. Pero ese día tenía un lío tan grande en la cabeza, que escuchar los reproches de su madre por haberse liado con el jefe era mejor que seguir intentando sacar conclusiones de lo que acababa de pasar en el bar. Ella no sabía qué hacer ni que pensar después de las palabras de Lea.

—¿Hija, estás bien? No me has atendido desde que te fuiste de casa.

—Lo siento, mamá. Necesitaba pensar y preferí no escuchar tus reproches.

—No te llamaba para hacerte reproches. Ramiro me cae bien —aclaró Marcela.

Amalia no sabía cómo le caía Ramiro después de lo que había pasado. Tampoco sabía qué decirle a su madre. Se sentía vacía, enojada, confundida.

—Me alegro de oírlo.

—Tu padre —dijo Marcela.

—¿Le pasó algo?

—Sigue vivo y feliz. Se apareció por mi casa el domingo. No sé cómo averiguó que vivía aquí —exclamó Marcela.

—Yo no le di tu dirección. Lo llamé apenas se fue y no me contestó. Después llamó él pero no he atendido sus llamadas. Hace un tiempo que dejó de insistir. ¿Estás bien, mamá?

—Sabía que no eras tú. Para mí que la consiguió en mi antiguo trabajo. ¡Fue todo tan raro, Amalia! Yo estaba en el jardín arrancando las malas hierbas mientras insultaba a Clara. Estaba tan enojada que creo que eso me ayudó a enfrentarlo. Bueno, lo que más me ayudó fue la presencia de Luis Zachari.

—¿Luis Zachari? ¿De qué estás hablando mamá?

—El vino el domingo por la mañana a casa para disculparse por lo de Clara. ¿Sabías que lo dejó?

—No.

—Discutieron cuando se fueron de casa, y Clara se fue. Luis vino a casa para disculparse, aunque eso ya te lo dije. También quería asegurarme de que nuestro trabajo no corría peligro, aunque ya lo había dicho el día anterior. En fin, no sé a qué vino, quizá porque necesitaba desahogarse con alguien.

—¿Y qué tiene que ver eso con papá? —preguntó Amalia. Se había quedado tan aturdida con las ofensas de Clara, que no se acordaba lo que había dicho Luis.

—Tu padre vino a pedir disculpas. En realidad, su disculpa era porque quería el divorcio.

Su madre comenzó a hablar y no paró hasta que terminó de contarle hasta el mínimo detalle del encuentro. Luis había estado presente, y fue quien consiguió un arreglo económico que las sacaría del problema en el que estaban atrapadas. El divorcio que había ido a buscar su padre se lo daría cuando pagara todo el dinero que se había llevado, más los gastos de tarjeta, y los intereses que se inventó Luis aduciendo que era el prestamista.

Amalia se recostó en el sillón y lloró al recordar el día que su padre estaba con dos maletas en la sala, diciéndole a su madre que ya no la quería y que su joven amante lo hacía sentir vivo. Recordó la desesperación de las dos al descubrir el desastre económico que les había dejado. Y ahora había vuelto, como un corderito, dispuesto a sacar un crédito para devolverles lo que les había quitado porque su nueva mujer estaba esperando un hijo y quería casarse. Un nuevo niño al que llamaría príncipe o princesa. Una nueva familia que lo hacía sentir vivo, como si ellas le hubieran dado una vida de mierda.

¿Cuánto tiempo le duraría?, quizá hasta que apareciera otra más joven y tirara a la basura la nueva familia, como había hecho con ellas. A su padre no le importó la desesperación y el desconcierto de Marcela. Tampoco le importó su hija, que tuvo que abandonar los estudios para ponerse a trabajar. Amalia no se arrepentía de su cambio de vida, puesto que Zacha la había conquistado desde el primer día. Pero nunca iba a perdonarle la humillación y la angustia que

sufrió su madre hasta que se trasladó a vivir a Los Cerros.

¡Los Cerros!

¿Su madre comenzó a recuperarse en Los Cerros? Claro. La recuperación de Marcela empezó el día que tuvo la entrevista con Ramiro. Su madre no fue precavida como ella, sino que le contó todo lo que le había pasado con su marido.

Ramiro sabía lo que era la traición, la había sufrido en carne propia porque a él también lo había humillado su esposa.

¿Por eso había ayudado a su madre? ¿Por eso le pagaba el alquiler de la casa en Los Cerros?, la respuesta era un sí rotundo. Ramiro se vio reflejado en ella. Marcela era él, y por eso había acudido en su ayuda para brindarle una nueva oportunidad, una nueva casa, una vida donde no había recuerdos de su ex. Su madre dejó de llorar, de compadecerse y de beber porque Ramiro le cambió la vida.

Amalia abrió los ojos a una realidad que no se esperaba. Ramiro siempre la desconcertaba. ¡Él se había esmerado en ocultar sus verdaderas intenciones!

Ahora todo lo veía claro. Ella no estaba encandilada con Zacha, ni estaba fascinada con su trabajo porque sabía vender. En otra tienda no habría tenido esa especie de intuición para encantar a las clientas. Era Ramiro quien la había impulsado a superarse, a salir sola de los aprietos, a resolver los problemas en la tienda sin recurrir a él. Con su decisión de mantener a Zacha al margen de su relación le había regalado algo que no había sabido interpretar. Él le había permitido desplegar sus alas para ver cuán alto podía volar sin la ayuda del dueño de la tienda. Él la había soltado, pero también la había protegido de los cotilleos malintencionados de la tienda al mantener su relación en secreto. No tenía que olvidarse que había ayudado a Marcela a sanar las heridas que le había dejado su padre. Y al mandar lejos a su madre también la estaba ayudando a ella porque así evitaba más envidias y cotilleos entre sus compañeras por haber contratado a un familiar suyo.

Ramiro siempre había estado presente para hacerle más fácil la vida. Solo que todas sus acciones habían sido invisibles para Amalia. Él había sido sutil y eficiente.

Lo que no le cerraba era la apuesta que había hecho con Camilo. Ramiro había apostado para ponerla de patitas en la calle, y había perdido. Camilo había ganado. ¿O para Ramiro la apuesta tenía otro significado?

Pero no todas sus decisiones habían sido por ella, también se había protegido él.

De las lágrimas de tristeza por todo lo que les había hecho su padre, pasó a llorar de emoción. Ella nunca había entendido a Ramiro. Él era parco en palabras, era estricto con sus decisiones, y ahora entendía el motivo. Ramiro no quería que la relación que tenían estuviera en boca de los empleados de Zacha, como le había pasado con su ex.

No sabía cómo seguiría su vida, solo sabía que al día siguiente se iba a presentar en

Zacha con los hombros erguidos y la cabeza en alto, como le contó Lea que había hecho Ramiro después de la traición de Estefanía. Amalia iba a volver a Zacha dispuesta a vender hasta el agua de los floreros, como decía Lea.

Al día siguiente, Amalia llegó a Zacha quince minutos antes del ingreso, y caminó hasta su sector con los hombros erguidos y la cabeza en alto, como si la noche anterior no la hubiera atropellado un camión.

Se mantenía imperturbable ante las miradas resentidas de algunas compañeras y hacía oído sordo a los cotilleos de los pasillos, que la culpaban por el despido de Alicia o la acusaban de tirarse al jefe para conseguir favores. Incluso logró mantener la templanza ante las miradas lastimeras o los consejos de algunas compañeras, que habría preferido no recibir. No dejó que nada la perturbara.

Atendió de forma encantadora a las clientas, y hasta se rio con ellas de algún chiste. Vendió como nunca lo había hecho, y no le importó generar más recelos. Lo único que le alteró el ánimo era que Ramiro no se había dejado ver en todo el día por el sector de la tienda.

A última hora de la tarde subió a la oficina de Ramiro. Ya no tenía que simular indiferencia. Su relación con el jefe estaba en boca de todos.

Alejandra, al verla de pie frente a su escritorio, le sonrió con burla y le preguntó si Ramiro ya la había cambiado por otra. Amalia la miró con la boca abierta. ¿Qué podía esperar de la mujer que le había robado el premio! Así como entró se marchó sin responder a sus pullas, y sin saber si Ramiro estaba en la oficina.

Amalia había creído que no tenía sentido disimular porque todos conocían su relación con Ramiro, pero se había equivocado al presentarse en su oficina. Una cosa eran los cotilleos entre los empleados y otra era un enfrentamiento directo con la secretaria de Ramiro.

Por José, de compras, se enteró que Ramiro no había ido a trabajar. Tampoco vio a Clara en el sector. Marcela el día anterior le contó que Clara se había peleado con Luis y se había ido de la casa y de la tienda. Aunque Clara, de alguna manera, se había enterado de la reunión del martes, y se presentó en el bar con Marisol para increpar a Estefanía, y a ella le pidió disculpas. Amalia bajó a recursos humanos para preguntarle a Camilo dónde estaba Ramiro y por qué no estaba en la tienda.

—No está en la ciudad —dijo una de las administrativas del sector.

Amalia se sorprendió de que ninguno de los dos estuviera en Zacha. Camilo era la mano derecha de Ramiro, y si uno se ausentaba el otro se quedaba, pero quizá había surgido algún problema y habían viajado los dos.

A la hora de salida Lea la invitó al bar de la esquina a beber una cerveza. Aceptó porque necesitaba algo de alcohol para relajarse, además, no quería estar sola en su casa sacando

deducciones sobre la ausencia de Ramiro en la tienda.

—Desde que ingresaste has sido el centro de atención, pero hoy te has superado a ti misma —dijo Lea, conteniendo la sonrisa. Lea creía que Amalia simulaba una entereza que no sentía.

—Te refieres a las ventas —ironizó Amalia, y Lea se rio.

—Quizá por eso todas tienen cara de haber comido limón. Me refería a los cotilleos —aclaró Lea.

—Qué digan lo que quieran, Lea. No voy a permitir que nadie influya en mi actitud.

—Aunque por dentro estés rota.

—No estoy rota, Lea. Estoy perdida y desconcertada por todo lo que me enteré.

Amalia volvió el jueves a la tienda decidida a mantener su actitud positiva. Seguía aguantando los cotilleos y atendía a las clientas como si no pasara nada. El problema era que Ramiro no había vuelto a la tienda. Tampoco había ido a su casa por la noche ni la había llamado al móvil, y su confianza se estaba resquebrajando.

Cuando faltaban dos horas para el cierre de Zacha, ya había perdido toda la seguridad, aunque seguía intentando mantener la cabeza en alto y sonreír con las clientas. Pero por dentro era un volcán a punto de estallar porque Ramiro seguía ausente de Zacha.

Karina le ofreció el sábado libre, y Amalia supuso que se había dado cuenta que su actitud serena solo era una fachada. Le dijo que no. Interactuar con las clientas era lo único que la apartaba de sus pensamientos recurrentes. Ya no sabía dónde estaba parada. La actitud de Ramiro la tenía llena de incertidumbre. Dos días enteros sin aparecer por la tienda. ¿Acaso había decidido terminar la relación sin dar la cara?

No había vuelto a la oficina de Ramiro porque no pensaba perseguirlo como una acosadora, y tampoco quería ver el triunfo en los ojos de Alejandra ni escuchar sus burlas porque el jefe la había plantado. A recursos humanos tampoco regresó porque no había visto a Camilo por la tienda. Era evidente que los dos estaban desaparecidos. Amalia no sabía a quién preguntarle por Ramiro.

A Marisol la descartó porque era la cotilla de la familia, y no quería que la familia Zachari pensara que estaba persiguiendo a su querido hijo.

A la salida del trabajo perdió todas las esperanzas de ver a Ramiro. Caminó por la cochera evitando mirar a sus compañeros. Todos salían a la misma hora y coincidían en el aparcamiento. Unos pocos se subieron a sus coches, los otros conversaban en pequeños grupos. De pronto alguien gritó “vamos al bar”, y la mayoría lo siguió como si esa fuera una salida programada con anterioridad, aunque a ella nadie la había invitado.

Amalia sacó el móvil y se fijó en la hora. Todavía no eran las siete de la tarde. Si fuera viernes, y ella hubiera aceptado librar el sábado, podría haber viajado a la casa de su madre. Pero

no era viernes. Además, ¿qué iba a hacer en Los Cerros?, ¿caminar por el centro esperando cruzarse con Ramiro? Eso nunca. Ella no iba a perseguirlo. Ya lo había esperado dos días, que para ella era tiempo suficiente para que diera la maldita cara.

—Vamos al bar —dijo Lea.

—¡Al bar! Llevo dos días soportando los murmullos de que el jefe me dio la patada, de que soy la amante de turno, de que tengo privilegios por meterme en su cama, ¿y tú quieres que vaya al bar? Ahí van todos como si hubieran organizado esta salida, pero a mí nadie me invitó.

—¿Dónde quedó tu actitud positiva?

—Es fácil caminar con la cabeza en alto cuando eres el dueño de Zacha. Yo solo soy una vendedora, Lea. A él lo admiraron. De mí se burlan.

—Y dónde quedó el “qué digan lo que quieran”.

—Eso fue al día siguiente del escándalo del bar. Han pasado dos días, y el jefe se borró de la tienda.

—Bueno, tampoco creas que Ramiro logró la admiración de los empleados el primer día.

—Me dijiste que todos lo admiraron por su actitud.

—Sí, pero nada fue inmediato, Amalia. Ramiro se ganó el respeto de todos porque no se dejó vencer —aclaró Lea.

Amalia entrecerró los ojos. No sabía si le estaba diciendo la verdad o se lo estaba inventando para animarla a seguir soportando los cotilleos.

Lea estaba empeñada en que mantuviera la cabeza en alto y no iba a admitir una negativa de su parte. Amalia no sabía si mandarla al diablo o abrazarla por su insistencia para que aceptara ir al bar, aparentando que le daba igual lo que dijeran de ella. No todos eran resentidos. Algunas empleadas hasta se habían solidarizado, y le habían dado consejos para que saliera adelante. Hasta le habían dicho que se buscara otro hombre para demostrarle a Ramiro lo poco que le importaba que la dejara plantada.

—Está bien. Solo voy para que no me sigan torturando los oídos. Te advierto que después de tomar una copa me largo a mi casa —dijo Amalia.

Lea gritó “esa es mi chica”. La agarró del brazo y la arrastró al maldito bar.

Amalia quedó intimidada cuando traspasó la puerta. El bar estaba abarrotado de empleados de Zacha. Todos hablaban a la vez, gritaban y reían. El murmullo era constante y se mezclaba con la música a todo volumen, como si se hubieran congregado para celebrar algún tipo de fiesta. Quizá alguien cumplía años.

Los camareros caminaban con las bandejas en alto y zigzagueaban esquivando a los que estaban reunidos en medio de los pequeños pasillos, conversando en grupos. Algunos bailaban entre medio de las mesas. Los más tranquilos ya estaban sentados esperando las bebidas. Y al fondo vio a un pequeño grupo haciendo tiro al blanco. Ya no tenía dudas que esto era una fiesta,

y ella se había colado por la insistencia de Lea.

Lea bailaba al ritmo de la música, mientras avanzaba esquivando a los grupos de compañeros que obstaculizaban los pasillos. Amalia la siguió tratando de llegar la barra. Alguien la pisó y le pidió disculpas. Una mujer que bailaba sola se le vino encima y otro compañero la agarró del brazo para ayudarla a mantenerse en pie.

—Una cerveza para mí y una porción de papas —gritó uno de los empleados, mientras se acercaba a la barra. Era un vendedor del sector de maquinarias pequeñas.

—Un Sándwich y un jugo de naranja —pidió una mujer. Amalia no la conocía ni de vista. Quizá era una administrativa o era nueva.

—Por qué no nos vamos organizando, que esto es un descontrol —gritó el dueño del bar—. Los camareros van a pasar por las mesas para tomar los pedidos. Tenemos tres opciones que pueden elegir.

Lea regresó bailando. Todo era demasiado raro.

—Parece que todos decidieron venir al bar —dijo Amalia.

—Claro, es que hoy podemos elegir entre tres opciones, y todo es gratis —aclaró Lea, y bailando fue a buscar una mesa.

El resto de los compañeros fueron buscando un sitio donde sentarse.

Amalia se quedó de pie en medio del pasillo sin entender lo que estaba pasando. “Podían elegir entre tres opciones de menú, y era gratis”. Nunca había consumición gratis o como se llamara. Salvo... Salvo que esta fuera otra de las reuniones para confraternizar que organizaban los Zachari. ¿Eran ellos los que corrían con los gastos? Lo único que estaba claro era que todos estaban enterados de esta salida, menos ella.

Amalia empezó a ponerse nerviosa. No quería estar allí. No quería confraternizar con gente que llevaba dos días cotilleando en los pasillos sobre su relación con el jefe, que lo había pescado para ascender, que habían echado a Alicia por su culpa, que Ramiro ya la había cambiado por otra. Ella había pasado los peores dos días desde que ingresó a Zacha, y quería largarse.

Se giró para salir corriendo y se chocó de frente con Camilo Milan. El hombre al que había buscado para preguntarle qué estaba pasando. Dos días desaparecido, y aparecía en el peor momento, porque no podía indagarlo delante de todos los empleados.

—Te has dignado a aparecer. Llevo dos malditos días tratando de hablar contigo —reprochó Amalia.

—Lo siento. He estado complicado con varios temas —dijo Camilo.

—¿Temas que tienen que ver con lo que pasó el martes en el bar?

—Temas de la tienda —comentó, sin entrar en detalles.

—Y justo surgieron después de las revelaciones del bar —dedujo Amalia.

—Algo así —dijo Camilo.

Amalia se estremeció.

—Estás muy reservado. ¿Te han pedido que mantengas la boca cerrada?

—Gané la apuesta, aunque eso ya lo sabes —dijo Camilo cambiando el tema, y sonrió, aunque en sus ojos no había triunfo sino una terrible amargura. Él parecía tenso.

Amalia abrió la boca y la cerró. No era eso lo que esperaba escuchar, sino una respuesta a su pregunta. Pero Camilo esquivó con habilidad su pregunta, sabiendo que la apuesta era una buena distracción.

—Apostaron con mi necesidad —ironizó Amalia—. ¿Tu amigo aceptó de buen grado pagarte un salario entero? ¿O siguió buscando la forma de echarme? Dile que no hace falta, yo voy a renunciar —aseguró Amalia.

Camilo arqueó las cejas.

—¿Qué te causa gracia? —preguntó Amalia, enojada por su gesto de burla cuando ella solo quería ponerse a llorar. Tenía un nudo en la garganta y le costaba hablar sin que le temblara la voz.

—Aceptó encantado pagar la apuesta. Quise negociar, pero él no quiso saber nada.

—¿Negociar qué? ¿Acaso no tenía dinero para pagarte un salario?

Camilo entrecerró los ojos y no respondió.

—O tiene los bolsillos más flacos que los míos, cosa que dudo, o no apostaron tu salario —dedujo Amalia.

Camilo desvió la mirada. No iba a sacarle ni una palabra, y Amalia ya estaba cansada de tantos secretos.

—¿Por qué nadie me dijo que era una reunión organizada por la empresa? si lo hubiera sabido no habría venido —aseguró.

—Quizá para que no te largaras —dijo Camilo.

De un empujón lo hizo a un lado porque quería salir del bar. La música había dejado de sonar y nadie gritaba. Solo se oían algunos murmullos. Amalia echó una mirada por el bar, y descubrió que sus compañeros estaban atentos a su discusión con Camilo.

¡Ahora también estaban enterados de la maldita apuesta! No quería mirarlos. No quería escuchar más cotilleos. Se volvió hacia la puerta y se asombró al ver a Luis de pie en el ingreso. Él rara vez venía a la tienda. ¿Qué hacía Luis también en el bar? Pero no pudo sacar conclusiones porque apareció Clara y se paró junto a su esposo.

Amalia la miró con la boca abierta. Clara parecía más joven, brillaba con las prendas que tenía puestas. Recordó la semana que había estado en compras. Las peleas con Clara, y cómo había tirado por tierra toda su selección de prendas.

¿Nunca te has puesto un verde manzana o un amarillo intenso? Te quedaría genial,

Clara. Te quitaría unos cuantos años. Clara la había ignorado todo el raro, pero había logrado su atención cuando la escuchó decir que el verde manzana le quitaría unos cuantos años de encima. También le había reprochado que la llamara vieja, aunque le aclaró que sus palabras le entraban por un oído y le salían por el otro. No era cierto. Esa conversación había quedado grabada a fuego en Clara, y ese día aparecía vestida con los colores que le había sugerido: una blusa verde manzana, un pantalón blanco y una chaqueta verde oliva, como si quisiera decirle que había escuchado cada una de sus palabras, y aceptado sus sugerencias.

Amalia abrió los ojos. Clara la miraba y sonreía. Por primera vez, entre ellas no había enfrentamientos, tampoco hacían falta las palabras. Estaban compartiendo en silencio el recuerdo de las disputas verbales que tuvieron en compras y que solo ellas conocían.

—Estás fantástica, Clara —admiró Alejandra, la secretaria de Ramiro.

—Es una combinación espectacular —exclamó Karina.

—Es parte de la nueva colección primavera-verano —dijo Clara, y miró a Amalia, que tuvo que tragar varias veces para deshacer el nudo que se le formó en la garganta—. Una colección que viene llena de colores que harán que nuestras clientas luzcan fantásticas, llenas de vida y entusiasmo. Aprendí de alguien muy intuitivo que los colores influyen en nuestro estado de ánimo —comentó, y volvió a mirar a Amalia—. ¿Qué opinas, Amalia?, tú que eres especialista en dejar contenta a nuestras clientas. ¿Crees que este color nos relaja, nos distiende y hace que tratemos mejor a las personas?

Si alguna vez te animaras a usarlo te sentirías más distendida, y tratarías mejor a la nueva empleada que entró con unas referencias tan patéticas como la elección de prendas que te acaba de mostrar.

A Amalia le brillaban los ojos. Clara estaba dejando ver delante de los empleados que la respetaba, que respetaba su capacidad para asesorar a las clientas. Que respetaba su trabajo en Zacha. Y de forma indirecta le estaba diciendo que había comprado todo lo que ella había seleccionado cuando estuvo en compras.

—Creo que todas van a lucir tan radiantes y felices como te ves tú esta noche —dijo Amalia.

—Yo creo lo mismo —dijo Clara, y le sonrió.

Amalia no miró la reacción de sus compañeros. Ya no le importaba lo que pensarán o dijeran de ella. El sutil intercambio con Clara era muy importante para ella. Clara Zachari enaltecía su trabajo delante de sus compañeras, y estaba tirando por tierra todos los resentimientos. Les estaba diciendo que la consideraba una buena empleada, a pesar de las pobres referencias con las que había entrado a trabajar a la tienda. Amalia se sintió valiosa para Zacha; y los cotilleos, las miradas resentidas y los comentarios despectivos ya no le importaban.

—Bueno, ya que dejaron de hablar de prendas y colores, les cuento el motivo de este

encuentro. Aunque creo que no están todos los empleados —dijo Luis.

—Avisamos con poco tiempo y algunos se excusaron porque tenían otras actividades —comentó Camilo.

—Otros ni nos enteramos —susurró Amalia, y Camilo sonrió.

—Era para que no salieran huyendo —le aclaró en voz baja.

—Dejen de murmurar entre ustedes —pidió Luis.

—Es ella, jefe, que me está incordiando desde que entré —dijo Camilo, y señaló a Amalia.

En ese momento entró Marisol, con una blusa amarilla, y un pantalón y chaqueta de color crema. Se paseó por el pasillo del bar desfilando y haciendo poses para los empleados. Las mujeres reían y los hombres silbaban con aprobación. El ambiente se había distendido, como pasaba cada vez que aparecía la hija de los Zachari. Marisol se había puesto otro de los colores que Amalia le había sugerido a su madre. No le quedaban tan bien, pero Amalia supuso que se los había puesto como una forma de aprobar su elección de prendas para la nueva temporada, y toda esa representación de las dos mujeres la hizo reír, a pesar de los días horribles que había pasado en la tienda por la ausencia de Ramiro.

—¿Terminaste con el desfile, Marisol? —preguntó Luis.

—Sí, papá —dijo Marisol.

Todos rieron. Camilo sonrió encantado.

—Bueno, hemos venido todos porque habrá algunos cambios en Zacha —dijo Luis.

El silencio dio paso a los murmullos generalizados.

—¿Qué tipo de cambios? —preguntó un compañero.

—Nada que los afecte a ustedes. El cambio será en la dirección de Zacha.

—Mientras no deleguen la dirección en Marisol —ironizó un hombre, y varios rieron.

—Cállate, Alfonso, que te voy a despedir si me sigues subestimando —aseguró Marisol, y lo señaló con el dedo.

Otra vez los murmullos. Todos estaban asombrados, o asustados, puesto que Marisol nunca había demostrado interés en la tienda.

—Regreso a la ciudad para hacerme cargo de la tienda —dijo Luis, y muchos soltaron el aire—. Por un tiempo. Hasta que Marisol aprenda el manejo y pueda tomar la dirección —aclaró.

—¿Qué? —dijo uno de los gerentes.

—¿Es una broma? —preguntó un jefe del área de marketing.

Mientras algunos menospreciaban a Marisol, otros la felicitaban. Ella no se ofendió con las quejas, sino que sonreía y agradecía los buenos deseos.

—No es tan difícil. Voy a ser una directora espectacular —aclaró Marisol.

—No tengo dudas de eso —aseguró Camilo, y le mostró el pulgar hacia arriba.

—¿Y Ramiro? —preguntó Diego de marketing.

—Ramiro lleva varios años resolviendo los problemas de Zacha de la ciudad, y también ha colaborado conmigo cuando surgían contratiempos en las tiendas del interior. Hemos tenido una reunión familiar y estuvimos de acuerdo en dividir las responsabilidades. Ramiro eligió quedarse a cargo de las tiendas del interior. Las decisiones de Zacha de la ciudad quedan a cargo de Marisol, aunque Clara y yo vamos a colaborar con ella en todo lo que nos necesite. La tienda de la ciudad y las del interior van a trabajar de forma independiente, aunque ciertas compras se podrían hacer en conjunto, si ellos están de acuerdo. Sería para abaratar costos.

A Amalia se le aflojaron las piernas. Luis había dicho que era una decisión familiar, pero Ramiro no había venido a dar la cara, sino que había mandado a sus padres a dar la noticia de que se largaba de la tienda.

—¿Hay más noticias impactantes? —preguntó Alejandra—. Yo soy la secretaria de Ramiro, y no sé dónde estoy parada. No sé si tengo que mudarme al interior o sigo en la ciudad.

Amalia era su pareja, o amante, o lo que fuera; y estaba caminando en una cuerda floja a veinte metros del suelo, porque él ni siquiera había venido para decirle que lo de ellos se había acabado. No tuvo dudas que iba a perder el equilibrio y terminaría con la cabeza en el piso y el corazón roto en pedacitos.

—No voy a ponerme a hablar en este momento, Alejandra. Sería una irresponsabilidad de mi parte. La semana que viene tendremos una reunión con todos los empleados, jefes y gerentes. Te aseguro que no está en mi agenda cortar cabezas—aclaró Marisol, y varios se rieron.

—Ramiro no ha podido venir. Pero no va a desaparecer de la tienda. En unos días tendrá todos sus asuntos en orden, y vendrá para saludarlos y le podrán transmitir sus inquietudes —aseguró Clara.

—Brindemos por este nuevo comienzo, y para que a todos nos vaya bien —dijo Luis—. La tienda invita.

—Por ustedes, y por la armonía del grupo que conforma Zacha —dijo Marisol.

Clara estaba tan emocionada que abrazó a su hija y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—Estoy orgullosa de ti, hija querida —dijo Clara.

Amalia se alegró de que Marisol tuviera un lugar destacado en la tienda. Se merecía mucho más que ser la cotilla de la familia. Era una persona especial, generosa, alegre y siempre conseguía distender las tensiones con un toque de humor.

Alguien le puso una copa en la mano, y Amalia la elevó para unirse al feliz acontecimiento, a pesar de que ella no estaba para brindis. Solo quería largarse. Nunca se había sentido más al margen de la vida de Ramiro.

Después del brindis la reunión se distendió. Algunos bebían y comían. Otros se

levantaron para hablar con Marisol, Clara y Luis. Amalia aprovechó que nadie estaba pendiente de ella para salir del bar.

Se quedó en la puerta, respirando grandes bocanadas de aire para no ponerse a llorar. No entendía a Ramiro. Ni siquiera podía ponerle un nombre a la relación que habían tenido en esos cinco meses. Él siempre lograba dejarla desconcertada y al margen. La tienda nunca era tema de conversación entre ellos, y esa noche le quedó más claro que el agua.

—Sé que estás sacando cientos de conjeturas. Y me imagino que ninguna me favorece. Pero hoy no podía entrar a ese bar porque era un día especial para mi hermana. Además, con mi presencia iba a desatar más comentarios sobre nosotros. Eso no habría sido justo para ti —dijo Ramiro.

Amalia se giró para verlo. Él estaba allí, escondido en algún lado. Había venido, pero no había ingresado al bar y sus excusas la indignaron más. Su ausencia había desatado cotilleos, y ella había estado sola para soportarlos.

—¡Da la cara, maldito cobarde!—gritó. Ramiro no se dejó ver, y ella hirvió de ira cuando lo escuchó reír—. Por tu culpa he tenido una semana espantosa. Te fuiste y me dejaste sola para enfrentar las barbaridades que cotilleaban en los pasillos. ¡Te odio, Ramiro Zachari! —No recibió respuesta—. Sé que me estás escuchando. Cuando dije que eras una hiena, me quedé corta. Eres un zorro ladino, un cuervo despreciable, un... un... —Otra risa llegó a sus oídos.

—Esa es mi fabuladora.

—No soy tuya. Es más, no quiero volver a verte. Voy a renunciar a Zacha para no tener que cruzarme nunca más contigo y ver tu sonrisa de hiena. Me olvidaba que ya no estarás más en la ciudad. Me acabo de enterar en el bar, porque ni siquiera tuviste el respeto de mandarme un maldito mensaje para contarme la decisión que tomaste de largarte de la tienda. ¡Qué me ibas a contar, si tenía prohibido hablar de la tienda!

Amalia no sabía si la estaba escuchando. Él no volvió a reír. Quizá se había largado y ella estaba gritando sola. Lo único que escuchaba era el sonido de algunos coches que pasaban.

Toda la tristeza había desaparecido. Él, como siempre, le había cambiado el ánimo y ahora estaba tan indignada, que quería seguir gritando para sacarse la frustración que se había apoderado de ella desde que apareció la deslumbrante Estefanía en el bar. Pero no sabía si Ramiro seguía allí o se había ido, y ella se alejó caminando despacio, sintiéndose vencida porque ya no podía fingir que todo le resbalaba.

Ramiro la miró alejarse sin hacer nada para retenerla. Le habría encantado correr a abrazarla, pero se contuvo. Pero la vida le había enseñado a avanzar despacio, y si bien por Amalia había roto todas sus reglas, en ese momento iba a respetar su decisión.

CAPÍTULO 28

Ramiro había esperado a Amalia afuera del bar para intentar explicarle el motivo de su ausencia. Le habría gustado decirle que tenía razón en todo. Que había temas que no se podían resolver con una simple llamada de teléfono o un mensaje, y que no había tenido un segundo libre para ir a verla. Pero nada había salido como esperaba. Ella no se lanzó a sus brazos, sino que se puso a gritar toda la ira que había acumulado en los dos días que estuvo ausente. A él todavía le costaba asimilar la tormenta que le pasó por arriba.

En una semana Amalia lo dejó de hablar por las groserías de su madre. El martes había ido al bar para intentar un acercamiento con ella. Pero se encontró con una ex que no quería ver ni en fotos, y con el desconcierto en el rostro de Amalia al enterarse del pasado que él se había esmerado de ocultar.

Y como si eso no fuera suficiente, esa misma noche su padre le envió un mensaje al móvil citándolo a la mañana siguiente en Los Cerros. Allí se enteró que su madre y Luis querían sacarle la terrible mochila que le habían endilgado al ponerlo a cargo de todas las tiendas. Le dieron a elegir entre la tienda de la ciudad o las tres tiendas de los pueblos. Y él tomó una decisión pensando en Amalia. En todos los obstáculos que había sorteado en Zacha de la ciudad. En los que tendría que sortear ahora que todos sabían que tenían una relación. En las miradas despectivas, en los cotilleos, en el recelo de sus compañeras porque había entrado con unas referencias ridículas, y a pesar de eso, era la que más vendía. Quizá Amalia nunca supiera que para sacarla del ojo del huracán, él tomó la decisión de quedarse a cargo de las tiendas del interior. Detalles. Solo eran detalles que no iba a contarle. Lo importante no era el lugar o el tamaño de la tienda, sino darse la oportunidad, si Amalia lo aceptaba, de volver a intentar ser feliz en un lugar diferente, donde la relación de los dos no estaba en boca de todos.

Una semana atrás todo parecía perfecto, y en menos de tres días se había desatado un huracán. Él no sabía cómo encarar la situación porque todavía estaba intentando entender lo que había pasado en una semana.

Lo que más le preocupaba era la furia de Amalia. Ella en esa semana aguantó el desprecio de su madre, descubrió que había estado casado y tuvo que soportar las habladurías que se desataron en la tienda porque la relación, que creían secreta, estaba en boca de todos. Como si todo eso no fuera suficiente, la noche anterior se enteró en el bar que él ya no estaba a cargo de

Zacha de la ciudad.

¡No estaba a cargo de la tienda de la ciudad!, se lo repetía porque los cambios eran demasiado precipitados y no lograba situarse en su nueva realidad.

Eran más de las seis de la tarde cuando por fin llegó a la ciudad. Había tenido un día complicado en las sucursales, que ahora serían sus tiendas, porque el cambio de dirección tenía revolucionado a todos los empleados. El contador que habían puesto a cargo de las tiendas del interior le había querido dar un pantallazo de las ventas, los empleados querían asegurarse que no los iba a echar, la empleada de marketing de las tres tiendas no paraba de hablar sobre sus geniales ideas para aumentar las ventas. Ella fue quien más lo retrasó. Le habló de publicitar en las radios locales, de repartir folletos, de armar una página web. Él le explicó que en unos días hablarían más tranquilos porque tenía que ir a la ciudad, pero ella seguía hablando de publicitar con un vehículo que pasaba por los pueblos. A Ramiro le gustó su entusiasmo, pero era una máquina de hablar y cuando logró marcharse lo había dejado agotado. Tenía que buscar un intermediario que le resumiera sus ideas para no quedar estresado. Él solo quería llegar a Zacha de la ciudad para ver a Amalia, si es que estaba allí.

La tienda ya estaba por cerrada cuando llegó. Ramiro maldijo su retraso, y dejó tirado el coche en la puerta de ingreso del estacionamiento, por donde entraban y salían los empleados. Corrió por las escaleras al segundo piso. El único lugar donde quería estar.

El revuelo que vio en el sector de indumentaria lo dejó asombrado. La mayoría estaban allí. Hasta estaba Rosa dirigiendo algún trabajo. Los empleados de limpieza y de empaquetado trasladaban cajas, y las mujeres de ventas de otros sectores, al mando de Karina, estaban acomodando las prendas de la nueva temporada. También se habían congregado empleados de otros sectores, que más que ayudar, estorbaban. La mayoría eran mujeres, interesadas por ver la nueva colección.

La única que no estaba era Amalia, la responsable de las miradas de asombro en las mujeres, y de los comentarios sobre la audacia de la nueva colección. Él también estaba sorprendido. Había prendas clásicas, pero el resto era un despliegue impresionante de colores, que era lo que tenía a las mujeres murmurando.

Ramiro buscó a Amalia con la mirada, y no la vio por ningún lado. Se desesperó y se maldijo por no haber venido antes. Todo había sido tan atropellado, descabellado e insólito, que él y su hermana en dos días estuvieron resolviendo un montón de temas legales para el traspaso de las tiendas de sus padres a sus hijos, con algunas condiciones especiales, que agregaron para resguardo de la situación económica de Luis y Clara.

Ramiro vio a Marisol y a Clara en un rincón, hablando con un grupo de personas, y caminó a zancadas.

—Ahora no, Miguel —dijo Ramiro a un empleado que se interpuso en su camino, quizá

para preguntarle cómo seguiría la tienda sin su dirección. Las mismas dudas que él había escuchado en las tiendas de los pueblos.

—Por fin apareciste, Ramiro —gritó Alejandra, y lo agarró del brazo—. ¿Qué pasará conmigo? Yo era tu secretaria, y pienso seguir en mi puesto. Es decir, que estoy dispuesta a seguirte adonde vayas.

Ramiro frunció el entrecejo. Las mujeres que estaban reunidas con Marisol y su madre se giraron al escuchar las exigencias de su secretaria. A él se le iluminó el rostro al ver que Amalia estaba allí, reunida con su familia, y se le caían las lágrimas.

Ramiro se deshizo del agarre de su secretaria y caminó a zancadas, se paró frente a ella, y levantó la mano para secarle las lágrimas.

—¿Quién te ha hecho llorar, fabuladora? Dime quién fue que lo saco a patadas de la tienda —aseguró.

—¡Por dios, Ramiro! Compórtate —pidió su madre.

Él no podía comportarse. Llevaba demasiados días deseando tenerla en sus brazos, besarla, acariciarla, compartir una cena.

—¿Por qué estás llorando?

Amalia seguía sin decir una palabra. Lo que menos esperaba era que él se presentara en la tienda, le secara las lágrimas y dijera delante de todos que iba a sacar a patadas a quien la había hecho llorar.

—De la emoción —dijo Clara—. Estamos acomodando la nueva colección, y se emocionó al ver que compramos todas sus sugerencias.

Otra lágrima se resbaló de sus ojos, y Ramiro se inclinó y la secó con un beso.

—¿Qué haces? ¡Te has vuelto loco! Todos los empleados nos están mirando —advirtió Amalia.

—Que miren. Que me envidien por tener a la mejor mujer —aclaró, y le acarició las mejillas.

Amalia abrió la boca y la cerró. Ramiro siempre lograba dejarla desconcertada.

—Definitivamente estás dispuesto a dar un gran espectáculo antes de dejar la tienda bajo mi dirección —gritó Marisol.

Algunos rieron. Otros los miraban asombrados. Alejandra tenía la mandíbula tensa.

—Amalia es la única persona que pienso robarte de la tienda —aseguró Ramiro.

Amalia lo miró con el entrecejo fruncido. Allí estaba el hombre de pocas y precisas palabras que lograba cambiarle el ánimo.

—¿Qué te has creído?, qué soy un florero —gritó Amalia—. ¿Crees que te voy a seguir al fin del mundo porque eres Ramiro Zachari? No, Ramiro. He aceptado cosas que no debería. Pero estos tres días que te borraste, pude pensar. Me dejaste sola para enfrentar los cotilleos.

—Estaba resolviendo toda la locura que se le ocurrió a mi madre —dijo Ramiro—. No era mi intención borrarme. Han sido unos días de loco y...

—No me interesan tus excusas. Ya no, Ramiro. Es tarde para aceptar tus explicaciones. Si por una maldita vez me hubieras puesto en primer lugar, quizá podríamos haber resuelto esto de otra forma —dijo Amalia, y se marchó.

—¡Maldición! —gritó Ramiro, y comenzó a seguirla.

—Ramiro, y qué va a ser de mí —gritó Alejandra, que corría tras él.

—A partir de hoy tu jefa es mi hermana. No te necesito como secretaria. Ni siquiera voy a tener secretaria —dijo, y corrió hasta alcanzar a Amalia, que ya había llegado a la escalera.

Todos los ojos estaban puestos en él, pero no le importó. Esto ya lo había pasado con su ex. Lo único que tenía que hacer era volver a exponer su vida, cosa que no le importaba si con eso lograba que Amalia lo escuchara.

—Estefanía no es alguien de quien me enorgullezca de hablar —dijo Ramiro. Amalia estaba de espalda, pero se quedó a escasos metros de la escalera cuando él la agarró del brazo—. Estuve casado con ella un año. Era una mujer encantadora, o esa fue la faceta que nos mostró, no solo a mi familia sino a todos los empleados. Se ganó la confianza de toda la familia. Mi madre la adoraba, mi padre también y se llevaba bien con mi hermana. Era inteligente, vivaz, hermosa, y astuta como una serpiente venenosa.

—No hace falta que...

—Sí hace falta. Por ti haría cualquier cosa. Y no me interrumpas, fabuladora —aclaró Ramiro—. Yo me sentía dichoso de haberla convertido en mi esposa. La quería, y creí que era la mujer de mi vida. Ella tenía un encanto especial. Todos los empleados la querían, la adoraban. Ella se interesaba por las ventas, por las compras, y sabía mucho de contabilidad. Manejaba los números como nadie. Tuvo toda mi confianza y la de mi familia para hacer y deshacer a su antojo. Llegué a firmar sin mirar lo que me ponía delante. Confiaba ciegamente en ella, en su criterio, en sus ideas. El único que no se creyó todo su encanto fue Camilo, que controlaba los ingresos y egresos como un maniático. Gracias a él no hizo un desfaldo en las tiendas. Nunca me dijo nada porque sabía que estaba tan ciego que lo iba a echar si me hablaba mal de mi mujer. Todos sabían cuanto la quería. Mi vida personal era pública en la tienda. Tan pública, que ella decidió mandarme al diablo delante de todos los empleados. Frente a ellos se rio de su habilidad para dejarme en la calle. Me trató de idiota, porque fui yo, que confiaba en ella, quien firmó los papeles del traspaso a su nombre de mis bienes, de la casa que construimos para que fuera nuestro hogar.

—Era una mansión. Ramiro se gastó todo lo que tenía para darle con los gustos a esa víbora —aclaró algún empleado que estaba escuchando—. También se quedó con los dos coches, el de ella y el de Ramiro.

—Lo único que se salvó fue la cabaña, porque nunca le gustó esa casita rústica perdida en un pueblo pequeño —aclaró otro.

—Me enamoré de una empleada de Zacha, y ella solo se enamoró del dinero que podía sacarme. Cuando no me quedó nada, se largó.

—Yo no sabía...

—No podías saberlo, Amalia. Nadie en la tienda la nombra. El que la nombra, se va —aclaró Ramiro.

—La has nombrado.

—Por ti quebranté una regla. Ahora tengo que largarme. En realidad, ya no dirijo más esta tienda. Mi madre, hace dos días, tuvo la genial idea de dividir la herencia entre sus hijos. Yo elegí las tiendas de los pueblos, y Marisol está encantada de quedarse con esta —dijo Ramiro, y se marchó.

—Por eso echaste a Alicia —gritó Amalia.

Ramiro se giró, y Amalia vio el amor en sus ojos.

—No. La eché por lo que te hizo a ti —dijo, y esta vez se marchó.

Amalia se quedó mirando la escalera por donde Ramiro acababa de desaparecer.

Clara se paró a su lado y la abrazó por el hombro. Amalia regresó a la realidad y se giró. Nadie murmuraba, y todos la miraban como si esperaran una explicación, que ella no pensaba dar.

—Vuelvan al trabajo, que todos los sectores tienen que estar listos para esperar a los clientes el sábado —pidió Clara—. Ven conmigo, Amalia —pidió Clara.

—¿Está viviendo en Las Lomitas? —preguntó Amalia.

—Por un tiempo va a usar nuestra casa de Los Cerros —dijo Clara.

—No sabía nada de él. Nada —susurró Amalia.

—Prefiere no hablar de ella —dijo Clara.

Entraron al restaurante del tercer piso, y Clara sacó dos cafés de la máquina.

Se sentaron en una mesa del rincón y Amalia miró desde el ventanal el coche de Ramiro cruzado en el ingreso del estacionamiento.

—Me ha ocultado toda su vida —susurró.

—Su vida con ella era pública, Amalia. Su mala experiencia lo convirtió en un hombre precavido.

Marisol entró unos minutos después y se sentó en la silla que estaba libre.

—Dice Camilo, que lo conoce mejor que nadie, que todo lo que hizo Ramiro ha sido para protegerte —dijo Marisol.

—¿Protegerme de qué?

—Del nido de víboras en que se ha convertido Zacha. La apuesta, aunque no sé qué

diablos es eso, fue idea de Ramiro.

—No me extraña —dijo Amalia, puesto que cuando a Camilo se le escapó lo de la apuesta, ella hacía poco que había entrado a trabajar y Ramiro quería correrla de Zacha.

—Lo que te va a extrañar es que sugirió la apuesta cuando no te dejaban vender —aclaró Marisol.

—No entiendo el razonamiento. Para mí aprovechó que no vendía porque sabía que la iba a ganar —aseguró Amalia.

—Ese sería el razonamiento lógico. Pero de mi hermano no tienes que esperar resultados lógicos.

—¿De qué estás hablando, Marisol? —preguntó Clara.

—Provocó a Camilo con una apuesta porque sabía que iba a hacer cualquier cosa para que Amalia comenzara a vender. A Camilo no le gusta perder —aclaró Marisol—. Recién me dijo, conociéndolo como lo conozco, debería haber sabido que Ramiro me estaba provocando para que actuara.

—¿Y actuó? —preguntó Clara, intrigada.

—Salió corriendo a contarle a Amalia lo de la apuesta, mira si actuó. Amalia estaba luchando para que Ramiro no la echara, el problema era que Karina no la dejaba vender.

Amalia la miró con la boca abierta.

—Ese día empecé a vender porque mandaron a Karina a hacer un reemplazo al primer piso, y Lea quedó a cargo de mi sector —recordó Amalia.

—Un reemplazo del que yo no estaba enterado —dijo Camilo, que estaba distanciado de ellas, pero escuchando todo—. Me sorprendí cuando Lea lo comentó, porque debería haber sido yo quien le pidiera a Karina que hiciera el reemplazo. Después me olvidé del tema.

—¿Quién crees que se lo pidió? —preguntó Clara.

—Si no fui yo, que no fui, solo queda Ramiro —dijo Camilo.

Amalia no salía de su asombro. Las actitudes de Ramiro siempre la dejaban desconcertada. Él y sus decisiones injustas no se podían analizar desde la lógica, como le dijo Marisol, porque Ramiro siempre buscaba el efecto contrario. Y el efecto contrario era hacerla enojar. Desde que había entrado a trabajar en la tienda Ramiro le planteaba retos, que ella no podía resistir. Retos que la habían impulsado a mejorar. Y ahora se enteraba que la apuesta había sido otro de sus retos para que ella demostrara que podía ser una buena empleada, y encima le había allanado el camino sacando a Karina del sector para que empezara a vender.

Se levantó de la silla y miró por el ventanal. El coche de Ramiro ya no estaba cruzado en el aparcamiento. Él se había ido.

—Me tengo que ir —dijo Amalia.

—Se fue a Los Cerros, aunque le dijo a mi padre que iba a pasar por la cabaña de Las

Lomitas —dijo Marisol.

Amalia le sonrió. Era la nueva directora de Zacha de la ciudad, pero el cotilleo lo llevaba en el alma.

—Nunca cambies, Marisol —pidió Amalia.

—En la tienda los voy a tener controlados. Hasta les voy a poner un detective para que dejen de usar artimañas para ganar el famoso premio. Mi padre ya me hizo jurar que no lo iba a sacar.

Amalia y Clara rieron. Clara abrazó a su hija y le dijo que iba a ser la mejor directora de Zacha. Amalia le creía, porque Marisol tenía una personalidad encantadora.

Se despidió y bajó corriendo las escaleras. Le tocaba a ella enfrentar a ese hombre que la había desconcertado desde el día que lo conoció en la entrevista.

CAPÍTULO 29

Amalia se bajó del autobús y corrió por el centro de Las Lomitas hasta adentrarse en las calles llenas de curvas y subidas, que la llevaban a la cabaña de Ramiro.

Después de la carrera ya no tenía aire, y creía que el esfuerzo que estaba haciendo era en vano porque Marisol le dijo que su hermano solo iba a pasar por la cabaña antes de ir a Los Cerros.

A pocos metros vio que la luz de la farola de la galería estaba encendida, y eso la animó a hacer el esfuerzo de correr los últimos metros.

Cuando llegó a la tranquera de madera, que estaba abierta, la traspasó, y para su alivio vio a Ramiro sentado en el último escalón que llevaba a la galería, muy relajado bebiendo una cerveza, mientras contemplaba el parque, las estrellas, o lo que fuera.

—Es de muy mal gusto que tú tomes todas las decisiones y yo siempre quede desconcertada —dijo Amalia—. Encima, tuve que ir corriendo a la terminal a tomar un autobús a Las Lomitas, y seguir corriendo hasta aquí sin saber si te iba a encontrar o tendría que recorrer todos los pueblos hasta dar contigo.

—¿Pensabas correr por varios pueblos? —preguntó Ramiro, y la miró con una sonrisa. Estaba sorprendido porque no se imaginó que vendría a buscarlo después de todo lo que había pasado, de todo lo que le había hecho, u ocultado—. Creí que no querías saber nada de mí.

—Te esmeraste en dejar ver tu peor parte.

—No sé a qué te refieres.

—¿Por qué nuestra relación tenía que estar oculta?

—Después de mi experiencia con mi ex, no quería que mi vida privada fuera conocida por los empleados de Zacha. Tenía derecho a vivirla como se me diera la gana.

—Y de paso me allanabas el camino a mí con mis compañeras. Ya tenía demasiados problemas al entrar sin unas experiencias fabulosas, y no quisiste agregar que también me odiaran porque me tiraba al jefe.

—Fui yo quien me tiré a mi empleada, fabuladora.

—Es lo mismo, Ramiro.

—Claro que no es lo mismo. Tú no fuiste a mi casa, no me envolviste en tus garras. Yo hice todo eso.

—Te gustan los detalles, siempre que sean para quedar malparado en mi presencia. No querías exponerme a más cotilleos. Dilo —pidió Amalia.

—Fabuladora, no soy tan generoso, también pensé en mí. No te olvides que apenas te conocí, te puse a prueba porque quería correrte —aclaró Ramiro—. No me conviertas en un samaritano, porque no lo soy. Tampoco me arrepiento de mantener nuestra relación al margen de Zacha.

—No pretendo convertirte en un samaritano. Pero me gustaría que me expliques que hay detrás de aquella frase que me dejó descolocada. «Si tienes algún problema en Zacha, lo resuelves en la tienda porque yo no voy a mover un dedo».

—Era una forma de separar nuestra relación de la tienda. Una forma de asegurarme de que no estabas conmigo por interés.

—Hace rato que descubriste que no estaba contigo por interés, Ramiro. Yo creo que con tu decisión, quisiste darme alas para que descubriera que podía luchar mis propias batallas —aseguró Amalia.

—¿De dónde sacas conclusiones tan altruistas hacia mi persona? —preguntó Ramiro, y bebió un trago de cerveza. Después le ofreció la botella, y Amalia se la bebió toda. Necesitaba calmar la ansiedad y la sed después de tanto correr.

Ramiro se levantó del escalón y entró a la casa a buscar otras bebidas. Sonreía mientras le daba la espalda, pero ella no lo vio. Amalia lo siguió, y se asombró al ver que no quedaban casi muebles en el interior. Todo había desaparecido, el sillón donde habían hecho el amor, una lámpara que encendían por las noches, el televisor donde miraban alguna película, la mesa baja. Solo quedaba la mesa del comedor y las cuatro sillas.

Recorrió los distintos ambientes y comprobó que en el dormitorio ya no estaba la cama que habían compartido tantos fines de semana, cuando los dos viajaban para disfrutar de la paz y la belleza del pueblo. Aunque había una cómoda y desde el ventanal veía las dos tumbonas en el balcón. No le dijo nada. Solo se quedó de pie, preguntándose por qué diablos había vaciado el lugar que adoraba.

—Mis conclusiones altruistas son de tanto sacar deducciones, puesto que tú tienes una forma de ser que me deja desconcertada. Siempre me sentía como un ligue ocasional.

—No eres un ligue ocasional. Te dije que te quería, Amalia. Eres mi mujer —aseguró Ramiro—. Desde que entraste fuiste una luchadora. Nunca me necesitaste para hacerte un hueco en Zacha. Por qué iba a menospreciar tu capacidad para resolver los problemas.

Amalia se giró y lo miró con un arqueado de cejas.

—Vamos sacándole las capas a la cebolla. ¿Qué habrá adentro?

—Cuando no quise contratarte me dijiste que era una hiena. Ahora soy una cebolla —comentó Ramiro, y sonrió.

—Alejaste a mi madre de la ciudad para evitar que mis compañeras se resintieran más conmigo —dijo Amalia—. Al menos reconoce que lo hiciste para protegerme.

—En la ciudad estaba Rosa. Necesitábamos una persona para los arreglos en los pueblos. Era lógico que le ofreciera mudarse —aseguró Ramiro.

Amalia le sonrió.

—Pagándole el alquiler, Ramiro. Dándole la oportunidad de salir de la casa que le traía tan malos recuerdos. Me protegiste a mí, y le cambiaste la vida a mi madre —dijo Amalia.

—Estás decidida a pasar por alto todos mis errores. Quieres que sea un héroe y solo soy un egoísta —aclaró Ramiro.

—La historia de mi madre te recordó a la tuya. Ella pasó por lo mismo que tú. Mi madre te lo contó todo, y te viste reflejado en ella. Por eso decidiste ayudarla a salir del círculo vicioso en el que estaba desde que mi padre la dejó por una mujer de treinta años. Le pagaste el alquiler para que aceptara. Se lo sigues pagando. La estás ayudando. Lo hiciste porque yo te importaba en esa época, a pesar de que simulabas querer correrme de la tienda. También lo hiciste porque eres un hombre sensible al dolor ajeno.

—Ya no soporto tantos halagos, menos viniendo de ti. Me gustas más cuando escupes todas esas barbaridades que me provocan una erección y solo pienso en tumbarte en cualquier lado y hacerte mía hasta que de tu boca solo salgan jadeos —aseguró Ramiro, y se acercó a ella.

—Y cómo no iba a soltar barbaridades si desde que entré no hacías más que buscar la forma de ponerme de patitas en la calle.

—Pero me lo pusiste difícil, fabuladora.

—Yo creo que nunca quisiste ponerme de patitas en la calle —aseguró Amalia.

Ramiro le sonrió y negó con la cabeza.

—Astuta —dijo, y le tendió la cerveza.

Él bebió, porque no le gustaba quedar tan expuesto, pero admiraba la habilidad de Amalia para entender cómo funcionaba su mente.

Ella estaba acertando en muchas de sus deducciones, pero él no era ningún héroe, porque también había actuado de forma egoísta.

—Te tuve a prueba cuando te regalaba baratijas —aseguró Ramiro.

—Me encantaban —dijo Amalia.

—Lo sé. Ya no tengo nada que ofrecerte, Amalia —aseguró.

—En eso estamos iguales —aclaró Amalia—. Aunque tú tienes esta cabaña —soltó, esperando que le dijera por qué la había desocupado.

—Bueno... Tampoco tengo la cabaña.

—Con razón han desaparecido los muebles. No sé si puedo hacer preguntas personales.

—No más secretos entre nosotros. No más reglas, Amalia. Te juro que me ha costado

horrores mantener nuestra relación escondida, cuando solo quería entrar a la tienda, ir a indumentarias y robarte un beso para que todos supieran cuánto te amo.

—Ramiro —susurró Amalia, y se acercó a él.

—La vendí —dijo Ramiro.

Amalia se distanció de él y lo miró asombrada.

—Pero si esta cabaña es tu sueño. Aquí eres feliz.

—Mi sueño eres tú, fabuladora. Donde tú estés, seré feliz —susurró Ramiro.

—¿Puedo preguntar a quien se la vendiste?

—A Camilo —dijo Ramiro.

Amalia abrió la boca y la cerró. Otra vez la dejaba desconcertada. Si esa era la vida que la esperaba a su lado, iba a ser muy desconcertante, y emocionante.

—¡A Camilo! ¿Se la vendiste a Camilo? —preguntó, y no expresó lo que eso significaba porque le daba miedo decirlo en voz alta.

La apuesta no era un salario, como le había dicho Camilo. Él había apostado todo lo que tenía. Si ganaba, conservaba la cabaña. Pero él había apostado sabiendo que iba a perder.

—Es chica. Quiero construir una más grande para nosotros, con más habitaciones, siempre que tú estés de acuerdo —dijo Ramiro.

A Amalia se le resbalaron las lágrimas. Él no dejaba de sorprenderla. Tampoco pensaba a confesarle que la apuesta era la cabaña y la había perdido.

—Claro que estoy de acuerdo, siempre que la hagamos en Las Lomitas —aseguró, y lo rodeó con sus brazos—. Nunca vas a dejar de sorprenderme. Siempre vas a guardarte tus actos nobles, y por eso te amo tanto.

—No hay nada noble en mí en este momento. Lo único que quiero es tumbarte en el piso y hacerte mía —dijo Ramiro.

—Me parece un gran plan para esta noche —susurró Amalia sobre sus labios.

—Nunca dudes que tú, mi astuta fabuladora, eres mi mejor apuesta —dijo Ramiro, la tumbó en el suelo de madera y la besó.

No más secretos entre ellos. Pero Ramiro se iba a guardar el último. Jamás le iba a confesar que había perdido la cabaña. Aunque no tenía dudas de que Amalia comenzaría a sacar sus acertadas deducciones, y en algún momento se daría cuenta que cuando entró a Zacha él había apostado por ella, por su astucia, su habilidad como vendedora, su resistencia a las adversidades y su aceptación a todas sus reglas ridículas. Y que en esa apuesta se había llevado el mejor premio, el amor de la fabuladora, que era mucho más valioso que la cabaña que había perdido.

EPÍLOGO

Ramiro

La cabaña de Las Lomitas había sido mi remanso, el sitio donde iba a relajarme y encontraba la paz. No era un palacio ni una mansión. Solo era una casita de piedra y madera, con enormes ventanales que daban a la montaña, y con un balcón con tumbonas donde me sentaba las noches de verano a beber una cerveza y a disfrutar de los sonidos de los grillos, sapos, y el mecer de las hojas de los árboles. O algún búho que ululaba y los pocos vehículos que pasaban. Además, tenía un jardín en el que había invertido mucho tiempo y esfuerzo. Había sudado plantando desde el césped hasta los árboles en el terreno que la rodeaba, y me sentía orgulloso de mi paraíso. En pasado, porque ya no es mía.

De pie en la acera, veo el deterioro de mi paraíso. Ya nunca está encendida la farola de la galería. En el balcón hace meses que el viento ha tumbado una de las mecedoras. La galería está llena de tierra y hojas secas. En el jardín la hierba me llega a la altura de las rodillas, y algunas plantas trepan por los muros de piedra, que están llenos de musgo.

Al ver el abandono se me anuda la garganta. No solo por la cabaña, sino porque esa hermosa amistad que tenía con Camilo se ha enfriado desde el día que le entregué la llave de la cabaña.

No me arrepiento de la apuesta. Yo gané. La fabuladora es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Pero en la vida no se puede tener todo, y yo perdí la complicidad que tenía con Camilo. Él nunca ha venido a la cabaña. Ni siquiera para pasar un día o para cortar el césped. La ha dejado abandonada. No porque no le guste, puesto que solía venir conmigo los fines de semana y los dos íbamos a pescar o a escalar el cerro Los Pericos. Cuando pagué la apuesta, Camilo no quería recibir la llave. «Una apuesta es una apuesta», le dije.

Le prometí a Amalia que construiríamos una más grande para los dos. Hemos visto varios terrenos en venta en Las Lomitas, pero Amalia les encuentra defectos a todos. «No tienen la vista privilegiada de la que le vendiste a Camilo». «No se escuchan los grillos y ni siquiera hay pájaros». Siempre tiene una excusa, y no entiendo el motivo.

Un coche estaciona en la calle. Frunzo el entrecejo al ver que se baja Camilo. Me gusta creer que seguimos siendo amigos, pero ya no tenemos la complicidad que compartíamos, y nuestros ocasionales encuentros se reducen a un saludo o a alguna pregunta superficial sobre las tiendas. Podría decir que nuestro distanciamiento es porque él se ha quedado en la ciudad y yo estoy en los pueblos. Pero eso es una excusa para ocultar el motivo real.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. Has venido a cortar el pasto, a levantar la tumbona del balcón que lleva meses tirada en el piso. Quizá a barrer las hojas de la galería o a sacar el musgo de las piedras. —Todos son reproches y lo sé, pero estoy enojado.

—¿Habrías aceptado mi renuncia si perdía? —pregunta Camilo, sin responder a mis pullas.

Camilo había apostado su puesto en Zacha. Otra locura. Claro que no habría aceptado su renuncia.

—Sabía que no ibas a perder —aseguro.

Camilo me sonríe.

—Maldito tramposo —dice Camilo—. Siempre supiste que ella era buena.

—Desde que entró a la entrevista —aseguro—. También deduje que me estabas planteando un reto.

—¿Sí? ¿Qué reto?

—No me pongas a hacer análisis. Dímelo tú.

—Era imposible pasar por alto la chispa que saltaba entre ustedes el día de la entrevista. Supe que Amalia era la mujer que podía hacerte entender que no todas eran tan traicioneras como la víbora.

Curvo los labios. Tengo ganas de soltar una carcajada, no porque me esté diciendo algo gracioso, sino porque en esa apuesta cada uno ha jugado sus propias cartas.

—¿A qué has venido, Camilo?

—Tu querida mujercita me llamó porque que en el jardín había una serpiente, y me aclaró que la vecina me estaba por denunciar a la policía.

Suelto una carcajada. Debería haber imaginado que Amalia estaba detrás de todo esto.

—¿A qué has venido tú? —pregunta Camilo.

—Amalia me dijo que la vecina fue a la tienda a decirle que había una serpiente en el jardín, y que si no iba a sacarla, iba a ir a la radio del pueblo a contar que el inmueble del dueño de Zacha estaba abandonado y que en el jardín había animales peligrosos.

Camilo niega con la cabeza.

—Le he mostrado cien terrenos para construir una casa, y Amalia a todos les encuentra defectos. No quería comprar en tu zona para dejarte la posibilidad de disfrutar de la cabaña sin que te sintieras como si me hubieras quitado algo.

—Te quité algo —asegura Camilo.

—Camilo, yo no lo veo así.

Otro coche estaciona en la calle y los dos nos giramos a mirar. Es Amalia, que viene con una enorme sonrisa en los labios.

—Ahí viene mi mejor apuesta —digo a mi amigo.

Camilo niega con la cabeza, pero también sonrío.

—¿También calculaste dejarnos un tiempo a solas para que habláramos? —pregunto.

—Parece que funcionó —dice Amalia.

Camilo le sonrío con burla.

—No me animo a entrar por miedo a que me pique la serpiente —dice Camilo.

—he traído botas de goma para los dos. También tengo la cortadora de césped en el baúl.

—Amalia, en la tienda tengo un montón de cosas que resolver —explico.

—Y yo tengo una reunión a la tarde —dice Camilo.

Amalia nos ignora. Regresa al coche y baja la cortadora de césped, la tijera de podar, un rastrillo, una escoba, una pala y algunas bolsas para poner los desechos del jardín. Al menos se ha dignado a dejarnos una heladera portátil para que no terminemos muertos por deshidratación.

Arqueo las cejas. Camilo tiene el entrecejo fruncido. Ella nos ignora, se sube al coche y baja la ventanilla.

—Qué se diviertan —dice Amalia—. Cariñito, me olvidaba de decirte que adentro de la heladera hay un sobre. Ni se les ocurra sacarlo antes de terminar todo el trabajo, que los conozco —advierte, y nos señala con un dedo acusador.

Amalia arranca el coche, nos saluda con la mano y desaparece de nuestra vista. Los dos nos miramos.

—No abras la maldita heladera hasta el final —gruñe Camilo.

—Tú podas y yo corto el césped —digo.

—Siempre queriendo el trabajo más fácil —dice Camilo, me quita la cortadora de césped y no me queda más remedio que podar.

Varias horas después, los dos estamos sentados sobre los escalones de la galería, sudados, agotados y llenos de polvo. Camilo tiene hojas secas en el cabello. Seguro que yo no estoy mejor. Por el cielo corren algunas nubes. Ya se ven las estrellas y la luna asoma detrás del cerro Los Pericos. Los dos tenemos una cerveza helada en la mano. Bebemos y escuchamos los grillos a lo lejos y el relajante arrullo del agua del arroyo. Nos ponemos a hablar de todo y de nada. Recordamos nuestros fines de semana pescando en el río y las escaladas al cerro. Me dice que Alejandra hace un mes que presentó la renuncia. Marisol la había mandado al sector de contabilidad y estaba furiosa con el cambio. Me cuenta que Karina ya no es jefa de indumentaria femenina. Ahora está en el sector de decoración. Le cuento que las tiendas del interior venden

bastante bien, y que con Amalia abrimos un sector de novias en Los Cerros, que deja buen ingreso para los meses de invierno, que son los más duros. Reímos de algunas anécdotas de la tienda, de Marisol. Me comenta que ha contratado a otro pálpito, y que Marisol está furiosa.

—Parece una mujer antigua. Usa unos lentes enormes y le ha pedido a Rosa que le alargue la falda por debajo de las rodillas. Pero tiene un instinto innato para vender.

Suelto una carcajada. Otro pálpito de mi amigo, y me imagino a la pobre mujer lidiando con las envidias y los cotilleos. Hablamos del cambio de Clara, que ya no vive pendiente del sector de compras de Zacha. Le cuento que Marcela se divorció del marido cuando le depositó el dinero que les había robado, y que vendió su casa de la ciudad y compró una en Los Cerros. Y al final abordamos el tema del milagro que acaba de provocar Amalia.

—Es una mujer increíble —dice Camilo.

—Hablas de Marisol o de Amalia —pregunto.

—De Amalia. Casi un año distanciados por una cabaña, y ella lo solucionó con una cortada de pasto —dice Camilo, y los dos nos reímos—. No quiero tu maldita cabaña, Ramiro. Prefiero tu amistad —asegura Camilo.

—Mi amistad siempre la tuviste. Qué sentido tiene hacer una apuesta si no vamos a cumplir lo pactado —digo.

—Qué sentido tenía esa apuesta si sabías que la ibas a perder —dice Camilo.

—Yo no perdí, Camilo. Creo que tú me diste mucho más que la cabaña que te ganaste. Camilo me mira sin entender mis palabras.

—Contrataste a Amalia. Yo no lo habría hecho. Ella está conmigo por ti —digo.

Ya no tiene forma de rebatir mi afirmación.

—Nos olvidamos del sobre que tu inteligente mujercita dejó dentro de la heladera portátil —me recuerda Camilo.

Lo saco. Está dentro de una bolsa de plástico. Amalia ha sido previsor. No quería que se mojara con el hielo y se borrara la tinta.

Me quedo mirándolo con la boca abierta.

—Te has quedado mudo. ¿Qué hay adentro de ese sobre?

—Hay una carta —contesto.

—Y qué esperas para leerla.

—Qué es una carta para ti, idiota —digo.

Camilo me la saca de las manos y se pone a leer.

Querido Camilo. Me imagino que en este momento ya han terminado el trabajo y están los dos sentados en la galería bebiendo una cerveza. El día es bastante caluroso, y espero que se haya conservado fría. Pero sobre todo espero que hayan recuperado la hermosa amistad que

tenían antes de que Ramiro cumpliera con lo pactado en la apuesta.

Ya sé que todavía sientes que esa apuesta ha sido una locura. Pero te has preguntado dónde estaría yo si no me hubieras contratado como vendedora en Zacha. Te has preguntado qué estaría haciendo Ramiro si no me hubieras contratado en contra de sus deseos. Creo que viste algo que a los dos nos pasó desapercibido. Por eso irrumpiste en la oficina y me diste el trabajo. Has sido un gran amigo, le diste la oportunidad a Ramiro de romper con todos sus prejuicios, y a mí me diste la posibilidad de conocer al hombre de mi vida.

Quiero que sepas que los dos siempre estaremos en deuda contigo, y esa deuda es mucho más grande que la cabaña que te ganaste en buena ley. No voy a permitir que por un bien material tú y Ramiro sigan distanciados.

Ahora te toca contener al hombre de mi vida, porque he pensado que podrías ser el padrino de nuestro hijo. Ramiro y yo te debemos este milagro que nos regaló la vida.

—¡Un hijo!—admira Camilo—. Vas a ser padre y no me dijiste nada. Hemos hablado de un montón de cosas sin importancia, y no me contaste que iban a ser padres —se queja Camilo.

Estoy tan sorprendido como él. Lo miro con la boca abierta. ¡Voy a ser padre! ¿Voy a ser padre?, y me acabo de enterar por una carta dirigida a mi amigo.

—¿Voy a ser padre? —pregunto porque todavía no salgo de mi asombro.

Levanto la vista y en el ingreso está Amalia.

—Y yo el padrino —aclara Camilo.

Ya no lo escucho. Toda mi atención está puesta en ella.

—Esta vez has pasado todos los límites. ¡Voy a ser padre y me entero por mi amigo! ¡Un hijo! ¡Vamos a tener un hijo! —digo, y camino hacia ella, que viene caminando hacia mí.

Amalia está emocionada. Sonríe y se le caen las lágrimas.

—Me enteré hace un día —susurra, y se cuelga de mi cuello—. Estoy tan feliz.

—Yo también estoy feliz.

—Has recuperado a tu amigo —susurra.

—Has sido muy astuta.

—Gracias a él estamos juntos. Tenía que hacer algo para que recuperaran esa amistad tan linda.

—¿Cuándo descubriste que había apostado la cabaña? —pregunto.

—El mismo día que me contaste que se la vendiste a Camilo. Soy buena para sacar deducciones.

—Ya lo creo que eres buena.

—Creo que estoy de más. Si quieren les dejo la llave de la cabaña.

—Noo —gritamos Amalia y yo.

—Solo es un préstamo. A partir de ahora pienso venir todos los fines de semana. Ya no

habrá tumbonas en el suelo ni hojas secas en la galería.

—En ese caso, aceptamos —digo, y le quito la llave de la mano.

—Será un gran honor ser el padrino de tu hijo, Amalia.

—Nuestro hijo va a tener el mejor padrino —dice Amalia, y Camilo la abraza y le dice gracias.

Los dos nos quedamos mirando el coche de Camilo que se aleja en una curva.

—Casi me olvido de contarte que encontré el sitio ideal para tener nuestra casa en Las Lomitas —dice Amalia.

—Imagino que está en esta cuadra.

—Estás mejorando con tus deducciones, cariño. Está justo al lado. Es la casa de la vecina que los denunció porque había una serpiente.

Arqueo las cejas.

—¿No serás tú la vecina?

—No te olvides que vamos a tener un hijo. No quería serpientes peligrosas rondando por el vecindario.

Suelto una carcajada.

—Por cierto, solo entregué una seña. Tú tienes que poner el resto, aunque mi madre me dijo que nos va a ayudar con el dinero que nos devolvió el despreciable. Te comento que llevo varios meses peleando con la dueña, y la conseguí a muy buen precio porque está algo deteriorada y tenemos que hacerle varios arreglos.

La casa es más grande que la cabaña, y el jardín es enorme. Me imagino plantando árboles, poniendo plantas, cortando el césped, una piscina al fondo y un columpio para nuestro hijo.

—¡Algún día dejarás de sorprenderme! —pregunto.

—Espero que no, mi amor —dice Amalia.

—Un hijo, Amalia. Vamos a tener un hijo —susurro en su oído, y me brillan los ojos.

—Sí, mi amor —dice Amalia—. A tu lado soy la mujer más feliz del mundo.

La beso. Yo también soy el hombre más feliz del mundo desde que Amalia está en mi vida.

Y pensar que todo empezó con una entrevista... y una apuesta.

Queridas lectoras, gracias por leer La apuesta. Espero que la hayan disfrutado.
Si quieren contactarse conmigo, les dejo los links donde me puedes encontrar.

Mail: susananick@hotmail.com

Facebook: facebook.com/Susana.oro.1

Twitter: [@Susana_Oro](https://twitter.com/Susana_Oro)

Instagram: [susana_oro](https://www.instagram.com/susana_oro)

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:
relinks.me/SusanaOro

SINOPSIS

A Amalia Burton mantener el trabajo de vendedora en Zacha le estaba costando más que todas las estrategias y artimañas que había usado para conseguirlo. La culpa era del irritante hombre que no había querido contratarla, y que se había empeñado en correrla ante un mínimo error.

Tenerlo respirándole en la nuca a diario la sacaba de las casillas. Si él pretendía ponerla de patitas en la calle, ella estaba decidida a quedarse, aún a costa de su paz mental. Lo difícil era demostrar su capacidad cuando él estaba dispuesto a apuñalarla por la espalda.

Ramiro era el hombre más complejo que había conocido. Las pocas y contundentes palabras que salían de su boca rompían el equilibrio de Amalia. No sabía cómo lidiar con él, y el ataque se convirtió en su mejor defensa. El problema era que todas las ridículas decisiones de Ramiro eran difíciles de analizar desde sus deducciones lógicas. Él era como una cebolla, y Amalia tenía que sacar cada una de sus capas para descubrir si debajo de la acidez se escondía un hombre diferente.

